

ROSA



LUXEMBURG

UNA MARXISTA
REVOLUCIONARIA
EN LOS LÍMITES
DEL MARXISMO

Michael Brie
Jörn Schütrumpf

Traducción al español:
Gerold Schmidt


ROSA
LUXEMBURG
STIFTUNG

Rosa Luxemburg Stiftung, RLS
Gesellschaftsanalyse und Politische Bildung e.V.
www.rosalux.de

Rosa Luxemburg Stiftung
Oficina para México, Centroamérica y Cuba
Calz. Gral. Pedro Anaya 65, San Diego Churubusco,
Coyoacán, C.P. 04120, Ciudad de México
www.rosalux.org.mx

Rosa Luxemburg. Una marxista revolucionaria en los límites del marxismo.

Michael Brie y Jörn Schüttrumpf

2023, Ciudad de México.

Traducción: Gerold Schmidt

Corrección de estilo: Claudia Cabrera

Diseño: Enrique César

Imágenes: Portada: Rosa Luxemburg, 1910, archivo RLS y Karl Marx, 1875, dominio público. Interiores: tomadas de la edición original en alemán (2021) y del archivo de la RLS Berlín.

EDICIÓN ORIGINAL EN ALEMÁN:

Rosa Luxemburg. Eine revolutionäre Marxistin an den Grenzen des Marxismus

© 2021, VSA: Verlag

Esta publicación fue financiada con recursos de la Rosa-Luxemburg-Stiftung (RLS) con fondos del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo (BMZ) de la República Federal de Alemania.

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de los autores y no refleja necesariamente la postura de la RLS. Sus contenidos pueden ser utilizados, total o parcialmente, de forma gratuita, siempre y cuando se cite la fuente.

DISTRIBUCIÓN GRATUITA. PROHIBIDA SU VENTA.



**ROSA
LUXEMBURG
STIFTUNG**

ÍNDICE

7	Presentación de esta edición
9	Prólogo
15	1. ¡Muéstranos el milagro! ¿Dónde está tu milagro?
27	En la cárcel – Consigo misma y con el mundo
30	Hablar con la verdad
33	La libertad es siempre la libertad de los otros
37	2. La autoridad destruida de Engels y Kautsky
37	Volver a Marx, pero ¿a cuál?
39	Programa máximo y programa mínimo
41	El ajuste de cuentas con el “marxismo sustitutivo”
45	La falta de comprensión de la propia situación
49	3. La “marxista hecha y derecha” y la cuestión polaca
49	La fundación de la socialdemocracia polaca y sus dos corrientes
61	La tesis doctoral de Rosa Luxemburg sobre el capitalismo en el Reino de Polonia
66	De nuevo la cuestión polaca – 1908/09
71	4. La concepción de la <i>realpolitik</i> revolucionaria en los umbrales del siglo XX
72	Bernstein: el objetivo no me significa nada
74	La estrategia del SPD de 1891
78	La provocación de Bernstein: teoría y práctica en contradicción
81	La revisión total del marxismo por parte de Bernstein
85	El argumento de Luxemburg sobre la <i>realpolitik</i> revolucionaria como unidad del marxismo y el socialismo
95	5. El caso Millerand. La participación de socialistas en el gobierno como una prueba para la teoría y la estrategia
95	La piedra del escándalo
98	La brecha entre la teoría marxista y la práctica socialista
101	La formulación del problema por parte de Rosa Luxemburg
103	El capitalismo y el Estado de clases
106	El Estado burgués como muro entre capitalismo y socialismo
109	La política socialista en el Estado burgués

113	La lucha por la democratización de la democracia y la cuestión en torno de la violencia
116	Un resumen
119	6. La era eléctrica de lo repentino: la Revolución Rusa de 1905 como punto de inflexión
119	Huelga general, debate sobre la organización y el liderazgo político: enfoques de un nuevo concepto
128	La primera Revolución Rusa – una lección de la historia
136	La derrota como camino hacia la victoria
138	Libertad para el enemigo
141	7. A la defensiva (1907-1917)
141	El SPD en la encrucijada
144	Contra el “soloparlamentarismo”
152	El estallido de la Primera Guerra Mundial
159	8. La era imperialista y la acumulación del capital
159	Antecedentes de la teoría de la acumulación de Luxemburg
164	La sociedad como organismo cultural
166	El capitalismo como una forma imposible del mundo
175	Fundamentación político-económica de una nueva estrategia
179	9. El ensayo <i>Sobre la Revolución Rusa de 1918:</i> una sinfonía del socialismo democrático
183	Primer y cuarto movimientos de la sinfonía de Luxemburg
186	Su crítica a los bolcheviques: muy poco socialismo, muy poca democracia
189	La esperada armonía de los contrapuntos: socialismo y libertad
193	10. Entre la socialdemocracia y los bolcheviques
203	La Revolución en Rusia: una estrategia alternativa
207	Cómo los bolcheviques “ganaron” la Revolución y las pesadillas de Luxemburg se hicieron realidad
217	11. La Revolución de Noviembre. Hacia un nuevo comienzo
217	El socialismo como tarea cotidiana
227	La renovación programática y la fundación del KPD
241	12. Despreciada, admirada, ¿pero también indispensable?
255	Bibliografía

*La libertad sin igualdad es explotación.
La igualdad sin libertad es represión.
La solidaridad es la fuente de la libertad y la igualdad.*

El comunismo [...], al diablo con su práctica real, pero que dios lo conserve para nosotros como una amenaza permanente sobre las cabezas de aquéllos en poder de los bienes, quienes con el fin de conservarlos y con la convicción de que la vida no es el bien más alto, quieren arrastrar a los demás seres humanos hacia los frentes del hambre y del honor patriótico. Que lo conserve dios para nosotros, para que estos canallas que ya no conocen límites en su arrogancia no se vuelvan aún más arrogantes, para que este círculo con derecho exclusivo al goce, que cree que la humanidad a su servicio recibe suficiente amor con que le contagie la sífilis, se vaya a la cama al menos con una visión de pesadilla. Para que al menos se les quiten las ganas de predicar la moral a sus víctimas, y el humor para burlarse de ellas.

Karl Kraus (1920a: 5)

El alma [de Luxemburg] en lo más profundamente ecuánime, no conocía divisiones ni paredes. Para ella el mundo era un proceso vivo de gestación, en el cual la fuerza mecánica y los tanques de oxígeno no pueden sustituir el actuar de la naturaleza, donde la lucha, el esfuerzo, el anhelo de los seres humanos, donde la gran batalla, que incumbe al individuo, a los géneros, a los estamentos, a las clases, es la expresión de la gestación. Por ende, no quería que nadie luchara en este mundo, que nadie dejara que todo se diera por sí mismo; quería la lucha más viva posible, porque ésta es la expresión más vivaz de la gestación.

Paul Levi (1969: 130)



A sus 12 años.

PRESENTACIÓN DE ESTA EDICIÓN

La "formidable contradicción" como proceso emancipador

¿Podemos seguir aprendiendo hoy de la revolucionaria marxista Rosa Luxemburg a más de cien años de su asesinato, el 15 de enero de 1919? Sin duda alguna. Mas no en el sentido de recetas prefabricadas, sino como fuente de inspiración. La biografía de Rosa Luxemburg escrita por Michael Brie y Jörn Schütrumpf constituye un venero de información. En ella, entretienen su vida y obra, ofreciéndonos la oportunidad de analizar sus escritos fundamentales, como *La acumulación del capital*, la *Anticrítica*, sus deliberaciones sobre la *realpolitik revolucionaria* y la *Revolución Rusa*. Pero, sobre todo, nos permiten comprender su actitud política en la lucha cotidiana por un mundo más justo y no capitalista.

Rosa Luxemburg estaba convencida de que los cambios revolucionarios duraderos y la justicia social sólo eran posibles si la mayoría oprimida era capaz de ejercer la solidaridad y de emprender acciones emancipadoras que les permitieran tomar sus vidas en sus propias manos. Para la internacionalista convencida, la solidaridad debía ser integral: independiente de las fronteras, las nacionalidades y el género. Consideraba necesaria la organización, pero desconfiaba de los órdenes jerárquicos permanentes, que en su opinión impedían la emancipación de las masas. Para ella, la crítica, la autocrítica e incluso el fracaso formaban parte de un proceso emancipador: "experimento, por cierto, como siempre en la vida, una formidable contradicción con lo que hago", decía Luxemburg sobre sí misma con cierta ironía.

No consideraba el capitalismo, la guerra imperialista y las políticas coloniales exclusivamente como un problema económico, sino como una amenaza para la civilización humana como tal. Hace más de 100 años, escribió con clarividencia: "La esencia más íntima, el núcleo,

todo el significado y el contenido de la política imperialista de los Estados capitalistas es el progresivo e incesante despedazamiento de todos los países y pueblos no capitalistas, que el capitalismo devora y digiere gradualmente". Esta apreciación no podría ser más actual.

Para Rosa Luxemburg, la única alternativa al socialismo era la barbarie y en esta búsqueda, sin embargo, las preguntas le resultaban a menudo más importantes que las respuestas, rígidas e inalterables. En su mundo socialista cabían muchos mundos, donde no resultaban menores el de la naturaleza, el arte y la amistad.

Con esta traducción al español, la oficina RLS en México espera contribuir —junto al trabajo que realizan las otras tres oficinas en Latinoamérica: Región Andina, Brasil y Paraguay, Cono Sur— a los debates actuales de las izquierdas en la región y a entrar en diálogo con otras aproximaciones y lecturas sobre Rosa.

—Gerold Schmidt, Ciudad de México.

PRÓLOGO

La izquierda política sólo en contadas ocasiones ha sabido presentar sus ideas abstractas sobre la libertad y la emancipación, tanto del individuo como de la sociedad, en una forma tal que resultaran comprensibles y, sobre todo, atractivas para las personas menos politizadas. Frecuentemente, la izquierda intentó compensar este defecto evocando los testimonios de héroes de la libertad de un pasado remoto, para que le confirmaran sus propias intenciones.

Recordemos a Espartaco, que en 1916 se convirtió por casualidad en el padrino del movimiento revolucionario dirigido por Rosa Luxemburg, Leo Jogiches, Franz Mehring y Karl Liebknecht; a los hermanos Graco, Thomas Müntzer y Tommaso Campanella, a Jacques Roux, Gracchus Babeuf, Robert Owen, Friedrich Engels, Mikhail Bakunin, Ferdinand Lassalle y Piotr Kropotkin. Más tarde también se hizo referencia a personas contemporáneas: August Bebel y Clara Zetkin, Vladimir Ilich Lenin y Augusto César Sandino, León Trotsky, Iósif Stalin y Mao Tse-Tung, Patrice Lumumba, Ho Chi Minh y Frantz Fanon. Sin embargo, si actualmente uno participa en una manifestación, no importa en qué lugar del mundo, queda poca presencia visible de todos ellos.

Salvo algunas excepciones, uno que casi siempre forma parte del conjunto pero que en cierto modo flota por encima de todo y, por tanto, a quien frecuentemente no se le menciona explícitamente, es un judío alemán de la ciudad de Tréveris: Karl Marx. Junto a él quedan sólo otras tres personas cuyas imágenes se muestran en casi todo lugar: la de una judía polaca, asesinada en Alemania; la de un argentino, que junto con su compañera alemana cayó en 1967 en Bolivia en las garras de sus asesinos; y la de un italiano, al que Benito Mussolini liberó en

1937, después de varios años de encierro, para que muriera fuera de la cárcel: Rosa Luxemburg, Ernesto *Che* Guevara y Antonio Gramsci.

Esta tercia no sólo personifican esa congruencia poco común entre la palabra y la acción, también un pensamiento propio que no se sometió a ninguna doctrina, y menos a algún aparato. Y los tres pagaron sus convicciones con la vida, aunque no fueron los enemigos de su propio bando sino los del bando contrario quienes los mataron, lo cual de ninguna manera era la regla en el siglo XX.

Adicionalmente, Luxemburg y Gramsci tienen todavía otra cosa en común: nunca se encontraron en una situación en la que tuvieran la obligación de ejercer el poder del Estado, o que sus manos o nombres quedaran manchados por participar en un régimen dictatorial o incluso totalitario. La socialdemócrata y —no del todo voluntaria— cofundadora del Partido Comunista de Alemania, Rosa Luxemburg, ya no vivió el ascenso de Stalin; en enero de 1919 la derribó a culatazos un soldado de la Reichswehr y, como seguía viva, un oficial la remató de un tiro. El socialdemócrata y cofundador del Partido Comunista de Italia, Antonio Gramsci, fue encarcelado en su patria a partir de 1926, hasta que enfermó de muerte. Sólo Ernesto *Che* Guevara fue, durante un tiempo, líder político en el gobierno de la Cuba revolucionaria; sin embargo, como el guerrillero que era, no aguantó mucho en esta posición.

El *Che* sigue avivando hasta el hoy la imaginación de la juventud, Gramsci impresiona desde hace décadas sobre todo a intelectuales y, sin embargo, de Luxemburg, la más multifacética de esta tercia, la mayoría sólo conoce su nombre y su destino, pero no su pensamiento ni su obra. Y si los conocen, es casi siempre en forma de caricatura.

El socialismo del siglo XX, tan lastrado por la traición y difamación, la degradación y la interdicción, la tortura y el asesinato, es como una pesadilla que se superpone a las mentes de los vivos, pero a la vez ofrece oportunidades que muchas veces se pasan por alto. Hoy en día, y a diferencia de la época previa a 1917, el socialismo ya no es una vaga idea. Existen 70 años de práctica, de los cuales no solamente podemos aprender cómo se logra desacreditar la idea de socialismo de manera persistente, sino también lo que de ninguna manera es el socialismo. A la vez es posible tener una mayor claridad de lo que podría y debería ser.

Cierto, es una pesadilla, pero una que se puede transformar en algo productivo: para aquéllos que insisten en el imperativo de “*echar por tierra todas las relaciones* en que el hombre sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciable” (MEW vol. 1: 385; traducción de Wenceslao Roces en Marx y Engels, *La sagrada familia*: 10, Grijalbo, México, 1967). No importa cómo se posicione la izquierda política ante setenta años de práctica del “socialismo real”; la izquierda, es decir la

izquierda en su totalidad, no puede ignorar el Gulag, el muro de Berlín y el alambre de púas. Por lo menos mientras no entienda que una pesadilla sólo se disuelve mediante la confrontación sistemática y permanente con sus contenidos específicos, pero nunca a través de la supresión. No es suficiente saber qué pasó, en ese sentido los historiadores han resuelto estas preguntas desde hace mucho, se trata del por qué y del cómo, y no solamente de quién, qué y cuándo.

En vez de establecer nuevos estándares —que derivan de la experiencia de los años en el poder y de la locura del poder, y con el fin de usarlos como orientación para cada paso y cada decisión propios, y así llegar paulatinamente a una nueva concepción del socialismo—, la izquierda política trata a sus antepasados muchas veces como parientes pobres, que le causan simplemente vergüenza, sin comprender que así se renuncia a la única oportunidad real existente. No para obtener la absolución, sino para abrir un camino que lleve a una sociedad poscapitalista. Al apostar cómodamente al olvido histórico, uno queda en todo caso como prisionero del pasado y, en vez de convertirse en analista, se convierte en caso para el análisis.

El socialismo de siglo XX sirve a todas las fuerzas políticas salvo a una: la izquierda política. Por tanto, ésta es la única fuerza que tiene el interés de guiar finalmente hacia el siglo XXI a una sociedad que, en términos políticos, se quedó en el siglo XX. En última instancia, esto se debe hacer también para reencontrarse con sus antiguas virtudes, que fueron despojadas de cualquier sentido en los sótanos de la tortura y por las puestas en escena de los congresos de partido: con la honestidad frente a la acción propia en el pasado y presente; con la sinceridad del propio pensamiento, particularmente cuando se vuelve incómodo; con la decencia, también y sobre todo, frente al adversario. En todo caso, con la astucia se pueden construir dictaduras, pero ésta nunca bastará para emanciparse de la explotación y la opresión.

A Rosa Luxemburg todo eso no le hubiera pasado. La pequeña polaca de Zamość se habría librado desde un principio de esta pesadilla, pues ya en 1917/18 se contó entre los primeros que buscaron analizar la catástrofe en ciernes, en sus trabajos sobre la Revolución Rusa.

Este libro aspira a despertar el interés por Rosa Luxemburg y su obra, por una de las más extraordinarias personas que se haya involucrado en la izquierda europea; por una mujer que rechazaba un trato preferencial por su género, porque sabía que tal actitud únicamente apuntaba a legitimar la negación de la igualdad; por una pensadora que pretendía la equidad en el marco de la libertad y solidaridad, sin enfrentarlas entre sí; por una mujer que reunía mucho de lo que hoy en día la izquierda tiene que reaprender. Por lo tanto, es obligado que

en este libro la propia Rosa Luxemburg tome la palabra una y otra vez mediante extensas citas.

A nuestro parecer, es en el conjunto contradictorio de la obra de Luxemburg donde se encuentra la verdad, no en una u otra de sus frases en específico. Y esta verdad es concreta, se confronta con las contradicciones reales, está empapada de ellas. Luxemburg quería generar una capacidad de acción emancipadora en tiempos cada vez más tenebrosos. Al hacerlo, luchaba contra la impotencia y la desesperación, mostraba dónde surgían las posibilidades para que obreras y obreros, las masas, como ella decía, tomaran sus asuntos en sus propias manos, actuaran a favor de su propio interés, partiendo de su propia comprensión, con formas de organización que ellas y ellos mismos hubieran construido. La verdad concreta también incluye que la férrea voluntad de Luxemburg de fomentar la emancipación solidaria también revela las ataduras que representan las formas obsoletas de pensar y comportarse, las estructuras organizativas y los aspectos culturales. Queda claro lo difícil que es crear nuevas condiciones. Su propio y último gran esfuerzo, la fundación del Partido Comunista de Alemania, lo atestigua.

Rosa Luxemburg no fue una teórica como Karl Marx ni líder partidista como August Bebel o Vladimir Ilich Lenin, ella trascendió sobre todo en el ámbito periodístico y como oradora. Como declaró en un congreso del Partido Socialdemócrata de Alemania, el SPD: “el único medio de violencia que nos llevará a la victoria, es la instrucción socialista de la clase obrera en la lucha cotidiana” (GW 1.1: 239) Por cierto, legó obras científicas como su tesis doctoral y sus textos económicos. También estuvo activa como líder partidista en la socialdemocracia polaca y se convirtió en cofundadora del Partido Comunista de Alemania (KPD) a finales de 1918. Sin embargo, la prioridad de su trabajo consistía en la palabra escrita y pronunciada, dirigida a obreras y obreros. Es a ellas y ellos a quienes quería llegar directamente, empujarles a la acción propia, ayudarles para estar a la altura de su época. A este afán correspondía también su concepción del liderazgo: expresa la forma en que se veía a sí misma al decir que no debería ser la misión de un partido socialista iniciar la actuación de las masas dándoles una orden. “El deber consiste sólo en ‘pronunciar en todo momento lo que ocurre’ [citaba una y otra vez estas palabras de Ferdinand Lasalle], es decir, explicarles a las masas de forma transparente e insistente su misión en un momento histórico dado y proclamar los lemas que la situación requiere” (GW 4: 289). Añadió: “La preocupación de si, y cuándo, eso va acompañado por el levantamiento revolucionario de masas, el socialismo debe dejársela, tranquilamente, a la propia historia” (*ibid.*).

La vida de Rosa Luxemburg tuvo a un abrupto final. Se convirtió en víctima de fuerzas protofascistas que la dirección derechista del SPD azuzó contra los espartaquistas. En ese momento no había cumplido 48 años aún, no pudo consumir su vida ni su obra. Quedó inconclusa su búsqueda de una alternativa democrática, emancipadora y socialista al imperialismo, al colonialismo y a la guerra. En el momento de la hostil división entre la socialdemocracia y el comunismo bolchevique, la opción socialista a ambos polos del movimiento obrero perdió a su protagonista más importante y poderosa.

En este libro intentamos reconstruir los planteamientos más importantes por los que propugnaba Rosa Luxemburg. Comenzamos con una mirada a la obra más importante de Luxemburg: su propia vida, marcada por el objetivo de cambiar el mundo diciendo la verdad. En seguida, recapitulamos la evaluación que Luxemburg hizo desde la cárcel en 1918, durante la Revolución de Noviembre alemana, acerca del marxismo de la Segunda Internacional y su fracaso en la Primera Guerra Mundial; y, miramos en retrospectiva su transformación en marxista casi 30 años atrás, en Suiza. Partiendo de ahí, se presenta el desarrollo de su concepto de la *realpolitik* revolucionaria en el marco del marxismo de la Segunda Internacional y se muestra cómo la primera Revolución Rusa de 1905 desafió todas las certezas existentes. Este fue el parteaguas en la transición hacia una nueva estrategia ofensiva de la acción de masas, que fracasó en Alemania debido a la resistencia de la dirección del SPD. Rosa Luxemburg comprendió al mismo tiempo que la obra político-económica de Marx tenía limitaciones para entender el nuevo marco de acción que representaba la era imperialista. Inició una nueva fundamentación de la teoría revolucionaria que quedó inconclusa. La política de los bolcheviques victoriosos fue el mayor desafío para ella, porque a sus ojos destruía las condiciones básicas de la liberación en nombre de la propia liberación. Los últimos dos meses y medio de su vida, Rosa Luxemburg los dedicó entera y exclusivamente a la renovación de la izquierda emancipadora en tiempos de revolución. Por último, en este libro esbozamos algunos elementos centrales del historial de la recepción de la vida y la obra de Rosa Luxemburg.

Rosa Luxemburg sigue siendo, ante todo, una provocación. La obra de su vida se caracterizó por abordar las contradicciones de la emancipación con la máxima determinación. Con fuerza y también con placer puso a prueba todas las manifestaciones intelectuales, políticas y económicas de su época para ver hasta qué punto apuntaban a un desarrollo solidario de "la humanidad más generosa". De ahí surgió su irrefrenable energía revolucionaria y, al mismo tiempo, su

deseo de mantenerse siempre fiel a sí misma, de nunca perderse ni traicionarse a sí misma en la “causa” revolucionaria.

Johann Wolfgang von Goethe, a quien ella admiraba, había escrito: “*Si quieres dirigirte a lo infinito, basta con que marches hacia todas partes en lo finito*”. Esto es lo que hizo Rosa Luxemburg, hasta que asesinos con uniforme alemán le pusieron un alto. Con este libro queremos, sobre todo, facilitar el acercamiento a la propia Rosa Luxemburg. En unos tiempos, en los que se intensifican las tendencias hacia una creciente barbarie, adquiere un nuevo significado su postura a favor de un socialismo democrático basado en la convivencia solidaria de las personas entre sí y con la naturaleza. Este libro se basa en tres publicaciones anteriores de los dos autores (Brie 2011, 2018; Schütrumpf 2018a) que se han reunido y ampliado en el texto presente. De esta manera, pretendemos facilitar un panorama más completo de la obra de Rosa Luxemburg.

Los escritos y obras se citan por sus siglas en alemán: de Rosa Luxemburg mencionaremos sus Obras Completas como GW y las Cartas Completas como GB, ambas publicadas por la editorial Karl-Dietz-Verlag, de Berlín. Los escritos de Marx y Engels, así como de Lenin, se citan con base en la respectiva edición de la obra, todas también publicadas por Karl-Dietz. Igualmente son de gran importancia los escritos en polaco de 1904 a 1908 de Luxemburg, editados y traducidos por Holger Politt bajo el título *Arbeiterrevolution 1905/06* o AR (Revolución obrera 1905 /06) publicados en 2015 por Karl-Dietz y que están relacionados con la revolución de 1905 en el Imperio zarista, así como el texto de Luxemburg *Nationalitätenfrage und Autonomie* o NA (La nacionalidad y la autonomía) de 1908/09. Todas las citas se han adaptado a la nueva ortografía alemana. Hemos prescindido de un índice detallado de las personas mencionadas. Para ello, remitimos a las ediciones citadas de las obras de Rosa Luxemburg, donde puede encontrarse más información.

— Michael Brie y Jörn Schütrumpf, enero de 2021.

CAPÍTULO 1

¡Muéstranos el milagro! ¿Dónde está tu milagro?

*Una vez me preguntaste qué echo de menos: en el fondo
¡la vida! (GB1: 159).*

Rosa Luxemburg fue una botánica entusiasta. No sólo estudió biología en Zúrich antes de dedicarse a las ciencias sociales y las humanidades, no, toda su vida estuvo marcada por la atracción que la naturaleza libre ejerció sobre ella. Las metáforas de paisajes silvestres y de la fuerza vital (véase al respecto su maravilloso herbario, Luxemburg 2016) permean su obra. Las visiones que Luxemburg tiene del socialismo están prestadas de la naturaleza: del mundo de los animales y de las plantas, de las montañas y de los ríos indomables. Incluso ella misma, su pensamiento y su actuar, cien años después de su muerte, evaden la fría clasificación y la asignación que petrifica. Rosa Luxemburg no tiene lugar ni en los jardines de la historia de las ideas del marxismo-leninismo, con su orden geométrico, ni en los bonitos paisajes ajardinados de un liberalismo trivial. La herencia de Rosa Luxemburg es como la naturaleza silvestre. Eso perturba, porque se opone con vitalidad a todas las reglas rígidas. La herencia de Luxemburg prolifera una y otra vez y rompe incluso los sarcófagos más duros, cada vez que las personas salen de las carcasas de su servidumbre.¹ Pero, ¿en qué reside precisamente la fuerza explosiva de su obra?

Muchos políticos pueden reducirse a *un solo* concepto, pero Luxemburg es todo un mundo de contradicciones vividas. A pesar de que

¹ De por sí se aplica lo que escribió Peter Weiss: “Los empedernidos, inmóviles e inamovibles curadores de una ideología siempre se ubican por el lado de los reaccionarios; sin importar a qué bloque se autoasignen, su actitud aparentemente consecuente y militante no sirve a otra cosa que a la conservación de un ideario obsoleto, necrótico” (citado en Gioia 1989: 9). N.d.T.: “Gehäusen ihrer Hörigkeit” (carcasas de su servidumbre) es un término introducido por el sociólogo Max Weber.

blindaba cuidadosamente su vida personal y salvaguardaba sus espacios libres hasta en pequeños detalles, esa vida y su activismo político fueron nada más dos caras de una misma vida, vivida en plenitud. La relación de Luxemburg con el mundo y consigo misma forman un conjunto inseparable. Una y otra vez estuvo dispuesta a sacrificar su vida: como estudiante de preparatoria, después en la Revolución Rusa de 1905/06, en las cárceles rusas y alemanas y luego en la Revolución de Noviembre. Además, gozaba la vida; entre más años cumplía, más consciente e intensamente lo hacía. Quien quiera entender a Luxemburg, además de sus obras debe leer sus cartas. No son un mero complemento de sus artículos y libros, sino que están a la altura de ellos. Para Karl Kraus, las cartas que Luxemburg escribió en la cárcel son un “documento único de humanidad y poesía en el mundo de habla alemana” (Kraus 1920b: 5). Sólo en estas cartas queda claro lo que significaba para ella una vida plena como socialista. La interrelación entre los escritos políticos y teóricos, por un lado, y las cartas de Luxemburg, por otro, reflejan las tensiones de su vida. Y quien no haya entendido esto, no ha entendido nada de Luxemburg. Su vida no puede valorarse sólo por sus obras: no fundó un Estado como Lenin ni escribió una obra milenaria como *El Capital* de Marx. Su impacto político fue limitado y sus escritos económicos son significativos, pero están en la misma categoría de los escritos de varios de sus contemporáneos marxistas.

Si se valora a Luxemburg por lo que su obra ha logrado en lo inmediato, se pierde su verdadera importancia perdurable, pues hay algo que eleva a Luxemburg: su vida misma. La “obra principal” de Luxemburg, y no sólo su obra filosófica, es “la vida ejemplar que llevaba” (Caysa 2017: 38). El genio de Luxemburg se expresaba en esta vida, que era a la vez altamente política y muy personal, interviniendo en la práctica y reflexionando teóricamente con determinación existencial. Ella se acercaba a las masas como periodista y oradora dotada, y también se refugiaba completamente en sí misma, en la pintura, en la música, en las plantas y en los animales. Una y otra vez se sumergía “de la mañana a la noche sin hacer otra cosa”: en la escritura, la pintura, la botánica. Entonces se encontraba en un estado parecido al delirio (GB 5: 74, 234). Y poco después, corría a toda prisa de un mitin a otro. No se trataba de una coexistencia, sino que los polos formaban opuestos intensamente vividos que se modificaban mutuamente. Ella misma lo sabía: “Experimento, por cierto, como siempre en la vida, una formidable contradicción con lo que hago” (GB 5: 28). Como escribió Walter Jens, ella intentó vivir una existencia “en la que la persona privada y el *Zoon politikon* resultaran en un ser armonioso, caracterizado por la

identidad propia y una relación abierta con el mundo” (Jens 1995: 13). Rosa Luxemburg vivía el socialismo como un movimiento solidario-emancipador, donde cambiar el mundo y cambiarse a sí misma formaban una unidad de una manera que sigue siendo ejemplar.

En noviembre de 1918, recién salida de la cárcel, abogó en un artículo por la abrogación inmediata de la pena de muerte y escribió:

La sangre ha corrido a raudales durante los cuatro años de genocidio imperialista, han sido arroyos. Ahora hay que guardar cada gota del preciado jugo con reverencia en cuencos de cristal. La determinación revolucionaria más desconsiderada y la humanidad más generosa: sólo esto es el verdadero aliento del socialismo. Tenemos que revolucionar un mundo, pero cada lágrima que ha fluido, aunque hubiera sido posible secarla, es una acusación; y una persona que se apresura a una acción importante y que pisotea a un pobre gusano, por un bruto descuido, comete un crimen (GW 4: 406).

Esta doble exigencia al socialismo —determinación y humanidad—, era sobre todo una autoexigencia vivida. Escribiendo sobre el socialismo escribía al mismo tiempo sobre ella misma.

El carisma persistente que sigue irradiando Rosa Luxemburg se debe, sobre todo, a su vida como tal, al empoderamiento de vivirla, que ella misma logró con gran determinación y aún mayor tenacidad. Se supone que el filósofo griego Heráclito dijo que es el carácter de las personas el que, como “demonio”, define si las personas llevan vidas plenas o fallidas (Heráclito 2011: 325). A continuación, queremos esbozar los contornos de la manera de vivir de Rosa Luxemburg para circunscribir su “demonio”, aunque sea sólo con palabras clave. Porque es precisamente en este caso donde estaría fuera de lugar cualquier intento por hacer una presentación completa.

Al leer los escritos políticos y teóricos de Luxemburg, hay que adentrarse en el lenguaje del marxismo de la Segunda Internacional, hoy en gran parte muerto. Muchos conceptos clave ya no tienen un equivalente actual o hay que reconstruirlo primero. Es de otra época la naturalidad con la que Luxemburg hablaba de clase obrera o proletariado, de reforma y revolución, de partido y socialismo. Pero si penetramos este lenguaje, entonces desciframos la realidad de la vida que hay detrás, y puede descubrirse la razón perdurable de su carisma vigente durante todo un siglo: su relación empática con el mundo. Buscaba un ente interlocutor en todo y le hablaba al mundo de Tú. El poder de esta alocución resultaba de la fuerza de su propia personalidad, de su “alma”. A Jogiches le había comentado en una carta de 1899:

Especialmente el modo de escribir no me satisface, siento que “en mi alma” está madurando una manera original completamente nueva, que no hace caso de las fórmulas y las expresiones comunes y las rompe, por supuesto sólo por la fuerza del espíritu y la convicción. Siento la necesidad de escribir de tal manera que tenga el efecto de un rayo sobre la gente, que llegue a su cabeza no por el *pathos*, por supuesto, sino por la amplitud de criterios, el poder de la convicción y la fuerza de expresión (GB 1: 307).

Rosa Luxemburg no fue un estratega como Lenin, ni un organizador como Trotsky, ni un teórico como Kautsky, ni un escéptico como Bernstein, ni un intelectual orgánico como Gramsci, sino —enteramente en el sentido del Antiguo Testamento y, sin embargo, de manera muy moderna— una profetisa, una “guía que mostró cómo salir de la casa de los esclavos” (Veerkamp 2013: 53). Evocó la unidad inseparable de la libertad y la igualdad, de la autodeterminación y la solidaridad, de la compasión y la acción que interviene. Al leer *Emanuel Quint* de Gerhard Hauptmann, se encontró a sí misma, como escribió:

¿Conoce los cuadros de Cristo, de Hans Thoma? En este libro presencié esa visión de Cristo mientras camina, esbelto y envuelto en una luz rojiza por entre trigales maduros, con suaves ondas púrpuras que fluyen a derecha e izquierda de su oscura figura sobre las espigas plateadas. Entre otros problemas innumerables, se apoderó de mí uno cuya representación no había encontrado en ningún otro lugar y que percibo de manera tan profunda desde mi propia vida: la tragedia del ser humano que predica a la multitud y siente cómo cada palabra se embrutece y se petrifica en el mismo instante en que sale de su boca y se convierte en una imagen distorsionada en las mentes de los oyentes; y es esta imagen distorsionada de su persona la que cimenta la idea sobre el predicador, quien finalmente queda rodeado por sus furiosos discípulos en medio de un crudo ruido: ¡Muéstranos el milagro! Así nos lo enseñaste ¿Dónde está tu milagro? (GB 5: 185).

Luxemburg entabló relaciones vivas con lo que pudo identificar como un Tú que se correspondía con su manera de ser. Por lo tanto, su Yo y su actuar, su Ser y su obra, su personalidad y su impacto formaban una unidad inseparable. No desaparecía tras este conjunto, no se subordinaba a él, ni se fundía con él, sino que vivía las contradicciones. Buscaba en la realidad lo que se correspondía con ella misma: el deseo de transformar el mundo, con la cabeza en alto, en un mundo más humano; la radicalidad de apostar a la emancipación completa; el amor que se

apodera del otro por completo y en lo más íntimo de su ser; la belleza inherente a cada hoja, cada canto de pájaro, cada eufonía; la idea que revela una nueva visión del mundo. Lo que así respondía a su evocación, ella lo veía, era un Tú para ella, un ente interlocutor. Todo lo que no le respondía como un Tú le resultaba inaccesible, eran sombras de un mundo condenado al ocaso. Si algo no le parecía vivo y completamente verdadero, lo rechazaba. En sus cartas hay comentarios como el siguiente por doquier: “Me causa terror el contacto con los seres humanos. Sólo quisiera vivir entre animales” (GB 3: 85). No quería que su Yo se perdiera en el contacto con el mundo exterior (GB 2: 290) Durante la guerra, escribió desde la cárcel: “En lo que a mí se refiere, y eso que nunca he sido blanda, últimamente me he vuelto tan dura como el acero pulido y ya no haré la menor concesión, ni en lo político ni en el trato personal” (GB 5: 151).

Y, al mismo tiempo, estaba su otra cara, la de la máxima vulnerabilidad. Ésta queda expuesta en la carta que le escribió a su amigo Hans Diefenbach el 30 de marzo de 1917:

En medio de mi bello equilibrio construido con tanto esfuerzo, ayer, antes de dormirme, volvió a apoderarse de mí una desesperación mucho más negra que la noche. Y hoy todavía es un día gris, en lugar del sol, un viento frío del este [...]. Me siento como un abejorro congelado; ¿ha encontrado alguna vez un abejorro así en el jardín en la primera mañana helada de otoño, tumbado de espaldas en el pasto, totalmente helado, como muerto, con las patitas recogidas y el fino vello cubierto de escarcha? Sólo cuando el sol lo calienta por completo, las patitas comienzan a agitarse lentamente y a estirarse, luego el cuerpecito se da vuelta y finalmente se eleva torpemente en el aire con un zumbido. Siempre fue mi tarea arrodillarme junto a esos abejorros congelados y revivirlos con el cálido aliento de mi boca. ¡Si tan sólo el sol me despertara, pobre de mí, de este frío mortal! (GB 5: 195).

El principio máximo de Luxemburg era: “Ser siempre yo misma, sin considerar el entorno ni a los demás”. Añadió: “Soy [...] idealista y quiero seguir siéndolo, tanto en el movimiento alemán como en el polaco” (GB 1: 323). Buscaba en los otros y en el mundo lo que se correspondía con su ser más íntimo. Cuando hablaba con empatía del socialismo, del ingenio elemental de los seres humanos que se han movilizado, de lo que tiene que hacer un partido político, de las sociedades precapitalistas o poscapitalistas, siempre lo abordaba desde un aspecto que le entusiasmaba y que encontraba eco en ella misma.

Cuando escribía sobre la muerte en un asilo de pobres, sobre las víctimas del colonialismo o de la guerra, sobre un búfalo golpeado, expresaba al mismo tiempo su propio sufrimiento. Reflejaba el mundo y se reflejaba a sí misma en el mundo. No había muros de protección o paredes divisorias entre ella y el mundo. De esta inmediatez derivó su inmensa fuerza, y su debilidad. Es imperativo reconocer también los límites de su pensamiento, que resultan de esto. Su incondicionalidad se topó con el mundo real de lo condicionado. La “coherencia de su ser” era la coherencia de los opuestos, sobre todo “la coherencia entre su ilimitada compasión, su profunda humanidad y su agudo intelecto, que penetraba todo y lo desmenuzaba críticamente” (Roland-Holst 1937: 41).

En Zúrich, Rosa Luxemburg se había convertido en marxista, en un inicio, no libre de rasgos ortodoxos. Sin embargo, nunca corrió el riesgo de acabar en la torre de marfil. Su espíritu inquieto y su temperamento, ambos nutridos por una insaciable avidez de vida, la libraban de ello. Pronto encontró la forma adecuada de expresarse en sus obras escritas: la polémica. A la distancia de cien años, se puede decir: Rosa Luxemburg ha pasado a la literatura mundial como una de las más brillantes polemistas. No sólo en su época casi nadie pudo hacerle sombra. Debido a su distintivo carácter polémico, sus escritos, la mayoría de los cuales fueron redactados para abordar asuntos de actualidad, a menudo han permanecido increíblemente frescos. Lo que Kurt Tucholsky logró para la sátira política del siglo XX, Rosa Luxemburg lo consiguió en la polémica política con una mano aparentemente ligera, pero en última instancia muy disciplinada.

Fue también en Zúrich donde Luxemburg conoció a Leo Jogiches. La relación política entre ellos era simbiótica. A través de sus estudios en la Universidad de Zúrich y gracias a que se movía en los diversos círculos de emigrantes en Suiza, Rosa Luxemburg se convirtió en pocos años en una marxista excepcionalmente culta. No sólo fue considerada muy pronto como la teórica —según los usos de la época, por supuesto, como *el teórico*— de la Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania (SDKPiL, por sus siglas en alemán), sino que, efectivamente, tenía las capacidades teóricas de una científica de primera línea, lo que demostró más tarde con su propia teoría de la acumulación (1913). Sin embargo, la teoría en sí misma le interesaba poco. A pesar de que ya escribía y publicaba mucho, mientras que todavía estaba terminando sus estudios, la mayor parte de sus textos eran de periodismo político: dedicados a la acción, no a la teoría. Quería impactar, cambiar, sacudir a la gente. Pero, durante muchos años, no fue ella quien estableció las prioridades políticas, sino Leo Jogiches. Clara Zetkin, que fue cercana a ambos durante mucho tiempo, escribió en retrospectiva: “Él era su

conciencia teórica y práctica, siempre vigilante" (citado en Roland-Holst 1937: 21).

Leo Jogiches —cuatro años mayor que Rosa Luxemburg— era el retoño de una acaudalada familia judía de Vilna (Vilnius), y ya había pasado años en el trabajo conspirativo en Lituania y varios meses en prisión; también había desertado del ejército ruso. Jogiches conoció a Rosa Luxemburg siendo ella estudiante de zoología, pero rápidamente la acercó a la economía nacional y a la política. No sólo se convirtió en el mentor de Rosa Luxemburg en cuestiones de socialismo, sino también en su primer compañero sentimental. No pocas veces fue su voz la que se expresaba a través de Rosa Luxemburg; sin ella, el hombre que se cohibía a la hora de escribir, cuya lengua materna además era el ruso, habría resultado inaudible, más aún en los países de habla polaca y alemana. Más tarde aprendió ambos idiomas, en parte gracias a Rosa Luxemburg. Cuando su relación amorosa, que nunca fue fácil, terminó alrededor de 1907, mantuvieron, sin embargo, un vínculo estrecho entre ellos, no sólo políticamente, aunque Rosa Luxemburg alguna vez tuvo que hacerse de un revólver para mantener a raya al amante rechazado que amenazaba con matarse y matarla a ella. Jogiches era muy culto, pero no era escritor y mucho menos un teórico. Fue un revolucionario de la acción, uno no sólo con autoridad sino también autoritario, lo que le valió, más allá del reconocimiento, también algunas enemistades, especialmente durante su juventud y que perduraron toda su vida. A los diecinueve años, Jogiches ya dominaba todas las facetas del conspirador solitario: desde la agitación ilegal, pasando por la producción de documentos falsos y llevar personas en peligro clandestinamente al extranjero, hasta las huelgas, que organizaba él solo. En 1887, incluso los responsables del asesinato del zar ruso Alejandro III, que se encontraban en apuros, acudieron al solitario de veinte años con la petición de trasladar a dos perseguidos al extranjero, una misión que Jogiches resolvió con profesionalismo. Treinta años después, durante la Primera Guerra Mundial, la organización de la lucha clandestina del grupo Espartaco contra la masacre entre las naciones recayó sobre sus hombros. Al igual que Rosa Luxemburg, cayó en manos de asesinos. Fue fusilado por la espalda en la prisión preventiva de Berlín-Moabit en marzo de 1919, dos meses después que Rosa Luxemburg.

No es de extrañar que muchos de sus oponentes hayan considerado a Luxemburg como intratable y que la acusaran en consecuencia; especialmente aquéllos que no estaban a la altura de su afilada pluma y su punzante lengua, que se hizo especialmente audible en los congresos partidarios del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD, por sus siglas en alemán). Sin embargo, algunos no sólo se vengaron de

ella denunciándola como mujer pendenciera, sino que intentaron humillarla abiertamente. La naturaleza no había sido precisamente generosa con Rosa Luxemburg: un metro cincuenta de estatura, una cabeza desproporcionadamente grande, una nariz larga y un defecto en la cadera que, sin embargo, lograba disimular la mayoría de las veces; todo eso ofreció a las mentes más simples, que no escasearon en ningún momento en la socialdemocracia, la opción de compensar su propia inferioridad con burlas baratas. Rosa Luxemburg, que sin duda sufría por todo esto, se protegía como podía mediante la autoironía. Explicó su preferencia por las criadas altas y fuertes —hace cien años, el trabajo doméstico aún requería una jornada completa— con el temor de que, de lo contrario, los visitantes pudieran tener la impresión de hallarse en una casa para enanos.

También, en cuanto a los hombres, prefería a aquéllos que no sólo tenían gran talla intelectual, sino también física. Sin embargo: Rosa Luxemburg fue deseada más de lo que ella deseó. En el contexto de una reunión del Buró de la Segunda Internacional (1907), se tomó una foto grupal: una radiante Rosa Luxemburg en el centro, enmarcada por varias docenas de hombres, en su mayoría mayores; una imagen con un aura extraña. Los hombres más jóvenes no estaban menos fascinados por ella. Salvo Leo Jogiches, todas sus parejas fueron más jóvenes: Kostja Zetkin (1885-1980), hijo de Clara Zetkin, 14 años menor; Paul Levi (1883-1930), 12 años menor; el médico Hans Diefenbach (1884-1917), 13 años menor.² En público, Rosa Luxemburg —aparte de su matrimonio de conveniencia, nunca estuvo casada y no tuvo hijos— siempre fue muy reservada en cuanto a su vida privada. En la Alemania guillermana, con su mojigatería, incluso una mujer que viajara sola se consideraba indecente, y más cuando actuaba como Rosa Luxemburg.

La doble moral imperante la indujo a no expresar públicamente todas sus opiniones: “En cuanto a la Señora von Stein, por cierto [...]: que Dios me perdone, pero era una turulata. Porque cuando Goethe la mandó a paseo, se comportó como una lavandera chillona, y yo sostengo mi opinión: el carácter de una mujer no se revela en el momento en que empieza el amor, sino cuando termina” (GB 5: 54).

Hasta qué punto Rosa Luxemburg se vio obligada a ser “discreta” lo demuestra el hecho de que su relación con Paul Levi sólo se conoció

² Diefenbach había abogado por Luxemburg cuando ella se encontraba en prisión preventiva y por ello —como lo hacían con muchos insumisos políticos, entre ellos los activistas del grupo Espartaco— lo habían enviado a la primera línea del frente de guerra, donde una granada francesa lo despedazó (según Clara Zetkin en una carta a Mathilde Jacob del 7 de noviembre de 1917; Zetkin 2016a: 355).

en 1983, muchas décadas después de la muerte de ambos, cuando la familia de éste hizo pública gran parte de su correspondencia con Rosa Luxemburg. Levi había sido su abogado poco antes de la guerra mundial, en el llamado juicio de Fráncfort por incitar a los soldados a la desobediencia en caso de que hubiera guerra. En 1919 le sucedió en la dirección del KPD. Levi y Luxemburg mantuvieron un breve pero intenso romance en 1914; la amistad y la confianza perduraron hasta la muerte de Rosa Luxemburg. Paul Levi salvó el legado de Luxemburg y en 1922, en medio de un hostigamiento feroz, editó la *Revolución Rusa*, la obra más citada y más incomprendida de Rosa Luxemburg con el famoso imperativo categórico, lanzado como lo más natural del mundo: la libertad es, siempre, la libertad de quienes piensan diferente.

“Refinada”, dijo Peter Nettl, uno de sus biógrafos más importantes, era la palabra que más sucintamente caracterizaba su posición ante la vida.

Mantenía sus relaciones personales tan pulcramente ordenadas como sus posesiones: Cada persona tenía su lugar fijo y sólo se le permitía acercarse cuando se le invitaba, e incluso entonces sólo un paso cada vez. Pero su relación con la gente no era rígida ni formal. En su círculo íntimo inspiraba una lealtad y una devoción que, si ella lo hubiera permitido, se habrían convertido por sí mismas en una especie de amor (Nettl 1967: 42).

Rosa Luxemburg no pertenecía al círculo interno del SPD, un grupo de hombres mayores o francamente viejos. Pero durante mucho tiempo gozó del especial respeto de August Bebel. Había conquistado su lugar en el partido durante la disputa con Eduard Bernstein a finales de la década de 1890. El copresidente del SPD, una persona honesta y, al mismo tiempo, un estratega que quería salvar del fracaso la obra de su vida, tenía buena disposición hacia la joven y a la vez la utilizaba para sus propios fines. Ella, por su parte, estaba honestamente embelesada por el viejo gran hombre. En una conferencia del partido en esos años, se le escapó públicamente un “August, te amo”. Él mismo escribió sobre ella en una carta, fijando los roles de género: “es una mujer muy inteligente, ha de tener los pantalones muy bien puestos” (citado en Krauß 1999: 27).

Cuando Rosa Luxemburg, haciéndose pasar por una supuesta periodista alemana, Anna Matschke, cayó en la trampa de la policía zarista en Varsovia en 1906, Bebel hizo todo lo posible para proteger su vida y pagar para que la sacaran de la cárcel. Sin embargo, ella rechazó su oferta, después de ser liberada, de ayudarla personalmente en lo

económico con fondos del comité ejecutivo del partido, al igual que rehusó la propuesta de pedir al canciller del Reich alemán una intervención diplomática ante los rusos para obtener su liberación. Ante todo, seguía siendo una *citoyenne*, una ciudadana en el sentido de la Revolución Francesa, segura de sí misma y empeñada en su libertad, una rareza en Alemania. Rechazó la gratitud que la obligaba a la dependencia. Para ello, estaba dispuesta a pagar un precio alto, a veces muy alto; una de sus amigas incluso opinaba que demasiado alto. Rosa Luxemburg odiaba esconderse. Sólo se sentía libre en la lucha abierta.

Luxemburg despreciaba la tibieza, pero precisamente ésta se había extendido entre los antiguos héroes de la época de las Leyes Antisocialistas. Un domingo a principios de 1907, Rosa Luxemburg y su vieja amiga de Stuttgart, Clara Zetkin, una decidida luchadora por la igualdad de la mujer, fueron invitadas a cenar en la casa familiar de Karl Kautsky. Las mujeres habían ido a dar un paseo y llegaron tarde. Por ello, el líder del partido SPD, August Bebel, que estaba presente, dijo en broma que los que esperaban ya temían lo peor. Si alguna vez les ocurriera un infortunio, dijo Rosa con mucha gracia, podrían escribir en su lápida: "Aquí descansan los dos últimos hombres de la socialdemocracia alemana".

Durante sus estudios en Zúrich, Rosa Luxemburg fue una de las cofundadoras de la Asociación Internacional de Mujeres Estudiantes, que existió entre 1895 y 1911. A diferencia de la antigua Asociación General de Mujeres Estudiantes de Zúrich (1887-1899), que exigía el sufragio activo de las mujeres en los asuntos universitarios, la Asociación Internacional exigía también el sufragio pasivo, es decir, la posibilidad de que las mujeres fueran elegidas para los órganos universitarios. La integrante más conocida entre las cofundadoras de la Asociación Internacional de Mujeres Estudiantes fue la fotógrafa Anita Augspurg, que tenía 14 años más que Rosa Luxemburg y que apenas había comenzado sus estudios universitarios a los 36 años, pero que obtuvo su doctorado antes que Rosa Luxemburg. Tras su regreso a Múnich, Augspurg no sólo participó en el movimiento sufragista y en el movimiento por la paz, sino que también se convirtió en defensora del movimiento lésbico internacional.

Entre el movimiento sufragista —representado, entre otras, por Anita Augspurg y Minna Cauer— y el ala anticapitalista-socialista del movimiento de mujeres estudiantiles y feministas que, influenciado por Clara Zetkin, también exigía la igualdad económica de las mujeres y al que se adhirió Rosa Luxemburg cuando era estudiante, surgieron repetidas tensiones que no se suavizaron hasta ya comenzada la Primera Guerra Mundial.

Después de trasladarse a Berlín y afiliarse al SPD, Rosa Luxemburg sólo se involucró con la mayor reticencia en cuestiones que trataban la igualdad de la mujer; pero no porque hubiera cambiado sus posiciones. Las mujeres, a las que se les negaba legalmente el derecho al voto y casi todos los derechos cívicos, vivieron el SPD como un espacio positivo y protector desde donde se podía llevar a cabo su lucha por la igualdad. Sin embargo, Rosa Luxemburg, que en un principio también quería impulsar el compromiso de la dirección del SPD en este campo, notó inmediatamente las desventajas. Esta división del trabajo entre hombres y mujeres solidificaba las estructuras patriarcales que caracterizaban a todas las organizaciones políticas de la época, incluido el SPD. Clara Zetkin —la jefa del movimiento europeo de mujeres socialistas, 14 años mayor que Rosa Luxemburg— hizo campaña durante toda su vida por la colaboración de Rosa Luxemburg en la revista feminista *Die Gleichheit* (La Igualdad). Pero Rosa Luxemburg rara vez cedió a la insistencia de Clara Zetkin. Rosa Luxemburg no se veía a sí misma como una política, sino como un político, en igualdad de condiciones con sus colegas masculinos. Para no poner esto en peligro, se contuvo al tratar en público el tema de los derechos de la mujer.

Las evasivas de Rosa Luxemburg no cambiaron la amistad entre ella y Clara Zetkin. Incluso cuando Luxemburg entabló una relación (1906/07-1912) con Kostja, hijo de Zetkin y 14 años menor que ella, la desavenencia entre las dos mujeres fue sólo temporal.

Desde el punto de vista político, el impacto que tenían tanto la mayor como la menor había cambiado poco después de haberse conocido. Clara Zetkin era la temperamental, una exitosa editora de una revista y una agitadora que fascinaba a las masas; Rosa Luxemburg, no exenta de temperamento y también con un talento para excitar a las multitudes en las salas, era mucho más analítica. Clara Zetkin —que no carecía de vanidad— nunca tuvo problemas en admitirlo. Incluso en medio de la Revolución de Noviembre de 1918, le escribió a Rosa Luxemburg:

Oh, Rosa, hay un sinfín de cuestiones de las que tendría que hablar contigo. Ya sabes cuánto desconfío de mi propio juicio. Y aquí tengo [sólo] a personas queridas cuyas opiniones y puntos de vista pueden [de hecho] estimularme, pero a nadie cuyo juicio sobre la situación sea realmente importante para mi propia orientación y autocomprensión (Zetkin 2016b: 495).

Existe una paradoja duradera: Luxemburg veía y era y ciega a la vez. Tenía un optimismo sin límites cuando se trataba de la capacidad de

comprensión de las obreras y los obreros para superar su dependencia capitalista. Para ella, cada lucha parecía apuntar más allá del aquí y el ahora. Conformarse con lo presente, la autosuficiencia, le resultaba insoportable. Con clarividencia vio la Revolución Rusa de 1905 como una expresión de la más viva autoorganización y del autoempoderamiento de la gente, pero pasó por alto casi por completo el papel indispensable de las organizaciones bien estructuradas o las atacó como instrumentos de dominación. Insistió en la solidaridad de las clases por encima de todos los límites impuestos por nacionalidades, razas y géneros, y por tanto se negó a aceptar los dolores de los judíos* particulares, la autonomía de las luchas contra el patriarcado o contra la supremacía de una nación sobre otras. Para ella, todo era una lucha socialista común que no debía mostrar ninguna fisura. Por lo mismo, apenas se encuentran en sus textos respuestas estratégicas convincentes sobre cómo realizar una política solidaria más allá de las apelaciones a lo común, a pesar de reconocer estas grietas, e incluso divisiones.

Queremos presentar sólo algunos ejemplos de la simbiosis selectiva de Luxemburg con el mundo tal como ella lo veía. Así, escribió que el “legado más valioso” de Marx era la combinación de dos opuestos: “la profundización teórica, para guiar nuestra lucha diaria por la firme orientación de los principios, y el decidido vigor revolucionario, para que la gran época que se avecina no se tope con una generación de seres humanos débiles” (GW 3: 184). Se trataba de un autorretrato. Expresó su admiración por la huelga política de masas con palabras que correspondían a lo que esperaba de su propio trabajo: “Del torbellino y la tormenta, del fuego y las ascuas de las huelgas de masas, de las luchas callejeras, van a surgir como Venus de la espuma marina: frescos, jóvenes, vigorosos y llenos de vida, los sindicatos” (GW 2:118). En 1915 escribió sobre el trabajo en las organizaciones socialistas:

No seríamos dignos de haber alimentado alguna vez el alma sedienta por una humanidad libre en los manantiales del socialismo y de

* N.d.T.: El escritor alemán Ludwig Börne (1786-1837) usó por primera vez el término *dolores de los judíos* en 1819 en una reseña teatral, haciendo referencia a los “sufrimientos que no se hacen notar por quejas, porque nadie les presta oído” (Börne, *Sämtliche Schriften I*: 286-287). Luxemburg escribió en 1917 desde la cárcel a su amiga Mathilde Wurm: “¿Para qué quieres los dolores judíos especiales? Las pobres víctimas de las plantaciones de caucho del Putumayo, los negros de África, con cuyos cuerpos los europeos juegan a la pelota, están igual de cerca de mi corazón.” En https://www.rosalux.de/fileadmin/rls_uploads/pdfs/Themen/Rosa_Luxemburg/rl_ausstellung_deutsch.pdf

haber bebido de ellos la vida nueva, si todo esto y muchas otras cosas nos bastaran a la hora de la hora. Lo que hagamos por la organización y a través de ella debe estar totalmente penetrado por el espíritu socialista hasta sus últimas consecuencias. No es sino a través de esto y sólo de esto que el espíritu socialista recibe su verdadero significado y su más alta consagración (GW 7.2: 936).

Se veía a sí misma como alguien que encarnaba este espíritu. Sin este espíritu, todo lo otro era sólo una envoltura sin vida y para ella, en lo personal, un infierno. Su disposición de preferir mejor la derrota, incluida su propia muerte, a no vivir en concordia con sus propios ideales surgió de esta unidad directa de lo más íntimo de su personalidad con el movimiento mundial que defendía. Se veía a sí misma como “una tierra de posibilidades ilimitadas” (GB 5: 157) y buscaba en la realidad tales movimientos, tales personas, tales pensamientos y formas que también buscaran ir más allá de los límites.

Su correspondencia, en particular, atestigua el constante trabajo sobre sí misma, sobre sus relaciones con amigas y amigos y con sus amantes, intercalado con una permanente autorreflexión y también con exhortaciones a los demás para que fueran veraces y firmes. El giro en muchas de sus cartas es: ¡Alégrate! Para ella, resistir a las exigencias del destino significaba no permitir nunca que la privaran por un tiempo prolongado de la capacidad de vivir una vida segura de sí misma y afirmativa, que disfrutara del momento. Buscaba la relación inmediata con el Tú —aunque fuera con un abejorro, una paloma, una flor, un amante, un amigo, un paisaje o el pálido resplandor de la luna— y, al mismo tiempo, establecía una distancia para estar consigo misma. Los que cayeron bajo su hechizo experimentaron ambas cosas en abundancia: la generosidad y el rechazo. Todo esto se expresa en la carta a Hans Diefenbach, de enero de 1917, en la que escribió: “Bueno, le digo, mi querido Hans, si el mejor de mis amigos me dijera alguna vez: Sólo tengo la opción de cometer una mezquindad o de morir de sufrimiento, le respondería con gélida calma: entonces, muere” (GB 5: 158).

EN LA CÁRCEL — CONSIGO MISMA Y CON EL MUNDO

El carácter de una persona se revela sobre todo cuando se le priva del espacio protector de la esfera privada. Las cárceles son lugares así. Quien quiera saber algo sobre la personalidad de Nelson Mandela debe visitar Robben Island, la isla-prisión situada a 12 kilómetros de Ciudad del Cabo, en el Océano Atlántico, donde estuvo encarcelado durante veinte años en una celda de cuatro metros cuadrados. Rosa Luxemburg ya había

sido encarcelada varias veces antes de la Primera Guerra Mundial. Durante la guerra, pasó un año en la prisión de mujeres de la calle Barnimstrasse de Berlín y luego, tras una breve interrupción en la primavera de 1916, como presa de “prisión preventiva” en Wronki y Breslavia, de donde no fue liberada sino hasta noviembre de 1918. Durante el “ocio involuntario” (GB 5: 130) en la prisión de Berlín, escribió, entre otras cosas, el *Folleto Junius* y su *Anticrítica*, un abordaje de las críticas a su obra *La acumulación del capital*. Durante su posterior estancia en prisión, tradujo la primera parte de las memorias del escritor socialrevolucionario ruso-ucraniano Vladimir G. Korolenko y escribió una introducción a las mismas. Consiguió sacar de la cárcel muchos artículos de contrabando, entre otros temas se ocupó de la Revolución Rusa. Comentó así el primer *shock* sufrido tras su ingreso a la cárcel de mujeres de Berlín:

Los gendarmes rusos me escoltaron con gran respeto por ser presa política; los policías de Berlín, en cambio, me dijeron que “importaba un comino” quién era y me metieron en un coche con nueve “colegas mujeres”. Bueno, al fin y al cabo, todo esto son nimiedades y nunca hay que olvidar que la vida, venga lo que venga, hay que tomársela con serenidad y alegría. Ahora también las poseo aquí en la medida necesaria. Por cierto, para que no se haga una idea exagerada de mi heroísmo, confesaré con pesar que, en el momento en que tuve que desnudarme completamente por segunda vez ese día y dejar que me palparan, apenas pude contener las lágrimas. Por supuesto, me enfadé conmigo misma por tal debilidad y todavía sigo enfadada. La primera noche no me horrorizó la celda ni mi repentina salida de la comunidad de los vivos sino —¿adivinen qué?— el hecho de tener que acostarme sin mi camisón y sin haberme cepillado el cabello. Para que no falte una cita clásica. ¿Recuerda usted la primera escena de María Estuardo, cuando la despojan de sus joyas?: “Verse privado de los pequeños ornamentos de la vida —dice su nodriza, Lady Kennedy— es más duro que soportar grandes pruebas”. (Búsquelo, Schiller lo dijo un poco más bonito que yo) (GB 5: 47).

Tan notable como sus escritos teóricos y políticos desde la cárcel, y un requisito para poder escribirlos, fue su capacidad y fuerza de voluntad de vivir en prisión y hacerlo con gran intensidad. Ella, escribió, siguió un imperativo: “por encima de todo, hay que vivir siempre como un ser humano pleno” (GB 5: 177). En la medida en que las circunstancias y el personal de vigilancia y el director de la cárcel lo permitían, se esforzó, en primer lugar, por convertir también la prisión en un lugar de vida, por darle rasgos de hogar en las condiciones más adversas. In-

intentó continuar con sus hábitos anteriores. Sus moradas siempre habían sido inmensamente importantes para ella. Tenían que corresponder a su forma de ser: ordenadas y lo más cercanas posible a la naturaleza. Incluso sus espacios en la prisión los hizo “hogareños” en la medida en que fue posible. En Wronki, plantó un jardín y continuó con la botánica. Siempre mantuvo una rutina diaria disciplinada, tanto como pudo. En segundo lugar, continuó su diálogo con las amigas y los amigos, y estableció nuevas relaciones. Lo que le faltaba en la relación directa, lo sobrecompensó con la más intensa conversación epistolar. En tercer lugar, siguió políticamente activa, intervino, continuó intentando llegar a la gente e ilustrarla con su palabra. Y, en cuarto lugar, aprovechó el tiempo para la reflexión teórica y cultural. Gracias a su carisma personal, pudo obtener importantes beneficios, al menos en Wronki (véanse las memorias del director de la prisión, el Dr. Ernst Dossmann, en GW 7.2: 971, 995).

En las cartas de la prisión creó un mundo propio para ella y para otros. Su amiga Henriette Roland Holst dijo de estas cartas que algunas de ellas se contaban “entre los más bellos poemas en prosa de la literatura mundial” (Holst 1937: 153). Se exhortaba a sí misma una y otra vez a resistirse contra la ira y la desesperación con las siguientes palabras: “Por cierto, todo sería mucho más fácil de experimentar si tan sólo no olvidara el mandamiento básico que me he impuesto de por vida: ser buena es lo principal. Ser simple y llanamente buena lo resuelve y lo une todo y es mejor que toda la inteligencia y el dogmatismo” (GB 5: 183).

Estas cartas no eran “desbordamientos del alma”, sino representaciones de ella misma, hechas, entre otras cosas, para animarse y ofrecer apoyo a los demás. Se trata de artefactos que entrañan una inmediatez reflejada. Luxemburg trabajó intensamente en las relaciones con los de “afuera”, recreando literariamente el mundo que la rodeaba e incluso el mundo ahora distante de ella, para no sólo poder soportarlo sino vivir en él.³ A Hans Diefenbach, poco antes de que éste muriera, le pintó el idilio de un viaje a la veraniega Suiza y concluyó, aunque rodeada por los muros de la cárcel: “¡Por Dios, ¡qué hermosos son el mundo y la vida!” (GB 5: 189)

³ Su amiga Luise Kautsky escribió más tarde sobre Luxemburg: “Sus cartas de aquellos días son un testimonio elocuente de cómo ella, la gran artista de la vida, fue capaz de darle un carácter humano a su existencia, incluso en las duras condiciones del encarcelamiento; de hecho, cómo logró obtener más satisfacción, casi podría decirse que incluso un mayor grado de felicidad, de esta existencia en el calabozo que lo que el resto de nosotros pudimos conseguir de nuestras vidas en libertad durante aquellos tiempos terribles” (Kautsky 1929: 43-44).

HABLAR CON LA VERDAD

En sus discursos y artículos, Luxemburg repitió una y otra vez: “Como dijo Lasalle, el acto más revolucionario es y sigue siendo siempre ‘decir en voz alta lo que es’” (GW 2 :36, véase también la nota a pie de página en GEW 7.2: 577 con la referencia a la fuente de Lasalle). Volker Caysa ha situado esto en el centro de la actitud de Luxemburg ante la vida. Para ello, utiliza el término griego *parrhesia*, hablar libremente de todo. Este concepto surgió por primera vez con la antigua democracia de las *polis* y fue discutido ampliamente por Michel Foucault en sus conferencias en el Colegio de Francia, de 1982 a 1984. Escribe Caysa sobre Luxemburg:

En el centro de su filosofía política (del arte) de la vida se encuentra una política de la *parrhesia*, del decir abierta, libre y arriesgadamente la verdad, de proclamarla desde una posición desprotegida, no desde una posición dominante (en el sentido de apoyarse en el poder), a costa de riesgos existenciales. Ella predica la verdad sin dejarse paralizar por el miedo a perder su propia existencia: sin reservas, por cuenta propia, (casi) sola y también, si no hay de otra forma, sin el respaldo del Partido, de la comunidad a la que pertenece (Caysa 2017: 14).

Este hablar con la verdad tenía varias dimensiones en el caso de Luxemburg. *En primer lugar*, dio paso a la exigencia de crear y mantener espacios políticos en los que se protegiera, como bien supremo, la libertad de la persona que piensa diferente. Como orador, incluso el enemigo debía tener un espacio intocable. Sólo en un espacio donde reina la palabra libre, puede desarrollarse el autoempoderamiento y la autodeterminación, según ella. Para Luxemburg, la democracia no era una etapa transitoria y la dictadura del proletariado debía caracterizarse por “una prensa libre y desinhibida, [...] una vida de asociaciones y reuniones sin obstáculos”. De otra manera, ¿cómo podría ser posible “el gobierno de las amplias masas del pueblo”? (GW 4: 385).

En segundo lugar, no hay que confundir el hablar con la verdad de Luxemburg con las habladurías sin compromiso. En sus conferencias sobre la *parrhesia*, Foucault subrayó sobre todo el compromiso voluntario existencial de las personas que hablan con la verdad: “El *parrhesiástico*, el que hace uso de la *parrhesia*, es un ser humano veraz, es decir, el que tiene el valor de arriesgarse a decir la verdad, y que arriesga este enunciado de la verdad en una alianza consigo mismo, precisamente en la medida en que es el proclamador de la verdad” (Foucault 2010: 94). La verdad reside en primer lugar en la propia persona que habla. Se trata, ante todo, de afirmaciones propias, avaladas por los propios actos.

El legado de Luxemburg reside sobre todo en el hecho de que afrontó las contradicciones de la vida como socialista con extrema coherencia, sobrepasando el punto a partir del cual la coherencia se convierte en la más grave negligencia y puede significar la muerte. Cuando en 1913 el fiscal quiso ponerla bajo custodia inmediatamente debido a un posible riesgo de fuga, exclamó al final de su discurso de defensa en la sala: “Un socialdemócrata no huye. Asume sus actos y se ríe de sus castigos. Y ahora, condénenme” (GW 3: 406). La distinguía esta postura de asumir las palabras propias. También fue radical en este sentido. Y eso la convertía en una persona que habla dignamente con la verdad. La verdad de sus palabras se basaba en la verdad de su vida. Hablar con la verdad era, sobre todo, una manifestación de la verdad avalada por su propia vida. Ella actuaba conforme al *Apocalipsis* de San Juan: “Pero por cuanto que eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3: 16).

En *tercer lugar*, hablar con la verdad supone un compromiso para la persona destinataria. Los demás tampoco debían ser tibios. Para ella esto se aplicaba tanto en el campo político como en el humano. Así, le escribió a Kostja Zetkin mientras preparaba su *Folleto Junius*:

Hoy fui a un concierto en el teatro de la ópera, el concierto para piano de Beethoven ha sido precioso. Mientras escuché la música, volvió a madurar en mí el frío odio contra la jauría humana entre la que tengo que vivir. Siento que ahora tengo que escribir un libro sobre lo que está pasando, un libro que ni hombres ni mujeres hayan leído hasta ahora, ni siquiera la gente más vieja, un libro que la emprendiera contra este rebaño a golpes de garrote (GB 5: 28)

Al hablar con la verdad, quería llamar a los demás a la vida verdadera, es más, obligarlos a ella, con violencia lingüística. Lo mismo aplicaba en las relaciones personales. Su exigencia a sí misma y su exigencia a las “masas” de liberarse por fuerza propia y no admitir nuevos grilletes eran inseparables. Rechazó estrictamente cualquier cambio social que no fuera, al mismo tiempo, un cambio enriquecedor de la vida y solidario de la propia persona.

Esta reivindicación de la verdad como exigencia a los demás también impregnó sus relaciones personales. En una carta a Leo Jogiches, su pareja, fechada el 21 de marzo de 1895, se puede leer:

¡Oh, tú, Oro mío! ¿Sabes? ¡Tengo intenciones muy crueles! De verdad, he reflexionado aquí un poco sobre nuestra relación, y cuando vuelva te tomaré tan bruscamente entre mis garras que vas a chillar, ¡ya verás! Te aterrorizaré por completo. Debes someterte, debes rendirte y

doblegarte, ésa es la condición para que sigamos coexistiendo. Tengo que romperte, limarte los cuernos, si no, no podré aguantar la vida contigo. Eres una mala persona, de eso estoy ahora tan segura como de que el Sol está en el cielo, después de haber pensado en toda tu fisonomía mental. Y reprimiré esta rabia en ti, lo juro por mi vida, no se debe permitir que crezcan tales tallos. Tengo derecho a hacerlo, porque soy diez veces mejor que tú, y condeno deliberadamente este aspecto, que es el más fuerte de tu carácter (GB 1: 56-57).

En cuarto lugar, en el caso de Rosa Luxemburg, hablar con la verdad significaba generar una realidad verdadera: relaciones verdaderas, formas de vida verdaderas, política verdadera, aunque fuera una luz anticipada, como lo llama Ernst Bloch. Su práctica lingüística se entendía como una anticipación vivida de aquello que resulta posible, de lo que podría hacerse realidad cuando los seres humanos vivan en la verdad. En su escrito *Sobre la Revolución Rusa* formuló su visión frente al emergente “socialismo real” de carácter bolchevique:

El sistema socialista sólo debe y puede ser un producto histórico, nacido de su propia escuela de experiencia, en la hora de la realización, a partir del devenir de la historia viva, que, al igual que la naturaleza orgánica, de la que en última instancia forma parte, tiene la hermosa costumbre de producir siempre, junto a una necesidad social real, los medios para su satisfacción, y, al mismo tiempo que la tarea, crear la solución (GW 4: 360).

Este socialismo sería una sociedad de la más viva diversidad.

En quinto lugar, el hablar con la verdad de Luxemburg partía del marxismo. Como señaló Peter Nettl, “ella supo darle vida al marxismo de una manera que ni Lenin ni Kautsky ni ningún otro contemporáneo consiguió [...]. Tenía un enfoque total donde Lenin era selectivo; era práctica donde Kautsky era formal; era humana donde Plejánov era abstracto” (Nettl 1967: 24). Su pensamiento “es una reflexión en constante movimiento, enriquecida por la experiencia histórica” (Löwy 2020: 40). Luxemburg vivió las contradicciones de este marxismo y las puso en marcha ella misma para promover la autoemancipación de las clases obreras. Para ella no era ni la doctrina pura ni el orden de los convencidos, ni la ideología formalizada ni el mero instrumento político, sino la práctica de la vida y la única *realpolitik* –revolucionaria– posible. Luxemburg se vió enfrentada al hecho, como escribió en 1903, de que “no se podía negar una cierta influencia opresiva de Marx sobre la libertad de movimiento teórica de algunos de sus discípulos” (GW

1.2: 364). Había una “ansiedad vergonzosa por no abandonar de ninguna manera ‘el terreno del marxismo’ durante la reflexión” (*ibid.*). Según ella “en determinados casos”, esto podía “ser tan desastroso para el trabajo del pensamiento [...] como el otro extremo: el vergonzoso esfuerzo por demostrar la ‘independencia del propio pensamiento’ a toda costa, precisamente despojándose por completo del modo del pensamiento marxista” (*ibid.*). Por supuesto, esto también plantea la cuestión sobre si en el marco del marxismo —o en qué marxismo— pueden soportarse productivamente las contradicciones vividas por Luxemburg.

LA LIBERTAD ES SIEMPRE LA LIBERTAD DE LOS OTROS

Con rechazo a cada tipo de oportunismo, Rosa Luxemburg exigió que la libertad, para ser una libertad real y no la obligación encubierta de amoldarse, debe promover activamente la libertad que los otros tienen para vivir su alteridad. En este sentido, anticipó los movimientos sociales modernos. Su ideal era un mundo vivo en el que cupieran muchos mundos. La igualdad en la libertad es una igualdad de personas que son diferentes. La conducta como ser humano libre, así lo entendió y practicó, consiste precisamente en dar a los demás la opción de *ser libres como personas diferentes*. Y antes de que esta libertad sea un derecho, es una reivindicación frente a las propias acciones para superar todas las condiciones de explotación y opresión, particularmente, de los seres humanos que piensan diferente.

Por cierto, nadie tiene libertad por naturaleza o por nacimiento. La dignidad y la libertad humanas son vulnerables y deben protegerse. Nadie puede hacer valer permanentemente los derechos para sí mismo si no es tan solidario como para concederlos a los demás y posibilitarlos activamente. De lo contrario, él o ella se convierten en opresores y explotadores. Para ser libre uno mismo, primero hay que dar la libertad, luchar por ella para los demás y hacerla valer. De lo contrario, sólo se le roba o se le compra.

La libertad en la concepción de Rosa Luxemburg está infinitamente alejada del egoísmo liberal del mercado o del culto a la realización personal. La libertad, tal como la practicaba la propia Rosa Luxemburg como virtud social, significaba la lucha por la libertad de los demás. Aquella sociedad en la que sus ciudadanas y ciudadanos sólo se defienden contra la propia opresión no es una sociedad de personas libres. La experiencia enseña que, en un abrir y cerrar de ojos, se procede a oprimir a los demás en cuanto las relaciones de poder lo permiten y los propios egoísmos lo hacen parecer ventajoso. Sólo son verdaderamente

libres quienes se resisten a la opresión de los demás, incluso cuando ellos mismos se benefician de esta opresión.

En la comprensión de Rosa Luxemburg, la libertad es una actitud que constituye relaciones a través de las cuales se ponen a disposición de los demás las condiciones de la libertad. Esto se aplica tanto a la cuestión de los bienes básicos de la libertad como al desmantelamiento de los privilegios que no contribuyen a superar la desigualdad social. Sin embargo, lograrlo es imposible sin el cambio fundamental de las relaciones de propiedad y de poder, y sin la superación de la dominación del lucro sobre la economía y la sociedad. Por eso Luxemburg era socialista.

Sólo puede llamarse libre aquella sociedad en la que cada una y cada uno de los individuos son libres. Pero esto sólo es posible si el libre desarrollo de cada individuo contribuye al desarrollo solidario de todos. Y sólo la gente con fe ciega o los cínicos pueden creer, dice Luxemburg, que las manos “invisibles” del mercado o las manos “visibles” del Estado lo harían sin nuestra intervención. Esto, precisamente, significaría delegar conveniente o cobardemente la responsabilidad de la libertad en otros y, por tanto, dejar de ser libre. Para Luxemburg, la política en este sentido era siempre una participación resistente, orientada en una práctica liberadora solidaria.

La libertad de invertir dinero, cuyo movimiento se convierte en una explotación totalitaria de capital que domina la sociedad mundial y distribuye tanto la riqueza y la pobreza, la salud y la enfermedad, la educación y el analfabetismo, la paz y la guerra entre grupos sociales, clases, pueblos y continentes antagónicos, era para Rosa Luxemburg una cruel opresión. A la libertad que consiste en que un pequeño porcentaje de la población mundial consume la gran masa de recursos globales, la calificó de dominación brutal. El “orden mundial liberal” con todo su armamento era para ella expresión de la política imperial militarista. A la libertad recientemente impuesta para que hoy sea permitido apropiarse de los códigos genéticos y las reservas de conocimiento como propiedad privada, la habría denunciado como un robo criminal. Luxemburg, que sufría con cada animal maltratado y cada planta pisoteada, habría también maldecido la destrucción de la biodiversidad de esta Tierra y la habría considerado como barbarie.

Uno de los prejuicios más persistentes que existen en las sociedades liberales es que la libertad se opone a la igualdad y la justicia. La comprensión de Rosa Luxemburg de la libertad tiene como base la solidaridad. Sólo quien permite a los demás tener una vida libre actúa de forma justa. Este concepto de libertad, fundamentada en la solidaridad y que apunta a la igualdad en la libertad de seres humanos diferentes, no sólo

es extraordinariamente crítico acerca de la transformación de la libertad en la barbarie del uso privilegiado de prerrogativas sociales, sino que al mismo tiempo se dirige contra todas las estructuras sociales y las relaciones de dominación que las garantizan y que hacen posible esta barbarie en primer lugar. El lema “socialismo o barbarie”, que utiliza Luxemburg una y otra vez, también podría expresarse en el lema “libertad o barbarie”. Y el eslogan “libertad o socialismo” habría sido tan absurda para ella como la expresión “libertad o libertad”. Haber dejado este legado, haber dado testimonio con su vida, constituye el milagro de Rosa Luxemburg.



Como estudiante en Zürich.

CAPÍTULO 2

La autoridad destruida de Engels y Kautsky

El marxismo contiene dos elementos esenciales: el elemento de análisis, de crítica, y el elemento de la voluntad activa de la clase obrera como factor revolucionario. Y quien aplica sólo el análisis, sólo la crítica, no representa al marxismo sino una parodia miserable y putrefacta de esta doctrina (GW 2: 224).

VOLVER A MARX, PERO ¿A CUÁL?

En el último discurso público de su vida, en la justificación del programa del Partido Comunista de Alemania (KPD) en el congreso fundacional del partido, el 31 de diciembre de 1918, Rosa Luxemburg exclamó: “Pues bien, camaradas, hoy estamos viviendo el momento en que podemos decir: Volvemos con Marx, estamos bajo su bandera” (GW 4: 494). Debía restaurarse la unidad de la teoría y la práctica (marxista). Con motivo de la edición de las *Teorías sobre la plusvalía* de Marx, Luxemburg ya había advertido en enero de 1905 que la tarea era:

abrirse camino en las obras fundamentales de Marx con honesta diligencia y encontrar en cada momento el puente entre sus teorías científicas y la práctica de la socialdemocracia basada en ellas, para así elevarse a sí mismo y a las masas por encima de la amenazante pobreza y decadencia intelectual en la lucha diaria (GW 1.2: 476).

Pero ¿a qué Marx se refería en 1918 y a cuál de sus planteamientos teóricos? En su discurso en el congreso del partido, Luxemburg distinguió entre las posiciones que Marx y Engels habían defendido a finales de 1847 y principios de 1848 en el *Manifiesto del Partido Comunista* y los puntos de vista que éstos desarrollaron tras el derrocamiento de la Comuna de París. En el período previo a la revolución de 1848, según Luxemburg:

ambos creían, y con ellos todos los personajes destacados del movimiento proletario, que estábamos ante la misión inmediata de im-

plantar el socialismo; todo lo que se necesitaba era llevar a cabo la revolución política, tomar el poder político en el Estado para hacer que el socialismo fuera inmediatamente de carne y hueso. Como saben, posteriormente, los propios Marx y Engels realizaron una profunda revisión de este punto de vista (GW 4: 488).⁴

Y, a partir de este punto, se estableció, según ella, la distinción entre el programa máximo y el programa mínimo.

Luxemburg identificó esta revisión de la estrategia del *Manifiesto Comunista* en el prólogo para la edición alemana de 1872. Allí Marx y Engels escribieron:

Aunque las condiciones hayan cambiado mucho en los últimos veinticinco años, los principios generales expuestos en el Manifiesto siguen siendo hoy, a grandes rasgos, enteramente acertados. Algunos puntos deberían ser retocados. El Manifiesto mismo explica que la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas existentes, y que, por tanto, no se concede importancia excepcional a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo 2. Este pasaje tendría que ser redactado hoy de distinta manera, en más de un aspecto. Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años y, con este, el de la organización del partido de clase obrera; dadas las experiencias prácticas, primero, de la Revolución de Febrero, y después, en mayor grado aún, de la Comuna de París, que eleva por primera vez al proletario, durante dos meses, al poder político, este programa ha envejecido en algunos de sus puntos. La comuna ha demostrado, sobre todo, que “la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posición de la máquina del Estado tal como está, y a servirse de ella para sus propios fines” (MEW vol. 18: 95-96; traducción del Instituto de Marxismo-Leninismo del PCUS en *Antología Karl Marx*: 112, Siglo XXI, Argentina, 2015).⁵

⁴ Para dar un panorama completo, cabe señalar que Rosa Luxemburg vio con ojo crítico la posición de Marx en la revolución de 1848, cuando éste había actuado en el ala burguesa de la izquierda radical; Luxemburg consideró que esta posición había sido un fracaso. Dijo que la burguesía alemana había acudido inmediatamente a la protección de la corona prusiana (véase GW 1.2: 301).

⁵ La cita al final proviene del mensaje *La guerra civil en Francia*, escrito por Marx en nombre del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores en 1871 (MEW vol. 17: 335-336).

Ahora bien, en este prólogo del *Manifiesto* de 1872 no se percibe en absoluto una “profunda revisión”. Marx y Engels añadieron más bien el tema de la importancia de sustituir en una revolución proletaria la máquina burguesa del Estado. Al mismo tiempo, esperaban un período prolongado de relativa estabilidad del régimen burgués en Europa occidental y central y, por tanto, una guerra de posiciones fundamentalmente diferente de la situación revolucionaria de 1848. Aunque asumieron en gran medida el papel de asesores crítico-solidarios en relación con la socialdemocracia alemana, una solicitud desde Francia en 1880 les dio la oportunidad de participar directamente en la elaboración de un programa de partido socialista.

PROGRAMA MÁXIMO Y PROGRAMA MÍNIMO

En 1879 se había fundado en Francia el *Parti Ouvrier Français* (POF) bajo la dirección de Jules Guesde y Paul Lafargue. Ambos se dirigieron a Marx y Engels para que les ayudaran a formular un programa del partido que se sometería a debate y votación en el congreso del partido que se habría de celebrar en Le Havre en noviembre de 1880. En una reunión entre los cuatro, realizada en mayo del mismo año en el departamento londinense de Engels, en el número 122 de Regent's Park Road, se redactó un documento que constaba de dos partes. Marx formuló la primera parte, el preámbulo. A este preámbulo le siguió un catálogo conciso de demandas sociales y democráticas, también llamado “programa mínimo”, que surgió de los debates de los cuatro participantes. Este programa tenía una clara función político-estratégica: servía de deslinde sin concesiones ante aquellas corrientes socialistas en Francia que se denominaban “los posibilistas” y cuya estrategia consistía en explotar al máximo las posibilidades existentes dentro de la sociedad burguesa. Descartaban una revolución proletaria. La distinción de Marx entre un programa máximo y uno mínimo sirvió en su origen para deslindarse de tales ideas “reformistas”. Las luchas por lo conquistable en el aquí y ahora estaban claramente subordinadas al objetivo final: “la acción revolucionaria de la clase de los productores” y el “retorno de todos los medios de producción a la propiedad colectiva”.

En el preámbulo del programa del partido, Marx llegó al meollo de sus razones para el comunismo proletario crítico. Si hay un documento que expresa la esencia del comunismo de Marx, es éste, aunque rara vez se cite. Se reproduce íntegramente a continuación:

Considerando que la emancipación de la clase productora abarca a todos los seres humanos, sin distinción de sexo ni raza; que los productores sólo podrán ser libres en la medida en que posean los medios de producción; que sólo hay dos formas bajo las cuales los medios de producción pueden pertenecerles:

1. La forma individual, que nunca existió como un fenómeno general y que el progreso social fue eliminando de manera creciente;

2. La forma colectiva, cuyos elementos materiales e intelectuales se producen por el desarrollo mismo de la sociedad capitalista; considerando que la apropiación colectiva sólo puede partir de una acción revolucionaria de la clase productora, es decir, del proletariado, organizado en un partido político autónomo; que hay que aspirar a tal organización por todos los medios a disposición del proletariado, inclusive el sufragio universal, que, de esta manera, se transforma del instrumento de fraude que ha sido hasta ahora en un instrumento de emancipación; en consideración de todo esto, los obreros socialistas franceses, que en el plano económico han asumido el regreso de todos los medios de producción a la propiedad social como objetivo de sus esfuerzos, han decidido intervenir con el siguiente *programa mínimo* como *instrumento de organización y lucha* en las elecciones (MEW vol. 19: 238; traducción propia).

El “programa mínimo” se dividió en un programa político y otro económico. El programa político exigía una amplia libertad de prensa, de reunión y de asociación, así como la abolición de las leyes discriminatorias contra los obreros asalariados, la nacionalización de los bienes de la Iglesia, un armamento general del pueblo y la ampliación del autogobierno local. El programa económico se centraba en la restricción de la jornada laboral, la prohibición del trabajo infantil, el salario mínimo legal, la igualdad salarial de obreras y obreros, la educación politécnica pagada por la sociedad, la autogestión de los fondos de los trabajadores y la participación de éstos en la elaboración del régimen laboral de las fábricas. También incluía la exigencia de la anulación de todas las privatizaciones y la transferencia de los talleres estatales a la propiedad cooperativa de los trabajadores, así como la supresión de todos los impuestos indirectos y la financiación exclusiva de los gastos del Estado a través de impuestos progresivos sobre la renta a partir de 3,000 francos y a través de impuestos de sucesiones a partir de 20,000 francos (véase la nota al pie 151, en MEW Vol. 19: 570-571).

El programa de 1880 del Partido Obrero Francés se convirtió en el modelo del posterior *Programa de partido de Erfurt* del SPD. Los confi-

dentes de Engels, Karl Kautsky y Eduard Bernstein, se encargaron de redactar los borradores: Kautsky, la parte de los “principios”, Bernstein, la parte de las demandas inmediatas. El *Programa de Erfurt* era idéntico en estructura y estilo al del partido francés y se convirtió en el paradigma de todos los programas marxistas posteriores de la socialdemocracia internacional. Adicionalmente adoptó una posición que apuntaba mucho más allá de la clase obrera:

El Partido Socialdemócrata de Alemania no lucha [...] por nuevos privilegios y prerrogativas de clase, sino por la abolición del dominio de clase y de las clases mismas, y por la igualdad de derechos y deberes para todos sin distinción de sexo ni de ascendencia. Partiendo de estos criterios, en la sociedad actual combate no sólo la explotación y la opresión de los obreros asalariados, sino todo tipo de explotación y opresión, ya sea dirigida contra una clase, un partido, un sexo o una raza (SPD 1891a).

El programa también profundizó en la dimensión internacional de la lucha, tal como se había desarrollado en el congreso fundacional de la Segunda Internacional en 1889. Al mismo tiempo, Bernstein tiene razón cuando escribió, en 1900, que las frases introductorias de Marx al programa francés se limitaban a “caracterizar las tendencias generales de la industria moderna, la eliminación gradual de la forma individual por la forma colectiva”, mientras que el Programa de Erfurt se caracterizaba por una “descripción dramática de los resultados”. Era, según Bernstein, menos un análisis que un “acta de acusación” (Bernstein 1900a: 5).

EL AJUSTE DE CUENTAS CON EL “MARXISMO SUSTITUTIVO”

El ajuste de cuentas de Rosa Luxemburg con lo que ella llamaba el marxismo sustitutivo del SPD ya había comenzado antes de la Primera Guerra Mundial, cuando empezó a fustigar la “estrategia de desgaste” de Kautsky, que a sus ojos equivalía a predicar el socialismo sólo como una frase revolucionaria y a aconsejar prácticamente la espera defensiva hasta la hora de la decisión, para luego tomar el poder, que caería en el regazo como una fruta madura. En 1918, todavía en la cárcel, su ajuste de cuentas, como ella misma lo llamaba, se hizo más mordaz. En la primavera de ese año, cuando las tropas alemanas colaboraron en el derrocamiento de la República Soviética finlandesa, escribió: “Las proezas en Finlandia, etc., están terminando con las cuentas alegres de la vieja socialdemocracia alemana y de la Segunda Internacional. Des-

truyen la vieja autoridad y la táctica de Engels y Karl Kautsky" (CW 7: 1093). El "programa táctico de Engels (1895)" (*ibid.*: 1094), según ella, no había estado a la altura de la época imperialista, por lo que el beneficio se había convertido en una plaga. No se había tenido en cuenta la necesidad de una nueva ofensiva, según Luxemburg.

Lo que Rosa Luxemburg llamaba el "programa táctico" de Engels eran sus ideas sobre la estrategia de una socialdemocracia de orientación marxista, que había desarrollado poco, antes de su muerte, en la "Introducción" a las *Luchas de clase en Francia 1848 a 1850*, de Marx. Engels se había visto en la necesidad de defenderse —sin éxito— de las intervenciones en su texto. El comité ejecutivo del SPD había exigido que el partido se presentara incondicionalmente como un partido que actúa de acuerdo con la ley. En un editorial de la revista *Vorwärts* (Adelante), titulado "Cómo hacer revoluciones hoy en día", también se recogieron citas sueltas, por lo que Engels escribió airadamente a Kautsky que lo hacían aparecer como un "pacífico adorador de la legalidad" y que era necesario hacer algo "para borrar esta vergonzosa impresión" (MEW vol. 39: 452; traducción propia).

La estrategia que recomendaba Engels era muy clara, suponía que el crecimiento de los votos a favor de la socialdemocracia continuaría "tan incontenible y al mismo tiempo tan sereno [...] como un proceso natural". A finales de siglo (es decir, cinco años más tarde), el SPD atraería según él a "la mayor parte de las capas medias de la sociedad, tanto a los pequeños burgueses como a los pequeños campesinos" y se convertiría en "el poder decisivo en el país ante el que todos los demás poderes deben doblegarse". Su conclusión: "Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual; *no desgastar en operaciones de descubierta esta fuerza de choque que se fortalece diariamente, sino conservarla intacta hasta el día decisivo: tal es nuestra tarea principal*" (MEW vol. 22: 54, traducción de *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Progreso, Moscú, 1979; las cursivas marcadas fueron suprimidas en *Vorwärts* y después en *Neue Zeit* [Nuevos Tiempos]). Por un lado, el SPD no debía dejarse provocar para entrar en un conflicto armado, pero, por el otro, debía mantenerse en una oposición consecuente ante el imperio y sus poderes de Estado. Engels compartía la posición de Bebel acerca de una hostilidad mortal al capitalismo: "Ni un hombre ni un centavo, para este régimen" (*ibid.*).

No era una idea equivocada que, como escribió Bernstein en 1903, completamente bajo el hechizo de los éxitos electorales del SPD, "la socialdemocracia no ha llegado, en absoluto, a lo que es ahora exclusivamente a través de Marx, es más, en cuestiones importantes lo ha conseguido *en oposición a Marx*" (Bernstein 1903: 262-263):

Significaría manipular por completo los hechos si hoy se quisiera presentar los éxitos electorales de la socialdemocracia como éxitos prácticos del marxismo o éxitos del marxismo práctico. Hablar de los éxitos del marxismo revisado sería más correcto en este caso. [...] Aunque la socialdemocracia alemana lucha hoy bajo la bandera del marxismo, se ha vuelto infinitamente más parlamentaria que antes de 1878, cuando Lassalle era todavía su estrella guía junto a Marx, o incluso más importante que éste (*ibid.*: 263).

La introducción de Engels al escrito de Marx *Las luchas de clases en Francia* valorizó esta forma de lucha parlamentaria, bajo la condición de la estricta unidad de las organizaciones. Sólo que se olvidó que con ello Engels quería perseguir una estrategia revolucionaria en tiempos de relativa calma. Mientras que para Engels se trataba de una guerra de posición que preparaba la ofensiva, incluso con medios violentos, el asunto se había convertido en una coexistencia pacífica. Y así fue el resultado. En 1918, Luxemburg resumió desde la cárcel: “La vieja socialdemocracia alemana era francamente un hermafrodita. Sus dos elementos: la frase radical y la práctica oportunista. Una teoría revolucionaria y una política puramente parlamentaria” (GW 7.2: 1092).

En la discusión acerca del programa y la estrategia del recién fundado KPD, Luxemburg contrastó la táctica Engels-Kautsky con la estrategia de Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*. Pero, ¿dónde radica la diferencia, desde su perspectiva? Luxemburg la vio sobre todo en el hecho de que, a diferencia de lo que ocurrió a finales de 1847 y principios de 1848, Marx y Engels habían asumido, tras el derrocamiento de la Comuna de París, que “ahora el proletariado todavía tendría un camino infinitamente largo que recorrer antes de que el socialismo pudiera hacerse realidad” (GW 4: 495). Pero ahora, a finales de 1918, quedaba claro, en su opinión, que el programa inmediato del *Manifiesto* y el de la Liga Espartaquista eran en gran medida congruentes. Su conclusión fue que había que abandonar la “separación entre las llamadas demandas mínimas inmediatas [...] y el objetivo socialista final como meta máxima. Para nosotros ahora no hay un programa mínimo ni máximo; en todo caso es el socialismo; ése es el mínimo que tenemos que imponer hoy” (GW 4: 496). Luxemburg vio la razón por la que ambos programas, el de la reforma y el de la revolución, coincidirían ahora en uno, en el hecho de que con el fin de la Primera Guerra Mundial el capitalismo había llegado a una crisis final en la que sólo podía haber la disyuntiva entre la anarquía y la barbarie o la democracia y el socialismo: “El socialismo se ha convertido en una necesidad, no sólo porque el proletariado ya no está dispuesto a vivir

en las condiciones de vida que le ofrecen las clases capitalistas, sino porque, si el proletariado no cumple con sus deberes de clase y no pone en práctica el socialismo, es inminente la ruina de todos nosotros juntos” (GW 4: 496).

El único “ismo” que sin duda siempre aceptó Rosa Luxemburg fue el socialismo; que le bastó de sobra para su causa. En su discurso en el congreso fundacional del Partido Comunista de Alemania, el 31 de diciembre de 1918, al que asistieron izquierdistas de diversas corrientes, y entre los que se encontraban muchos partidarios profesos de las ideas de Marx, volvió al marxismo una vez más. Para no asustar a nadie, al contrario de lo habitual no polemizó contra el marxismo en general, sino que distinguió entre el marxismo “oficial” y el “verdadero marxismo sin adulteraciones”, sin embargo, prefirió una referencia diferente para el nuevo partido. No declaró “Volvemos con el marxismo”, sino:

Volvemos con Marx, bajo su bandera. Cuando declaramos hoy en nuestro programa: “La tarea inmediata del proletariado no es otra que —en pocas palabras— hacer del socialismo una verdad y un hecho y erradicar el capitalismo completamente”, entonces estamos en sintonía con la posición que Marx y Engels tuvieron en 1848 y de la que nunca se desviaron en principio (GW 4: 494).

Al final de la revolución inconclusa alemana de 1918/1919 no hubo ruina y tampoco socialismo, sino un largo periodo de inestabilidad y la frágil República de Weimar, que fue abandonada por las élites en el momento de la Gran Depresión y dejada en manos de Hitler y el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP). Hoy, cien años después, cuando estamos enfrentados a una nueva Gran Crisis, las preguntas son: ¿Qué ayuda estratégica nos proporciona el legado de Marx, al que Rosa Luxemburg se refirió una y otra vez? ¿Y qué podemos aprender de Rosa Luxemburg para encontrar formas de iniciar un cambio direccional fundamental en la política en el contexto de la toma de decisiones actual? No se trata de un conocimiento preconcebido, sino tal vez de actitudes, de las contradicciones abiertas en su obra y en su actividad y, sobre todo, de los procesos de búsqueda y de los enfrentamientos que protagonizó.

Una lectura emancipadora de la obra de Rosa Luxemburg no es en absoluto fácil. Requiere que los lectores descubran para ellos mismos el proceso de liberación de la autora frente a los patrones de pensamiento del marxismo ortodoxo y de las estructuras organizativas de la Segunda Internacional, especialmente de su bastión alemán, el SPD, que no quieran llevarse un conocimiento preconcebido, sino que, como

resultado más importante de la lectura, se apropien de los planteamientos de los problemas y las formas de búsqueda.

La ortodoxia de la Segunda Internacional había manejado las contradicciones de la política socialista como una yuxtaposición externa de “teoría” y “práctica”, “reforma” y “revolución”, de “masa”, “partido” y “liderazgo”, del “aquí y ahora” y “allí y en el futuro”, de “nosotros” y “ellos”, de “democracia” y “dictadura”. Esta yuxtaposición se convirtió en una confrontación mortal con el estallido de la Primera Guerra Mundial. La lectura emancipadora de los trabajos de Rosa Luxemburg también es difícil porque ella, en su búsqueda productiva, nunca permanece en una posición “rígida”, sino que explora formas de trabajar con las contradicciones de la política socialista y de sugerir, retomar y generalizar formas *liberadoras* de mediación política de estas contradicciones. Las mismas formas lingüísticas que encuentra para captar este trabajo emancipador con las contradicciones cambian constantemente, representan transiciones, requieren que el lector rompa con la solución fácil de “una cosa u otra”. Rosa Luxemburg no es una clásica de la doctrina, sino una buscadora clásica. El siguiente análisis de la obra de Luxemburg sirve para comprender cómo perseguía el objetivo de desarrollar una estrategia revolucionaria en la época del imperialismo con Marx y a través de él. Al hacerlo, desarrolló enfoques de lo que se necesita hoy en día: enfoques de una estrategia de política transformadora radical dentro del capitalismo y más allá de él.

LA FALTA DE COMPRENSIÓN DE LA PROPIA SITUACIÓN

La tragedia a veces reside, precisamente, en el hecho de que no se le reconozca.

Leonid Leonidov (aforista ruso)

La “resurrección” nacionalista en agosto de 1914 había reducido finalmente a la otrora gloriosa izquierda del SPD al tamaño de una secta. La pregunta por las razones de este cambio masivo –y a menudo simplemente vergonzoso– de integrantes de diferentes corrientes de la izquierda al bando de los belicistas al inicio de la guerra no ha sido contestada plenamente hasta hoy. Rápidamente se aplicó la palabra “traición” que, aunque no ofrecía ningún consuelo, al menos dividía al mundo en una parte buena y otra mala. Con ello, el reparto de papeles se consideraba claro desde el principio. Sin embargo, no explicó nada.

El mundo del movimiento obrero alemán, al menos de su sección con vocación anticapitalista, no se había creado en una mesa de negociaciones, había surgido en defensa propia: contra una burguesía in-

dustrial y comercial con un pensamiento feudal-clasista, que cultivaba su estatus del mandamás absoluto, menospreciaba el proletariado y que fue protegida por un Estado autoritario y militarista. En respuesta, el pequeño sector, aunque en constante crecimiento, de los marginados había creado su propio mundo. Era un “contramundo”, pero no fue un hijo deseado, porque nació de forma forzosa. Esta “chusma”, como los llamaban los integrantes de la clase dominante, había dotado a su “contramundo” de un objetivo político claro, formulado en 1891 en su Programa de Erfurt por su brazo político, el SPD: el “contramundo” no sólo debía resistir al mundo burgués, sino conquistarlo, en el preciso momento en que la clase obrera constituyera la mayoría de los votantes, para después proclamar el socialismo. Hasta entonces se aplicaba la máxima: cuantos más mandatos, más prometedor sería el futuro.

Todo esto tenía una base profundamente política, lo que hacía que el movimiento obrero anticapitalista alemán se diferenciara claramente de la “norma” internacional: este movimiento obrero no había surgido —como solía ser el caso— principalmente de las luchas económicas, sino de un movimiento obrero educativo que se politizaba rápidamente. La revolución democrática derrotada de 1848 y la “revolución desde arriba” de Bismarck, acompañadas por un Estado autoritario sólo ligeramente desmantelado, desde una fase temprana habían dirigido las disputas de este sector de la clase obrera en Alemania hacia el campo político. No eran los sindicatos los que dominaban. La supremacía la tenía un partido político, uno que además representaba, con el marxismo, una visión del mundo en la que “el movimiento obrero se combinaba con el socialismo, [...] la reforma con la revolución” (Kautsky 2017: 147). Por lo tanto, la promesa de felicidad desde el principio tenía un contenido más político que en otros lugares. Pero también era más convincente, ya que acreditaba una cultura propia.

Los proletarios, aunque sólo les fue un poco mejor que a sus compañeros de infortunio, encontraron en este “contramundo” organizado no sólo su medio de vida, sino también, no pocas veces, un rápido ascenso social, a menudo combinado con una esperanza oculta muy profundamente de incorporarse a la sociedad “oficial”, y si no lo lograban para ellos, al menos para sus hijos. Y aquéllos que procedían de otros estratos y cuya existencia no estaba ligada sin alternativa a las organizaciones proletarias, se sentían atraídos no tanto por el “proyecto” declarado de estos parias, es decir, un socialismo a crear en el futuro y la idea de un mundo más justo; la verdadera atracción para estos intelectuales la representaba el “contramundo” como tal, que alimentaba, por lo regular de forma implícita, la expectativa de la salvación, de un mundo mejor en el aquí y el ahora.

Sin embargo, la desilusión de la mayoría de los militantes se produjo incluso tiempo antes del 4 de agosto de 1914; al fin y al cabo, en este “contramundo” proletario aparentemente alternativo ocurrió lo mismo que en la “sociedad oficial”. Poco después del surgimiento del contramundo, sus actores habían comenzado a recrear el original burgués: las mismas luchas de poder, las mismas intrigas, las mismas envidias. El revisionismo de un Bernstein fue cualquier cosa menos una “traición”, sino simplemente un intento de lidiar políticamente con esta desilusión.

Por supuesto, un Bernstein no habría sido necesario, la vida era más fuerte de todos modos. El “contramundo” organizado de la socialdemocracia alemana no era un laboratorio para formas de vida alternativas, sino que seguía siendo una solución provisional que, por lo tanto, quedaba irremediabilmente desbordada por la expectativa de crear otro mundo mejor. El germen de la muerte ya estaba en su cuna, un des-engaño que se repetiría periódicamente unos años más tarde entre los seguidores de los partidos comunistas inclinados al idealismo, que, a pesar de todas las advertencias realmente frecuentes, se habían entregado voluntariamente a una práctica con un enfoque supuestamente muy proletario, pero finalmente inhumano.

Irónicamente, nada prestó tanta legitimidad al mundo burgués tambaleante en su camino hacia el delirio de la guerra y de posguerra como la socialdemocracia europea, una oposición fundamental en proceso de morirse, de autoconsumirse y que se sintió tan asediada por el entorno burgués *—in being*, por su simple existencia— como la armada alemana por los británicos en la Primera Guerra Mundial, y que al finalmente—a diferencia de la flota alemana—capituló sin necesidad.

Además, hubo otro aspecto en Alemania: las Leyes Antisocialistas y todas las formas de acoso (el sistema electoral de tres clases a nivel de los estados federados la prohibición de reunirse, etc.), hoy a menudo olvidadas, sólo habían conseguido una cosa: promover el auge de la socialdemocracia. Entonces el sector inteligente del mundo burgués recurrió a otro remedio: la chusma de ayer se convirtió de repente en gente “digna de integrarse”; en consecuencia, la prensa tuvo que preparar el terreno y abrir las puertas más que sólo una rendija.

La decisión individual de reincorporarse a la sociedad oficial a menudo la habían tomado izquierdistas como Konrad Haenisch, Paul Lensch y Heinrich Schulz mucho antes del 4 de agosto; ese día simplemente consumaron su cambio de bando. Con la aprobación de los créditos de guerra el 4 de agosto de 1914, el “contramundo” anticapitalista-proletario organizado volvió a la “sociedad oficial”; políticamente, Ferdinand Lassalle había vivido en vano. Muy pocos corrieron el riesgo de perder su ética en este trance: la mayoría ni siquiera sabía qué era eso.

Lo que quedaba era un pequeño grupo de personas aisladas —los círculos más reducidos en torno a Rosa Luxemburg, Clara Zetkin, Franz Mehring, Karl Liebknecht—, aquellos intelectuales que habían entrado en este aparente mundo alternativo exclusivamente por el “proyecto”, por un socialismo, fuera cual fuera su forma. Ellos, tan íntegros o, según se mire, tan ajenos al mundo real, no sólo perdieron a la mayoría de sus seguidores y aliados. También perdieron el “contramundo” como tal, sin ser capaces de entender lo que estaba sucediendo. De tantos árboles que caían a su alrededor, fueron incapaces de ver que el bosque se estaba pudriendo.

Durante las semanas de histeria, se hizo evidente que el significado de este “contramundo” se había desvanecido hacía tiempo (mientras que su forma siguió existiendo hasta el 2 de mayo de 1933, cuando los nacionalsocialistas acabaron con las instituciones socialdemócratas-sindicales). Durante la guerra mundial que siguió, los izquierdistas alemanes lucharon como personas rectas para que el movimiento obrero socialista recuperara su independencia política; con la fundación del KPD en 1918, intentaron iniciar un nuevo movimiento obrero. Este intento fracasó a más tardar en 1921, cuando se entregaron a los bolcheviques.

En este caso, quedarse sin patria no fue el resultado de una expulsión, sino que la patria se había desvanecido.

CAPÍTULO 3

La “marxista hecha y derecha” y la cuestión polaca

Mi ideal es un orden social en el que se me conceda amar a todos. Al esforzarme por ello, y en nombre de este ideal, tal vez algún día seré capaz de odiar.

Rosa Luxemburg, a los 16 años (Seidemann 1998: 9)

La trayectoria de Rosa Luxemburg, desde que se instaló en Berlín en mayo de 1898 hasta su asesinato el 15 de enero de 1919, se caracteriza por el proceso de transitar desde la defensa de la ya brevemente esbozada “estrategia Engels-Kautsky”, en el debate sobre el revisionismo, a revisiones cada vez más profundas de esta estrategia y hasta la búsqueda de una alternativa a la vez radical y emancipadora, que quedó inconclusa al final. A continuación, se rastrean las etapas de esta búsqueda, empezando con el famoso debate sobre el revisionismo.

A los socialdemócratas alemanes de 1898, Luxemburg debía parecerles Minerva, la beligerante hija de Zeus, surgida de la cabeza de Marx. Se la acusó de “lanzar frases seductoras [...] como una diosa desde las nubes” (citado en Laschitzka 2014: 37). Con apenas 27 años, les metió presión a los viejitos del SPD cuando no reaccionaron inmediatamente con toda la dureza posible a la revisión que Eduard Bernstein hizo de los fundamentos teóricos de la estrategia probada. Rosa Luxemburg apareció en estos debates tan completamente hecha y derecha en cuanto a sus puntos de vista, tan perfectamente clara en sus posiciones, tan inquebrantablemente convencida como nadie más. Pero Luxemburg no surgió de la nada y su marxismo tenía un trasfondo muy concreto: el debate de los socialdemócratas por una estrategia socialista convincente en la parte de Polonia ocupada por Rusia.

FUNDACIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA POLACA Y SUS DOS CORRIENTES

Julius Wolf, director de tesis del doctorado de Rosa Luxemburg, recordaba su tiempo de enseñanza en la Universidad de Zúrich con las palabras

de que había dado “apoyo académico [...] al más talentoso de mis alumnos*” de mis años en Zúrich, Rosa Luxemburg [...] hizo conmigo su doctorado en ciencias políticas (con una excelente tesis sobre el desarrollo industrial de Polonia) [...]”. Wolf añadió que “no obstante, ya llegó a mí preparada, era una marxista de Polonia y de Rusia” (citado en Nettl 1967: 75). Pero, ¿qué significaba ser, en el año 1895, una marxista preparada, y qué forma particular adoptó este hecho de ser marxista en la joven Rosa Luxemburg? ¿Y en qué condiciones tuvo lugar esta formación? Hay que tener en cuenta que Julius Wolf no la conoció inmediatamente después de su huida de Polonia en 1889, sino unos años más tarde. Antes de 1892 había estudiado principalmente zoología, historia de la economía nacional y filosofía, así como finanzas públicas (Stadler-Labhart 1978: 38), para luego cambiarse a derecho y, finalmente, a ciencias políticas en 1893, donde cursó economía, asistió a las conferencias de Wolf y defendió su disertación *El desarrollo industrial de Polonia*, por la cual se graduó *magna cum laude* en mayo de 1897.

En 1896, cuando todavía era alumna de la Segunda Escuela Femenil de Varsovia (ahí se hablaba exclusivamente ruso, la escuela aceptaba sólo de manera excepcional a jóvenes polacas especialmente dotadas), Luxemburg había entrado en contacto con el grupo marxista Segundo Proletariado, en torno a Marcin Kasprzak (1860-1905, ejecutado en Varsovia). En 1888 hubo persecuciones masivas. Al contrario de lo que se suele afirmar, Luxemburg pudo salir del Reino de Polonia con un pasaporte oficial. Tampoco figuraba en ninguna lista de perseguidos políticos (véase Seidemann 1998: 24). Su familia le posibilitó una carrera universitaria en Suiza. Luxemburg comenzó sus estudios en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Zúrich —en aquella época las humanidades y las ciencias naturales aún se consideraban como una sola cosa— y los continuó a partir de 1892 en la Facultad de Ciencias Políticas, que incluía economía nacional. En esta fase temprana, la vida de Rosa Luxemburg como marxista evolucionó en este entorno social particular de las y los socialdemócratas polacos provenientes del Imperio ruso. Este entorno estuvo marcado, por un lado, por la búsqueda de una estrategia revolucionaria en toda Rusia y, por otro, por la situación especial de Polonia como una de las partes económicamente más avanzadas del Imperio zarista. Así, la situación había cambiado fundamentalmente en comparación con la de 1848.

* N.d.T.: Wolf usa la forma masculina “alumno” para Rosa Luxemburg.

La socialdemocracia tenía que encontrar respuestas sobre cómo responder concretamente a los movimientos nacionales en aquellas regiones dominadas por los cuatro grandes Imperios que se habían repartido entre sí el centro-este y el sureste de Europa: el Imperio zarista ruso, el Imperio otomano, la doble monarquía austro-húngara y el Imperio alemán (véase sobre la discusión socialdemócrata de la cuestión nacional en este período Haupt 1974; Baier: 2011).

En primer lugar, todos los revolucionarios del Imperio ruso tenían que contestar la pregunta de cómo se podría derrocar al zarismo. Los populistas (*narodniki*), que se formaron en el periodo de reformas tras el final de la perdida Guerra de Crimea en las décadas de 1860 y 1870, apostaron en este contexto a los campesinos y la transición al socialismo mediante la liberación del potencial de las comunidades rurales (*obščina*) con sus elementos de propiedad colectiva y autogestión. Tras el fracaso de los intentos de "mezclarse con el pueblo" e iluminarlo, se pensó en agitar a las masas y despejar el camino a través del asesinato del zar. Pero los atentados y, finalmente, el asesinato de Alejandro II en 1881 demostraron que esta estrategia conducía a un callejón sin salida. En la búsqueda de una opción, la mirada giró hacia Occidente. Allí, el movimiento obrero demostraba que podían existir fuerzas distintas a las del campesinado o la burguesía. Karl Marx tuvo una gran influencia en esto.⁶ A finales de la década de 1870, se dieron los inicios de una socialdemocracia marxista dirigida por Georgy Plejánov, y en 1883, entre los emigrantes en Suiza, se formó en torno a él el grupo *Liberación del Trabajo*, que partió del supuesto de que un movimiento obrero en formación en el Imperio ruso tendría que tomar el liderazgo en la lucha por la democracia y el socialismo (Plechanov 1956a, 1956b).

En segundo lugar, aquellos revolucionarios polacos que se aliaron con las posiciones socialdemócratas mencionadas tuvieron que responder a la pregunta de cómo se relacionaban sus ideas socialistas con la lucha por la recuperación de un Estado polaco independiente. Las revueltas de 1830 y 1861 habían sido brutalmente reprimidas por las tropas rusas. Al mismo tiempo, en el Reino de Polonia ocupado por los rusos (Polonia rusa) había comenzado un desarrollo

⁶ Fue el anarquista, aliado y más tarde adversario de Marx, Mijail Bakunin, quien tradujo el *Manifiesto* al ruso y luego también comenzó a traducir las primeras partes de *El Capital*. Sin embargo, el trabajo principal al respecto lo realizaron los rusos German Lopatin y Nikolai Danielson. En 1872, la obra de Marx se publicó en San Petersburgo. Fue la primera traducción de esta obra a otro idioma.

industrial acelerado.⁷ En su artículo “El socialismo en Polonia”, escrito en 1897 para la revista *Sozialistische Monatshefte* (Cuadernos Mensuales Socialistas), Rosa Luxemburg abordó en detalle la historia fundacional de la socialdemocracia polaca en el Imperio ruso. Ubicó el punto de partida en la fundación del grupo Proletariado en 1882, que según ella se había centrado en el antagonismo de clase entre el proletariado y la burguesía. Críticamente, Luxemburg señaló:

La comprensión general de las tendencias económicas, sin embargo, no era suficiente para proveer al partido de una hoja de ruta; todavía era necesario entender el papel activo de la clase obrera en el desarrollo político del orden capitalista. Precisamente en este aspecto, el partido no iba conforme con el movimiento de Europa Occidental sino con el grupo de la *Narodnaya Volya*,⁸ que vio en el golpe de Estado de una pequeña minoría revolucionaria el medio para apoderarse del aparato estatal para luego, con el apoyo del pueblo, poner en marcha la revolución social; sin embargo consideraba al terrorismo como el medio para preparar dicho golpe de Estado (GW 1.1: 83).

Luxemburg vio el verdadero mérito de este primer grupo de orientación socialdemócrata en Rusia, sobre todo, en su claro rechazo a cualquier intento de restaurar un Estado polaco independiente. El fundador y líder intelectual, Ludwik Warynski (1856-1889, murió en la cárcel zarista), según Luxemburg, había cortado desde el principio “cualquier vínculo entre el movimiento obrero y el nacionalismo” (GW 1.1: 85) y había subrayado lo perjudicial de un programa de restauración de Polonia para la lucha socialista. “Con esto”, escribió Luxemburg, “la cuestión polaca aún no estaba resuelta teóricamente, pero la actitud práctica hacia ella estaba formulada con toda la claridad deseable” (*ibid.*).

⁷ En adelante, utilizaremos en gran parte el término Reino de Polonia para la parte de la Polonia histórica ocupada por Rusia. El término se basaba en la ficción de que, tras la victoria sobre Napoleón, la misma persona representara a la corona zarista y a la polaca. Después de haber reprimido las revueltas, las autoridades zaristas habían intentado, por todos los medios posibles, manejar los territorios polacos anexados como simples provincias y, en consecuencia, dividirlos administrativamente. Se prohibió usar el nombre de Polonia y se hablaba de la “Tierra de Vístula”. Se persiguió una política de “rusificación”.

⁸ *Narodnaya Volya* (Voluntad Popular en ruso) fue una organización clandestina de la Rusia zarista, a finales de la década de 1870, que pretendía derrocar al zarismo mediante la propaganda y el ejercicio del terror.

En esta presentación se relatan las principales concepciones de Luxemburg, la "marxista (polaca) hecha y derecha": una comprensión de la estrategia socialista derivada de la estructura económica de la sociedad, un énfasis en el papel del movimiento obrero como la fuerza activa central que no puede ser sustituida por ninguna organización o representantes, y un rechazo estricto de cualquier vinculación de la lucha socialista con la lucha por la restauración del Estado polaco.

A finales de la década de 1880 y principios de la de 1890, comenzó a formarse un movimiento obrero autónomo en el Reino de Polonia. En mayo de 1892, en Lodz, decenas de miles de obreras y obreros textiles hicieron una huelga general de nueve días. El gobierno zarista intervino con la fuerza militar y sofocó este levantamiento con tal brutalidad que asesinó a más de 160 obreras y obreros. Estos acontecimientos se convirtieron en el disparador de la formación de nuevos partidos socialdemócratas polacos en el extranjero. El inicio lo marcaron grupos que se reunieron en París a finales del otoño de 1892 y fundaron el Partido Socialista Polaco (PPS). Se tomaron dos importantes decisiones sobre qué dirección tomar:

En primer lugar, el destino del movimiento socialista polaco se desvinculó del curso futuro del movimiento ruso, al respecto se argumentó que el movimiento socialista [...] en Rusia apenas estaba dando sus primeros pasos [...] En segundo lugar, sin embargo, al movimiento socialista polaco se le encomendó desde el principio la tarea de actuar más allá de las fronteras del Reino de Polonia, ya que la república a la que se aspiraba tendría que estar compuesta por otras regiones no situadas exclusivamente en Rusia (Politt 2015b: 10).

El camino hacia una república polaca, según la posición del PPS, tenía que pasar por un levantamiento obrero en el Reino de Polonia.

Se había formado en Zúrich otro grupo de exiliados provenientes del Reino de Polonia y de Lituania. Allí, Leo Jogiches, Rosa Luxemburg, Julian Marchlewski y Adolf Warski desarrollaron una línea estratégica opuesta. En julio de 1893 fundaron el periódico del exilio *Sprawa Robotnicza* (Causa Obrera). Jogiches lo financió con la herencia de su abuelo. También organizó la distribución ilegal. En el editorial del primer número del nuevo periódico, Rosa Luxemburg y Leo Jogiches escribieron:

El obrero ruso es nuestro hermano en la necesidad, nuestro compañero de lucha. Comienza a comprender, al igual que nosotros, que no se puede eludir la lucha contra el gobierno zarista. La miseria lo ha despertado, él también busca la lucha. Así, el obrero ruso se aliara con nosotros contra el enemigo común. Así, la dominación zarista,

que tanto a polacos como a rusos nos ha unido en la misma esclavitud, morirá a manos de sus enemigos unidos: a manos del pueblo obrero de Polonia y Rusia (Luxemburg/Jogiches 2015: 25).

Luxemburg y Jogiches veían a un solo pueblo unido—el de los obreros—en confrontación con un enemigo común: los respectivos gobiernos y la clase capitalista dominante del respectivo Estado. Consistentes, se mantenían firme en su convicción de que cualquier “solidaridad parcial” era enemiga de la solidaridad internacional, “una ambigüedad en cuyo marco se asoma el antagonismo nacional” (GW 2: 503).

Para Rosa Luxemburg, esta referencia al “pueblo” unido de las obreras y los obreros fue mediada por los camaradas que Peter Nettl había llamado su “grupo de personas afines”. Ya en sus primeras actividades ilegales en Varsovia, Rosa Luxemburg conoció a personas con las que permaneció estrechamente vinculada durante las siguientes décadas: Adolf Warski (1868-1937, asesinado en el contexto del terror aplicado por Stalin) y Julian Marchlewski (1866-1925). En Zúrich, se unió al grupo Leo Jogiches, compañero de vida de Luxemburg durante los siguientes 15 años. El punto de referencia abstracto, el proletariado de cualquier nación y nacionalidad, tomó una forma muy viva en este grupo:

Tenían más o menos la misma edad y todos encontraron en el movimiento un lugar que no se les ofrecía en ninguna otra parte para el desarrollo de sus personalidades y talentos. [...] Todos ellos eran inconformistas por convicción personal; eran más bien marginados en vez de conspiradores organizados. Poseían una confianza ilimitada en sí mismos y estaban convencidos de manera inmutable del devenir de un futuro socialista, así como de la exactitud de sus propios análisis y tácticas. Sin embargo, el fundamento más importante de su colaboración era un tejido indefinible de comportamientos personales de los que surgió una especie de consenso espontáneo y flexible (Nettl 1967: 89).

En este contexto, Arendt señala que todos ellos eran judíos:

Estos judíos, una minoría extremadamente pequeña en el Este y un porcentaje posiblemente aún menor del judaísmo asimilado en Occidente, se encontraban fuera de todas las capas sociales [...] y, en consecuencia, no tenían prejuicios de ningún tipo; más bien, en su ‘espléndido aislamiento’ habían desarrollado algo así como su propio código de honor, y luego algunos no judíos se sintieron atraídos hacia él (Arendt 1989: 51).

Si existiera la encarnación de una "asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición para el libre desenvolvimiento de todos" (MEW vol. 4: 482; traducción del Instituto de Marxismo-Leninismo del PCUS, en *Antología Karl Marx*: 135, Siglo XXI, Argentina, 2015), que fuera al mismo tiempo una organización de lucha revolucionaria, entonces esto se aplicaría al grupo en torno a Jogiches y Luxemburg. Como se demostrará más adelante, fue este trasfondo de especial comunidad con personas afines y su propia aspiración a una vida potenciada lo que le dio la fuerza a Luxemburg para romper con la carcasa de una servidumbre voluntaria en torno al marxismo ortodoxo y desarrollar planteamientos liberadores más allá de él. Ante el agravamiento de los problemas políticos y el agotamiento del paradigma socialdemócrata establecido, inició su propio proceso de buscar una nueva estrategia y una teoría marxista modificada. Esto también fue posible porque para ella la obra de Marx ofrecía algo "infinitamente más valioso que cualquier verdad prefabricada": "el estímulo al pensamiento, a la crítica y a la autocrítica, que es la esencia misma de la enseñanza que heredó Marx" (GW 4: 301). No buscó respuestas en Marx, sino una ayuda profunda para su propia búsqueda.

La red de personas afines descrita anteriormente fue su hogar concreto, una articulación de relaciones políticas interpersonales que perduró veinticinco años, hasta el asesinato de Luxemburg. En 1893, sin embargo, todo esto quedaba todavía en un futuro muy lejano. Por lo pronto, Luxemburg se distinguió como socialdemócrata marxista en el sentido más estricto. Como redactora de *Sprawa Robotnicza*, Luxemburg hizo su primera aparición a los 23 años en la Segunda Internacional, cuyo congreso se celebró en Zúrich del 6 al 12 de agosto de 1893. Presentó un informe sobre el desarrollo de la socialdemocracia en el Reino de Polonia. Por un lado, subrayó el consenso básico que unía a toda la socialdemocracia de inspiración marxista en Europa, la idea de que

el papel del partido socialdemócrata consiste en dirigir decididamente la lucha del proletariado, que se desarrolla con elemental violencia bajo el capitalismo, contra el orden social existente; que la lucha en el terreno económico por los intereses cotidianos de las clases obreras, la lucha por las formas democráticas de gobierno, es la escuela que el proletariado debe cursar necesariamente antes de ser capaz de derrocar a la sociedad actual (GW 1.1: 7).

Luxemburg, en nombre del grupo de Zúrich, también justificó por qué consideraba la lucha por la restauración del Estado polaco como incompatible con los objetivos y métodos de lucha socialistas y con la

tarea de acabar con la opresión de la nacionalidad polaca. Queremos citar su posición de manera extensa:

El propósito de restaurar una Polonia independiente, al no contar con la realidad, no puede crear una actividad política que corresponda a las necesidades del proletariado. Un programa político mínimo común de la clase obrera de los tres países polacos es hoy una imposibilidad práctica, ya que la actividad política del partido obrero debe corresponder siempre a las condiciones políticas dadas. Uno de los tres países [en el Imperio alemán] tiene una libertad política relativamente amplia con sufragio universal; el segundo, se encuentra en posesión de unos pocos derechos políticos endebles y tiene que luchar primero por el sufragio universal [en el Imperio de los Habsburgo]; el tercero [en el Imperio zarista] está completamente bajo el yugo del absolutismo. Aceptar hoy el programa mencionado como programa político equivaldría a querer renunciar a toda actividad política. La clase obrera, sin embargo, debe practicar esa actividad; sólo puede ser atraída cuando se trate de reivindicaciones reales, aquéllas que hoy en día generan una lucha práctica en nombre de necesidades reales, evidentes e importantes. Una acción política de esta índole, basada en condiciones reales, es hoy para el proletariado de Galicia la lucha por el sufragio universal, que comparte con el proletariado de toda Austria. Para el proletariado de Posen y Silesia, el programa político es unirse a la socialdemocracia alemana. Para el proletariado de la Polonia rusa, es la consigna común a todo el proletariado del Imperio ruso, que corresponde a sus condiciones reales de vida: la derrota del absolutismo. Este programa se desprende tanto de las necesidades de su lucha económica cotidiana como de sus aspiraciones socialistas en general. Este programa, al tener como objetivo la conquista de los derechos políticos que mejor corresponden a sus intereses locales, le permite al mismo tiempo protegerse contra la política de rusificación del gobierno. Este programa, finalmente, conduce a la clase obrera por un camino recto hacia el triunfo del socialismo y, al mismo tiempo, la acerca a aquel momento en que, con la abolición definitiva de toda opresión, se eliminará también definitivamente la supresión de la nacionalidad polaca y se quitará el fundamento a toda opresión cultural (GW 1.1: 12f).

Al contrario de lo que con frecuencia se suele suponer, el rechazo de Luxemburg a una lucha por la restauración del Estado polaco no tiene un fondo antinacional, sino que se deriva de su convicción marxista socialdemócrata de que el programa mínimo y el programa máximo deben

formar una unidad, de que la lucha en el aquí y ahora debe partir de las necesidades concretas y de las posibilidades reales y, al mismo tiempo, formar la conciencia de las obreras y los obreros de que estos objetivos cotidianos muy concretos se imponen de la manera más eficaz mediante la lucha socialista. Más tarde llamará a esta unidad práctica de objetivos a corto y a largo plazo "*realpolitik* revolucionaria". El establecimiento de objetivos que creía inalcanzables, como la restauración de un Estado polaco, según ella contradecía a esta política. Centrar la lucha en un Estado polaco propio suponía, en su opinión, romper la unidad de la lucha de la clase obrera y sacrificar el objetivo socialista en favor de la construcción de un Estado nacional burgués, sin poder alcanzar al mismo tiempo este objetivo nacional. A la vez, asume que en una sociedad socialista desaparecerían todos los fundamentos para una represión nacional y, por tanto, la cuestión de la pertenencia a tal o cual Estado carecería de sentido. En su opinión, la autogestión local y la autonomía cultural serían suficientes para acabar con toda discriminación y para poder vivir la propia identidad lingüístico-cultural colectiva. Para ella, al igual que para muchos en Europa central-oriental, la convivencia de diferentes naciones y nacionalidades en un mismo Estado del sudeste y del este era una obviedad histórica. A sus ojos, sólo se trataba de superar las formas de opresión asociadas con esta situación. Y si el proletariado tiene la fuerza "para llevar a cabo la restauración de Polonia a pesar de los gobiernos de los Estados anexionistas y de la burguesía polaca, entonces también será capaz de emprender la revolución socialista" (GW 1.1: 22).

Como escribió Feliks Tych, el especialista polaco en Luxemburg:

[Rosa Luxemburg] estaba a favor de una solución democrática de la cuestión nacional, pero, al mismo tiempo, buscaba una fórmula democrática que no perjudicara ni los objetivos universalistas del movimiento obrero ni el progreso civilizador. El sentido de sus propuestas políticas [...] se reduce a la advertencia programática de que el movimiento obrero socialdemócrata no debe apoyar las tendencias centrífugas de las naciones políticamente dependientes en los países europeos, sino luchar por un estatus democrático y por la plena igualdad nacional y la plena autonomía cultural dentro de las estructuras multinacionales existentes (citado en Kulla 1999: 26-ss.).

Su principal objetivo político no era la realización del socialismo a corto plazo ni la independencia polaca, sino *el derrocamiento del zarismo como premisa para cualquier progreso sostenible en Europa*. Además, estaba profundamente convencida de que los socialdemócratas rusos no lo-

grarían este cometido sin los socialistas polacos. Esta fue la razón por la que trató con toda su brillantez intelectual de “desvincular la identidad nacional de la soberanía del Estado-nación” (Piper 2018: 128), y por la que enfatizaba repetidamente la diferencia entre Estado-nación y nacionalidad.

Es cierto que el estatus de delegada de Luxemburg en el Congreso de la Segunda Internacional fue impugnado con éxito por el PPS (la votación de las delegaciones por país fue nueve contra siete). Sin embargo, su discurso de defensa impresionó enormemente (véase también GW 6: 71). Tan grande fue esta impresión que el líder socialista belga Émile Vanderfelde ni siquiera se dio cuenta más tarde de que Luxemburg había perdido en la cuestión del mandato:

Todavía puedo verla saltando entre la multitud de delegados y balanceándose sobre una silla para que la entendieran mejor. Pequeña, flaca, delicada en su vestido de verano [...], defendió su causa con tal magnetismo en la mirada y con palabras tan encendidas que la mayoría del Congreso, conquistada y hechizada, levantó la mano para su admisión (citado en Nettl 1967: 83).

Como consecuencia inmediata después de la derrota en el Congreso Socialista de Zúrich en agosto de 1893, el grupo en torno a Leo Jogiches fundó ese mismo mes el partido Socialdemocracia del Reino de Polonia (SDKP), que a partir de 1900 se llamó Socialdemocracia del Reino de Polonia y en Lituania (SDKPiL). El congreso fundacional ilegal del partido, celebrado en Varsovia en marzo de 1894, adoptó el editorial de julio de 1893 escrito por Jogiches y Luxemburg como programa del partido y designó a *Arbeitsache* (Causa Obrera) como su órgano de prensa. La división de la joven socialdemocracia polaca en PPS y SDKP se institucionalizó, se defendieron dos programas y estrategias opuestas y se produjo una competencia feroz, a menudo brutal, por la influencia en los territorios polacos, así como en la Segunda Internacional. Una de las formas en que Luxemburg luchó por esta influencia consistió en fundamentar teóricamente la posición estratégica de su partido desde el marxismo.

El mayor *desiderátum* al investigar la vida de Rosa Luxemburg es, todavía, su trabajo en el movimiento obrero polaco, a pesar de que fue en este movimiento donde comenzó su lucha por el socialismo. El SDKP, fundado en Suiza, en 1893, por los cuatro estudiantes Leo Jogiches, Rosa Luxemburg, Julian Marchlewski y Adolf Warski, fue dirigido desde el extranjero durante casi 20 años y vio su campo de acción exclusivamente en el territorio polaco anexo por Rusia, y allí sobre

todo en centros industriales como Lodz, Varsovia y Bialystok. Luxemburg sólo pudo trabajar personalmente en el territorio ruso-polaco durante la Revolución Rusa de 1905-06, entre finales de diciembre de 1905 y su detención el 4 de marzo de 1906. La judía polaca pasó la segunda parte de su vida en Alemania, donde la emigrante quedó protegida frente a Rusia por el privilegio de la ciudadanía prusiana adquirida mediante un matrimonio de conveniencia.

El SDKP consideraba que el derrocamiento del zarismo ruso, que era el poder protector de todos los empeños reaccionarios en Europa, era un requisito indispensable para cualquier progreso político y social duradero en Europa Central y Este. Por lo tanto, para Rosa Luxemburg y sus camaradas, el territorio separado austriaco y el territorio separado prusiano-alemán de Polonia y, por lo tanto, la restauración del Estado polaco, que había sido dividido en 1772, no tenían ninguna importancia. Al entender del SDKP, la exigencia de un Estado polaco propio—que era el objetivo central del PPS, fundado en 1892, y con el que el SDKP competía por los obreros—sólo distraía de los esfuerzos de derrocar el zarismo y estabilizaba su gobierno en lugar de debilitarlo.

El SDKP no estaba en absoluto solo en su rechazo de la restauración del Estado polaco: hasta el cambio de siglo, en el territorio polaco anexo por Rusia se ubicaban las industrias más importantes (y todavía importantes después) de la Rusia zarista, sin cuyos mercados de venta la burguesía industrial y comercial polaca no habría podido existir. Por lo tanto, un Estado polaco independiente no era del interés de esta burguesía. A pesar de ello, en 1918/19 el PPS triunfaría sobre el SDKP con la fundación de una Polonia independiente.

El dilema que enfrenta todo investigador de Luxemburg es que, en Polonia, después de la publicación de las cartas de Rosa Luxemburg a Leo Jogiches, proyecto que terminó en 1971 (véase Luxemburg 1968), no ha habido más investigaciones significativas respecto al tema. Los textos polacos de Rosa Luxemburg, que Holger Politt ha hecho accesibles al público germanohablante desde 2011, ofrecen una amplia visión acerca de la cuestión de la nacionalidad, su concepción de la revolución y el abordaje del antisemitismo (Luxemburg 2011a, 2011b, 2012, 2013, 2014, 2015b). Sin embargo, estos textos no dicen casi nada sobre Rosa Luxemburg como líder del partido.

El verdadero problema radica en la relación entre Rosa Luxemburg y Leo Jogiches. Él huyó de Rusia en 1890, donde se le buscaba por su labor de conspirador antizarista en las fábricas de Wilna (actual Vilna, capital de Lituania). Toda organización, incluso la educación política, estaba prohibida a obreras y obreros y era reprimida brutalmente. Ya a los 16 años, el vástago de una familia de banqueros había empezado a

organizar círculos de lectura ilegales para los obreros. La conspiración significa llevar una vida doble ante el peligro constante de ser traicionado; vigilar de manera permanente el entorno para protegerse de la persecución; no confiar en nadie sin reservas y, en el fondo, confiar sólo en uno mismo. Cuanto más consecuentes eran los revolucionarios que se consideraban como tales en acatar estas reglas del juego de la conspiración, más éxito tenían en su lucha contra el odiado régimen zarista. Podrían ser demócratas en la teoría, pero sólo podían sobrevivir confiando en sí mismos en vez de actuar en libre cooperación.

A través de Leo Jogiches, o más bien de su amor por él, Rosa Luxemburg llegó al socialismo. Junto a ella, Jogiches —como contrapropuesta a los partidos socialdemócratas de Europa Occidental con su liderazgo unipersonal— desarrolló sus ideas de un partido con estructuras democráticas y de un socialismo democrático de base. Rosa Luxemburg se convirtió en su más importante propagandista y, posteriormente, teórica. Hasta su muerte ella fue la segunda parte de un *tándem*, y, a partir del cambio de siglo, de un *tándem* donde reinaba cada vez más la igualdad. Jogiches necesitaba a Rosa Luxemburg, porque él mismo nunca publicó. Posiblemente la conciencia de vivir constantemente en contra de sus propias opiniones le impidió escribir. La práctica del trabajo político en la parte de Polonia anexada por Rusia sólo permitía la conspiración. Cualquier intento de construir allí un partido con estructuras democráticas equivalía a un suicidio.

Jogiches mantuvo a Rosa Luxemburg fuera del trabajo operativo en Polonia, razón por la cual ella se quejó con él una y otra vez. Al fin y al cabo, ella representó como líder a un partido con cuyos miembros compartía la vida política cotidiana sólo en el extranjero, en el mejor de los casos. La imagen que deriva de las actividades de Rosa Luxemburg en el movimiento obrero polaco la muestra esencialmente como una periodista y teórica que realizó un trabajo instructivo desde el extranjero y que representó a su partido en la oficina de la Internacional Socialista.

Mental y políticamente, Rosa Luxemburg había dejado atrás a Rusia y las condiciones políticas de ese país al emprender sus estudios en Suiza y también durante su trabajo, que al menos fue tolerado en su mayor parte por el Estado alemán. A ella le favorecía que —a diferencia de la mayoría de los emigrantes revolucionarios de Europa Central y Oriental— no se había mudado al extranjero desde el trabajo conspirativo. No tenía ninguna experiencia personal en el trabajo conspirativo en Rusia. En un principio había ido a Occidente exclusivamente para estudiar. Mientras que la mayoría de los emigrantes revolucionarios de Europa Central y del Este vivían una vida de emigrantes —hoy algunos dirían que vivían en “sociedades paralelas”; esto también se aplicaba a

Leo Jogiches hasta cierto punto—, Rosa Luxemburg se convirtió en una europea occidental que no negó ni olvidó nunca sus raíces polacas. También en el SPD, es decir, en la socialdemocracia alemana, Luxemburg trabajó como periodista, tal como lo había hecho en el movimiento polaco, y como célebre oradora de asambleas, lo que se le había negado en Rusia. A partir de 1908, además trabajó como docente en la escuela del partido del SPD.

En las disputas políticas, Rosa Luxemburg solía defender con vehemencia sus puntos de vista, pero nunca, al menos nunca intencionadamente, en círculos secretos, sino, cuando de algún modo era posible, siempre en público. Porque en este escenario la autoridad sólo puede adquirirse mediante la inteligencia, la fuerza de los argumentos, el poder de convicción y la integridad.

LA TESIS DOCTORAL DE ROSA LUXEBURG SOBRE EL CAPITALISMO EN EL REINO DE POLONIA

Un rasgo específico de la tradición marxista es que toda cuestión política debía decidirse también teóricamente. El impacto efectivo político del marxismo se derivaba directamente de su estricta cientificidad. Las palabras de Lenin “la doctrina de Marx es todopoderosa porque es verdadera” (Lenin 1913a: 3) era más que un simple lugar común, era una convicción generalizada. Sólo el marxismo parecía tener la respuesta a la cuestión de las tendencias históricas del desarrollo y las fuerzas impulsoras. Como dice en el *Manifiesto*:

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario (MEW vol. 4: 474; traducción del Instituto de Marxismo-Leninismo del PCUS, en *Antología Karl Marx*: 128, Siglo XXI, Argentina, 2015).

Por lo tanto, los socialdemócratas polacos en torno a Leo Jogiches y Rosa Luxemburg se enfrentaron a la tarea de establecer una comprensión científica fundamentada en el paradigma marxista, que era superior a la de sus adversarios. Para ello fue necesario estudiar el desarrollo del capitalismo en el Reino de Polonia. Esto se convirtió en el tema de la tesis doctoral de Luxemburg.

En los años en los que Lenin escribía *El desarrollo del capitalismo en Rusia* durante su destierro en Siberia, para elaborar una justificación

científica de la estrategia socialdemócrata para Rusia, Luxemburg escribió su texto *El desarrollo industrial de Polonia*. La publicó Duncker & Humblot en 1898, con el mismo objetivo que la obra de Lenin, pero con referencia a Polonia y bajo un título políticamente más inocuo. Con ello también se convirtió en un fenómeno excepcional en el entorno científico: siendo mujer y marxista, había obtenido un doctorado en el campo de la economía nacional con resultados sobresalientes y, además, había publicado este trabajo en una de las editoriales científicas más respetadas de Alemania. El reto que se había planteado Luxemburg era especialmente grande porque, aunque se amparaba fundamentalmente en la concepción de la historia de Marx y Engels, en la cuestión polaca los contradecía directamente. Para Marx y Engels, la lucha por la restauración del Estado polaco era algo natural. Resumiendo su posición común, Friedrich Engels escribió a Karl Kautsky el 7 de febrero de 1882:

Los socialistas polacos que no ponen la liberación del país a la cabeza de su programa me parecen como los socialistas alemanes que no quisieron exigir primero la abolición de las leyes antisocialistas, la libertad de prensa, de asociación y de reunión. Para poder luchar, primero hay que tener tierra, aire, luz y espacio de movimiento. De otra manera, todo queda en mera palabrería. Al efecto, no importa si es posible reconstituir Polonia antes de la próxima revolución. De ninguna manera tenemos la vocación de impedir que los polacos se esfuerzen por luchar por las condiciones de vida de su desarrollo ulterior o de persuadirles de que la independencia nacional es un asunto muy secundario desde el punto de vista internacional, cuando, por el contrario, es la base de toda interacción a nivel internacional⁹ (MEW vol. 35: 270; traducción propia).

A esta posición Luxemburg respondió de la siguiente manera:

Las declaraciones de los fundadores del socialismo científico no pueden ni deben ser interpretadas [...] ni siquiera como un indicador del

⁹ En 1892, en el prefacio a la edición polaca del *Manifiesto*, Engels escribió de manera inequívoca: “El rápido desarrollo de la industria polaca, que ha rebasado al de Rusia, es [...] a su vez una reciente prueba de la indestructible vitalidad del pueblo polaco y una nueva garantía de su inminente reconstitución nacional. Pero la reconstitución de una Polonia fuerte e independiente es un asunto que no sólo concierne a los polacos, sino a todos nosotros. La sincera cooperación internacional entre las naciones de Europa sólo es posible cuando cada una de ellas es completamente autónoma en su propia casa” (MEW vol. 22: 283; traducción propia).

programa práctico cotidiano del proletariado polaco, porque se refieren sólo a las eventualidades de la política exterior y no a la lucha de clases interna y a las tendencias del desarrollo social de Polonia. En general, estas declaraciones pertenecen, tanto en su origen como en su carácter, más bien a aquella bonita época en la que "ser polaco y ser revolucionario –al menos en el sentido nacional– eran exactamente la misma cosa" (GW 1.1: 33, la cita hace referencia a MEW vol. 6: 283).

Luxemburg aludió al hecho de que para Marx y Engels, todavía en la década de 1860, un levantamiento polaco exitoso contra la dominación zarista era de una importancia absolutamente crucial para el movimiento democrático en Europa Occidental porque habría debilitado al imperio zarista y roto su capacidad de intervención reaccionaria. Luxemburg replicó:

La mayoría de las declaraciones de los socialistas de Europa Occidental en relación con las aspiraciones nacionales polacas presentan una peculiar característica: suele juzgarse el carácter social interno de estas aspiraciones en Polonia por el papel que se les asigna en las circunstancias internacionales en Europa. En nuestra opinión, sería más correcto deducir la influencia que las aspiraciones a favor de la unificación de Polonia podrían tener para Europa a partir de la naturaleza que estas aspiraciones deben tener en Polonia misma, en virtud de sus condiciones sociales (GW 1.1 42-43).

En cuanto a la programática, abogaba estrictamente por la unidad de todas las fuerzas socialdemócratas dentro de un Estado, pero cuidaba como a la niña de sus ojos la independencia de su propio partido frente a la socialdemocracia rusa. Su posición era: "sólo a través de una organización política común que reúna a todas las fuerzas del proletariado en el Estado para una lucha política unida y conjunta, las aspiraciones particulares justificadas de los diversos sectores del proletariado pueden apostar a su realización" (GW 6:76).

En 1896, Rosa Luxemburg empezó a publicar en la revista *Neue Zeit*, editada por Karl Kautsky y baluarte del marxismo como ciencia. Mientras que en su primer y extenso artículo abordó el tema de las corrientes socialistas polacas en Austria y Alemania, el segundo artículo, igualmente extenso, "Patriotismo social en Polonia", se enfocó en el Imperio ruso. Para ello, pudo recurrir a estudios que también constituyeron la base de su tesis de doctorado. Su conclusión: "Las tendencias del desarrollo capitalista en Polonia conducen por ende a la incorporación

económica de ésta al Imperio ruso. [...] *La dirección del desarrollo social señalada ha implicado que ahora no haya ninguna clase social en Polonia que tenga interés en la restauración de Polonia y, al mismo tiempo, la fuerza para hacer valer este interés*” (GW 1.1: 46). Ni la aristocracia ni los campesinos, ni la burguesía ni la pequeña burguesía ni la intelectualidad tenían a la vez el interés y la fuerza para tal lucha nacional, según Luxemburg. O bien sus intereses se oponían a ello, o bien carecían de fuerza para imponerlos; o bien no había interés ni fuerza.

Según Luxemburg, la clase obrera polaca tampoco podía asumir el legado nacional-liberador. La fuerza de la clase obrera dependía del progreso económico, y éste, sin embargo, estaba vinculado a la integración en el espacio económico ruso en su totalidad: “Si el proletariado hiciera de la independencia de Polonia su programa, se opondría al proceso de desarrollo económico” (GW 1.1: 50). Dado que el socialismo se fundamenta enteramente en las tendencias del desarrollo económico, Luxemburg equiparaba los intereses del proletariado en gran parte con este desarrollo. La orientación hacia la independencia nacional le parecía reaccionaria, orientada al pasado. Si el proletariado adoptara la reivindicación de la restauración de un Estado polaco, entonces, según ella, se daría la siguiente situación: “Debería darle la espalda a su objetivo final, el socialismo, que es el resultado del desarrollo social, y si quiere volver la mirada hacia este objetivo, debería darle la espalda a la restauración de Polonia” (*ibid.*). Era una cosa u otra. No se puede negar que hay aquí un reduccionismo económico que nivela lo específico de la opresión nacional frente a la opresión de clase. Sin embargo, la opresión real es un “nudo de dominación, el entrelazamiento de diferentes hilos que se apoyan y sostienen mutuamente” (Haug 2013: 11), que no puede explicarse por meras relaciones de clase tan nítidamente como quería Luxemburg. Qué hilo domina el nudo en qué momento no puede explicarse por la lógica “marxista”. En el momento concreto, lo específico puede dominar lo que históricamente resulta mucho más general.

La tesis doctoral de Luxemburg sobre el desarrollo industrial del Reino de Polonia es, en primer lugar, un estudio exhaustivo, claramente estructurado y con base empírica sobre la integración de la creciente industria polaca en el mercado ruso. En segundo, demostró el interés propio que tenía el gobierno zarista en un desarrollo que parecía unir a Polonia con Rusia de forma permanente. Y, en tercero, plantea la tesis de que la burguesía polaca estaba totalmente obsesionada con Rusia e invocaba constantemente el despotismo zarista para sujetar a sus propios obreros. Por lo tanto, concluyó, la independencia nacional sería rechazada por la burguesía polaca tanto por razones económicas como políticas.

Al igual que lo hace Marx en el primer tomo de *El Capital*, también Luxemburg invoca la dialéctica del proceso histórico al final de su análisis económico y deduce de ella una conclusión estratégica revolucionaria en las últimas páginas de la tesis:

La fusión capitalista de Polonia y Rusia produce como resultado final lo que el gobierno ruso, la burguesía polaca y los nacionalistas polacos ignoran en igual medida: la unión entre el proletario polaco y el ruso para convertirse, en el futuro, en el síndico [administrador] de la quiebra: primero, de la dominación zarista rusa y, después, del dominio polaco-ruso del capital (GW 1.1: 211).

Cuando Luxemburg llegó a Alemania en 1898, su marxismo podía parecer ya tan "hecho y derecho" porque la estrategia política formulada en su círculo de socialistas polaco-lituanos correspondía a cabalidad a aquella concepción del marxismo que era hegemónica en el movimiento obrero socialista de entonces y que poseía una especial agudeza revolucionaria en Europa del Este: desarrollo imparable hacia el capitalismo, vinculado a esto el ascenso del movimiento obrero como fuerza revolucionaria a favor de la democracia y el socialismo; intereses comunes por encima de todas las diferencias nacionales, una conexión íntima entre la lucha por la realización de los intereses sociales, políticos y culturales inmediatos y la lucha por el objetivo socialista final; y, sobre esta base, la formación de obreras y obreros a través de un partido socialdemócrata. Como escribe Tony Cliff sobre Luxemburg: "Ella llevó el ímpetu 'ruso' a Alemania, el ímpetu de la acción revolucionaria. A Polonia y Rusia llevó el espíritu 'occidental' de la confianza en la democracia y la autoliberación de la clase obrera" (Cliff 1969: 89).

Más aún que para el SPD bajo las Leyes Antisocialistas, la lucha por reformas en el Imperio zarista fue inmediatamente revolucionaria porque se encontró con la brutal dureza del despotismo ruso. Todas las luchas elementales por los intereses directos de las obreras y los obreros (por el aumento de los salarios, la reducción de la jornada laboral, los derechos sociales como la participación democrática, pero también por las preocupaciones culturales nacionales) desafiaban directamente la alianza del trono zarista y el capital. Los conflictos económicos y políticos y la representación de intereses nacionales, como el uso de la lengua propia y el desarrollo de las instituciones culturales propias, eran inseparables. El conflicto de clases siempre fue un enfrentamiento directo con el Estado. La alianza política de las obreras y los obreros polacos y rusos contra la dominación zarista parecía el camino más prometedor de superar la opresión nacional y social al mismo tiempo.

La tesis de Luxemburg era un logro marxista original, pero en cuanto a sus conclusiones políticas contradecía la posición desarrollada por Marx y Engels sobre la restauración del Estado polaco. Planteaba de manera implícita la cuestión sobre las contradicciones que pueden existir entre las luchas sociales y de liberación nacional, cuestión a la que los propios padres fundadores del marxismo nunca habían encontrado una respuesta generalizada convincente. El marxismo de Rosa Luxemburg de la década de 1890 era un conjunto integral de estrategia y teoría cuya composición dependía del lugar fijo de cada módulo. Atacar a cualquiera de éstos amenazaba con derribar el conjunto. Con este bagaje entonces, fue que Luxemburg, la “marxista hecha y derecha” llegó a Berlín en 1898 e intervino en la disputa revisionista. Antes de abordar esta disputa, veamos las posiciones de Rosa Luxemburg sobre la cuestión de la nacionalidad y la autonomía nacional a principios del siglo XX.

DE NUEVO LA CUESTIÓN POLACA – 1908/09

El 13 de marzo de 2018 de repente apareció un hueco en la fachada de la casa de la familia de Rosa Luxemburg, lugar al que se mudaron después de que naciera.¹⁰ La placa que conmemoraba a Luxemburg había estado colocada ahí desde 1979. Ahora ese rastro había sido borrado, como parte de la política del gobierno conservador polaco de suprimir la herencia socialista. Se acusaba a Rosa Luxemburg de ser hostil a la restauración del Estado polaco. Que había rechazado el derecho de autodeterminación de los pueblos. Pero la verdad es ésta: de ninguna manera se puede acusar a Rosa Luxemburg de una posición “antipolaca” (véase Politt 2012).

Si se quiere entender la posición de Rosa Luxemburg sobre la cuestión del restablecimiento de un Estado polaco, hay que comprender en primer lugar que ella –a diferencia de otros socialistas– partía de la base de que “las fronteras entre los grandes Estados territoriales [...]” eran “inamovibles”: y “no supo anticipar las rupturas, las convulsiones y los enormes cambios que se producirían en el mapa político de Europa como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, es decir, sólo unos años después. En este contexto, por el contrario, serán arrojados al gran escenario de la política todas aquellas figuras que habían defendido Estados nacionales independientes en las partes central y oriental de Europa, como lo había hecho Pilsudski en Polonia” (Politt

¹⁰ Probablemente la familia se mudó ahí unos meses después del nacimiento de Rosa (véase el comentario de Politt 2018, así como Pilawski/Politt 2020: 8-9).

2012: 30). Como dijo Luxemburg en el Congreso Socialista Internacional de París en junio de 1900, ella y sus compañeros estaban convencidos "de que el proletariado no es capaz ni de cambiar la geografía política y capitalista ni de formar nuevos Estados burgueses, sino que está obligado a organizarse sobre las bases existentes, históricamente desarrolladas, para conquistar el poder socialista y la república social" (GW 6: 303). A diferencia de Lenin, no contaba con "todas las vicisitudes posibles e incluso con todas las vicisitudes *imaginables*" (Lenin 1903: 458). Cuando, al final de la Primera Guerra Mundial, se derrumbaron los tres imperios que se habían repartido Polonia desde 1772 y la geografía cambió radicalmente, se dio de facto este caso que antes sólo había sido "imaginable".¹¹ Sin embargo, todas las declaraciones de Luxemburg únicamente pueden entenderse si se acepta que ella había descartado por completo precisamente esta situación. Su pregunta había sido cómo posibilitar la política socialista de los socialdemócratas polacos en las condiciones de la existencia estable de los Imperios ruso, alemán y de los Habsburgo, y no en caso de su colapso conjunto. Escribió sus observaciones más completas al respecto en 1908/09 para la revista *Przegląd Socjaldemokratyczny* (Panorama Socialdemócrata), editada por Jogiches, bajo el título "Cuestión de la nacionalidad y la autonomía".

La posición de partida de Luxemburg era que la *realpolitik* revolucionaria no debía guiarse por ideas abstractas que no se podían poner en práctica. Para ella, la creación de un Estado nacional polaco moderno equivalió a ese ideal abstracto. Lo consideraba una "quimera" (AR: 54). La política debía hacerse sobre la base de los hechos:

Las demandas del programa político se redactan con el objetivo definido de facilitar una solución inmediata y práctica, factible bajo las condiciones del sistema burgués, de aquellas tareas candentes de la vida social y política que intervienen en el campo de la lucha de clases del proletariado; para que sirvan de orientación a la política cotidiana y a sus necesidades, para que llamen a la acción política del partido obrero y la dirijan en la dirección adecuada, para que delimiten finalmente la política revolucionaria del proletariado frente a la política de los partidos burgueses y pequeñoburgueses (NA: 50).

¹¹ De pasada, Luxemburg concedió esta posibilidad: "La nación polaca sólo puede concretar su 'derecho' a la autodeterminación cuando tenga la capacidad fáctica de hacerlo, que tendría que ganarse por la fuerza y luego imponerse" (NA: 82). Pero ella no vio ninguna posibilidad para ello. Por el contrario, según ella, la revolución de 1905 había puesto en primer plano la lucha común contra el zarismo.

Añadió:

El socialismo de la clase obrera moderna, particularmente el socialismo científico, no se complace ni con las más radicales soluciones ni con las que se las dan de magnánimas en torno a las cuestiones sociales y nacionales, sino que examina en primer lugar las condiciones reales para estas tareas (NA: 59).

Luxemburg era una patriota polaca, si el patriotismo se mide por el amor y el respeto a la propia cultura nacional y el compromiso con el pueblo que encarna esa cultura. Sólo que para ella el camino hacia el libre desarrollo de la cultura polaca no pasaba por el Estado nacional polaco, sino por el socialismo:

la sociedad sólo conquistará la posibilidad fáctica de la libre autodeterminación en cuanto a su existencia nacional cuando tenga la posibilidad de determinar conscientemente su existencia económica, sus condiciones de producción. Las "naciones" dominarán su existencia histórica cuando la sociedad humana domine su proceso social (NA: 72).

Según Luxemburg, el camino a través del Estado-nación era un rodeo una vez que el capitalismo se había establecido en un gran Estado territorial, y sólo conducía de regreso al pasado (NA: 93, 103).

Partió de una serie de supuestos que deben ser tomados totalmente en serio si quieren juzgarse sus conclusiones, sin importar si compartimos o no esos supuestos. Sobre todo, vio la contradicción de que todos los grandes Estados nacionales sean "Estados conquistadores" (NA: 66) que crean imperios enteros para sí mismos y, al mismo tiempo, mantienen a los pequeños Estados en completa dependencia; de modo que no se puede hablar realmente de autodeterminación (NA: 65). En vista de la tendencia del capitalismo a la centralización, el intento de crear nuevos Estados nacionales en Europa, según Luxemburg, sólo podía tener un efecto reaccionario y exacerbar la opresión de las minorías nacionales. La democratización de los Estados territoriales existentes y la lucha por las libertades civiles y culturales, especialmente la libertad de cultivar la propia lengua y cultura, el establecimiento de un sistema educativo *ad hoc*, etc., le parecían el único camino progresista posible en las condiciones dadas. Por lo tanto, utilizó conscientemente también el término de la cuestión de las nacionalidades a diferencia del concepto de la cuestión nacional. Su visión era la democratización radical de los Estados territoriales como condición para una revolución

socialista que apuntara más allá de estos. La lucha por el Estado-nación, estaba firmemente convencida, desplazaría inevitablemente la lucha por el socialismo y debilitaría a las fuerzas progresistas. Luxemburg no siguió la opinión de Lenin, para quien el nacionalismo de *toda* nación oprimida tenía "un contenido democrático general" (Lenin 1914: 415). Ella trató de demostrar que ese contenido general sólo podía desarrollarse a través de la lucha por la democratización del Estado en su conjunto. Para Lenin, a su vez, el "nacionalismo de los rusos de la gran Rusia"* era el verdadero peligro, ya que trataba de un "un nacionalismo feudal" (*ibid.*). Esta acusación la lanzó también Luxemburg al nacionalismo polaco.

Luxemburg señaló el trasfondo racista-colonialista del debate. A menudo, comentó, se separaba "la cuestión de las conquistas coloniales de la cuestión de las nacionalidades":

Este punto de vista es incluso adoptado a menudo, consciente o inconscientemente, por los defensores del "derecho de las naciones" y corresponde también a una postura, como la que sostienen, por ejemplo, Eduard David en la socialdemocracia alemana o van Kol en la holandesa, acerca de la política colonial; en su caso las conquistas coloniales son en primer lugar una expresión de la misión civilizadora de los pueblos europeos, necesarias incluso en el sistema socialista. Esta postura puede resumirse claramente como aplicación "europea" del principio filosófico de Fichte, expresada en la conocida paráfrasis de Ludwig Börne: "Yo soy yo, y lo que hay aparte de mí es sólo alimento". Si ahora sólo se considera a los pueblos europeos como verdaderas naciones, mientras que los pueblos coloniales son considerados como "alimentos", entonces se puede hablar de "Estados nacionales" en Europa [...] Pero en este caso el "derecho de las naciones a la autodeterminación" se convertiría en una teoría de las razas dominantes y revelaría claramente su verdadero origen en la ideología del liberalismo burgués (NA: 68).

De forma crítica, Luxemburg se opone a la idea de que los socialdemócratas debían simplemente seguir la opinión de la mayoría en la cuestión de la nacionalidad. Las "formas tradicionales de conciencia" de la mayoría eran, según ella, "en su gran mayoría, formas de conciencia burguesa hostiles a los ideales y aspiraciones del socialismo" (NA: 75) y debían ser revolucionadas.

* N.d.T.: En el original "Großrussen": rusos de la gran Rusia. El Imperio zarista consideraba que el pueblo ruso estaba formado por rusos grandes, rusos pequeños (ucranianos) y rusos blancos (bielorrusos).

En cuanto al Imperio ruso, Rosa Luxemburg elaboró amplias propuestas de una autogestión territorial con derechos asegurados para los miembros de las distintas nacionalidades. Lo pormenorizó, entre otros, en los ámbitos de los servicios públicos, la educación y la cultura, así como en la infraestructura local. En vista de la distribución de muchas nacionalidades por muchas regiones del imperio, asumió que no había base para la autogestión en función de las nacionalidades, con una excepción: el Reino de Polonia. Sólo en este caso, según ella, se daban las condiciones para una autonomía nacional, sólo en este caso la nacionalidad en cuestión presentaba “su propio desarrollo burgués [...], su propia vida urbana, su propia clase intelectual, su propia vida literaria y científica” (NA: 168). A ningún otro territorio del Imperio ruso le concedió condiciones similares.¹²

¹² En su crítica, Lenin objetó que esto se debía a la delimitación de los territorios en el Imperio ruso y que naturalmente cambiaría después de una revolución (Lenin 1913b: 34).

CAPÍTULO 4

La concepción de la *realpolitik* revolucionaria en los umbrales del siglo XX

La socialdemocracia tiene [...] en su programa muchas demandas que también podrían ser aceptadas [...] por un gobierno burgués [...]. En este caso, sin embargo, se demuestra de nuevo [...] que en la lucha socialdemócrata lo que importa no es en primer lugar el qué, sino el cómo (GW 1.1: 485).

El 16 de mayo de 1898, Rosa Luxemburg llegó a Berlín. Ahí mismo, en la capital del Imperio (Reich) alemán, tras haber terminado su tesis doctoral, quiso abrirse un nuevo campo de acción dentro del partido socialdemócrata más fuerte e influyente de Europa. Sus publicaciones sobre la cuestión polaca en la prensa alemana cercana al partido y sus apariciones en los congresos de la Segunda Internacional ya le habían dado cierta notoriedad. Además, la cuestión polaca era también una cuestión alemana. Después de todo, Prusia había anexionado partes de Polonia. Poco después de su llegada y tras consultar con la directiva del SPD, se lanzó de lleno a la campaña electoral en la Alta Silesia. Sin embargo, su propuesta de enviarla como oradora también a la segunda vuelta electoral en otros lugares fue rechazada (véase Laschitz 1996: 89). Su lugar parecía definido: la labor entre las obreras y obreros polacos en el Imperio alemán. No obstante, la discusión provocada por Eduard Bernstein en la primavera de 1898 sobre el programa y la estrategia de la socialdemocracia le ofreció la oportunidad de avanzar directamente hacia el corazón de la política socialdemócrata en Alemania. Con su intervención en esta discusión, la joven de veintisiete años entró en el gran escenario de la socialdemocracia alemana. Con su preparación sistemática, escribió una primera serie de artículos para el periódico *Leipziger Volkszeitung* en sólo dos días (GB 1: 204). Ya en octubre de 1898 asistió al Congreso del Partido en Stuttgart como delegada, una de las seis mujeres entre 252 participantes y una de seis con títulos académicos (véase Hirsch 1969: 37).

La revisión del marxismo por parte de Bernstein cuestionó radicalmente precisamente aquella comprensión de la estrategia de la social-

democracia que Luxemburg y sus camaradas polacos habían elaborado en la década anterior, porque, como Rosa Luxemburg cita con aprobación al marxista italiano Antonio Labriola, “sólo en Alemania” se había “dado la compenetración mutua y la fusión casi completa entre el *movimiento obrero socialista* y el *marxismo*” (citado en GW 6: 262). La vehemencia con la que Luxemburg intervino en la discusión alemana se explica también por estos antecedentes. No se trataba de una cuestión teórica interna. Para ella, se tocaba la esencia de lo que entendía por socialdemocracia revolucionaria. No es casualidad que Alexander Parvus (en realidad Israil Lasarevich Helphand, 1867-1924) fuera, junto con Luxemburg, uno de los más decididos opositores de Bernstein. Compartió con ella las experiencias del Imperio zarista. Fueron dos *outsiders* de Europa del Este los que lideraron el ataque a Bernstein en el SPD.

BERNSTEIN: EL OBJETIVO NO ME SIGNIFICA NADA

Eduard Bernstein (1850-1932) se había unido en 1872 al Partido Obrero Socialdemócrata en torno a Bebel y Liebknecht (a quienes se conocía como “los de Eisenach”) y había trabajado con ellos en la preparación del congreso de unificación con la Asociación General de Trabajadores de Alemania, cuyos integrantes seguían a Ferdinand Lassalle. Durante la vigencia de las Leyes Antisocialistas, Bernstein tuvo que emigrar, primero a Suiza y después, tras la expulsión de Suiza, a Inglaterra. En este tiempo fue editor del periódico *Sozialdemokrat*, que se publicó primero en Suiza y luego en Inglaterra tras la prohibición del periódico más importante del partido de la socialdemocracia alemana, el *Vorwärts*. El *Sozialdemokrat* fue llevado a Alemania de manera ilegal durante muchos años y tuvo una gran difusión. Bernstein había colaborado de forma decisiva con Karl Kautsky en el programa de partido del SPD en Erfurt en 1891 y había dado forma a los principales rasgos del llamado Programa Mínimo, las reivindicaciones concretas de reformas. En Inglaterra, Bernstein también mantuvo un estrecho contacto amistoso con Friedrich Engels, quien le tenía en gran estima. Bernstein pertenecía así al círculo más cercano del partido y, junto con Kautsky, era considerado uno de sus dos cerebros.

Inmediatamente después de la muerte de Engels, Bernstein había comenzado a expresar sus dudas sobre los principales supuestos programáticos básicos de la estrategia socialdemócrata. En 1896/97 apareció una serie de artículos de Bernstein bajo el título “Problemas del socialismo”. Señaló que además del utopismo del “fantasear acerca de un Estado futuro” había otro utopismo, un socialismo que aparece como la salvación de todos los males, y esto “en el menor tiempo posible”:

Se traza una gran línea divisora: aquí la sociedad capitalista, allí la sociedad socialista. En la primera ni siquiera se menciona un trabajo sistemático, se vive de manera precaria y la gente se deja llevar por los acontecimientos. La apelación a la lucha de clases concebida de forma muy simplista, y al desarrollo económico, debe ayudar a superar todas las dificultades teóricas (Bernstein 1897: 165).

Sin embargo, lo que en un principio se presentó como una reflexión abierta sobre problemas programáticos no resueltos, sobre el “simplismo” y las “dificultades teóricas”, y que se manifestó en muchos de los artículos de Bernstein publicados en *Neue Zeit*, pronto se convirtió en un cuestionamiento directo de la estrategia del SPD tal y como había tomado su forma vigente en el Congreso de Erfurt, pero remontándose al inicio de la década de 1870.

En enero de 1898, apareció el artículo de Bernstein “La lucha de la socialdemocracia y la revolución de la sociedad”, que cruzaba claramente la línea entre la duda y la recomendación de un cambio de estrategia del partido y que se convirtió en un escándalo:

Lo confieso abiertamente, siento extraordinariamente poca atracción o interés por lo que comúnmente se entiende por “el objetivo último del socialismo”. Este objetivo, sea cual sea, no me significa nada, mientras que el movimiento, todo. Y por movimiento entiendo tanto el movimiento general de la sociedad, es decir, tanto el progreso social, como la agitación y la organización política y económica para conseguir este progreso. La socialdemocracia, entonces, no tiene que esperar ni desear el inminente colapso del sistema económico existente, si se concibe como el resultado de una gran crisis económica desastrosa. Lo que tiene que hacer, y tendrá que hacer durante mucho tiempo, es organizar políticamente a la clase obrera y capacitarla para la democracia, y luchar por todas las reformas en el Estado que sean adecuadas para elevar a la clase obrera y transformar el sistema estatal en el sentido de la democracia (Bernstein 1898: 556).

La interpretación de Bernstein de la situación de la época y sus conclusiones estratégicas se hallaban en contradicción directa con los supuestos en los que se basaba la estrategia del SPD. Indicaron al partido una dirección completamente nueva, que debía entenderse como reformismo social hacia adentro e imperialismo social hacia afuera. Las consecuencias estratégicas resultaron más claras cuando Bernstein, aconsejado por Bebel, empezó a sistematizar sus puntos de vista y a despejar “oscuridades y ambigüedades”, según Bebel (citado en Papcke 1979: 28).

En el proceso, quedó claro que Bernstein no estaba cuestionando supuestos alejados de la práctica, sino la práctica estratégica del propio SPD. Según él, debía abandonar su carácter como partido enfocado en la lucha de clases. El objetivo de conquistar el poder político, cuya consecución debía prepararse mediante luchas legales por el éxito electoral, reformas sociales y democráticas y agitación ofensiva, pasó a ser secundario; las reformas como tales se convirtieron en el verdadero propósito. La tesis central de Bernstein era: la influencia del SPD “sería mucho mayor de lo que es hoy si la socialdemocracia encontrara el valor de emanciparse de una fraseología que es de facto obsoleta, y de *querer aparecer como lo que es hoy en realidad: un partido democrático-socialista de reforma*” (Bernstein 1969: 196).¹³

LA ESTRATEGIA DEL SPD DE 1891

Lo que Bernstein llamó “fraseología” era la esencia de las convicciones de los personajes icónicos del SPD, August Bebel y Wilhelm Liebknecht. Cuando el SPD pudo volver a reunirse públicamente en Alemania, después de la abrogación de las Leyes Antisocialistas, a partir de 1890, con el Programa de partido de Erfurt se dio un fundamento que, a los ojos de sus dirigentes reconocidos, se basaba, primero, en el fundamento científico del marxismo, segundo, se correspondía con las condiciones reales del Imperio alemán y del capitalismo de la época y, tercero, había demostrado su eficacia de una manera abrumadora, antes inimaginable. Si se observan los discursos de Liebknecht y Bebel en el Congreso de partido de Erfurt, queda claro que la estrategia elegida no estaba en absoluto inspirada sólo (aunque también, por supuesto) en lo táctico, sino que se apoyaba en una firme convicción.

Tras el fracaso de la revolución de 1848/49 y la sangrienta supresión de la Comuna de París, se hizo evidente que el movimiento obrero socialista tenía que adaptarse a una situación en la que las revoluciones armadas eran menos probables y, al mismo tiempo, las formas legales de lucha eran más realistas. El sufragio universal y la progresiva legalización de los sindicatos y las asociaciones sociales y culturales

¹³ Éste no es el lugar para reconocer adecuadamente la posición de Bernstein. Su mérito duradero fue exponer las debilidades del marxismo de su tiempo y confrontar importantes supuestos con tendencias opuestas. Al igual que Luxemburg, estaba plenamente inmerso en las contradicciones de su tiempo y del movimiento socialista (véase Eichhorn 2001) y pretendía buscar una salida. Mientras que Luxemburg se centró en el proceso revolucionario, Bernstein se centró en la reforma (véase Meyer 1982; Heimann *et al.* 2020).

de los obreros y las obreras ofrecían nuevas posibilidades. Todavía en la época de las Leyes Antisocialistas, el SPD había lanzado el lema “Nuestros enemigos deben sucumbir ante nuestra legalidad”. En 1880, Marx había incidido en el programa de los socialistas franceses dictándoles que el sufragio universal debería transformarse “de un instrumento de fraude, que ha sido hasta ahora, en un instrumento de emancipación” (MEW vol. 19: 238).

La estrategia seguida por el SPD y sus precursores desde principios de la década de 1870 formaba una unidad coherente de supuestos y conclusiones, cuyo fracaso en 1914 oscureció su éxito temporal. Esta unidad fue establecida en el Congreso de Partido de Erfurt por Wilhelm Liebknecht, que habló sobre el programa, y August Bebel, que habló sobre la táctica, es decir, la estrategia.

Ahí, las intenciones de la dirección del SPD quedaron todavía más claras que en el propio programa del partido. Liebknecht dejó claro en qué medida el nuevo programa y la estrategia plasmada en él se correspondían con la estrategia de Marx y Engels. Para él, el desarrollo del partido desde 1875 se caracterizaba sobre todo por “el desarrollo científico del partido, por la educación dirigida al socialismo científico” (SPD 1891b: 329), es decir, al marxismo. Según Liebknecht el hilo conductor del programa era la idea de que “aquellos que poseen los medios de producción tienen en ellos los medios para subyugar, explotar y proletarizar a sus semejantes que no disponen de los medios de producción” (*ibid.*: 333). Totalmente siguiendo al espíritu de *El Capital* de Marx y a la teoría de la acumulación allí desarrollada, así como a los escritos de Engels, Liebknecht subrayó: “La división de la sociedad es cada vez más profunda y más completa; lo que se encuentra entre los dos extremos, el capitalista y el proletario, las llamadas clases medias [...] desaparecen cada vez más”. Según él, con necesidad natural, se daba un proceso de “expropiación permanente” (*ibid.*: 337). De esta comprensión resultaba, según Liebknecht, el carácter revolucionario del SPD, precisamente el carácter que Bernstein cuestionó por completo media década después. Liebknecht explicó:

Así, el obrero, al trabajar y crear riqueza, forja para sí mismo la cadena de la esclavitud. Los deseos piadosos no pueden cambiar este proceso. Todas las críticas al capitalismo que no toquen su esencia son infructuosas, todos los intentos de eliminar sus “excesos” conservando la base del capitalismo son un juego utopista. Estos “excesos” son la consecuencia lógica, la consecuencia inevitable del sistema capitalista; quien quiera eliminarlos debe eliminar la causa, debe eliminar el sistema capitalista. Es a través de esta exigencia que la

socialdemocracia se distingue de todos los demás partidos y se caracteriza como un *partido revolucionario*, mientras que todos los demás partidos, sin excepción, defienden la propiedad privada de los medios de producción. [...] Quien piense que los males de la sociedad actual pueden ser aliviados gradualmente –por medio de concesiones, con ungüentos y paliativos pequeñoburgueses– de tal manera que puedan ser soportados al menos por un tiempo, quien aclama tales puntos de vista está abandonando el fundamento revolucionario del partido. Hay que tenerlo en cuenta a la hora de preguntar: ¿eres de los nuestros o no? [...]

Por ello, la socialdemocracia exige que se llegue al fondo, a la raíz de este asunto, que se elimine el origen de estas condiciones. Lo exige no por capricho, sino de forma plenamente consciente, porque se encuentra a la altura de esa ideología que considera a la sociedad como un organismo que crece y se desarrolla por necesidad natural. Ve que la sociedad actual ha creado condiciones que necesariamente deben destruirla; ve –como se expresa en todos nuestros proyectos de programa– que la sociedad actual se dirige de forma imperturbable hacia la catástrofe, hacia su propio “fin del mundo”, que no puede evitarse. [...] El capitalismo convierte en su heredero al proletariado, que él mismo produce, le prepara la herencia, le forja las armas, le da la posibilidad de realizar lo que nosotros aspiramos, le crea las condiciones materiales para la realización de nuestro ideal; en resumen, el presente Estado capitalista es, contra su propia voluntad, el padre del Estado futuro (SPD 1891b: 337-339).

La polarización entre un número cada vez menor de propietarios de capital y las proletarias y proletarios sin propiedades, así como las crecientes crisis internas y la tendencia a la guerra mundial, llevarían, según suponían los dirigentes del SPD, a una situación que se describía en parte como un colapso del sistema capitalista, en parte como una catástrofe o –en palabras de Bebel– como un “desaguisado”. La estrategia apuntaba precisamente a eso: Se trataba de utilizar los medios legales –Bebel menciona, sobre todo, la agitación, las elecciones y la lucha sindical– para construir una fuerza política socialmente arraigada que fuera capaz de intervenir en una crisis tan enorme con toda determinación y convicción política. Como dijo August Bebel en el congreso del partido de 1891:

La sociedad burguesa está trabajando tan vigorosamente en lograr su propia caída que sólo tenemos que esperar el momento en que tengamos que tomar el poder que se está escapando de sus manos

[...] Sí, estoy convencido de que la realización de nuestros objetivos últimos está tan cerca que hay pocos en esta sala que no vivirán para ver esos días [...]

El desarrollo de las condiciones económicas, el continuo armamento para la guerra, frente al que todo el mundo debe reconocer que si la guerra no llega hoy o mañana, sin duda llegará pasado mañana, y la certeza de que todas estas cosas llevarán a la ruina a la sociedad actual, todo esto ha llevado a que ya nadie niegue que nos estamos dirigiendo hacia una catástrofe (SPD 1891b: 172, 175).

Según Bebel, siempre se trataba de “hacer al partido más *capaz de luchar* para lograr el gran objetivo general con *mayor rapidez y amplitud*” (SPD 1891b: 278) y de “preparar mejor el terreno de lucha, en el que nos situamos con el fin de tener más capacidad de defensa” (SPD 1891b: 174). Bebel advirtió a sus camaradas de que estuvieran preparados en la hora de la crisis y de la decisión:

Tengan cuidado, un día les va a ir como a las necias vírgenes de la Biblia, que, cuando llega el novio, no tienen aceite en la lámpara. En otras palabras: parece que tienen tan poco conocimiento de la verdadera situación que los acontecimientos los van a sorprender sin que sepan qué hacer. No sería la primera vez que esto ocurre con el liderazgo en las grandes transformaciones. (SPD 1891: 281)

La centralidad de la lucha por el poder político se justificaba por el hecho de que, a diferencia de las relaciones de propiedad capitalistas, las relaciones socialistas de propiedad social *no* podían surgir en el seno de la vieja sociedad, sino que debían ser creadas políticamente de forma consciente. Si la burguesía había ganado primero el poder económico y luego el político, el movimiento obrero debía invertir este orden para alcanzar su objetivo del socialismo, explicaba Bebel:

No estamos en condiciones de establecer el gobierno de la clase obrera sobre la base de la obtención del poder económico, debemos recurrir a un enfoque opuesto. En primer lugar, tenemos que conquistar el poder político y utilizarlo para alcanzar también el poder económico mediante la expropiación de la sociedad burguesa. Una vez que el poder político esté en nuestras manos, el resto se arreglará solo (*ibid.*: 159).

LA PROVOCACIÓN DE BERNSTEIN: TEORÍA Y PRÁCTICA EN CONTRADICCIÓN

Rosa Luxemburg fue implacable en el debate político, y de por sí en su crítica al capitalismo. Al principio, se limitó a aplicar a cuestiones de actualidad sus conocimientos marxistas adquiridos. Se dio a conocer en 1899 con el folleto *¿Reforma social o revolución?*, en el que buscaba un ajuste de cuentas con uno de los pocos alumnos personales de Friedrich Engels: Eduard Bernstein. Durante la vigencia de las Leyes Antisocialistas, desde la emigración, Bernstein había dirigido a la prensa partidista en el exilio; era considerado una eminencia de la socialdemocracia europea en cuestiones teóricas del socialismo. Sin embargo, pocos meses después de la muerte de Engels, había empezado a renunciar a aquella interpretación teórica, muy extendida entre los socialistas, de que los problemas de la sociedad basada en el modo de producción capitalista se agudizarían cada vez más y que, por tanto, esta sociedad no sólo debía ser combatida, sino superada por completo. Bernstein pensaba entonces que había encontrado pruebas para refutar esta interpretación: los antagonismos se debilitarían en lugar de seguir intensificándose. Por lo tanto, según él, la cooperación con la sociedad burguesa-capitalista era preferible a la confrontación practicada hasta ahora.

En efecto, de este modo Bernstein sólo había expresado lo que muchos parlamentarios socialdemócratas, y más aún los dirigentes de los sindicatos, pensaban de por sí, pero que nunca habían admitido públicamente. Los dirigentes sindicales nunca se habían apasionado seriamente por la idea de una oposición fundamental, ya que, a su juicio, ésta —como lo habían demostrado las Leyes Antisocialistas— ponía en peligro la existencia de las organizaciones construidas con tanto esfuerzo —y, por tanto, su propio poder—, especialmente en situaciones de crisis.

Pero incluso entonces, sólo unos pocos se atrevieron a salir de su escondite para apoyar a Bernstein. Porque éste, sin sospechar lo que iba a desencadenar, había cometido un grave sacrilegio. Por ende, las reacciones de los “guardianes del templo”, sobre todo del cerebro teórico del SPD, Karl Kautsky, fueron feroces. Previo al congreso del SPD en 1903, se llevó a cabo el llamado debate sobre el revisionismo, en el que Rosa Luxemburg se ganó claramente más que sus primeros méritos en su nuevo entorno político, aunque en cuanto al contenido sólo resumiera posiciones conocidas del marxismo. Según Luxemburg, los antagonismos en el capitalismo se intensificarían hasta tal punto que la humanidad derivaría hacia la barbarie. La tarea del movimiento obrero consistía en hacer todo lo posible para evitarlo. El socialismo era la salvación de la ruina, de ahí la fórmula: socialismo o barbarie.

Los especialistas opinan que ningún libro entusiasmó a más personas con respecto al propósito de Marx de desterrar definitivamente la explotación, la opresión y la guerra de la comunidad humana que la obra temprana de Rosa Luxemburg, *¿Reforma social o revolución?*. Incluso hoy en día, ofrece aún una buena visión general del marxismo original de forma inspiradora, es decir, de aquel marxismo que aún no había sido desfigurado por el Kautsky en sus últimos años, y profanado hasta quedar irreconocible por Stalin y sus adeptos.

El propio Marx, sin embargo, había rechazado algo así como un “marxismo” y había dicho burlonamente que, si a pesar de todo existiera, él, Karl Marx, no sería en ningún caso un marxista. Kautsky, junto a Bernstein, la otra autoridad en cuestiones teóricas del socialismo, se esforzó desde los años ochenta del siglo XIX por popularizar —y sistematizar— el pensamiento de Marx en el mundo de habla alemana con múltiples escritos. Lo que resultó fue lo que él llamó “marxismo”: una edificación de dogmas, figuras argumentativas, líneas históricas y “justificaciones científicas”. Para cada nueva cuestión que surgía, Kautsky, el incansable empleado del partido para cuestiones de teoría, tenía su propia teoría a la mano. Todos fueron a la escuela con Kautsky: Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburg, así como miles de hombres y mujeres marxistas que han quedado en el olvido.

Hasta que se dio el debate sobre el revisionismo, Kautsky había sido el dominador indiscutible de todo tipo de interpretación. La disputa con Bernstein incluso consolidó su posición, ya que el debate sobre el revisionismo se zanjó a su favor mediante una resolución del congreso del partido. Esta “solución” propiciada por la directiva del SPD había abierto la caja de Pandora, aunque en contra de su voluntad: por primera vez en una organización política de masas —si se deja de lado a la Iglesia católica— las cuestiones de teoría y de ideología fueron arrastradas del ámbito del debate intelectual al terreno de la política y “decididas” allí; una deformación del intelecto que se convertiría en un sobreentendido irreflexivo en el movimiento comunista a lo largo del siglo XX.

En ese momento, en todo caso, tuvo vigencia lo siguiente: el objetivo de superar el capitalismo con total determinación. No obstante, el comité ejecutivo del SPD, formado por viejos militantes del periodo de las Leyes Antisocialistas, ya no era tan revolucionario; actuaba de forma pragmática. Había conseguido, más bien de pasada, algo bastante extraño: en medio de la Alemania prusiana, que se había alzado como potencia mundial, con su militarismo, su antisemitismo encubierto, su manía colonial y su fetichismo por los uniformes, el SPD había creado su propia sociedad proletaria, un contramundo con sus propias instituciones y salvaguardias contra las adversidades, no sólo de la vida proletaria.

El “Cuarto Estado”, como lo llamaba el novelista de la época anterior a la Primera Guerra Mundial Theodor Fontane —el proletariado, los obreros, la clase obrera, como lo llamaban otros, entre ellos Karl Marx— había sido aplastado con balas por primera vez en el levantamiento de los tejedores de Silesia en 1844. Cuando, medio siglo después, el joven Gerhard Hauptmann llevó este escándalo al escenario del Teatro Alemán de Berlín, Su Majestad renunció a su palco. En la Alemania prusiana guillermiana, producto de la fracasada Revolución Alemana de 1848 y de la victoriosa guerra contra Austria de 1866, y construida rápidamente en el Salón de los Espejos de Versalles en 1871 tras la victoria sobre Francia, la abrumadora potencia durante siglos a pesar de todas las tribulaciones, el proletario no valía absolutamente nada.

No fue sino el primer movimiento obrero alemán, influenciado por Karl Marx, empujado al exilio, y dirigido por el elocuente Ferdinand Lasalle, el que le dio confianza en sí mismo. Las personas de origen judío, como Marx y Lasalle, que a menudo ya no eran seguidores de la religión judía, desempeñaron un papel importante en el movimiento proletario de Alemania antes de la Primera Guerra Mundial; no fue diferente en los inicios del Partido Comunista Alemán (que, sin embargo, ya se había hecho voluntariamente “libre de judíos”, antes de que fuera necesario, al menos en sus facciones parlamentarias en los últimos años antes de su desarticulación). Los despreciados en la sociedad capitalista-feudal alemana, aquí los obreros, allí los hijos de la burguesía ilustrada judía asimilada, entre ellos Eduard Bernstein y Rosa Luxemburg, se habían encontrado y habían creado una nueva fuerza política.

Muchos judíos asimilados también tuvieron éxito en la burguesía ilustrada tradicional, desde Albert Einstein hasta Stefan Zweig, mientras que a principios de siglo la influencia judía en las élites económicas ya había perdido hacía mucho tiempo su esplendor. A menos que logran escapar de Alemania, ellos y sus descendientes murieron en Auschwitz o en lugares de exterminio similares. Entre este grupo se encontró también Mathilde Jakob, la a menudo subestimada “mano derecha” de Rosa Luxemburg. El cheque para rescatarla de las garras de los nazis no se expidió en Estados Unidos sino hasta después de que la compañía de ferrocarriles del Reich la había transportado al campo de concentración de Theresienstadt.

Con el debate sobre el revisionismo, los siete miembros del comité ejecutivo del SPD se encontraron ante un difícil problema del que no eran conscientes ni Karl Kautsky ni la muy joven neo-política Luxemburg. Vieron su exitoso proyecto amenazado por el revisionismo de Eduard Bernstein. Había que suprimir todo lo que pareciera interferir

en su continuo y aparentemente imparable ascenso, incluso a un camarada tan meritorio como Bernstein, con quien, fuera del protocolo oficial, se seguía cultivando la probada amistad, por supuesto. La dirección del SPD siempre mantuvo cuidadosamente el equilibrio entre los guardianes organizativos, especialmente de los sindicatos, y los guardianes ideológicos en torno a Karl Kautsky durante este periodo.¹⁴

LA REVISIÓN TOTAL DEL MARXISMO POR PARTE DE BERNSTEIN

A partir de 1896, Bernstein fue poniendo en tela de juicio todos los supuestos en los que se basaban el Programa de Erfurt y las “tácticas probadas” durante dos décadas. En primer lugar, trató de demostrar que existían fuertes movimientos contrarios a la concentración del capital y que no era en absoluto la verdad que todos los medios de producción estuvieran cada vez más centralizados en manos de unos pocos capitalistas. Fueron según él precisamente las sociedades anónimas las que promovieron la dispersión de la riqueza. Esta dispersión hacía superflua la “apropiación de los capitales por parte de los magnates individuales con el fin de concentrar las empresas comerciales” (Bernstein 1969: 75).

Tampoco se podía hablar, según Bernstein, de la simple desaparición de la pequeña burguesía, los campesinos y las clases medias y de la polarización de la estructura de clases: “Lejos de que la división de la sociedad se hubiera simplificado en comparación con épocas anteriores, más bien, en lo que se refiere al nivel de ingresos y a las actividades profesionales, se ha vuelto *altamente graduada y diferenciada* (*ibid.*: 79). Sobre todo, Bernstein vio una clara tendencia hacia la democratización, incluso en la economía:

Políticamente, vemos que el privilegio de la burguesía capitalista está cediendo paso a paso a las instituciones democráticas en todos los países avanzados. Bajo la influencia de esta democratización y empujada por el movimiento obrero, que se mueve cada vez con más fuerza, se ha iniciado una acción social en oposición a las tendencias explotadoras del capital, que, aunque todavía muy tímida y vacilante,

¹⁴ En 1903, el comité ejecutivo del SPD estaba formado por 7 miembros: August Bebel y Paul Singer como presidentes; Wilhelm Pfannkuch e Ignaz Auer como secretarios; Karl Alwin Gerisch como tesorero; la comisión de control, también elegida por el congreso del partido, envió a Wilhelm Eberhardt y Robert Wengels como vocales. En 1909, el comité ejecutivo se conformó por nueve miembros: August Bebel, Friedrich Ebert, Karl Alwin Gerisch, Hermann Molkenbuhr, Hermann Müller, Wilhelm Pfannkuch, Paul Singer, Robert Wengels y Luise Zietz.

está sin embargo ahí y somete a su influencia a cada vez más ámbitos de la vida económica (*ibid.*: 10).

Basándose en este punto de vista, Bernstein se preguntaba si podrían volver a producirse crisis importantes que llevaran al capitalismo al borde del colapso:

La gama de las industrias y sus mercados parece hoy demasiado amplia como para ser golpeada por las crisis en todos los puntos al mismo tiempo y con la misma gravedad, a menos que acontecimientos bastante extraordinarios infundan terror en las economías de todos los países por igual, paralizando el crédito en todas partes de la misma manera. No digo que imposible, sino que simplemente expreso una suposición. *Vestigia terrent* [los pasos dan miedo]: tengo mucho respeto ante las profecías en estos asuntos. Pero la *elasticidad* del *sistema de crédito* moderno, con la *riqueza de capital en enorme crecimiento*, el mecanismo perfeccionado de la circulación en todas sus ramas [...], son *hechos*, y es bastante inconcebible que no tengan una influencia especial en la relación de la actividad productiva y la situación del mercado. Por lo tanto, hay una gran probabilidad de que, con el avance del desarrollo económico, por lo general ya no tendremos que ver en absoluto con las crisis económicas del tipo que hemos tenido hasta ahora, y que tendremos que tirar por la borda toda la especulación sobre tales crisis como los iniciadores de la gran convulsión social. [...] Un colapso completo más o menos simultáneo del actual sistema de producción será no más probable, sino menos probable a medida que la sociedad progrese (Bernstein 1898: 554-555).

Bernstein rechazó así la orientación del SPD hacia la *preparación* de una acción rotunda revolucionaria en una crisis económico-política. El SPD no debía seguir actuando como una “formación de combate” en espera, sino como una fuerza reformadora en actividad permanente. Esta fuerza debía renunciar a la amenaza de un cambio político del sistema y demostrar que era una fuerza inmanente al sistema, impulsando los procesos, de por sí ya en marcha, que relativizarían la supremacía del capital. Sin embargo, esta idea sólo podía sostenerse si se suponía que esta política reformadora, con la que el SPD debía comprometerse, apuntaba a algo más que unas “concesiones de poca monta” (Bebel), es decir, que en sí misma era una fuerza transformadora del sistema.

Si por la realización del socialismo se entiende el establecimiento de una sociedad estrictamente comunista en todos los aspectos, no dudo

en declarar que ésta me parece todavía bastante lejana. Por otra parte, tengo la firme convicción de que incluso la generación presente experimentará la realización de gran parte del socialismo, y si no en la forma patentada, al menos en lo *concreto*. La ampliación constante del alcance de los deberes sociales, es decir, de las obligaciones y derechos correspondientes del individuo frente a la sociedad, y de los deberes de la sociedad frente al individuo, la extensión del derecho de supervisión de la sociedad organizada en la nación o en el Estado sobre la vida económica, el desarrollo de la autogestión democrática en las comunas, los distritos y las provincias, y la ampliación de las tareas de estas entidades territoriales, todo esto significa para mí el desarrollo hacia el socialismo o, si se quiere, la realización del socialismo paso a paso. La absorción de las empresas privadas por la gestión pública acompañará naturalmente esta evolución, pero sólo puede proceder gradualmente. Y aquí hay sólidas razones oportunas para la moderación. Para formar y asegurar una buena gestión democrática de las empresas [...] el tiempo es esencial. [...] Sin embargo, en cuanto la comunidad haga un uso adecuado de su derecho a controlar las relaciones económicas, la transferencia de facto de las empresas privadas a la empresa pública no tiene una importancia tan fundamental como suele creerse. Puede haber más socialismo en una buena Ley de Fábrica que en la nacionalización de todo un grupo de fábricas (Bernstein 1898: 555-556).

Lo que Bernstein empezó a pensar estratégicamente era la combinación de la socialización gradual de la producción mediante la expansión del poder sindical de las obreras y los obreros, mediante el fortalecimiento de un control democrático del Estado sobre la economía y la creciente influencia del movimiento obrero en la política estatal. Mientras que para Marx y Engels la clase obrera sólo puede convertirse en la clase económicamente dominante conquistando primero el poder político, para Bernstein el poder político se convierte en una medida derivada del creciente poder económico de la clase obrera: “Democracia significa *tanto dominio de la clase obrera como ésta sea capaz de ejercer cada vez según su madurez intelectual y el nivel de desarrollo económico*” (Bernstein 1969: 11).

Lo que queda entonces del socialismo al final, según Bernstein, es un “liberalismo organizativo” (*ibid.*: 161), es decir, la organización liberal democrática de las empresas. Ahí, ni los sindicatos deberían aspirar a organizar la producción por sí mismos, ni se podría ver de alguna manera que las cooperativas son superiores a la producción privada. Las cuestiones del poder y de la propiedad, la esencia del

marxismo, pasaron totalmente a un segundo plano desde la perspectiva de Bernstein y así pudo escribir:

Tan pronto como una nación ha alcanzado una condición política en la que el derecho de la minoría propietaria ha dejado de constituir un serio obstáculo para el progreso social, en la que las tareas positivas de la acción política adquieren protagonismo frente a las tareas negativas, el remitirse a la revolución violenta se convierte en una fraseología sin contenido. Se puede derrocar a un gobierno, a una minoría privilegiada, pero no a un pueblo (*ibid.*: 1969: 213).

La perspectiva de Bernstein se inclinó hacia una posición abiertamente reaccionaria cuando trató la llamada cuestión colonial. La expansión de los mercados y el aumento de la “productividad” se convierten en los criterios centrales del progreso económico y los intereses del movimiento obrero se equiparan a dicho “progreso”. La ceguera ante los aspectos explotadores y opresivos de la sociedad industrial capitalista a nivel interno (se dice que Bernstein nunca vio el interior de una empresa capitalista durante su estancia en Inglaterra) va acompañada de la defensa abierta del sometimiento colonial en África o Asia, en formas “civilizadas”, por supuesto. Él mide la “cultura” económica por el número de personas que pueden vivir en un territorio determinado (“número de población y capacidad de sustentación”) y deduce de ello nada menos que el deber (!) de conquistar: “Medido por este criterio, en igualdad de condiciones, la cultura superior *siempre tiene el derecho superior de su parte* frente a la cultura inferior, tiene, si es necesario, el *derecho* histórico, e incluso el *deber*, de someter a esta última” (Bernstein 1900b: 551). Sobre la base de tal derecho, así como de tal deber, se afirma entonces a la vez que “la socialdemocracia [de las potencias coloniales] es la defensora natural de los nativos [...] que se ven bajo el dominio o el protectorado del respectivo país” (*ibid.*: 561).

Bernstein planteó cuestiones teóricas centrales sin ser capaz de responderlas de forma coherente. Su fuerza residía en desafiar los supuestos básicos del marxismo tal y como prevalecía en la Segunda Internacional. Fue capaz de demostrar que los supuestos sobre la simplificación y la polarización constante de la estructura de clases eran insostenibles; que las tendencias de concentración y centralización del capital se encontraban con fuertes contratendencias; que bajo el dominio de la valorización del capital se ponían en marcha procesos que hacían resaltar necesidades sociales y culturales esenciales e integraban a las obreras y los obreros. Cuestionó la necesidad de una crisis en forma de colapso y señaló la necesidad de abordar seriamente las cuestiones

de una organización socialista de las relaciones económicas. Según él, los problemas de la complejidad de los procesos económicos no se resolvían simplemente transfiriéndolos a la propiedad estatal o cooperativista, y la eficacia de estas formas alternativas de propiedad estaba aún por confirmar. Todas estas son cuestiones de la teoría del capitalismo y del socialismo que han permanecido abiertas hasta hoy. Al enfatizar estos aspectos y dejar al margen las tendencias contrarias, Bernstein creó la imagen de una sociedad capitalista que avanza evolutivamente y se anula gradualmente en términos socialistas.

EL ARGUMENTO DE LUXEMBURG SOBRE LA *REALPOLITIK* REVOLUCIONARIA COMO UNIDAD DEL MARXISMO Y EL SOCIALISMO

Cuando ahondó en la estrategia socialdemócrata en el Reino de Polonia ocupado por los rusos, Luxemburg había desarrollado una posición que pretendía combinar la representación de las necesidades diarias más inmediatas de obreras y obreros (intereses sociales y democráticos) con una perspectiva socialista revolucionaria. Esto constituía la esencia de la estrategia socialdemócrata independiente de las condiciones existentes. Su posición era clara: “El movimiento como tal sin relación con un objetivo último, el movimiento como fin en sí mismo, no significa nada para mí, el objetivo último lo es todo” (GW 1.1: 241). Consideró que el logro de Marx era haber establecido la pauta para esa “*realpolitik* revolucionaria”.

Gracias a esta guía, la clase obrera ha logrado por primera vez usar la gran idea del objetivo último socialista como moneda fraccionaria en la política cotidiana, y hacer del arduo trabajo político de la vida diaria la herramienta ejecutiva de la gran idea. Antes de Marx hubo una política burguesa dirigida por los obreros y hubo un socialismo revolucionario. Sólo desde Marx y a través de Marx existe la política obrera socialista, que es al mismo tiempo y en el sentido más completo de ambas palabras *realpolitik* revolucionaria. Porque, si reconocemos como *realpolitik* una política que sólo se plantea objetivos alcanzables y sabe cómo perseguirlos por los medios más eficaces en el camino más corto, entonces la política proletaria de clase en el espíritu marxista se diferencia de la política burguesa en que la política burguesa es real desde el punto de vista de los éxitos materiales inmediatos, mientras que la política socialista es real desde el punto de vista de la tendencia del desarrollo histórico (GW 1.2.: 373).

El argumento de Luxemburg sobre una *realpolitik* revolucionaria en la disputa revisionista se realizó al rechazar ella todos los supuestos

básicos centrales de Bernstein. Para ella, estaba claro que la teoría y la práctica debían formar una unidad: “Nuestra táctica no depende [...] sólo de las respectivas relaciones momentáneas, sino igualmente de nuestros principios” (GW 6: 186). Luxemburg rebatió estrictamente a Bernstein: no era posible constatar amplias tendencias globales que debilitaran las contradicciones de la sociedad capitalista. Más bien, la polarización en dos clases opuestas—capitalistas y proletarios—seguía llevando a la desaparición de las clases medias. Las clases burguesas responderían, según Luxemburg, al desarrollo de la lucha de clases desmontando la democracia. Sólo la amenaza de una revolución social les obligaría a hacer reformas sociales. Si se abandonara esta amenaza, tampoco serían posibles más éxitos en las formas de lucha sindical, democrática y social de la socialdemocracia. Sostenía que era completamente imposible que el proletariado adquiriera “el poder económico dentro de la sociedad burguesa actual” (GW 1.1: 568). Ni las cooperativas ni los sindicatos podrían hacerlo en el capitalismo. Las cooperativas estarían sometidas a los inevitables imperativos de la valorización capitalista (véase GW 1.1: 417s) y los sindicatos nunca podrían ser otra cosa que la “defensa organizada de la fuerza de trabajo contra los ataques de la ganancia” (GW 1.1: 419).

En contra de la noción de Bernstein sobre el imperialismo civilizado y el colonialismo, escribió: “Pero si la política mundial [léase *el imperialismo*] y el militarismo son una tendencia ascendente de la fase actual, entonces la democracia burguesa debe moverse lógicamente en una línea descendente”. (GW 1.1: 425)¹⁵ El colonialismo y la competencia imperial contribuían, según Luxemburg, a esta decadencia de la democracia (GW 1.2: 19). Su conclusión: “No hay mayor enemigo de la clase obrera en su lucha que sus propias ilusiones” (GW 1.1: 569). No sería a través de la reforma social, sino “sólo mediante la toma del poder del Estado” (GW 1.1.: 571) que podría alcanzarse el socialismo. *En primer lugar*, Luxemburg hizo hincapié en el carácter cada vez más capitalista y autoritario de las relaciones sociales; *en segundo lugar*, partió

¹⁵ En 1913, Luxemburg resumió: “A dos décadas de paz mundial siguieron seis guerras sangrientas en la última década del siglo anterior y cuatro revoluciones sangrientas en la primera década del nuevo siglo. En lugar de reformas sociales: el proyecto de ley contra la subversión [la llamada *Umsturzvorlage*, N.d.T.], el proyecto de ley sobre las cárceles, la práctica penitenciaria. En lugar de la democracia industrial: la vasta alianza del capital en cárteles y asociaciones patronales y la práctica internacional de gigantescos paros patronales. Y en lugar del nuevo auge de la democracia en el Estado: un miserable derrumbe de los últimos restos del liberalismo burgués y de la democracia burguesa” (GW 3: 192).

del supuesto de que se producirían grandes crisis que llevarían al capitalismo al borde del colapso; y, *en tercer lugar*, explicó por qué el movimiento socialdemócrata no debía esperar hasta que todas las condiciones para la revolución estuvieran plenamente “maduras”.

En primer lugar, mientras Bernstein y sus aliados en el SPD contaban con una expansión más o menos constante del poder social del movimiento obrero y una creciente subordinación de la forma de producción capitalista a los objetivos sociales y democráticos con la ayuda del Estado existente, Luxemburg diagnosticó exactamente las tendencias opuestas: había una contradicción creciente entre las posibilidades sociales reales y su realización. Era el Estado burgués el que se interponía en la solución de esta contradicción. Por lo tanto, Luxemburg centró toda la estrategia en la lucha por el poder político en el Estado, visto este como obstáculo esencial y palanca futura de una revolución socialista:

La teoría de la introducción gradual del socialismo equivale a una reforma paso por paso de la propiedad capitalista y del Estado capitalista en el sentido socialista. Sin embargo, en virtud de los procesos objetivos de la sociedad actual, ambos se están desarrollando precisamente en la dirección opuesta. El proceso de producción está cada vez más socializado, y la interferencia, el control del Estado sobre este proceso de producción es cada vez mayor. Pero, al mismo tiempo, la propiedad privada se convierte cada vez más en la forma de explotación capitalista más pura del trabajo ajeno, y el control estatal está cada vez más permeado por intereses exclusivos de clase. Al volverse el Estado, es decir, la organización política, y las relaciones de propiedad, es decir, la organización jurídica del capitalismo, cada vez más capitalistas y no más socialistas con el desarrollo, plantean dos dificultades insuperables a la introducción gradual del socialismo desde el punto de vista teórico. [...] Las relaciones productivas de la sociedad capitalista se acercan cada vez más a la sociedad socialista [en el sentido de su carácter social], mientras que sus relaciones políticas y jurídicas levantan un muro cada vez más alto entre la sociedad capitalista y la socialista. Este muro no es penetrado por el desarrollo de reformas sociales y por la democracia, sino que, por el contrario, se hace más rígido. Sólo el martillo de la revolución, es decir, la conquista del poder político por el proletariado, puede derribarlo (GW 1.1: 399-400)

En segundo lugar, la llamada teoría del colapso se ha olvidado en gran medida hoy en día, aunque puede haber buenas razones para volver a recordarla. La posición de Bernstein sobre la posibilidad de que el capitalismo evolucione sin grandes crisis que amenacen el sistema

quedó reducida al absurdo a más tardar en 1914. Al mismo tiempo, sin embargo, había señalado con razón la enorme adaptabilidad de las sociedades capitalistas y la capacidad de aprendizaje de las fuerzas sociales y políticas que las sustentan. Luxemburg contrapuso al evolucionismo de Bernstein el concepto de líneas de desarrollo con “nodos”. Las contradicciones de la sociedad capitalista conducirían inevitablemente a catástrofes, pero estos “cataclismos” estaban mediados por fases de estabilidad prolongada (véase GW 1.1: 259).

Para Luxemburg, además, la cuestión de un límite absoluto al desarrollo capitalista no era un tema escolástico, sino de importancia política directa y “una piedra angular del socialismo científico” (GW 1.1: 435). Para ella, las catástrofes no constituían “una oposición al desarrollo, sino *un momento, una fase* del desarrollo” (GW 1.1: 259). El hecho de que el capitalismo tuviera un potencial infinito de desarrollo, o al menos que se extendiera muy lejos en el futuro, o que se encontrara con límites insuperables en un futuro previsible, suponía para ella una diferencia radical:

Si asumimos [...] con Bernstein que el desarrollo capitalista no va en la dirección de su propia caída, entonces el socialismo deja de ser objetivamente necesario. [...] La teoría revisionista se enfrenta a una disyuntiva. O bien la transformación socialista sigue siendo consecuencia de las contradicciones internas del orden capitalista, entonces en este caso sus contradicciones también se desarrollan con este orden, y un colapso en esta o aquella forma es el resultado inevitable en algún momento; sin embargo, entonces los “medios de ajuste” también son ineficaces y la teoría del colapso es correcta. O los “medios de ajuste” son realmente capaces de prevenir un colapso del sistema capitalista, es decir, de hacer viable al capitalismo, es decir, de eliminar sus contradicciones; pero entonces el socialismo deja de ser una necesidad histórica, y es entonces cualquier cosa que se quiera, excepto un resultado del desarrollo material de la sociedad (GW 1.1: 376-377).

La posterior teoría de la acumulación de Luxemburg (capítulo 8) fue un intento de encontrar una nueva respuesta científica a la cuestión de los límites absolutos del capitalismo. En 1899, la relacionó con la tendencia a la sobreproducción. Ya en esa época, la incapacidad del capitalismo para encontrar una demanda para sus propios productos le parecía fundamental. Así, distinguió la tendencia hacia una “frontera final” de las razones concretas del colapso inmediato del capitalismo. Para ella, esto siempre estuvo ligado al éxito de la lucha de clases del proletariado, pero sin la prueba científica de un límite absoluto, una política basada en la superación del capitalismo no le parecía justificable:

Si la referencia a la sobreproducción crónica no es sinónimo de la profecía de la gran crisis mundial, no lo es en absoluto de la profecía de un tipo especial del colapso de la producción capitalista. Su importancia radica en que, al poner un límite último a la viabilidad de la sociedad actual, esta referencia nos acerca el socialismo desde ese ámbito nebuloso al que tantos socialistas lo relegan ahora; para que se convierta en un objetivo previsible y necesario de la política práctica, en vez de ser una meta que puede —o tal vez no— realizarse después de 500 años. [...] Más que cualquier otro fenómeno de la vida económica capitalista, transmiten a las capas obreras del pueblo el sentido de la necesidad de expropiar a los expropiadores y la conciencia de que la conquista del poder político por el proletariado es el único medio eficaz para combatirlos (GW 1.1: 550-551).

En tercer lugar, los y las marxistas de la Segunda Internacional siempre tuvieron presente la tesis de Marx: “Una formación social jamás perece hasta tanto no se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las cuales resulta ampliamente suficiente” (MEW vol. 13: 9, traducción de Jorge Tula, León Mames, Pedro Scaron, Miguel Murmis y José Arico en Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*: 5, Siglo XXI, México, 1980). También conocían la posición de Engels por su escrito *La guerra de los campesinos en Alemania*:

Lo peor que le puede suceder al líder de un partido extremista es que se vea forzado a asumir el gobierno en una época en la que el movimiento aún no está lo suficientemente maduro para el dominio de la clase que él representa y para la aplicación de las medidas que el dominio de esta clase requiere. (MEW vol. 7: 400; traducción propia).

El tremendo desarrollo que había tomado el capitalismo desde la revolución de 1848 demostró sus potencias. Se planteó la cuestión de si, antes de tomar el poder, no era necesario considerar muy cuidadosamente si podía iniciarse del todo una revolución socialista. ¿No sería necesario esperar hasta que *todas* las condiciones objetivas y subjetivas hubieran madurado completamente?

Luxemburg se opuso a esta idea de la revolución como un acto más o menos puntual que debía tener lugar cuando se dieran todas las condiciones a cabalidad. Según ella, las condiciones de madurez no se presentan simplemente de forma objetiva para la revolución, sino que se desarrollan en gran medida en la propia acción, surgen de la lucha de clases. Una de las razones es, dice, que en el orden capitalista “todos los elementos de la sociedad futura, durante su desarrollo, primero asumen

una forma en la que no se acercan al socialismo, sino que se alejan de él” (GW 1.1: 431). Sobre el trasfondo de esta tesis, se hace evidente la importancia central que tenía la lucha socialista para Luxemburg. En ésta, y no tanto en las condiciones objetivas, vio el requisito esencial para el surgimiento de una sociedad socialista. Sólo por eso, decía Luxemburg, la intensificación de la lucha de clases era un requisito central para que surgieran las condiciones del éxito, inevitablemente pasando por una cadena de derrotas. Las derrotas eran etapas en el único camino posible hacia el éxito final, según lo postulaba su muy incómoda hipótesis:

En primer lugar, una convulsión tan tremenda como la transformación de la sociedad del orden capitalista al socialista es totalmente impensable de *un solo* golpe, por *un solo* golpe victorioso del proletariado. Suponer que esto es posible significaría a la vez, hacer gala de una concepción genuinamente blanquista. La revolución socialista presupone una lucha larga y tenaz, en la que el proletariado aparentemente sufre retrocesos más de una vez, de modo que la primera vez, desde el punto de vista del resultado final de toda la lucha, habrá llegado necesariamente “demasiado pronto” al poder.

Sin embargo, en segundo lugar, no se puede evitar la toma “prematura” del poder del Estado porque sólo en el curso de las crisis que acompañarán a su toma del poder, sólo en el fuego de largas y persistentes luchas, puede el proletariado alcanzar el grado necesario de madurez política que le permita llevar a cabo la gran revolución final. Así, los mismos ataques “*prematurados*” del proletariado al poder político del Estado resultan ser momentos históricos importantes, que también propician y ayudan a determinar el *momento* de la victoria final. Desde *este* punto de vista, la idea de una conquista “prematura” del poder político por parte de la población obrera aparece como un absurdo político, que supone un desarrollo mecánico de la sociedad y presupone un momento para la victoria de la lucha de clases determinado *fuera e independientemente* de la lucha de clases.

Pero como el proletariado es, pues, incapaz de conquistar el poder del Estado de otra manera que no sea “demasiado pronto”, o, en otras palabras, como debe necesariamente conquistarlo “demasiado pronto” una o varias veces para conquistarlo finalmente de manera permanente, la oposición a la toma “prematura” del poder no es más que la oposición al *esfuerzo de por sí del proletariado por conquistar el poder del Estado* (GW 1.1: 435).

Para Rosa Luxemburg, la *realpolitik* revolucionaria no se medía por si se presentaba tal o cual lucha por reformas o tal o cual reivindicación

revolucionaria, sino por la capacidad de “unir felizmente el objetivo revolucionario final con la actividad cotidiana práctica” e “involucrar así a la lucha a amplias masas del pueblo” (GW 1.1: 229). En otras palabras, el objetivo de Luxemburg no era una coexistencia de la reforma social y la revolución, sino su conexión orgánica en enfrentamientos concretos en la misma vida cotidiana. Como explicó en el Congreso del Partido en Stuttgart en 1898:

Los discursos de Heine y otros han demostrado que, en nuestro partido, se ha oscurecido un punto extremadamente importante, esto es, la comprensión de la relación entre nuestro objetivo último y la lucha cotidiana. Se dice, por ejemplo, que la mención del objetivo último es un bonito punto de nuestro programa, que ciertamente no debe olvidarse, pero que no tiene relación directa con nuestra lucha pragmática. Tal vez haya algunos camaradas que piensen que la especulación sobre el objetivo último es, en el fondo, una cuestión teórica para un doctorado. Yo, por el contrario, sostengo que, para nosotros, como revolucionarios, como partido proletario, no hay cuestión más práctica que la del objetivo último. Pues consideren: ¿en qué consiste realmente el carácter socialista de todo nuestro movimiento? La verdadera lucha práctica se divide en tres puntos: la lucha sindical, la lucha por la reforma social y la lucha por la democratización del Estado capitalista. ¿Son estas tres formas de nuestra lucha en el fondo socialismo? No, en absoluto. [...] Entonces, ¿qué nos convierte en un partido socialista en nuestra lucha diaria? Es sólo la relación de estas tres formas de lucha práctica con el objetivo último. Es sólo el objetivo último lo que distingue el espíritu y el contenido de nuestra lucha socialista, lo que la convierte en una lucha de clases. Y por objetivo último no debemos entender, como ha dicho Heine, tal o cual concepción del Estado futuro, sino lo que debe preceder a una sociedad futura, es decir, la conquista del poder político. Esta concepción de nuestra tarea está estrechamente relacionada con nuestra concepción de la sociedad capitalista, el firme fundamento de nuestra convicción de que la sociedad capitalista está enredada en contradicciones insolubles que en el resultado final requieren de una explosión, de un colapso, en el que representaremos el papel de síndico que liquidará a la sociedad arruinada (GW 1.1: 236-237).

Al disociar el objetivo último de las cuestiones de la configuración concreta de una sociedad socialista, Luxemburg dejó de lado la cuestión de hasta qué punto podía haber continuidad entre los problemas del movimiento obrero en el presente y los de un movimiento obrero bajo un gobierno socialista. Para ella, la ruptura era tan absoluta que

parecía no tener sentido prepararse para las tareas futuras relacionadas con ella. Esto estaba totalmente conforme con el pensar de Karl Marx, que había escrito en una carta al socialista holandés Ferdinand Domela Nieuwenhuis:

La anticipación doctrinaria y necesariamente fantástica del programa de acción de una revolución del futuro sólo desvía de la lucha del presente. El sueño del inminente fin del mundo animó a los cristianos primitivos en su lucha contra el Imperio Romano y les dio certeza de la victoria. La comprensión científica de la inevitable descomposición del orden social dominante que se lleva a cabo constantemente ante nuestros ojos y las propias masas cada vez más arrastradas por la pasión debido los azotes de las viejas fantasmas del gobierno, mientras el desarrollo positivo de los medios de producción avanza simultáneamente a pasos gigantescos: todo eso es garantía suficiente de que en el momento del estallido de una revolución verdaderamente proletaria también se darán las condiciones de su (aunque ciertamente no idílico) próximo *modus operandi* inmediato (MEW vol. 35: 161; traducción propia).

Para Luxemburg, la *realpolitik* revolucionaria no era en primer lugar una cuestión del *qué*, no de tal o cual demanda social o democrática concreta, sino de *cómo* conectar la actividad práctica e inmediata con el objetivo último, la conquista del poder político (GW 1.1: 229, GW 6: 278). Si se perdiera esta conexión, el SPD se convertiría en un “partido obrero burgués” (GW 1.1: 514). La conexión entre la lucha práctica y el objetivo último, decía entonces Rosa Luxemburg, sólo era posible de tres maneras:

deparando una peligrosa competencia a los partidos burgueses con sus demandas más abarcadoras e impulsándolas mediante la presión de las masas electorales; después, exponiendo al gobierno ante la población e influyendo en él a través de la opinión pública; finalmente, agrupando cada vez más a las masas populares a su alrededor mediante sus críticas dentro y fuera de la cámara [el Parlamento] y convirtiéndose así en un poder imponente con el que el gobierno y la burguesía deben contar (GW 1.2: 33).

En principio, no había posibilidad, como escribió irónicamente Rosa Luxemburg contra Bernstein, de “transformar el mar de amargura capitalista en un mar de dulzura socialista añadiendo botellas de limonada socialreformista” (GW 1.1: 400). A pesar del desarrollo de las

reformas sociales y de la democracia, el muro entre la sociedad capitalista y la socialista sólo se haría más alto y más firme. Este muro era, sobre todo, político. Sólo podría ser derribado por el “golpe de martillo de la revolución, es decir, la conquista del poder político por el proletariado” (*ibid.*). Y como añadió:

El socialismo no es, pues, de por sí inherente a la lucha cotidiana de la clase obrera como tendencia; sólo es inherente, por un lado, en las contradicciones objetivas cada vez más agudas de la economía capitalista, y, por otro, en la toma de conciencia subjetiva de la clase obrera de la indispensabilidad de su anulación mediante una revolución social (GW 1.1: 403).

Casi al final de su famoso escrito *¿Reforma social o revolución?*, Luxemburg escribió: “Ahora el socialismo y el marxismo, la lucha de emancipación proletaria y la socialdemocracia son idénticos” (GW 1.1: 442). Una vuelta a un socialismo premarxista, como le reprochaba a Bernstein, era “una recaída en las enclenques y trilladas zapatillas de la burguesía” (*ibid.*). Muchos años después todavía escribió en una carta: “¡Oh, qué burro, oh qué rinoceronte, oh qué Bernstein soy!” (GB 2: 253). Sin embargo, la identidad del socialismo y del marxismo proclamada por Luxemburg con tanta determinación se vio cada vez más cuestionada en los años siguientes, ya en 1899 con la entrada del político socialista Millerand en un gobierno burgués (véase el capítulo 5). Las dificultades para aplicar una *realpolitik* revolucionaria convincente y eficaz aumentaron. Las certezas que se creían seguras se ponen cada vez más manifiestamente en tela de juicio.



Matrimonio de conveniencia con Gustav Lübeck en 1898.

CAPÍTULO 5

El caso Millerand. La participación de socialistas en el gobierno como una prueba para la teoría y la estrategia

LA PIEDRA DEL ESCÁNDALO

El 22 de junio de 1899, el socialista francés Alexandre Étienne Millerand entró como ministro en el gobierno de Pierre Waldeck-Rousseau. Como escribió Jean Jaures: “Aunque el acontecimiento [una participación socialista en un gobierno burgués] no se repitiera en la misma forma, el hecho tiene un alcance incalculable” (Jaures 1901: 113). El detonante inmediato para el gobierno de Waldeck-Rousseau fue un intento de golpe de Estado por parte de la derecha nacionalista de Paul Déroulède, que quería aprovechar el ambiente acalorado en el contexto del caso Dreyfus y su trasfondo antisemita para derrocar a la república. Una alianza de fuerzas democrático-burguesas y socialistas presentada como “gobierno de salvación” debía conjurar el peligro. Al mismo tiempo, con ello, una parte de las fuerzas socialistas esperaba reformas democráticas y sociales más amplias. Otros, en cambio, veían el “ministerialismo” como una “peligrosa desviación del socialismo” y en Millerand al “primer ejecutor de un nuevo método” que debía ser rechazado (Vaillant 1901: 146).

La participación de un socialista en el gobierno fue controvertida en múltiples aspectos dentro de la izquierda. Primero, desde la perspectiva moral: en este gobierno estuvo presente como ministro de Guerra el general Gaston de Galliffet, figura que había desempeñado un papel decisivo en la brutal represión de la Comuna de París.¹⁶ Ahora se sentaba en

¹⁶ Las personas ejecutadas en mayo de 1871, sólo la semana siguiente a la desarticulación de la Comuna de París, fueron unas 30,000; cifra muy superior a las 17,000 guillotinas durante el “reino del terror” de los jacobinos, y constituye aproximadamente la

la misma mesa que uno de los herederos políticos de la Comuna. Segundo, desde el punto de vista estratégico: ¿iniciaría este gobierno una especie de fase de transición hacia el socialismo, superando el capitalismo paso a paso, o sería, en últimas, sólo una forma de consolidar el propio capitalismo? Tercero, desde el punto de vista táctico: ¿la izquierda se fortalecería o debilitaría políticamente con la participación en el gobierno? Cuarto, desde la perspectiva de la *realpolitik*: ¿se podrían aplicar más reformas sociales y políticas desde el gobierno que a través de la presión de la sociedad y de la bancada de la oposición? Quinto, desde la perspectiva teórica: el marxismo de la Segunda Internacional no ofrecía una base científica para la política de izquierda en un contexto de una estabilidad relativa a largo plazo del capitalismo y, a la vez, de creciente peligro por la preparación de una guerra mundial, por la barbarie del colonialismo, el imperialismo, el nacionalismo, el racismo y el antisemitismo.

La historia de la participación del socialista Millerand en el gobierno es corta. Termina en 1902. El propio Galliffet no ocupó el cargo de ministro de la Guerra ni siquiera un año. Las reformas a medias que pronto se paralizaron, las medidas de represión contra los obreros y el chantaje contra los socialistas formaron parte de la política de este gobierno. Se argumentó que una mayor intervención en el orden económico era imposible y provocaría el fracaso del propio gobierno, abriendo fácilmente la puerta a la derecha. Vale mencionar la expulsión de Millerand del partido en 1904 y su giro conservador, que más tarde le llevaría a los más altos cargos de la República Francesa como ministro de Guerra, primer ministro y presidente.

Rosa Luxemburg, sólo unos días después de la entrada de Millerand en el gobierno, llegó a hablar del desafío que este paso dado por un socialista implicó para todo el movimiento socialista. Inmediatamente, el 6 de julio de 1899, formuló las tres alternativas prácticas en el periódico *Leipziger Volkszeitung*, del que era entonces jefa de redacción:

La incorporación de Millerand en el gabinete de Waldeck-Rousseau puede dar lugar a muchas reflexiones de carácter táctico-fundamental, no sólo para los socialistas de Francia, sino de otros países. La partici-

mitad o las dos terceras partes de las víctimas totales asesinadas durante los trece meses de la dictadura jacobina y el período de guerra civil y guerras de intervención de 1793 a 1794. El socialista Édouard Vaillant telegrafió a Millerand: "Si hay un nombre que no debe aparecer [en el gobierno] porque encarna para nosotros todos los crímenes y toda la reacción de Versalles, es el de Galliffet. [...] sería dar al verdugo, al más acérrimo enemigo de la clase obrera y del socialismo, la cartera de la guerra, de la guerra contra nosotros" (citado en Jaures 1901: 111).

pación activa de los socialistas en un gobierno burgués es, en todo caso, un fenómeno que queda fuera del marco de las formas ordinarias de actividad del socialismo. ¿Tenemos ante nosotros una forma de servir a la tan legítima y conveniente causa del proletariado, por ejemplo, a través de la actividad en el Parlamento, en el consejo municipal? ¿O se trata, por el contrario, de una ruptura con los principios y las tácticas del socialismo? O, por último, ¿la participación de los socialistas en el gobierno burgués constituye un caso excepcional, permisible y necesario bajo determinadas condiciones, reprochable y perjudicial bajo otras? (GW 1.1.: 483)

Ya en este punto queda claro que Rosa Luxemburg consideraba toda esta discusión principalmente a partir de un aspecto: ¿qué consecuencias tenía la decisión de Millerand para la política práctica de la izquierda? Por tanto, sólo recurre a las concepciones marxistas del Estado de su tiempo en la medida en que le parecen significativas para aumentar la capacidad de las fuerzas socialdemócratas de llevar a cabo una política socialista en las complicadísimas condiciones de su época.

La resolución redactada por el teórico marxista más influyente de esta época, Karl Kautsky, durante el Congreso Socialista de París del 23 al 27 de septiembre de 1900, y adoptada por mayoría, estipulaba que debía decidirse caso por caso si era conveniente la participación de las fuerzas socialistas en un gobierno burgués. Sin embargo, la resolución plasmó una reserva de principio: la participación en el gobierno nunca podría ser “el comienzo habitual de la conquista del poder político”, sino sólo el resultado de un “dilema”.¹⁷ Esto alude a la mencionada amenaza para

¹⁷ La resolución sobre la “Conquista del poder del Estado y las alianzas con los partidos burgueses” del Congreso Internacional Socialista celebrado en París del 23 al 27 de septiembre de 1900 dice: “La conquista del poder político por el proletariado en un Estado democrático moderno no puede ser la obra de un simple golpe de mano, sino que sólo puede ser el remate de un largo y arduo trabajo de organización política y económica del proletariado, de su regeneración física y moral y de la conquista gradual de mandatos en los consejos municipales y en los órganos legislativos. Sin embargo, la conquista del poder gubernamental, cuando está centralizado, no puede ser gradual. La entrada de un socialista individual en un gabinete burgués no debe considerarse como la forma normal de conquistar el poder político, sino que siempre debe ser sólo una solución de emergencia temporal y excepcional en un dilema. Que exista tal dilema en un caso concreto es una cuestión de táctica y no de principios. No es tarea del Congreso decidirlo. Pero, en cualquier caso, este peligroso experimento sólo puede ser beneficioso si es aprobado por una estructura unida de partido y si el ministro socialista obedece y sigue obedeciendo al mandato de su partido” (Segunda Internacional 1975: 17).

la democracia burguesa de un golpe de Estado por parte de la derecha en Francia. Así, la resolución rechazó la participación en el gobierno *en principio*, pero la permitió de forma (excepcional) en casos determinados (excepcionales). ¿Pero qué pasaría si la excepción se convirtiera en la norma y la participación en el gobierno fuera el siguiente objetivo de la política socialista? ¿Qué consecuencias tendría esto para la política de la izquierda y su propia concepción del Estado? Estas fueron las cuestiones en las que se centró Rosa Luxemburg.

LA BRECHA ENTRE LA TEORÍA MARXISTA Y LA PRÁCTICA SOCIALISTA

El ala marxista del movimiento socialista de finales del siglo XIX se enfrentaba a un problema fundamental: por un lado, *El capital*, de Marx les parecía establecer con argumentos científicos irrefutables que el socialismo o el comunismo como “asociación de hombres libres” (MEW vol. 23: 92; traducción de Pedro Scaron en Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 1: 96, Siglo XXI, México, 1988) relevaría al capitalismo por ley natural. La “distribución socialmente planificada” (*ibid.*: 93; traducción de Pedro Scaron, *ibid.*: p. 96) del trabajo y la “propiedad colectiva sobre la tierra y sobre los medios de producción producidos por el trabajo mismo” (*ibid.*: 791; traducción de Pedro Scaron en Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 3: 954, Siglo XXI, México, 1988) eran características de la nueva sociedad. Por otra parte, después de 1848 no sólo se había producido una nueva expansión del modo de producción capitalista a cada vez más países y regiones, sino que también se había consolidado temporalmente. Una serie de reformas sociales habían surtido efecto y habían frenado los agravios especialmente flagrantes en los países industrializados. Esto planteó dudas sobre la afirmación central de todo el programa marxista de la época:

La proletarianización de las masas, la unificación de todo el capital en manos de unos pocos que dominan toda la vida económica de las naciones capitalistas, las crisis, la inseguridad de la existencia, *todos estos efectos mortificantes y escandalosos del modo de producción capitalista no pueden ser frenados en su constante crecimiento por ninguna reforma en el terreno del actual orden de la propiedad, por muy extensa que sea* (Kautsky 1965: 115).

La Comuna de París de 1871 se quedó en un breve episodio de alzamiento revolucionario. Si bien es cierto que el movimiento socialista en Europa Occidental tuvo un impresionante y aparente ascenso imparable en las dos últimas décadas del siglo XIX, al mismo tiempo, sin

embargo, el anunciado colapso del capitalismo no se materializó. El poder del socialismo como movimiento *dentro* del capitalismo crecía, pero el objetivo en sí, la eliminación del capitalismo, parecía alejarse cada vez más. Dado que en la tradición de Marx el socialismo debía tener una fundamentación *científica*, esta evidente disyunción entre las tesis científicamente formuladas y la política real era una amenaza existencial para la autocomprensión de la socialdemocracia de la Segunda Internacional, en la medida en que se veía a sí misma en la tradición marxista. La teoría existente perdía su función de guiar la acción y al mismo tiempo —así parecía— no podía ser modificada sin perder su radicalidad. Esto se había revelado a través de la polémica en torno al revisionismo.

Por muy vacilantes y poco entusiastas que hayan sido las reformas estatales del último tercio del siglo XIX, habían provocado, no obstante, un cambio considerable y, sobre todo, habían desencadenado una dinámica de la cual muchos reformistas sociales y cada vez más integrantes del movimiento socialdemócrata y de los sindicatos esperaban que superara las tendencias subyacentes del capitalismo desenfrenado. Se concibieron, al menos, muchas más reformas sociales de mayor alcance. Aunque estas medidas por parte de las clases dominantes estaban, en último término, alimentadas por el motivo de adelantarse a una revolución desde abajo mediante la reforma desde arriba y al desactivar el ascenso del movimiento obrero promoviendo su integración a un capitalismo regulado, las modificaciones del propio capitalismo que provocaron se hicieron cada vez más evidentes. Cada vez quedaba menos claro si había barreras fundamentales que se opusieran a esta tendencia.

Se formularon tres respuestas estratégicas a este desafío. *En primer lugar*: Friedrich Engels y, con él, la socialdemocracia alemana de August Bebel y Wilhelm Liebknecht, que había salido victoriosa y fortalecida ante las Leyes Antisocialistas de Bismarck, apostaron a una política de la permanente acumulación de votos hasta penetrar incluso en las clases medias, la ampliación de la organización socialista y la formación de las masas obreras; y renunciar a toda acción revolucionaria no legal. Esta posición se impuso en el Congreso de París de la Segunda Internacional en 1900. Las condiciones objetivas para la toma del poder (mayor democratización y reformas sociales y culturales) debían reforzarse. Mediante la prueba de que la satisfacción de las necesidades básicas de los obreros no podía alcanzarse al final a través de reformas dentro del orden burgués, se apostaba a una mayor conformación de su disposición para la lucha. Así, se trataba de crear las condiciones subjetivas para una revolución. Ésta sería posible e inevitable

al darse una nueva crisis o en el contexto de una guerra mundial. *En segundo lugar*: una corriente fuerte de la socialdemocracia, y especialmente los sindicatos, estaban ansiosos por transformar la mayor fuerza del movimiento obrero en éxitos inmediatos en la mejora de las condiciones de trabajo y de vida, en salarios más altos, en reformas sociales y democratización política. Al mismo tiempo, esta ala asumió que ésa era la forma de superar gradualmente el capitalismo como tal. No vieron ningún límite sistémico absoluto que se interpusiera en esa evolución. En la izquierda alemana, los fundamentos teóricos de esta posición los puso Eduard Bernstein. *En tercer lugar*: los anarcosindicalistas y la izquierda revolucionaria buscaron una tercera vía, basada en la autoorganización de los obreros (principalmente a través de la huelga general y la toma de fábricas) bajo la dirección del ala izquierda del movimiento socialista. Esperaban que en el proceso surgieran situaciones revolucionarias que llevarían al derrocamiento del orden capitalista. Ni el “proceso natural” de crecimiento constante de un movimiento socialdemócrata hasta el día de la toma del poder político durante una gran crisis, ni el aprovechamiento de las oportunidades medidas incluso en avances mínimos estaban en primer plano para ellos, sino que fue la intervención práctica y enérgica a través de la acción política de masas la que adquirió un papel central. Precisamente así, según ellos, surgiría la subjetividad proletaria como fuerza de masas que haría posible la superación del capitalismo. Las acciones propias eran la condición para la organización y el empoderamiento para derrocar al capitalismo.

Mientras que en Alemania el sistema político del monarquismo guillermino, con su alianza entre aristocracia, militares y gran burguesía, obstaculizó la participación de la socialdemocracia en el ejercicio del poder a nivel nacional hasta 1918, la situación en Francia fue diferente. Mientras que en Alemania fueron sobre todo los sindicatos los que estaban dispuestos a dejarse “seducir” por una cooperación reformista activa, en Francia también se “seducía” a los partidos socialistas para que participaran en el poder político directo. Alexandre Étienne Millerand fue el primero en ceder. Desde el punto de vista de una teoría marxista ortodoxa del Estado, esto era un escándalo en la propia teoría: un representante de los obreros en el centro del órgano de poder político de la clase capitalista. ¿Podría ser esto más que una traición de clase?

Así como el descubrimiento de la radiación no continua de la energía con el postulado de un *quantum* de acción (Max Planck) se convirtió en el punto de partida de la revolución de la física clásica, el hecho de la integración evidente del movimiento obrero en las sociedades modernas dominadas por el capital se convirtió en el punto de partida

de ajustes teóricos fundamentales en el marxismo. Evidentemente, “las doctrinas marxistas de la concentración y la catástrofe, la revolución, la dictadura del proletariado y el establecimiento de una economía natural colectivista desde arriba” se habían “transformado de dogmas en problemas” en la transición del siglo XIX al siglo XX (David 1900: 74). La contribución de Rosa Luxemburg al análisis de la participación de Millerand en el gobierno se dio todavía al principio de este ajuste. Ella se topó con los límites de la teoría marxista de lo político e intentó ir más allá. Al efecto, la cuestión decisiva para ella era cómo podía fundamentarse una política socialista autónoma en las nuevas condiciones. No eran consideraciones intrínsecas a la ciencia sino objetivos políticos los que definían su punto de vista. A continuación, se trazará el proceso de búsqueda de Rosa Luxemburg. El relato se limita principalmente al período comprendido entre 1899 y 1902, durante el cual el “caso Millerand” mantuvo ocupados a los marxistas.

LA FORMULACIÓN DEL PROBLEMA POR PARTE DE ROSA LUXEMBURG

El primer artículo que Rosa Luxemburg dedicó al “caso Millerand” se titula “Una cuestión táctica”, pero tenía como objetivo “derivar una directriz general de nuestros principios” (GW 1.1: 486). Luxemburg coincidía en que cuando “la libertad del país o los logros democráticos, como la república, están en juego” (*ibid.*), una participación en el gobierno podía considerarse, ciertamente, en el caso de que la burguesía ya no pudiera proteger a la república misma. Sin embargo, esto debería ser sólo una medida temporal con un propósito limitado. La participación de las fuerzas socialistas en el gobierno debía ser sólo una excepción táctica. Para ello dio un razonamiento que remite directamente a la comprensión del Estado que fundó su posición revolucionaria.

En dicho artículo, Rosa Luxemburg contrastó dos posiciones en principio diferentes. Marca distancia del punto de vista de “la concepción oportunista del socialismo” (*ibid.*: 483), tal como, según ella, había sido representada sobre todo por Bernstein. Los representantes de esta posición partirían de la posibilidad de una “*introducción gradual del socialismo en la sociedad burguesa*” (*ibid.*). Según esta perspectiva, la transformación socialista de las estructuras económicas del capitalismo también podría tener lugar paso a paso. Si se sigue este supuesto, entonces, según Rosa Luxemburg, “el Estado capitalista se transforma por sí solo gradualmente en uno socialista” (*ibid.*). Desde esta posición, “una inclusión progresiva de los socialistas en el gobierno burgués es incluso un resultado natural del desarrollo democrático de los Estados burgueses” (*ibid.*: 483-484). Sin embargo, según Rosa Luxemburg, la

participación en el gobierno hace imposible, en principio, el carácter socialista de la política, ya que los representantes del gobierno están obligados a “apoyar activamente al Estado burgués en su conjunto” (*ibid.*: 485). La política de reforma desde el gobierno era “en el mejor de los casos” sólo “democracia burguesa o política obrera burguesa” (*ibid.*). En otro lugar formuló que “una política que es reprensible desde el punto de vista de los principios nunca puede parecer apropiada desde el punto de vista táctico” (GW 1.2: 81).

La propia Rosa Luxemburg asumió (como todos los marxistas de la Segunda Internacional de la época) “que la introducción del socialismo sólo puede ser puesta en marcha tras el colapso del orden capitalista” (GW 1.1: 484). La lucha necesaria y correcta por las reformas en el capitalismo, por las “reformas burguesas” (*ibid.*: 485), no era socialista en sí misma, pero había que darle “un carácter principalmente socialista, el carácter de la lucha de clases proletaria” (*ibid.*).

Sin embargo, escribía, desde un gobierno burgués no se podía “librar una *lucha de clases*, la lucha contra la burguesía y su Estado” (*ibid.*: 484). Concluyó: “Los representantes de la clase obrera, sin negar su papel, sólo pueden entrar en el gobierno burgués en *un solo* caso: para apoderarse de él al mismo tiempo y transformarlo en el gobierno de la clase obrera dominante” (*ibid.*: 485).

En el debate sobre la participación de los socialistas en el gobierno, Rosa Luxemburg expuso así cuatro tesis cruciales para su comprensión del Estado: *En primer lugar*, las reformas en el capitalismo nunca cambian el carácter capitalista de las relaciones de propiedad de manera tan fundamental como para que puedan prevalecer elementos y tendencias de un nuevo orden en el proceso. El socialismo no puede ser “introducido” ni de manera gradual ni de manera transformadora, sino sólo a través de un poder estatal que tenga un carácter socialista en su totalidad. La conquista del poder estatal por parte de la clase obrera es el verdadero objetivo, porque sólo así es posible la revolución del orden económico. *En segundo lugar*, el Estado burgués es el obstáculo más importante para una transformación socialista; representa el muro que hay que derribar para iniciar una revolución. *En tercer lugar*, desde el poder ejecutivo de un Estado así sólo se puede hacer política burguesa, mientras que en el legislativo el intento de aplicar reformas sociales es posible en conjunción con “la *oposición* simultánea al gobierno burgués *en su conjunto*, algo que se manifiesta de forma tangible, entre otras cosas, en el rechazo del presupuesto” (GW 1.1: 485). *En cuarto lugar*, la lucha por la preservación de la democracia burguesa y la disposición a la violencia revolucionaria van juntas.

Estas cuatro tesis centrales de Rosa Luxemburg en la discusión se explican sobre todo por el hecho de que quiere preservar con todas sus fuerzas la independencia de las fuerzas socialistas, su capacidad de lucha, su carácter anticapitalista. Para ella, el poder de la izquierda se encuentra sobre todo *fuera* de las instituciones de la sociedad burguesa y, por tanto, es totalmente incompatible con la participación directa en el poder gubernamental. En el movimiento socialdemócrata de la época la discusión de la teoría y el debate político están directamente vinculados. No se puede hablar de una verdadera independencia de la formulación científica de los problemas con respecto a la acción política. Las concepciones del Estado y de la sociedad son al mismo tiempo posicionamientos políticos. Por ello, los cambios en la teoría desencadenaron debates tan agudos.

A continuación, se examinarán las cuatro posiciones de Luxemburg—la comprensión del capitalismo y del socialismo, del Estado y de la política—, tal como se expresan en el debate sobre el “caso Millerand”. En parte, retomamos forzosamente posiciones que Luxemburg había desarrollado poco antes, en sus polémicas contra Bernstein.

EL CAPITALISMO Y EL ESTADO DE CLASES

La concepción del Estado de Rosa Luxemburg se basa en la concepción del capitalismo y del socialismo como había sido formulada por parte del marxismo ortodoxo de la Segunda Internacional. El siguiente hecho se considera como “la contradicción fundamental de la que manan todas las contradicciones” [del modo de producción capitalista]: “*El capitalista individual se apropia del producto social*” (MEW vol. 19: 227; traducción propia). Esta contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista privada sólo puede ser resuelta por la toma del poder por parte de la clase obrera: “El proletariado toma el poder público y, en virtud de este poder, transforma los medios sociales de producción, que se están escapando de las manos de la burguesía, en propiedad pública. Con este acto libera a los medios de producción de su anterior condición de ser capital y le da a su carácter social plena libertad para imponerse. Ahora es posible la producción social según un plan predeterminado. El desarrollo de la producción hace que la subsistencia de diferentes clases sociales sea un anacronismo. En la medida en que la anarquía de la producción social se desvanece, la autoridad política del Estado también se desvanece. Los seres humanos, por fin dueños de su propio modo de socialización, se convierten así, al mismo tiempo, en dueños de la naturaleza, dueños de sí mismos: libres” (*ibid.*: 228; traducción propia).

Karl Kautsky había deducido el colapso del capitalismo en su escrito *El Programa de Erfurt* a partir de la tendencia de que la gran mayoría de la población se transformaba en asalariada:

La propiedad privada de los medios de producción lleva en la sociedad capitalista a que todo el mundo esté desprovisto de propiedad, con la excepción de una sola persona. Por lo tanto, conduce a su propia anulación, donde todos están desposeídos y todos esclavizados. Pero el desarrollo de la producción capitalista de mercancías también conduce a la destrucción de sus propios fundamentos. *La explotación capitalista se vuelve absurda cuando el explotador ya no puede encontrar otros consumidores para sus mercancías que los que explota. Si los obreros asalariados son los únicos consumidores, entonces los productos en los que se encarna la plusvalía son invendibles, esta se convierte en algo sin valor.* De hecho, una situación como la descrita aquí sería tan monstruosa como imposible. Nunca llegará ni podrá llegar a materializarse. Pues la mera aproximación a este estado debe agudizar los sufrimientos, los contrastes y las contradicciones de la sociedad a tal punto que se vuelvan insoportables, que la sociedad reviente sus costuras y se derrumbe, si no se le da antes una dirección diferente al proceso (Kautsky 1965: 88-89).

Rosa Luxemburg dio más tarde su propia respuesta al respecto en su teoría de la acumulación (véase el capítulo 8).

La búsqueda casi desesperada de los marxistas ortodoxos de una fundamentación teórica, estrictamente científica, de la inevitabilidad del colapso del capitalismo no era una cuestión de ambición personal o de obstinación dogmática por parte de sus representantes, sino un pilar del propio programa de investigación y de su paradigma. La inevitabilidad de la superación del capitalismo no podía explicarse con certeza científica sólo a partir de las contradicciones evidentes de las sociedades capitalistas modernas o de la mera deseabilidad de otro mundo. Al fin y al cabo, las contradicciones pueden ser mediadas una y otra vez —y la historia del capitalismo, que ya tenía al menos cien años en esa época, daba buena cuenta de ello—, particularmente a través de reformas estatales. Si las consecuencias destructivas de ciertas tendencias de un capitalismo desenfrenado pudieran controlarse mediante reformas sociales, democratización, regulación, expansión de un sector público fuerte, desmilitarización, etc., sin tener que transferir a la propiedad pública la totalidad de todos los medios de producción importantes y acudir la abolición de la producción de mercancías, el colapso no recaería sobre el capitalismo sino sobre el propio edificio

del marxismo ortodoxo. Y esto amenazaba directamente la identidad revolucionaria anticapitalista de la izquierda marxista de la época.

La posición de Rosa Luxemburg en el debate sobre la participación en el gobierno no se puede entender en absoluto si se reduce al efecto concreto de las reformas y a las consecuencias específicas de la participación socialista en los gobiernos burgueses. Para Rosa Luxemburg había una línea divisoria muy clara en la política: mientras la propiedad no fuera centralizada y transferida a la propiedad pública por un gobierno socialista, para sustituir sobre esta base la producción orientada a la ganancia de las empresas individuales por una producción planificada para el conjunto de la sociedad, para las necesidades de los miembros de la sociedad, entonces toda política gubernamental era de esencia burguesa, aunque los intereses de los obreros desempeñaran un papel más o menos fuerte en ella. Por supuesto, en defensa de las conquistas democráticas y sociales, la socialdemocracia podría, en un *caso excepcional*, verse obligada a asumir la representación de las tareas de la burguesía desde el gobierno, que la propia burguesía no era capaz de asumir en ese momento. Pero esto no era una política socialista en sentido estricto y no cambiaría la oposición de principio al sistema capitalista ni la pondría en cuestión. Sólo el uso del poder estatal para una revolución socialista de las relaciones de propiedad sería una verdadera política gubernamental socialista.

Hay muchas razones para ser conscientes de la agudeza del argumento esgrimido por Rosa Luxemburg: mientras no se eliminen las relaciones de propiedad del capitalismo, mientras no haya una planificación social global de la producción y la distribución sobre la base de la propiedad pública de todos los medios de producción esenciales, sí es posible que ciertos intereses de los obreros pueden hacerse valer en mayor o menor medida. Sin embargo, la política sigue subordinada a las leyes económicas dominantes del capitalismo, según Luxemburg. Mientras existe un orden de propiedad capitalista, el Estado sigue siendo burgués en su esencia y, sobre todo, el gobierno está inevitablemente obligado a mantener este orden. Esta opinión se basa en que el propio orden de la propiedad sólo podría perder su carácter capitalista a través de la transferencia de todos los medios de producción esenciales a manos de un Estado socialista. En todas sus funciones básicas, el Estado seguirá siendo burgués mientras la clase obrera no resuelva por sí misma la cuestión de la propiedad mediante una política de socialización integral y la utilice como punto de partida para hacer una realidad de la propiedad social de los productores sobre las condiciones sociales de producción. Son inseparables la concepción del socialismo como producción basada en la propiedad social colectiva para

satisfacer las propias necesidades (sin las relaciones mercancía-dinero) y la posición de Rosa Luxemburg de que la política reformista es burguesa si no pone en el centro la ruptura con el sistema capitalista.

EL ESTADO BURGUÉS COMO MURO ENTRE CAPITALISMO Y SOCIALISMO

Si una transformación gradual del Estado, iniciada por cualquier cambio fuerte, es inviable, entonces el Estado sobre la base de las relaciones de propiedad capitalista sólo puede ser en sí mismo un Estado de clases burgués, que ofrece mejores o peores condiciones para la lucha por una transformación revolucionaria de la propiedad. Como escribió Engels:

La sociedad anterior, que se movía por los antagonismos de clase, había requerido del Estado, es decir, de una organización de la clase explotadora en turno, para mantener las condiciones exteriores de producción, o sea, en particular, para sostener violentamente a la clase explotada en las condiciones de opresión (la esclavitud, la servidumbre o el vasallaje, el trabajo asalariado) (MEW vol. 19: 223; traducción propia).

Sin importar en lo absoluto los logros sociales y democráticos que consiga el movimiento obrero, ni las reformas que un gobierno (incluso con la participación de la socialdemocracia) sea capaz de aplicar, todos estos cambios no alteran el hecho de que la sociedad capitalista sigue intacta y sus tendencias destructivas continúan operando. Debido a esta contradicción en la “base” de la sociedad, las reformas sólo pueden dar resultados parciales, afirma Rosa Luxemburg. Además, los elementos de la barbarie siguen acumulándose. Las reformas no tocan la característica fundamental: el escándalo de la producción capitalista privada sobre el fundamento de la producción social. Según Luxemburg, es precisamente porque la contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada capitalista se agudiza, que el Estado debe convertirse cada vez más en un Estado burgués de clases. Según ella, es el Estado que impide que la socialización de la producción se abra paso como la socialización de la propiedad. En su opinión, el verdadero obstáculo para el desarrollo socialista no lo constituyan las relaciones de producción, sino el Estado. El Estado, dice, puede hacer todo lo posible como Estado burgués para impedir la transición, por ley natural, al socialismo. O podría imponerlo como un estado socialista, en su expresión como poder político de la clase obrera. Para Luxemburg, la lucha política contra el Estado burgués era, por lo tanto,

la lucha decisiva. Una lucha de este tipo nunca podía llevarse a cabo desde el gobierno.

Para los reformistas y revisionistas, en cambio, el Estado se convirtió en el instrumento de una transformación más o menos gradual de la sociedad capitalista. El capitalismo debe quedar rebasado: económicamente, mediante el fortalecimiento del poder sindical y su extensión a la coestión económica; culturalmente, mediante el ascenso dentro del sistema educativo y la participación igualitaria en la vida intelectual; y políticamente, mediante la participación en el poder del Estado. En este sentido escribió Eduard David:

En el más abrupto contraste con Kautsky, estoy convencido de que la conquista del poder ejecutivo en los Estados gobernados por un Parlamento puede ocurrir y ocurrirá sólo poco a poco. En Francia y en otras partes, los socialistas no tienen todavía el poder del gobierno sólo porque la inmensa mayoría del pueblo no está todavía dispuesta a dárselo. El cambio de opinión de la mayoría popular no será repentino. Sólo gradualmente, de elección en elección, nuestros compañeros lograrán aumentar sus mandatos parlamentarios. Pero en la medida en que lo consigan, lograrán apoderarse de diferentes carteras ministeriales cuando se formen gobierno liberales de izquierda. Y en cuanto estén en condiciones de hacerlo, *lo harán*, tan cierto como que su *masa electoral* les obligará a hacerlo. Aunque los teóricos demuestran tajantemente que esto sería la más vergonzosa traición al principio de la lucha de clases, las masas electorales no lo entenderían y *no tolerarían* que sus mandatarios renunciaran a un instrumento de poder con el que todavía no podrían establecer una sociedad colectivista, pero con el que podrían llevar a cabo profundas reformas sociales y políticas que mejorarían sustancialmente la situación del proletariado (David 1900: 708).

Luxemburg sostenía exactamente lo contrario: mientras el Estado no nacionalice la propiedad como Estado proletario y la subordine al dominio de los productores (la clase obrera), éste es, como Estado burgués, el baluarte más importante contra cualquier cambio fundamental. La participación en el ejercicio del poder de gobierno en un Estado de este tipo es, por tanto, una participación no para *facilitar* sino para *impedir* una revolución socialista. Ella no ve el verdadero obstáculo en las relaciones de producción ni en la sociedad civil, como lo hizo Gramsci posteriormente, sino en el Estado como instrumento de poder y ejecutor de la violencia de la clase dominante. Si el Estado no se interpusiera, las tendencias de socialización se abrirían paso inevitablemente.

Seguir una posición así da como resultado una disyuntiva: o se utiliza *todo* el poder del Estado para preservar un orden de propiedad capitalista obsoleto o se moviliza este poder para el derrocamiento de este orden. Por lo tanto, la participación en un gobierno burgués sólo puede significar la participación en una de las siguientes tres funciones de un Estado burgués: *En primer lugar*, el Estado puede intentar preservar la estructura capitalista básica al garantizar el cumplimiento de las funciones sociales generales también sobre *esta* base —el Estado como representante de asuntos de la sociedad en su conjunto a favor del interés de los propietarios del capital. Esto incluye también el ejercicio del monopolio del uso de la fuerza y su empleo para reprimir todos los movimientos que amenazan con dinamitar el sistema. *En segundo lugar*, puede proporcionar aquellas condiciones de producción que el propio capital no puede proporcionar de forma privada y, por tanto, ampliar los límites de una disposición capitalista puramente privada —el Estado como capitalista total y como actor de un capitalismo regulado por el Estado o un capitalismo de Estado. *En tercer lugar*, puede tratar de imponer ciertas concesiones al proletariado y a otros grupos sociales subalternos contra la resistencia de representantes del capital de mentalidad estrecha para promover la paz social, para “enganchar” a fragmentos de las clases sociales bajas mediante ofertas de integración y, al mismo tiempo, someterlas a la hegemonía del capital —el Estado como aparato de integración social e ideológica de los propietarios dominantes del capital. En cada una de estas funciones, sin embargo, la actividad del Estado se dirige a la preservación y no a la transformación de las relaciones de propiedad capitalistas. Por lo tanto, según Rosa Luxemburg, se trata de una política burguesa, incluso cuando sirve de forma real y efectiva para mejorar la situación inmediata de los obreros.

El papel central que Rosa Luxemburg y otros marxistas revolucionarios de la época le adjudican repetidamente a la cuestión del papel del Estado tiene (también) su fundamento teórico. Si a partir del capitalismo emanan procesos tan poderosos que apuntan a la superación del antagonismo entre la producción socializada y la apropiación privada capitalista, y si esta superación resulta ser a favor de una mayoría cada vez más grande de la población, se plantea la cuestión de por qué esas tendencias no se abren paso. Esto no podía explicarse en términos económicos dentro del marco del marxismo, porque era precisamente en la economía, en el caldero de las contradicciones capitalistas, donde parecía acumularse una presión cada vez mayor. La “superestructura” del Estado aparecía, así, como una “tapadera” que tendría que ser cada vez más firme y más dura para resistir esta presión

hasta que finalmente se rompiera en una violenta erupción y entonces el magma revolucionario de un nuevo orden de propiedad socialista, tal y como se había calentado en la economía capitalista, se abriría paso de manera incontenible. La concepción teórica de un Estado de clases en el sentido estricto antes mencionado y la exigencia de una autonomía revolucionaria de la socialdemocracia estaban estrechamente vinculadas.

LA POLÍTICA SOCIALISTA EN EL ESTADO BURGUÉS

La democratización parcial de algunos Estados europeos —ya sea a raíz de reformas, revoluciones, derrotas militares o incluso como mero instrumento de una inteligente política conservadora de alianzas, como en el caso de Alemania— se produjo siempre con el trasfondo del ascenso de la clase obrera como poder social. Ya el movimiento cartista inglés fue al mismo tiempo un movimiento por el sufragio universal (masculino) y por reformas sociales. Sólo a través de la clase obrera creció la presión para transformar la democracia de las clases propietarias en una representación parlamentaria de la población (inicialmente sólo masculina). Esta idea era difícil de resistir. La integración de gran parte de la población en la industria, la concentración de la clase obrera en aglomeraciones urbanas, a menudo cerca de las sedes de gobierno, las revoluciones militares desde Napoleón, que dieron lugar al servicio militar obligatorio, aumentaron la dependencia de cualquier poder del Estado de la lealtad de la población en general y de la clase obrera (masculina) en particular. Poco a poco se fue ampliando el derecho al voto.

El emergente movimiento obrero fue pionero de la extensión del sufragio universal, y en la medida en que esta lucha fue exitosa surgieron los primeros partidos obreros, que ya no cedieron la representación parlamentaria de sus intereses a las fuerzas burguesas liberales, sino que la tomaron en sus manos. Al mismo tiempo, la cuestión de qué hacer con el poder obtenido en el Parlamento creció en proporción a los éxitos conseguidos. Cuanto más fuerte se hacía la representación parlamentaria y cuanto más frecuente las mayorías en los parlamentos dependían de si se formaban con la inclusión o la exclusión de los partidos socialistas, más acalorada se tornaba la discusión sobre si debía ejercerse influencia directa en la composición del gobierno. Como escribió el socialista francés Albert Thomas:

¿Tiene el voto de un diputado el mismo valor, el mismo valor como acto, diría yo, en todos los Parlamentos, tanto en el Reichstag alemán

como en la Cámara francesa? ¿Se encuentran los miembros del Reichstag en la situación de tomar conciencia sobre el hecho de que una de sus votaciones podría derrocar al gobierno, que podría sustituir un sistema por otro, aunque sea uno burgués por otro burgués? Pues ésta es precisamente la situación en la que se encuentran los socialdemócratas franceses desde hace tres años (Thomas 1903: 487).

Los reformistas y los revisionistas se apoyaron en el uso de este poder para llegar a acuerdos en cuestiones presupuestarias, crear mayorías para las leyes de reforma o incluso participar en el gobierno. Su apreciación fue “que el socialismo es hoy lo suficientemente fuerte como para penetrar en las instituciones burguesas en todas partes sin ser absorbido por ellas, y que por lo tanto tiene el poder, el derecho y el deber de exigir su cuota de poder a la sociedad burguesa y determinar el curso de los acontecimientos en una medida cada vez mayor” (von Vollmar 1900: 783). Como escribió Eduard Bernstein:

La abstención de los socialistas en cuanto a intervenir en la composición del gobierno”, bajo el supuesto que fuera posible influir en ella, tendría un efecto similar “a la abstención política en otros aspectos: se renuncia a la posibilidad de atar las manos a otros sin ganar más libertad de acción real. Se abjura del poder ganado en lugar de aumentarlo” (Bernstein 1902: 256).

Las fuerzas marxistas, en cambio, sostuvieron que la representación en el Parlamento debía utilizarse exclusivamente para reforzar la unidad e independencia del movimiento obrero y para visibilizar sus propias posiciones. La representación parlamentaria de los obreros en un *Parlamento* burgués era posible como lucha de clases, pero una política obrera independiente en un *gobierno* burgués no lo era. La participación en el gobierno, por el contrario, ataría las propias manos y haría imposible la lucha de clases. Para Luxemburg, ahí estaba la línea divisoria entre un partido democrático radical y un partido socialista.

Con ello se formula una comprensión del Estado burgués con división de poderes, que distingue claramente entre el Parlamento y el gobierno, como aclaró Rosa Luxemburg:

Mientras que el Parlamento constituye un órgano de la lucha de clases y de facciones dentro de la sociedad burguesa, y por tanto el terreno más adecuado para la resistencia sistemática de los socialistas contra el dominio de la burguesía, el papel de los representantes de los obreros en el seno del gobierno queda excluido de antemano (GW 1.2: 58).

Da la siguiente justificación para ello: “Destinado a implementar el resultado final de las luchas partidistas libradas en el Parlamento y en el país, el poder central es ante todo un órgano de acción cuya viabilidad descansa en la homogeneidad interna” (*ibid.*). Para ella, el gobierno de un Estado nacional representa un todo que es “sólo la organización política de la economía capitalista” y entre cuyas diferentes funciones “hay plena armonía” (*ibid.*: 59). Continúa diciendo:

Así, el gobierno central de un Estado moderno constituye un engranaje cuyas partes individuales se entrelazan por todos lados y que determinan y regulan mutuamente sus movimientos. El mecanismo de transmisión inmediato que pone en marcha todo el engranaje es el Parlamento burgués, pero la fuerza motriz la constituyen, en primer lugar, las relaciones de clase y de partido en el país y, en último lugar, las relaciones de producción e intercambio de la economía social. A la uniformidad capitalista de la economía, por un lado, le corresponde, por otro, la uniformidad burguesa de la política gubernamental” (*ibid.*).

Dado que las diferentes funciones del gobierno son internamente inseparables, existe, según Luxemburg, una “responsabilidad solidaria de sus diferentes miembros” (*ibid.*) y es un “plan completamente utópico [...] pensar que una cartera del gobierno podría llevar a cabo una política burguesa, otra una socialista, y que el poder central podría así ser conquistado poco a poco, cartera por cartera, para la clase obrera” (*ibid.*: 60). De esta posición se desprende también la demanda de que, independientemente de todas las consideraciones tácticas, siempre debe rechazarse el presupuesto como expresión global de la tendencia básica de un Estado de clases; una opinión que Luxemburg también expresó ante los representantes del SPD en el Parlamento regional de Baden.

Rosa Luxemburg relativizó este punto de vista al menos en la medida en que quería que la participación de los socialistas en los órganos de autogobierno local recibiera un trato diferente:

Mientras que el gobierno encarna el poder centralizado del Estado, los municipios surgen del autogobierno local a expensas del poder central, como una liberación del poder central. Mientras que para el gobierno los medios específicos del dominio de la clase burguesa: el militarismo, la educación, la política comercial, la política exterior, constituyen la esencia real, los municipios están llamados específicamente a realizar tareas culturales y económicas, es decir, las mismas

que corresponden al mecanismo administrativo de la sociedad socialista, que no conoce divisiones de clase. Por lo tanto, el gobierno central y el municipio son históricamente dos polos opuestos en la sociedad contemporánea. La lucha constante entre la municipalidad y el gobierno, entre el alcalde y el prefecto en Francia, son la expresión concreta de esta oposición histórica (GW 1.2: 62).

En la autogestión de las ciudadanas y los ciudadanos, en el fortalecimiento de los municipios, vio una tendencia que apunta más allá del Estado de clases burgués.

Sin embargo, Rosa Luxemburg no extendió estas reflexiones al Estado central. No vio ninguna posibilidad de reforzar las tendencias socialistas mediante la participación en el gobierno. Dado que presupone la orientación uniforme de la economía capitalista, también asume un modo de acción uniforme de los gobiernos burgueses que actúan como capitalistas totales políticos colectivos. De una manera muy diferente a Rosa Luxemburg, Nicos Poulantzas afirma más tarde que las contradicciones entre las facciones de las clases dominantes “dentro del Estado toman la forma de contradicciones internas entre las diferentes ramas y aparatos” (Poulantzas 1978: 164). Puesto que el Estado trabaja en torno de compromisos de clase para facilitar la cohesión de una sociedad dividida por las contradicciones de clase (Poulantzas 1975: 138), también el actuar del poder ejecutivo representa un campo de luchas sociales. La contradicción interna de la economía estructurada por el capitalismo encuentra, en su opinión, su forma política de movimiento en la estructura del Estado capitalista.

Todo el pensamiento de Rosa Luxemburg, al igual que el de otros socialistas revolucionarios, tenía como objetivo constituir y desarrollar el movimiento obrero y sus partidos como fuerzas autónomas e independientes del Estado, para posibilitarles la conquista del Estado, destruirlo en su función de maquinaria estatal de la clase dominante y utilizar el recién creado poder estatal de los obreros para revolucionar el orden de la propiedad. Por lo tanto, el Estado existente sólo podía utilizarse como instrumento de la política socialista en la medida en que se fortalecía esta autonomía del movimiento obrero. En relación con el Estado, la política socialista es, por tanto, para Luxemburg, una política exclusivamente de oposición. De este modo, ésta podía llevar a cabo, al mismo tiempo, una “amplia agitación” en las elecciones y en el Parlamento e “influir positivamente en la política del gobierno” sin convertirse en un “partido con cartera en el gobierno” (GW 1.1.: 629).

Como escribió Luxemburg: “Simplemente, lejos de imposibilitar los éxitos prácticos y tangibles, así como las reformas inmediatas de

carácter progresista, la oposición fundamental es, por el contrario, para todo partido minoritario en general, pero especialmente para el socialista, el único medio eficaz de lograr éxitos prácticos” (GW 1.2: 32). La participación en el gobierno, según Rosa Luxemburg, imposibilitaría la crítica al gobierno y, por lo tanto, la instrucción de las masas; resultaría en concesiones a cualquier precio y pondría así a la izquierda en manos de la mayoría burguesa. La participación en el gobierno debilitaría el poder extraparlamentario de la izquierda, por lo que no se conseguirían más, sino muchos menos logros que desde la oposición.

Dado que todo el poder para cambiar la sociedad residía en la independencia de las fuerzas socialistas y que sólo la presión externa sobre la política gubernamental preservaba esta independencia, en opinión de Rosa Luxemburg, la participación en el gobierno sólo era concebible como una excepción absoluta (ver más adelante). Por ello, también concluye: “El mandato de Millerand, lejos de inaugurar una nueva era de reforma social en Francia, significa el cese de la lucha de la clase obrera por la reforma social antes de que haya comenzado, es decir, la asfixia de ese elemento que es el único que podría inyectar una saludable vida moderna en la osificada política social francesa” (GW 1.2: 57).

LA LUCHA POR LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA Y LA CUESTIÓN EN TORNO DE LA VIOLENCIA

El debate que la participación de Millerand en el gobierno provocó en el movimiento obrero socialista estaba ligado de forma inseparable a la cuestión de cómo debía comportarse la izquierda socialista cuando la propia democracia estaba amenazada. ¿No debería entonces entrar en un frente común de todos los demócratas, y esto incluso en forma de un gobierno republicano conjunto? ¿Debía simplemente contemplar con neutralidad las contradicciones entre los sectores de las clases dirigentes inclinadas hacia la dictadura (militar) y aquéllos que defendían a la república parlamentaria y reivindicaban la república social como tercera fuerza, o debía tomar partido y, si fuera necesario, dejar de lado por el momento sus objetivos a largo plazo para defender la república? Rosa Luxemburg vio esto como una falsa alternativa. También en este caso para ella era importante desarrollar la capacidad de “combinar orgánicamente el *objetivo último* socialista con la política práctica cotidiana” (GW 1.1: 654). Y esto también se aplicaba en el caso de una amenaza a la democracia burguesa.

Luxemburg asumía que la sociedad capitalista se caracterizaba por una constante descomposición en diferentes grupos de interés y

que esta descomposición implicaba también a las instituciones de la democracia burguesa. Si bien para ella era cierto que ya no existían los fundamentos anteriores para una contrarrevolución monárquica, ya que todas las clases, excepto el proletariado, se beneficiaban del desarrollo burgués (GW 1.2: 16). Sin embargo, cada uno de los grupos privilegiados, en su opinión, sólo tenía un interés propio de estrechas miras y ya no podía defender el conjunto de la república. Una sociedad tan fragmentada se enfrentaba ahora a una “contradicción fundamental” que había surgido con la expansión colonial de Francia. Era la contradicción “entre una república basada en el gobierno del Parlamento burgués y un gran ejército permanente hecho a la medida para la política colonial y mundial” (GW 1.2: 19). Este ejército escapaba al control de las instituciones democráticas y las ponía en peligro. Es precisamente esta contradicción entre el Estado-nación burgués y el imperialismo chauvinista la que Hannah Arendt identifica más tarde, también con referencia a Rosa Luxemburg, como una de las causas del nacionalsocialismo y de su dominación total.

Rosa Luxemburg resumió así su análisis del peligro autoinfligido que corría una democracia burguesa:

El desarrollo social en Francia ha impulsado la cultura de la política de intereses de la burguesía hasta tal punto que ha provocado su desintegración en grupos particulares que, sin sentido de la responsabilidad por el conjunto, han transformado el gobierno y el Parlamento en un juguete de su propio interés; este mismo desarrollo ha producido, por otra parte, la independencia del ejército, que ha pasado de ser un instrumento al servicio del Estado a un grupo con intereses propios que está dispuesto a defender sus privilegios independientemente de la república, a pesar de la república y contra la república (GW 1.2: 19).

En tal situación, surge una paradoja para Luxemburg. Incapaz hasta ahora de superar la república burguesa a través de la revolución socialista, el movimiento socialista tenía ahora que defenderla contra todas las fuerzas que la amenazaban: “Era necesario salvar a la república, a la democracia, al Estado actual para que no se hundieran en la barbarie, para configurarlo como un ente público socialista” (GW 1.1: 654). El Estado burgués debía ser “preservado de una descomposición prematura [...], debía seguir siendo viable y capaz de desarrollarse” (*ibid.*) para que una posterior revolución socialista fuera posible.

Pero esto justamente no significaba defender simplemente el *statu quo*, que era en sí mismo la causa del peligro autoinfligido de la

república burguesa. Más bien, el ejército permanente debía ser sustituido por un ejército de milicias para acabar con la independización de las fuerzas armadas e imponer la “autonomía del poder civil republicano” (GW 1.2: 20). Aquéllos que habían trabajado para dar un golpe de Estado contra la república debían rendir cuentas ante la justicia. Había que completar la separación de la Iglesia y el Estado y la práctica de la fe debía transformarse en un asunto puramente privado para quitarle el fundamento al poder antirrepublicano del clero católico. Y, por supuesto, había que poner fin inmediatamente a la política imperialista. Era necesario demostrar “que la Francia burguesa posee todavía la fuerza necesaria para excretar y neutralizar por sí misma los elementos de descomposición que produce” (GW 1.2: 21). La lucha contra el golpe de Estado debía haber servido para la democratización integral de la república. En consecuencia, Rosa Luxemburg critica el hecho de que el gobierno en “defensa de la república”, al que Millerand se había unido, ni siquiera hubiera perseguido una sola de estas tareas:

Si el peligro monárquico era pequeño, como hemos tratado de demostrar, entonces la ostentativa operación de rescate del Gobierno, que terminó en un fiasco, es una ridiculez. Si, por el contrario, este peligro era grande y grave, entonces la acción simulada del gabinete es una traición a la república y a los partidos que confían en él (GW 1.2: 26).

A los ojos de Rosa Luxemburg, la defensa de la democracia parlamentaria, el compromiso con el Estado de derecho, las reformas sociales, la subordinación del ejército a las instituciones democráticas, la separación de la Iglesia y el Estado, la eliminación del militarismo y el imperialismo, así como todas las reivindicaciones democráticas y sociales radicales eran parte inseparable de una política socialista frente al Estado burgués; es decir, siempre que esta política no se redujera a ello, sino que al mismo tiempo persiguiera efectivamente el objetivo de fortalecer el poder autónomo del movimiento obrero. La democratización y las reformas sociales eran para ella un campo de batalla adecuado para un movimiento dirigido a la emancipación y, como tal, preferible a cualquier retorno a la dictadura y una explotación acentuada. Ella vio el punto de partida de una revolución socialista no en la miseria del proletariado, sino en la educación, organización y autoformación soberana de los obreros. En la lucha por la democratización de la democracia burguesa y la mejora de la situación de los obreros, reconoció las condiciones más favorables para ello, pero sólo si los obreros conseguían los éxitos por sí mismos y de paso tomaban conciencia de que

sólo recibían los frutos del proceso en su totalidad si finalmente tomaban el poder en sus manos. Igual que Kautsky, suponía:

que la toma del poder de Estado por parte de la clase obrera sólo podría ser el resultado de un período más o menos largo de lucha de clases diaria y regular, en el que los esfuerzos por la democratización progresiva del Estado y el parlamentarismo constituyen un medio extremadamente eficaz para la elevación espiritual y material de la clase obrera (GW 1.2: 246-247).

Rosa Luxemburg asumió que en una situación en la que las clases dominantes veían amenazada su supremacía, recurrirían a la violencia, suspendiendo voluntariamente los fundamentos constitucionales del poder de Estado burgués. Como en el caso de Friedrich Engels y muchos otros marxistas de la época, para ella la violencia no era el medio ofensivo elegido por voluntad propia de la política socialista, sino un medio de defensa que debía manejarse con mucho cuidado. Sólo era imperativa cuando las propias clases dominantes recurrían a la violencia extralegal. El desarrollo previo del movimiento obrero debía haber creado condiciones tan favorables también para una “revolución violenta” de modo que “toda la situación política y el equilibrio de fuerzas garantizaran más o menos la probabilidad de éxito” (GW 1.2: 247). El parlamentarismo, sin embargo, no podía ser el único medio de lucha de clases: “Por el contrario, la violencia es y sigue siendo la *ultima ratio* incluso de la clase obrera, la ley suprema de la lucha de clases, actuando ora en estado latente, ora en estado activo” (*ibid.*). Para Luxemburg, la época de las revoluciones violentas en la historia no había terminado. Sostuvo que la capacidad de utilizar la violencia era el verdadero secreto de todo poder: “Y si revolucionamos el intelecto a través de la actividad parlamentaria y cualquier otra actividad, eso se hace para que finalmente, en una emergencia, la revolución descienda del intelecto a los puños” (*ibid.*). Porque “todo el Estado capitalista se basa en la violencia” (*ibid.*: 241). Una “transición pacífica” hacia el socialismo era para ella una ilusión en vista de la esparada resistencia de la burguesía.

UN RESUMEN

La posición de Rosa Luxemburg en la discusión desencadenada por la entrada de Millerand en el gobierno francés en 1899 sólo puede entenderse si se considera el problema real que la preocupaba: es el “problema de la unificación orgánica del trabajo práctico presente con el ideal

del futuro, del movimiento con el *objetivo último socialista*" (GW 1.1: 659). La relación entre ambos tenía que ser "equilibrada" (*ibid.*) una y otra vez. "La solución *definitiva* de la relación entre el objetivo último y el movimiento, entre el futuro socialista y el presente burgués", dice Rosa Luxemburg, "sólo se logrará cuando el objetivo último coincida completamente con el movimiento, es decir, cuando el futuro socialista se convierta en el presente. Pero entonces la lucha de clases y el desarrollo socialdemócrata también habrán llegado a su fin" (*ibid.*: 659-ss.). Ella apuesta a una "*realpolitik revolucionaria*" que es real desde el "punto de vista de la *tendencia histórica del desarrollo*" y eleva "el trabajo político arduo de la vida cotidiana al instrumento ejecutivo de la gran idea" (GW 1.2: 373).

Al situar esta tensión entre el movimiento socialista real y el objetivo último proclamado en el centro de sus análisis sobre la participación de los socialistas en el gobierno, Rosa Luxemburg tenía un criterio muy estricto que le permitía obtener una visión sobria de los límites existentes de una política reformista de izquierda. Al hacerlo, empujó las contradicciones internas del marxismo ortodoxo de la Segunda Internacional, particularmente su concepción del Estado, hacia un punto en el que toda la construcción misma saltó por los aires. En términos de historia real, esto ocurrió a más tardar el 1 de agosto de 1914 con el inicio de la Primera Guerra Mundial. El socialismo revolucionario y el reformismo tomaron caminos distintos a partir de entonces. Sin embargo, la propia Rosa Luxemburg sacó la siguiente conclusión en el debate sobre la participación de Millerand en el gobierno: "Así, después de su primer gran viaje de prueba en las aguas de la política práctica, el barco del socialismo sin dogmas regresa a puerto con los mástiles rotos, el timón destrozado y con cadáveres a bordo" (GW 1.2: 179).



Durante el congreso del SPD en Jena, septiembre de 1905.

CAPÍTULO 6

La era eléctrica de lo repentino: la Revolución Rusa de 1905 como punto de inflexión

Llamo espléndido a un tiempo que plantea un montón de problemas y, además, problemas formidables, que fustiga el pensamiento, estimula “la crítica, la ironía y el sentido profundo”, que azuza las pasiones y, sobre todo, que es un tiempo fértil, preñado, que da a luz cada hora y sale aún más “preñado” de cada parto, dando a luz, no a ratones muertos o a mosquitos reventados, como en Berlín, sino a puras cosas gigantes [...] ¡la revolución es genial, todo lo demás son tonterías! (GB 2: 259)

HUELGA GENERAL, DEBATE SOBRE LA ORGANIZACIÓN Y EL LIDERAZGO POLÍTICO: ENFOQUES DE UN NUEVO CONCEPTO

En un homenaje a Ferdinand Lasalle, Rosa Luxemburg subrayó: “En todos los tiempos ha habido personas –y las hay hoy– que creen en la posibilidad y la oportunidad de una revolución sólo cuando ésta ya ha sucedido; personas que leen el pensamiento de la historia del mundo no de frente, por así decirlo, sino de espaldas”. (GW 1.2: 419) En cualquier caso, Luxemburg sí miró a la historia de frente. A mediados de 1904 estaba firmemente convencida de que Rusia estaba en vísperas de una revolución (GW 1.2: 440).¹⁸ Todos los signos, al igual que en Europa Occidental, apuntaban a un cambio dramático. Pero el SPD no estaba preparado para ello, opinaba Luxemburg. Ya antes de la Revolución Rusa de 1905, Rosa Luxemburg había reconocido que la antigua estrategia bajo la dirección de Bebel y su propia participación en ella habían llevado a un callejón sin salida. Sus dudas sobre el carácter ejemplar de la estrategia del SPD aumentaron cada vez más tras el cambio de siglo. Empezó a valorar mucho a Lasalle y a ponerlo de nuevo al lado de Marx. Subrayó que, además del análisis de las leyes históricas, era

¹⁸ La especial estima de Luxemburg por Lassalle se expresó en una carta a Kostja Zetkin de la siguiente manera: “que Ferdinand [Lassalle] te haya encantado me agrada mucho; yo también me entusiasmo con él y no permito que nadie ni nada me quite este sentimiento. Sigue inspirándome para el trabajo y la ciencia, que en él tiene un carácter de lo más vivo e ingenioso. Marx es, en efecto, más poderoso y profundo, pero de ninguna manera tan llamativo y colorido como Lasalle” (GB 2: 308).

necesaria la decisión individual, el “acto audaz” (GW 1.2: 155), aunque en parte se apoyara en posiciones equivocadas.

Las figuras políticas rectoras de Luxemburg siempre fueron, al mismo tiempo, Karl Marx y Ferdinand Lassalle: uno, sobre todo, como fundador de una ideología científica de la clase obrera y el otro, que intervino inmediatamente en la política, como fundador decidido del primer partido independiente de esta clase en Alemania. Acerca de ellos —su-
brayando los dos polos de una filosofía política de la práctica histórica— escribió:

Y si Marx había cerrado el paso a las maquinaciones revolucionarias de viejo cuño con las palabras: “los hombres hacen su historia por sí mismos, pero no la hacen por su propia voluntad”, Lassalle, con énfasis invertido, pero con igual justificación, puso el acento en la iniciativa inspiradora, en la energía y la determinación revolucionarias, predicando a los obreros alemanes con palabras apasionadas: ¡los hombres no hacen su historia por su propia voluntad, pero sí la hacen por sí mismos! (GW 3: 182-183).

Cómo “hacer” la historia se convirtió en algo cada vez más central en la propia búsqueda estratégica de Luxemburg después de 1900. Se dio cuenta de que “vivimos en la era eléctrica de lo repentino; la sorpresa relámpago pertenece a las herramientas de la última moda” (GW 6: 286). Las formas anteriores en las que se había apoyado la socialdemocracia alemana le parecían demasiado limitadas: las campañas electorales, las disputas sindicales y la agitación política conducían, en su opinión, a que el movimiento obrero se instalara cada vez más en la sociedad imperial alemana. Cuando las tropas alemanas intervinieron en China en 1900 en el marco de una alianza imperialista, Luxemburg criticó duramente la inacción del SPD, señalando que “las personas no familiarizadas con la situación podían tener la falsa impresión” de que “éramos un partido predominantemente parlamentario” (GW 1.1: 800). La confrontación seria, de la que debía surgir la experiencia revolucionaria, no llegó a materializarse. La izquierda del SPD insistió cada vez más en la huelga de masas como medio esencial para alcanzar los objetivos democráticos centrales. Hasta entonces, se había analizado principalmente como el último recurso en caso de una ofensiva antidemocrática por parte de los círculos dominantes (véase Parvus 1896). Ahora, sin embargo, se trataba de pasar a la propia ofensiva y salir del estancamiento. En este contexto, Luxemburg remitió a la experiencia belga y la analizó críticamente.

En 1902, los socialistas belgas habían intentado imponer un derecho electoral democrático con la ayuda de una huelga general política,

pero la cancelaron después de una semana y prácticamente sin haber logrado resultados notables. Rosa Luxemburg veía la razón principal en el hecho de que los socialistas habían cedido el liderazgo político a los liberales (GW 1.2: 218). Sin embargo, al mismo tiempo, aprendió una lección respecto al empleo de la huelga general. La idea prevaleciente en la socialdemocracia alemana de que para que ésta ocurriera toda la clase obrera tenía que estar ampliamente organizada de antemano y convencida de superar el capitalismo, no se aplicaba según la argumentación de Luxemburg, “a las huelgas generales políticas locales y ocasionales, ya que en estos casos sólo son necesarias como condiciones previas una consigna política popular y unas circunstancias materialmente favorables” (GW 1.2: 236). La huelga general no se oponía al trabajo parlamentario, escribió, sino que era una “herramienta” más junto a éste y a la agitación política. Esto incluía también la disposición a utilizar la violencia fuera del marco legal (GW 1.2: 241). Cualquier otra cosa equivaldría a rechazar la revolución, según Luxemburg. Llegó a la conclusión de que la renuncia al recurso de la huelga política en Alemania, en comparación con Bélgica o Francia, era una manifestación del “retraso semiasiático” del SPD “en términos políticos” (GW 1.2: 238). Se trataba de posiciones que cuestionaban el consenso básico del SPD, para el que se había convertido en algo natural no recurrir a medios ilegales por iniciativa propia, y mucho menos a la violencia (incluso en forma de huelgas políticas ilegales). Rosa Luxemburg, por su parte, subrayó que la violencia era indispensable “tanto en momentos determinados de la lucha de clases como para la conquista final del poder del Estado” (GW 1.2: 247).

Desde la perspectiva socialdemócrata de la política, Rosa Luxemburg se aventuró en un terreno minado con su defensa de la huelga política de masas. La reivindicación de las huelgas políticas de masas y generales se consideraba en la socialdemocracia como la expresión de una aberración que había que combatir con todas sus fuerzas: el anarquismo. A principios de los años setenta del siglo XIX, Karl Marx se había enemistado sin remedio con un socialista ruso que había estado en las barricadas de la revolución de 1848 en Dresde: Mijaíl Bakunin. Marx creía que la liberación de los obreros de la explotación y la opresión era el resultado de leyes históricas que tenían sus causas últimas en la economía. La voluntad de cambio por sí sola no era suficiente. Si se quería llevar a cabo una política revolucionaria, era necesario reconocer estas leyes y actuar de acuerdo con ellas, es decir, acelerar de forma duradera el progreso hacia una sociedad sin explotación ni opresión. Bakunin, en cambio, era un socialista que argumentaba con la moral y la ética, y que situaba al individuo y su liberación en el centro.

Bakunin vio momentos esenciales de la política revolucionaria en la voluntad de acción, alimentada por la conciencia de las injusticias estridentes producidas por el capitalismo, y en la proclamación agitadora. Los anarquistas querían utilizar la huelga no sólo como arma en las luchas económicas entre el trabajo y el capital, como lo hacían los sindicatos de inspiración socialdemócrata, sino, sobre todo, en la lucha política. Con una huelga general, algunos esperaban incluso derrumbar todo el sistema.

Con Marx y Bakunin, y aún más con sus discípulos, que a menudo no eran más que epígonos, se enfrentaron de manera irreconciliable un socialismo científico y un socialismo libertario, también llamado anarquismo. Si bien había, dejando de lado las pasiones, una serie de importantes puntos en común entre los dos bandos, éstos fueron deliberadamente relegados a un segundo plano. En lugar de ello, los dos viejos añadieron su enemistad personal a sus indudables diferencias, dejando a la izquierda con un cisma que todavía existe en la actualidad.

Las dos corrientes no diferían en absoluto en cuanto a los objetivos, al menos en principio; las verdaderas diferencias radicaban en la cuestión del camino a seguir. Aquí, por primera vez, estalló una disputa que iba a fragmentar a la izquierda en grupos y grupúsculos cada vez más pequeños y sectarios en el siglo XX. “Todo el mundo tiene tanta razón”, se burlaba Kurt Tucholsky. Cada uno de estos grupos era el único que conocía el camino correcto para salir del valle de lágrimas del capitalismo y combatía a todos los demás “infieles” según el siguiente patrón: cuanto más se acerquen tus puntos de vista a los míos, más peligrosos son, por lo que los portadores de las ideas debían combatir-se con tanta más eficacia. La izquierda europea pasó parte del siglo XX en esta infantilidad. El capitalismo se desarrolló magníficamente durante todo este tiempo y engendró las más devastadoras crisis y guerras; el desbocado capitalismo de mercado financiero de los últimos tiempos, con todo su sinsentido y su misantropía, es sólo una consecuencia lógica de este desarrollo.

En relación con las huelgas generales en Bélgica, Rosa Luxemburg, también hizo la trascendental observación de que era errónea la idea de que toda acción de masas *presuponía* que se necesitara una fuerza organizativa muy desarrollada y la correspondiente conciencia de lucha para tener éxito. En el SPD, dijo, prevalecía la idea de que sólo había que impulsar cada vez más el grado de organización de las obreras y los obreros para, en algún momento, tener una capacidad de acción tan avasallante que se podría tomar el poder—fuera cual fuera el detonador—. El partido actuaba, según Luxemburg, como un comandante que evitaba todas las batallas:

Así, en lugar de girar en un círculo cerrado entre la instrucción socialista necesaria como condición previa y el pretendido resultado socialista instructivo [...], la huelga general política ocasional sólo enlaza con momentos de la vida política cotidiana de un profundo y apasionante significado, y a su vez sirve al mismo tiempo como instrumento eficaz de agitación socialista (GW 1.2: 236-237).

En el centro de la orientación estratégica de Luxemburg se ubicaba cada vez más la acción de masas ofensiva directa, en la que al mismo tiempo se cambian las circunstancias y los propios actores se transforman. La “formación de combate” sobre la que había escrito Engels ya no debía aumentar de forma silenciosa y, en gran medida, pasiva a través de las elecciones, sino producirse en su propia acción. Esto significaba también una relación entre la clase obrera y la dirección que contradecía décadas de práctica del SPD, aunque en aquel momento Luxemburg todavía no dirigía este conflicto directamente contra el comité ejecutivo del partido. Para ella, la dominación sobre las masas era la forma clásica de la política burguesa y esto debía invertirse:

El único papel de los llamados “líderes” en la socialdemocracia consiste en educar a las masas sobre sus tareas históricas. El prestigio, la influencia de los “dirigentes” en la socialdemocracia crece sólo en proporción a la dimensión instructiva que logran realizar en este sentido, es decir, precisamente en proporción a cómo se *desprendan* de su liderazgo, y transformen la masa en dirigente y a ellos mismos en ejecutores, en instrumentos de la acción consciente de masas (GW 1.2: 396).

Para ello, sin embargo, no debían ser la cáscara burocrática de una organización osificada, sino parte integral y alma de los movimientos sociales reales, definiéndose siempre de nuevo a partir de ellos y utilizando para ello sus recursos intelectuales y organizativos específicos. De acuerdo con Luxemburg, sería desastroso renunciar a cualquier ofensiva por miedo a la reacción probablemente brutal del enemigo en caso de una victoria de la socialdemocracia (GW 6: 392-394). Esto para ella significaba apostar a la defensiva para siempre.

La cuestión del liderazgo y de las “masas” también se tocó cuando surgió una disputa en el partido socialdemócrata ruso, el SDAPR, sobre los estatutos del partido en el Segundo Congreso del Partido celebrado en Bruselas y Londres del 30 de julio al 23 de agosto de 1903. En 1904, Lenin expuso sus posiciones sobre esta disputa en su documento *Un paso adelante, dos pasos atrás*. Explicó por qué la posición adoptada por

la mayoría de los delegados era la única posible para impulsar la “creación de un *verdadero* partido” (Lenin 1904b: 205) bajo las condiciones concretas de la Rusia absolutista. La cuestión principal era la vinculación de la afiliación al trabajo activo del partido y los derechos de los órganos directivos del partido, que sólo en el extranjero podían trabajar con amplia libertad. Como escribió Lenin:

Pero en la medida en que se forme un verdadero partido en nuestro país, el obrero con conciencia de clase debe aprender a distinguir la mentalidad de un soldado del ejército proletario de la mentalidad de un intelectual burgués que hace alarde de frases anarquistas; debe aprender a exigir el cumplimiento de los deberes de un miembro del partido no sólo a los miembros de base, sino también a la gente que lidera; debe aprender a enfrentarse a la política imitadora en cuestiones organizativas con el mismo desprecio con el que se enfrentó a la política imitadora en cuestiones tácticas en años pasados (Lenin 1904b: 399).

Karl Kautsky comentó las disputas en la socialdemocracia rusa en mayo de 1904 en el periódico *Iskra*, con estas palabras: “Si hubiera tenido que elegir entre Mártov y Lenin en su congreso del partido, me habría pronunciado decididamente a favor de Mártov sobre la base de toda la experiencia de nuestra actividad en Alemania” (citado en Laschitzka 1996: 197). Los mencheviques se dirigieron ahora a Luxemburg, entre otros, para “azuzar a figuras reconocidas contra él [contra Lenin]” (*ibid.*). Luxemburg inmediatamente después escribió su artículo “Cuestiones organizativas de la socialdemocracia rusa”, que apareció en *Iskra* y en el periódico semanal *Neue Zeit*. El *Vorwärts* todavía había rechazado la petición de los socialdemócratas rusos de publicar su posición en el periódico más importante del partido del SPD, diciendo que no se le podía dar mucho espacio porque el movimiento ruso era “todavía demasiado joven y puede aportar muy poco al maduro movimiento alemán” (*ibid.*: 196). Luxemburg lo juzgó de manera muy diferente:

Es una de las venerables verdades establecidas que el movimiento socialdemócrata de los países atrasados debe aprender del movimiento más antiguo de los países más avanzados. Nos atrevemos a añadir lo contrario a esta frase: Los partidos socialdemócratas más antiguos y en proceso de avanzar pueden y deben aprender igualmente de un conocimiento más cercano de sus partidos hermanos más jóvenes. Así como para el economista marxista [...] todas las fases económicas que preceden al orden económico capitalista no son

simplemente formas de ‘subdesarrollo’ en relación con desarrollo último —el capitalismo—, sino tipos de economía históricamente iguales, así también para los políticos marxistas los movimientos socialistas de diversas fases de desarrollo son determinados sujetos históricos por derecho propio. Y cuanto más conozcamos los mismos rasgos básicos de la socialdemocracia en toda la diversidad de sus distintos entornos, cuanto más tomemos conciencia de lo esencial, de lo fundamental, de lo principal del movimiento socialdemócrata, más retrocederá la estrechez de miras provocada por todo localismo (GW 1.2: 422).

En su artículo, Rosa Luxemburg subrayó el carácter especial de Rusia. A causa del absolutismo zarista, el proletariado debía llegar “directamente de la atomización política, que es la base del régimen absoluto, a la forma más elevada de organización: como clase que lucha decididamente” (GW 1.2: 424). Para ello debía construir “desde la nada” (*ibid.*). Por supuesto, para Luxemburg, la socialdemocracia siempre se había caracterizada por un cierto centralismo, pero para ella Lenin era el representante de un “centralismo despiadado” (GW 1.2: 425). Éste se basaba en dos principios: “en la subordinación ciega de todas las organizaciones del partido, y con su actividad hasta el más mínimo detalle, a un poder central que piensa, crea y decide en solitario por todos, y en la delimitación tajante del núcleo organizado del partido del medio revolucionario que lo rodea”. (GW 1.2: 429). Luxemburg contrastó este “ultracentralismo” con el “autocentrismo” del liderazgo del proletariado, su dominio mayoritario dentro de su propia organización partidaria” (*ibid.*). El autoempoderamiento de la clase obrera tenía que encontrar una expresión adecuada en el partido. La base de esta posición era la siguiente convicción: “En realidad, sin embargo, la socialdemocracia no está *relacionada* con la organización de la clase obrera, sino que es el *movimiento propio* de la clase obrera” (*ibid.*). Mientras que Lenin se refería de manera positiva a la tradición de los jacobinos, que en el curso de su propio ejercicio del poder restringieron cada vez más la autoorganización del pueblo parisino, empezando por las mujeres, Luxemburg escribió: “El movimiento socialdemócrata es el primero en la historia de las sociedades de clase que en todos sus momentos, en todo su curso, apuesta a la organización y la acción directa independiente de las masas” (GW 1.2: 427).

La advertencia de Rosa Luxemburg contra la “falta de voluntad y la irreflexión de una masa de carne amorfa con muchas piernas y muchos brazos” y la “obediencia ciega” (GW 1.2: 430) podríamos leerla como una sombría anticipación de la transformación de las organizaciones

socialdemócratas vivas en los partidos del llamado “Burgfrieden”^{*} durante la Primera Guerra Mundial o en partidos comunistas estalinizados. Pero también se puede ver en esto un error de apreciación de las condiciones particulares de Rusia. Después de todo, los bolcheviques fueron capaces de desarrollar un poder especial en las dos revoluciones de 1905 y 1917.¹⁹ En cualquier caso, Luxemburg puso el énfasis en “la acción directa independiente” de las masas populares, mientras que Lenin, como muchos otros dirigentes de partidos socialdemócratas, se centró sobre todo en el carácter instrumental de esta acción para poner en práctica objetivos establecidos.

También en el SPD, Luxemburg mantuvo el enfrentamiento con las tendencias que llevaron a suprimir la independencia de obreras y obreros. En el período previo a la Primera Guerra Mundial, sus críticas a la burocratización y oligarquización de la socialdemocracia alemana se hicieron cada vez más agudas. Constató “excesivas pretensiones por el poder por parte de las autoridades centrales del movimiento obrero” (GW 3:40) y tuvo que aceptar, a más tardar en 1914, que no se trataba de pretensiones sino de un poder real, que condenó a las obreras y los obreros a una impotencia generalizada durante casi cuatro años de guerra.

La sensibilidad de Luxemburg referente a los peligros de una organización centralista le hizo subestimar que Lenin asociaba la centralización con la lucha contra las corrientes que, según él, estaban dispuestas a subordinarse a la burguesía liberal. A diferencia de ella, para él la “pureza” siempre fue más importante que la unidad. Prefería quedarse con unos pocos, pero que siguieran su posición, que luchar por las mayorías en una gran organización, como hacía ella. Lenin esperaba, en última instancia, ganar a las masas instrumentando una organización de cuadros disciplinada y capaz de luchar. Luxemburg, en cambio, buscó en primer lugar el acceso directo a las masas a través de la propaganda y la agitación, y para ello aceptó lo que consideraba una política equivocada del liderazgo de los partidos.

En esta polémica con Lenin, Luxemburg desarrolló una idea permanente que debe pertenecer también al manual de todos los

* N.d.T.: La política del “Burgfrieden” significó una tregua política entre los partidos políticos de Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Los sindicatos se abstuvieron de hacer huelgas, el Partido Socialdemócrata votó a favor de los créditos en el Reichstag y los partidos criticaron al gobierno y su guerra.

¹⁹ Para Lenin, así lo afirmaba, toda la disputa era sólo sobre “si el Comité Central y el Órgano Central debían representar o no la dirección de la mayoría del Congreso del Partido” (Lenin 1904a: 482).

movimientos y partidos sociales de izquierda contemporáneos, y que ha sido adjudicado a su “espontaneísmo”. Luxemburg escribió sobre la socialdemocracia:

Sus giros tácticos más importantes y fructíferos de la última década no fueron ‘inventados’ por algunos dirigentes del movimiento, y mucho menos por los dirigentes de las organizaciones, sino que en todos los casos fueron el producto espontáneo del propio movimiento desatado. [...] En cuanto a sus rasgos principales la táctica de lucha de la socialdemocracia no se ‘inventa’ en absoluto, sino que es el resultado de una serie continua de grandes actos creativos de la lucha experimental y a menudo elemental de clases (GW 1.2: 431-432).

Con estos conocimientos, con estas comprensiones, Rosa Luxemburg abordó la Revolución Rusa, profundamente insatisfecha con el proceso en Alemania y esperanzada respecto a lo que estaba por venir en la Rusia zarista. Como escribió en una carta en diciembre de 1904 a la socialista holandesa Henriette Roland Holst:

Perseguir las diferentes idiolectos oportunistas y repetir la crítica que otros ya han hecho no es un trabajo que me satisfaga; más bien, estoy tan harta de este oficio que prefiero guardar silencio en esos casos. También admiro la seguridad con la que algunos de nuestros amigos radicales siempre consideran que sólo es necesario conducir a la oveja descarriada, el partido, de vuelta al establo seguro de la *firmeza de los principios*, sin darse cuenta que de esta manera puramente negativa no estamos dando ningún paso adelante. Y para un movimiento revolucionario no avanzar significa... retroceder. El único medio de luchar radicalmente contra el oportunismo es avanzar uno mismo, *desarrollar* la táctica, *potenciar* el lado revolucionario del movimiento. El oportunismo es, en general, una planta de pantano que se desarrolla rápida y exuberantemente en el agua estancada del movimiento; en una corriente enérgica y fuerte se marchita de inmediato (GB 6: 102).

Al final de esta importante carta, Luxemburg cita los versos del poema de Conrad Ferdinand Meyer “Los últimos días de Hutten”²⁰: “Lamento –y lo confieso compungido– / Que no siempre Hutten he sido”

²⁰ Ulrich von Hutten (1488-1523) fue un humanista alemán, caballero y partidario de la Reforma protestante que en sus últimos años luchó con las armas contra la Iglesia papal y sus seguidores.

y añade: “Este verso, ¿no parece escrito como a golpes de martillo?” (*ibid.*: 103) A menudo citó el poema en ocasiones posteriores en momentos en los que necesitaba una autoafirmación.

LA PRIMERA REVOLUCIÓN RUSA – UNA LECCIÓN DE LA HISTORIA

Pocas semanas después de que Luxemburg escribiera estas líneas, estalló la primera Revolución Rusa, que se extendió a todo el Imperio zarista ruso y también a la Polonia ocupada por Rusia. Esta revolución se convirtió en el punto de inflexión más importante para la vida y la obra posterior de Rosa Luxemburg. Como escribe Donald E. Shepardson: “Luxemburg regresó a Berlín el 13 de septiembre de 1906, era una persona diferente de la que había dejado Berlín un año antes. Su encuentro con revolucionarios activos y sus experiencias en Varsovia habían aumentado su sensación de aislamiento en el SPD” (Shepardson 1996: 53) Esta revolución la convenció de que los tiempos tranquilos habían terminado. Para ella, en 1905 comenzó una nueva época: “Con la Revolución Rusa, termina el período de casi 60 años de gobierno tranquilo y parlamentario de la burguesía. Con la Revolución Rusa ya estamos entrando en el periodo de transición de la sociedad capitalista a la socialista” (GW 2: 9). Incluso ya no descartaba la toma temporal del poder político por parte del movimiento obrero socialista. Como ella afirmó: “Los grandes acontecimientos revolucionarios tienen la peculiaridad de que, por mucho que hayan sido previstos y esperados en su conjunto, siempre se presentan ante nosotros, cuando se dan, en su complejidad, en su forma concreta, como una esfinge, un problema que quiere ser captado, calado, aprendido en todas sus facetas”. (GW 1.2: 478) Así, la Revolución Rusa se convirtió para ella en un objeto de aprendizaje de la intervención y de la ciencia intervencionista. Una y otra vez estudió la revolución inglesa y la francesa de los siglos XVII y XVIII, y después de leer la *Historia de la Revolución Francesa* de F.A. Mignet, escribió: “esta causa me cautivó profundamente, me avasalló esta grandiosa y divina locura de masas. La historia de las revoluciones es, después de todo, lo más interesante que hay en la ciencia” (GB 2: 343, véase también GB 3: 50).

Con la ya iniciada lucha por el reconocimiento de la huelga política de masas como medio legítimo de lucha del movimiento obrero se quería superar, por fin, el estancamiento de la socialdemocracia alemana —el cual se convertía cada vez más en un repliegue ante el imperalismo, el colonialismo y el autoritarismo reaccionario— y pasar a la ofensiva. Si Engels y los viejos dirigentes de la socialdemocracia alemana habían medido el éxito, sobre todo, por la construcción de organizacio-

nes obreras y los éxitos electorales y querían mantener a la “formación de combate” callada en el “interín”, Luxemburg pudo ver cómo –por cierto, ya en 1848– los éxitos de organización, la expansión de la conciencia revolucionaria y los éxitos prácticos se producen en una revolución en muy poco tiempo. Ella subrayó: “Querer medir la madurez política y la energía revolucionaria latente de la clase obrera con las estadísticas electorales o las cifras de los sindicatos y de las asociaciones electorales es acercarse al Mont Blanc con la cinta [métrica] del sastre” (GW 1.2: 488). Luxemburg sacó una conclusión de la Revolución Rusa que estaba en total contradicción con el sentido de superioridad de la socialdemocracia alemana: el movimiento obrero ruso se convierte en un modelo porque Rusia “ha tardado tan imperdonablemente con su revolución burguesa” (GW 2: 150). Según ella, podía revelarse como la “vanguardia” del movimiento obrero internacional (GW 2: 232). El atraso podía transformarse en una ventaja. Según Ernest Mandel, las experiencias adquiridas le permitieron “reunir los elementos dispersos en una crítica sistemática de las ‘viejas tácticas probadas’ de la socialdemocracia occidental” (Mandel 1986: 51).

En esta revolución, desencadenada directamente por la guerra intrainperialista entre Rusia y Japón, se revelaron con toda su fuerza las profundas tensiones en el mundo a principios del siglo XX. Se hizo evidente la intersección de imperialismo, guerra, consolidación parcial del capitalismo en sus centros, colonización de la periferia, vinculación de la cuestión nacional y social, movimiento obrero y revueltas campesinas, reacción y antisemitismo. Con el telón de fondo de esta revolución, Rosa Luxemburg se dio cuenta de la insuficiencia de una mera defensa de la teoría y la práctica de la Segunda Internacional ante al acomodo oportunista frente las relaciones de fuerza existentes, por un lado, y a una política de cooptación de los movimientos sociales, por otro. Sobre todo, vio en las huelgas de masas una forma de acción que era igualmente capaz de escapar a ambas tendencias. Continuó su búsqueda independiente por una teoría y una práctica que pudieran intervenir en estas contradicciones de forma emancipadora y a la vez revolucionaria. Y este legado sigue irresuelto. La Revolución Rusa fue tan significativa para Rosa Luxemburg porque en ella surgieron nuevas formas de práctica: “La socialdemocracia de Rusia es la primera a la que se le ha encomendado la difícil pero honrosa tarea de aplicar los fundamentos de la doctrina de Marx no en el período de un curso adecuado, tranquilo y parlamentario de la vida del Estado, sino en un período tormentoso y revolucionario” (GW 2: 210).

Los acontecimientos en el Imperio zarista le mostraron una vez más a Luxemburg que, al contrario de lo que a veces se imaginaba en el

SPD, una “revolución real” nunca puede ser “un producto artificial con una dirección y agitación planificada conscientemente” (GW 1.2: 510), aunque el análisis marxista había anticipado el advenimiento de una revolución de este tipo dos o tres décadas antes. El reto para la socialdemocracia, argumentaba Luxemburg, surgiría en el propio proceso:

Conquistar la posición de liderazgo en *el curso de la revolución*, explotar hábilmente las primeras victorias y derrotas del levantamiento elemental para apoderarse de la corriente mientras que se nada en ella, ésta es la tarea de la socialdemocracia en las épocas revolucionarias. Dominar y dirigir no el *principio* sino el *fin*, el resultado del estallido revolucionario, éste es el único objetivo que un partido político puede razonablemente plantearse (GW 1.2: 500).

No centró sus análisis en los soviets recién formados, sino en las formas de la lucha de masas, especialmente en las huelgas de masas. Esta forma de lucha no había desempeñado un papel central en revoluciones anteriores, según ella: “Ninguna revolución anterior en los tiempos modernos ha tenido a su disposición un arma tan mortífera. [...] Ahora, por primera vez en el Estado ruso, la huelga general se ha convertido en la batalla inicial de esa revolución en la que, por primera vez en la historia, el proletariado entra en la lucha como clase independiente y consciente de sus propios intereses” (AR: 68). Todo esto había surgido de un impulso elemental y del proceso de aprendizaje mutuo.

Luxemburg constató que en la Revolución Rusa muchas cosas se invirtieron: ahí los logros sociales y políticos esenciales no surgían de una estrategia de asedio, sino de la ofensiva, y esto con una velocidad vertiginosa. Y donde antes sólo existían pequeñas estructuras, en su mayoría ilegales, del movimiento económico y político de los obreros, se formaron organizaciones de masas en muy poco tiempo. Su conclusión: “Es una concepción bastante mecánica y poco dialéctica que las organizaciones fuertes deben preceder siempre a la lucha. La organización también nace, a la inversa, en la lucha, junto con la instrucción de clase” (GW 1.2: 603).

Mientras que Antonio Gramsci, a partir de las experiencias posrevolucionarias de la década de 1920, se convirtió en un teórico de la guerra de posición, Rosa Luxemburg, en la revolución de 1905, se convirtió en una “teórica (por excelencia) de la ‘guerra de movimiento’, que siempre está también vinculada a la [...] experiencia histórica real del colapso en forma de crisis del orden socioeconómico y político dominante” (Deppe 1997: 18). Por otro lado, esto hizo que para ella pasara a un segundo plano la importancia de las estructuras organizativas fijas,

que son importantes precisamente cuando se trata de situaciones de toma de decisiones o también en momentos de retirada y derrota. Georg Lukács, que quería combinar las posiciones de Luxemburg y Lenin, escribió con razón: “la organización es la forma de mediación entre la teoría y la práctica. Y aquí, como en toda relación dialéctica, los eslabones de la relación dialéctica sólo alcanzan concreción y realidad en y a través de su mediación” (Lukács 1968: 475). Una cosa son las estructuras organizativas de una huelga de masas que surgen de luchas elementales y otra las de un partido. En la revolución de 1905 se formó la concepción de Rosa Luxemburg de la política emancipadora como un “proceso de aprendizaje práctico de las masas sociales [...], un proceso de aprendizaje en el que ellos [los obreros] se convierten en sujetos de su propia liberación de la inmadurez, la explotación y la opresión” (Brangsch 2011: 92). Ya en 1904 había insistido ante Lenin en el “autocentrismo” de la capa dirigente del proletariado” (GW 1.2: 429). El liderazgo, la organización, la teoría socialista debían surgir de los procesos de emancipación de la clase obrera y relacionarse con ella —a manera de servirle— y ser su propia obra (véase Bellofiore 2013a: 49-50). Y, en particular: el liderazgo, la organización y la teoría socialista no eran cosas separadas para ella, sino sólo aspectos de un mismo proceso.

Durante la Revolución Rusa de 1905 y 1906, Rosa Luxemburg, que se había apresurado a viajar de Alemania a su patria polaca, cayó en las garras de la policía de Varsovia. La capital de Polonia, Varsovia, formaba parte del vasto Imperio ruso, donde el régimen zarista, caracterizado por la policía secreta, la burocracia corrupta y el terror policial omnipresente, se mantuvo en el poder con mucho esfuerzo. Dado que bajo las condiciones del zarismo una detención, incluso por motivos políticos, podía significar un peligro para la vida y la integridad física, los amigos polacos más cercanos de Rosa Luxemburg no sólo recaudaron 3,000 rublos para la fianza, sino que también hicieron circular la amenaza de que la vida de los altos funcionarios rusos dejaría de estar a salvo si se le tocaba sólo un pelo a su amiga. Poco después fue liberada, y el 1 de agosto de 1906 viajó ilegalmente a la comparativamente segura Finlandia, que había pasado de manos de Suecia al Imperio zarista en 1809, pero donde, a pesar de eso, la constitución sueca de 1789 seguía vigente. Al igual que los líderes bolcheviques Lenin y Zinóviev, que se encontraron nuevamente camino a la emigración, Rosa Luxemburg se instaló en Kuokkala, Finlandia; desde allí, como recordaba León Trotsky en 1919, a menudo “viajaba ilegalmente a Petersburgo, donde se movía en nuestros círculos y visitaba con nombre falso a aquellos de nosotros que entonces estábamos arrestados en las cárceles [entre ellos Alexander Parvus y el propio

Trotsky].²¹ Ella era, en el verdadero sentido de la palabra, la encarnación de nuestra conexión directa e inmediata con el mundo socialista de la época” (Trotzki 1920: 16).

Sin embargo, más importantes que estos viajes a San Petersburgo, a una hora de distancia, fueron los debates que Rosa Luxemburg mantuvo con Lenin y su entorno sobre la derrota de la revolución; sólo hace unos años se pudo reconstruir la profundidad de las diferencias de opinión, que nunca pudieron ser superadas. Grigori Zinóviev, que a partir de 1924 “repudió” a Rosa Luxemburg, en 1919 dijo por lo menos todavía verdades a medias sobre los debates en Kuokkala:

Rosa Luxemburg se cuenta entre los pocos participantes de la Tercera Internacional que reunieron en sí mismos las cualidades de un agitador ardiente, un político brillante y, al mismo tiempo, uno de los más grandes teóricos y literatos del marxismo. [...] Recuerdo las conversaciones con Rosa Luxemburg en 1906 en la aldea de Kuokkala en el pequeño piso del camarada Lenin [...] El primero que empezó a hacer un balance teórico de esta revolución suprimida, el primer teórico del marxismo que entendió lo que eran nuestros consejos ya en 1905, aunque apenas estaban germinando, el primer marxista europeo que vislumbró claramente ese papel que iba a tocar los levantamientos revolucionarios de masas en concordancia con la insurrección armada... fue Rosa Luxemburg (Sinowjew 1920: 18-19).

En Kuokkala, por encargo del comité ejecutivo regional del SPD de Hamburgo, Rosa Luxemburg escribió su análisis *Huelga de masas, partido y sindicatos*, en el que combinaba las experiencias de la Revolución Rusa con las experiencias de Europa Occidental y desarrollaba planteamientos para una nueva estrategia ofensiva de movilización de masas. Como Karl Radek, en su calidad de representante de los bolcheviques, escribiría más tarde: “Este folleto significa la cimentación de una nueva fase del socialismo. Con ella comienza la separación del movimiento comunista de la socialdemocracia” (Radek 1986: 27). Sin embargo, al mismo tiempo, era un intento de establecer teóricamente una práctica revolucionaria que debía culminar no en el dominio sobre el pueblo sino en su autoliberación. Como escribió Luxemburg:

²¹ Luxemburg vivió en Kuokkala bajo el nombre de Felicia Budilovich, un juego de palabras con el que intentó recuperar su aplomo tras los meses de humillación: la “felizmente resucitada” (véase GB 2: 263 y 266).

El material vivo de la historia mundial, a pesar de la socialdemocracia, sigue siendo la masa del pueblo, y sólo cuando hay una activa circulación de sangre entre el núcleo organizativo y la masa del pueblo, cuando la misma pulsación anima a ambos, la socialdemocracia puede mostrarse también capaz de grandes acciones históricas (GW 3: 252).

Claudio Pozzoli tiene absolutamente razón cuando escribe: “Con el folleto sobre la *huelga de masas*, por primera vez después de la muerte de Engels, se aplica el pensamiento ‘marxista’ ante acontecimientos verdaderamente nuevos” (Pozzoli 1974a: 17). Luxemburg se muestra, así, como una “representante de una teoría *desde* la lucha de clases” (Howard 194: 106).

El distintivo esencial de la posición de Luxemburg es lo que más tarde se denominó, de forma simplista o incluso delatora, su *espontaneísmo*. El énfasis de Luxemburg en la espontaneidad apuntaba a ser un punto de partida; no debía asociarse con la arbitrariedad caótica, sino con la acción libre que surge de la propia comprensión, totalmente en el sentido de Immanuel Kant.²²

Para ella, la revolución era ese proceso en el que las personas sometidas a relaciones de dependencia conquistan conjuntamente el espacio de la libertad (Vollrath 1973: 93-94). Para ella, el movimiento obrero, las masas populares eran el verdadero actor histórico, no se trataba de una fórmula hueca. A través del movimiento de masas, sostiene Luxemburg, las obreras y los obreros se constituyen como actores autoconscientes y autodeterminados que ponen su socialización bajo su propio control en la acción concreta. Esto es el socialismo para ella: la libertad en la acción y la libertad como meta.

Ella no creía que el movimiento obrero pudiera ser sustituido por la organización democrática de su clase en un sindicato o un partido, ni que un pequeño grupo centralista pudiera dar órdenes. Esto no debía entenderse como una renuncia a la organización o al liderazgo, sino que era un resultado de procesar la experiencia de 40 años de organización independiente del movimiento obrero. Rosa Luxemburg buscó salidas a la incipiente subordinación del movimiento de emancipación social a los intereses de las organizaciones y los dirigentes que el movimiento mismo había creado. Se opuso a transformar la relación entre el movimiento obrero y la socialdemocracia en una relación oligárquica de representa-

²² “Si [...] la libertad ha de ser una propiedad de ciertas causas de los fenómenos, entonces esa libertad debe [...] ser una facultad para iniciarlos por sí (*sponte*)” (Kant 1903: 344; véase Vollrath 1973: 100).

ción democrática o dictatorial, en la que los representantes acababan siendo los actores decisivos o incluso únicos. Fue durante este periodo cuando la concepción política de Luxemburg adquirió contornos claros. A partir de ahora, la atención se centró en el “autoempoderamiento a través de la acción totalmente pública, atacando, atajando y aprendiendo” (Schütrumpf 2018a: 67). Se mantuvo fiel a la declaración fundacional de la Primera Internacional “que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos” (MEW vol. 16: 14; traducción del Instituto de Marxismo-Leninismo del PCUS en *Antología Karl Marx*: 263, Siglo XXI, Argentina, 2015) y previó un “concepto de partido [totalmente] activo” en el que “no se espera de la dirección que sea la fuerza creadora histórica, sino que aglutine y refuerce los impulsos creativos de los movimientos sociales” (Haug 2001: 63).

A diferencia de muchos dirigentes de la Segunda Internacional y también de los bolcheviques, Luxemburg registró la contradicción entre la autoorganización de los obreros *desde abajo* y el poder de los partidos, los sindicatos y el liderazgo. *Abajo* buscó el “material vivo de la historia del mundo” y no en primer lugar en las organizaciones establecidas. Desde ahí, trató de entender las funciones de las organizaciones y de los líderes, del liderazgo y de la teoría. Sabía que era inevitable que estos se independizaran. Pero ella se resistía resueltamente a hacer de esta independización una virtud. Para ella no se trataba de la acción de las masas o las instrucciones del partido y de la dirección, no de la comprensión por parte de los verdaderos proletarios o la introducción de una teoría científica. Para ella, las formas emancipadoras para resolver las contradicciones inevitables de todo movimiento práctico eran más bien la conducción del actuar real de las masas y el análisis teórico de los conocimientos adquiridos en la práctica de este actuar.

La imagen que Rosa Luxemburg tenía de la historia era la de un gran río en el que se mueven los grandes buques y los barcos de los partidos y las organizaciones con sus capitanes y tripulaciones imaginados y reales, que no carecen en absoluto de importancia, pero que no son la verdadera fuerza impulsora y sólo son capaces de manejar el timón si son sensibles a las corrientes profundas. Para ella, los movimientos sociales reales eran la verdadera fuente de la renovación constante de las corrientes históricas. Para Rosa Luxemburg, las organizaciones surgieron de las acciones de los movimientos sociales: “¿Desde cuándo los grandes movimientos históricos, los grandes movimientos populares, se han manejado mediante acuerdos secretos en una habitación cerrada?” (GW 2: 172), preguntó en el Congreso del SPD en Mannheim en 1906. Cuestionó de manera tajante, en su totalidad, la comprensión de la acción que tenía la socialdemocracia alemana, que, desde su pers-

pectiva, apuntaba “meramente a las bonitas marchas bien ejecutadas del pequeño sector del proletariado acuartelado” (GW 2: 143). Todo esto se basaba “en una ilusión del período tranquilo y ‘normal’ de la sociedad burguesa”, y estaba orientado a una lucha “exclusivamente en el terreno del orden social burgués” (GW 2: 156). Inevitablemente, debía emerger una propia clase de funcionarios en el movimiento obrero y la organización se convertiría en un fin en sí mismo (GW 2: 163).

La tarea de la socialdemocracia y de sus dirigencia consistía, según Luxemburg, en encabezar la corriente, aumentar su fuerza, reforzar su dirección, e impulsar hasta el límite su determinación de romper los diques de la sociedad capitalista:

Dar la consigna, la dirección a la lucha, establecer la *táctica* de la lucha política de tal manera que en cada fase y en cada momento de la lucha se implemente toda la suma del poder ya existente y liberado del proletariado y que se exprese en la posición de lucha del partido, que la táctica de la socialdemocracia, según su determinación y agudeza, nunca esté *por debajo* del nivel de las relaciones reales de fuerzas, sino que se adelante a esta relación, ésta es la tarea más importante de la “dirección” (GW 2:133, ver también GW 1.2: 433).

Los requisitos para ello eran la “total claridad” sobre las condiciones y perspectivas reales, la “democratización de toda la vida del partido” y una “mayor autocrítica” (GW 3: 451).

Para resumir la comprensión que Rosa Luxemburg tenía de la historia y el movimiento socialista, y acercarse a este entendimiento, hay que imaginarse grandes ríos, pero no en el sentido de los ríos alemanes acotados para la navegación, que se transformaron en vías fluviales de buen comportamiento, sino ríos que a veces se abren nuevos caminos como en cámara rápida, a veces parecen lentos y exhaustos, a veces horadan montañas y exploran enormes áreas desconocidas, para después casi estancarse con aparente tranquilidad en grandes lagos, sólo para agitarse de nuevo inesperadamente y revolver todo desde el fondo con su curso poderoso. Como la gran literata que era, lo expresó así en relación con las huelgas de masas de la Revolución Rusa de 1905:

La huelga de masas, tal como nos la muestra la Revolución Rusa, es un fenómeno tan cambiante que refleja en sí misma todas las fases de la lucha política y económica, todas las etapas y momentos de la revolución. Su aplicabilidad, su poder de acción, sus momentos de surgimiento están en constante cambio. De repente, abre nuevas y amplias perspectivas para la revolución donde ya parecía haber llegado a un

cuello de botella, y fracasa donde se pensaba que se podía contar con ella con total seguridad. De repente inunda todo el imperio como una amplia ola oceánica, de repente se divide en una gigantesca red de finos arroyos; de repente burbujea desde el subsuelo como un fresco manantial, de repente se filtra completamente en el suelo. Las huelgas políticas y económicas, las huelgas de masa y las huelgas parciales, las huelgas de demostración en el trabajo, las huelgas de lucha, las huelgas generales en determinadas industrias y las huelgas generales de determinadas ciudades, las luchas salariales calmosas y las batallas callejeras, las luchas de barricadas, todo esto se atraviesa, toma su curso sin tocarse, se cruza, se inunda mutuamente; es un mar de fenómenos eternamente agitado y cambiante. Y la ley del movimiento de estos fenómenos se hace evidente: no reside en la huelga de masas en sí, ni en sus particularidades técnicas, sino en la relación de fuerza política y social de la revolución (GW 2: 124).

Luxemburg insistió, antes que muchos otros y en contra de muchos otros, en que una forma de organización lo más libre posible, lo más democrática posible, lo más abierta posible al movimiento social, era siempre necesaria si se quería cambiar la sociedad de forma emancipadora. Una organización de este tipo debía ser sensible a las corrientes subterráneas de la sociedad y capaz de la innovación. Sin esto, el socialismo era imposible, en su entendimiento. Peter Nettl lo resume así: “La idea dominante de Rosa Luxemburg no era la democracia, la libertad individual o la espontaneidad, sino la participación, la fricción que genera energía revolucionaria” (Nettl 1967: 30).

LA DERROTA COMO CAMINO HACIA LA VICTORIA

La Revolución Rusa demostró a las revolucionarias y los revolucionarios socialistas implicados que, dada la evidente debilidad del gobierno zarista y la absoluta falta de voluntad política de los propios grupos burgueses-capitalistas para actuar y tomar la iniciativa, el derrocamiento del zarismo podía estar vinculado a la toma del poder por la socialdemocracia, aunque fuera en alianza con los representantes del campesinado. Los mencheviques advirtieron que esto sólo podía llevar al desastre. Un gobierno socialista tendría que aplicar políticas socialistas, pero las condiciones en Rusia no estaban maduras para ello, el capitalismo aún no estaba plenamente desarrollado. Lenin y los bolcheviques, en cambio, apostaban en ese momento por una revolución burguesa democrática radical bajo una dirección socialista, que no se

plantearía ningún objetivo socialista más allá de eso. Sólo se trataba de “reconfiguraciones que pueden realizarse con la sociedad burguesa como fundamento, a diferencia de las transformaciones socialistas” (Lenin 1905: 278). Trotsky no estaba de acuerdo y comenzó a desarrollar su concepto de la revolución permanente, pues suponía “que el proletariado que ha llegado al poder se ve inevitablemente impulsado por toda la lógica de su posición a llevar la economía bajo la dirección del Estado” (Trotsky 1969: 67).

Luxemburg, al igual que Lenin, Trotsky y Kautsky, vio el carácter transitorio de la Revolución Rusa. Pero colocó un aspecto completamente diferente en el centro de atención, que enlazaba con sus propias posiciones en el debate sobre el revisionismo. Por supuesto, la clase obrera rusa tenía que tomar el poder. Y precisamente porque “se va a mostrar a la altura de sus tareas, es decir, que con sus acciones llevará el curso de los acontecimientos revolucionarios hasta el límite máximo dado por el desarrollo objetivo de las relaciones sociales” le esperaba, según ella, “casi inevitablemente una gran derrota temporal en este límite” (GW 2: 231). A sus ojos, esta derrota no sería el resultado de una estrategia defectuosa, sino el resultado de su éxito. Asumió que lo importante en la revolución era “revolucionar las relaciones dentro de la fábrica y la sociedad en la mayor medida posible”. Porque “tanto menos podrá la burguesía hacer retroceder lo que se ha conseguido inmediatamente después de la revolución” (AR: 208). Sólo el acto revolucionario decisivo podía garantizar que los reaccionarios no pudieran hacer retroceder la rueda de la historia después de la revolución (véase AR: 259 ss). El “republicanismo burgués en Francia” fue el “producto histórico de unas cuantas dictaduras desesperadas del proletariado” (AR: 261) y, según ella, el liberalismo volvería a fortalecerse cuando se tratara de “quitarle sus conquistas al proletariado” (AR: 263).

En la revolución de 1905, Luxemburg desarrolló el concepto de una especie de poder dual. La clase obrera, subrayó, debía tener claros los pasos exactos a seguir tras una victoria política, para que no se le pudieran arrebatar “los frutos de la lucha” (Luxemburg 2015a: 16). Por un lado, se necesitaba un gobierno provisional y revolucionario para “poner en sus manos los medios materiales y las bases del poder: fuerzas militares, finanzas, impuestos y los bienes públicos” (Luxemburg 2015a: 20). Este gobierno tenía que combatir el caos general, garantizar la convocatoria, las elecciones y los trabajos para una asamblea constituyente, la Constituyente, y al mismo tiempo “mantener a raya a las fuerzas de la reacción y ponerles el cuchillo en la garganta” (*ibid.*: 23). El gobierno tenía que ser decididamente socialista, un gobierno del “proletariado socialista”, que tenía el papel principal en la revolución.

La Constituyente, en cambio, tenía que surgir de elecciones libres de toda la población (*ibid.*: 24-25). Su conclusión:

Así, pues, el Gobierno Obrero Provisional, que es la primera estructura de poder surgida del vientre de la revolución, y la Asamblea Constituyente, elegida por toda la población para redactar la constitución bajo la protección y el cuidado del Gobierno Provisional, son los órganos llamados a llevar a cabo las aspiraciones y las tareas de la revolución, y que tienen que introducir la libertad política inmediatamente después de la victoria (*ibid.*: 25).

También asumió que la mayoría en la Asamblea Constituyente no estaría del lado de los socialistas, y exigió que incluso a largo plazo la lucha no debía “pasar completamente de la calle al salón de actos cerrado” (*ibid.*: 35).

De hecho, anticipándose a la situación de octubre de 1917 a enero de 1918, Luxemburg abogó por la misión de convocar una Asamblea Constituyente a través de un gobierno revolucionario y, en perspectiva, entregar el poder a esa asamblea. Lo que no previó fue la decisión del círculo más cercano a Lenin en enero de 1918 de no permitir este traspaso de poder (véase más sobre esto en el capítulo 10).

LIBERTAD PARA EL ENEMIGO

En los enfrentamientos con sus oponentes políticos de la socialdemocracia polaca, que querían aferrarse al objetivo de restaurar el Estado polaco y que, en opinión de Luxemburg, también estaban dispuestos a suprimir la discusión libre, ella expresa aquel pensamiento en su forma más aguda: “La libertad es, siempre, la libertad de quienes piensan diferente”. Pero este pensamiento está enmarcado en una contradicción que Rosa Luxemburg expresó cuando escribió que la socialdemocracia debía “recordar a cada paso que la revolución no es el momento de discutir con la reacción, sino el momento de aplastarla y [...] de derribarla” (AR: 209). Queda por saber cómo se combinan la libertad de prensa y de reunión sin restricciones para el enemigo y su derrocamiento, cómo se puede dirimir esta contradicción. La advertencia, sin embargo, está claramente ahí: sin esta libertad no podía haber una verdadera autoliberación de los oprimidos. Si esta liberación ha de ser el *propio acto consciente* de los seres humanos que se informan de manera responsable sobre sus intereses y su objetivo, entonces, según Rosa Luxemburg, esto es completamente imposible si en el proceso se destruye precisamente el espacio indispensable para esta

autoinstrucción. La razón, que surge de la libre comunicación, de la competencia abierta de ideas y comprensiones, es más importante para Luxemburg que la razón que podría surgir de la subordinación instrumental a objetivos "correctos" predeterminados. También podría decirse que, para ella, el camino liberador era más importante que la libertad prometida en el objetivo último.

En consecuencia, el uso de la libertad de reunión y de prensa es lo más importante que permite al proletariado adquirir conciencia durante las propias luchas; el proletariado lucha, pues, por poder reunirse, discutir sus propios asuntos y conocer a sus amigos y a sus enemigos en periódicos publicados libremente. Si la primera condición para que el proletariado adquiera conciencia es que la libertad de reunión, la libertad de expresión y la libertad de prensa sean arrancadas de las manos del gobierno, la segunda condición es el uso sin contemplaciones de esta libertad, la completa libertad de crítica y discusión en las filas de los obreros en lucha. La libertad de opinión y de prensa es una condición para que el proletariado alcance la conciencia, pero la otra es que el propio proletariado no se ate, que no diga que no debe discutirse sobre tal cosa y tampoco sobre tal otra. Los obreros instruidos de todo el mundo lo saben, y siempre están dispuestos a conceder incluso a su peor enemigo el derecho a poder exponer sus opiniones libremente. Dicen: que el propio enemigo presente su punto de vista al pueblo obrero, para que podamos responder a él, para que las masas obreras tengan claro quién es amigo, quién es enemigo. Por estas razones, la parte consciente del proletariado, la socialdemocracia, está en guardia por la libertad de opinión, de discusión y de crítica (AR: 152).



Con su íntima amiga Luise Kautsky, 1909.

CAPÍTULO 7

A la defensiva (1907-1917)

Hay que seguir hablando hasta enronquecer para que el mayor número posible de idiotas entren en el Reichstag y se burlen del socialismo (GB 4: 172).

EL SPD EN LA ENCRUCIJADA

En 1907, los estrategas del SPD sufrieron su Waterloo en las elecciones para el Reichstag. No supieron reaccionar seriamente a la campaña electoral ultranacionalista de los partidos burgueses y monárquicos contra los “traidores sin patria”. Así, el partido, que hasta entonces había estado acostumbrado al éxito, perdió distritos electorales en masa y, por tanto, mandatos, aunque nuevamente aumentó sus votos absolutos. La contrasociedad proletaria alcanzó así por primera vez sus límites, marcados de manera cada vez más tangible por la sociedad mayoritaria guillermina. Porque en esta sociedad mayoritaria, los políticos gobernantes, con una actitud cada vez más imperialista, habían logrado anclar profundamente el sueño del “lugar bajo el sol”^{*} y, con él, el delirio nacionalista. Esto no quedó sin efecto en el medio proletario.

La dirección del SPD tuvo que entender que su contrasociedad proletaria se estaba agotando en la medida en que el propio partido se desarrollaba con éxito. Las dos sociedades sólo podían coexistir una al lado de la otra y contra la otra mientras ambas se mantuvieran aisladas entre sí. Sin embargo, a partir de la década de 1880, la sociedad mayoritaria, que durante mucho tiempo estuvo herméticamente cerrada

^{*} N.d.T.: La frase “Platz an der Sonne” fue usada por el político Bernhard von Bülow (1849-1929), entonces Secretario de Estado del Reich, en un debate del Reichstag, el 6 de diciembre de 1897, para referirse a la política colonial alemana: “pero también exigimos nuestro lugar bajo el sol”. La frase se convirtió en una imagen del afán de poder de Alemania, mismo que condujo a la Primera Guerra Mundial.

“hacia abajo”, anunció cada vez más eficazmente una oferta ideológica de integración entre los estratos proletarizados: el nacionalismo y el imperialismo. Esto había funcionado con especial claridad en las elecciones de 1907 como un instrumento adecuado para limitar y hacer retroceder la influencia de la socialdemocracia.

Sin embargo, estratégicamente, esto significó un fracaso de la táctica socialdemócrata que había sido desarrollada para eliminar al capitalismo. La teoría y la práctica estaban en una extraña tensión. La teoría —como había subrayado una vez más el resultado del debate sobre el revisionismo— apuntaba a la consecuente superación del capitalismo y, por tanto, a una ideología socialista de la que la dirigencia del SPD esperaba una gran fuerza vinculante. Sin embargo, lo que se practicó fue la vía del compromiso y un parlamentarismo cada vez más desdentado, algo mucho menos peligroso para sus propias organizaciones que la confrontación con el poder del Estado. En última instancia, los votos de una sociedad proletaria en expansión debían superar a la sociedad mayoritaria tradicional e introducir así el socialismo por medios pacíficos. A más tardar a partir de las elecciones de 1907, la dirección del SPD sospechaba que su visión practicada era errónea y que nunca podría obtener la mayoría de los votos de ambas sociedades.

Había dos escenarios para elegir: El primero era librar una lucha ofensiva por el socialismo con un grupo de seguidores, cuyo número se estancaría o incluso disminuiría estratégicamente, pero que estaba orientado hacia el socialismo; algo que exigían Rosa Luxemburg y la izquierda con toda naturalidad. Sin embargo, al hacerlo no sólo habrían corrido el riesgo de perder influencia en la parte de su propia clientela que se estaba inclinando hacia el nacionalismo, sino también —debilitada por la esperada pérdida de influencia— arriesgar la destrucción del poder organizativo que habían acumulado. El segundo escenario suponía desechar silenciosamente los conceptos anteriores y cambiar la orientación sin proclamarlo en voz alta. La dirección del SPD optó por este último escenario: mientras tenía la fuerza suficiente, en lugar de seguir desarrollando su propia contrasociedad, quería intentar conducirla a la sociedad burguesa y así, al menos, luchar por una cuota de poder. Por supuesto, esto estaba relacionado con un alejamiento del objetivo de superar el capitalismo; en su lugar, sólo había que limitarlo en el futuro. De momento, no cambiaba casi nada externamente, pero sí casi todo en lo interno. Esta decisión de integrarse estratégicamente en la sociedad guillermina llevó finalmente al SPD a aceptar los créditos de guerra, el 4 de agosto de 1914. Sin embargo, el rumbo de este camino ya se había fijado en el Congreso del Partido en Mannheim en 1906, cuando fue derrotado el intento de Kautsky de

subordinar los sindicatos cercanos al SPD al partido (Shepardson 1996: 55). Así, también fracasó la demanda de imponer por fin el sufragio masculino universal e igualitario en Prusia, el mayor Estado dentro el Imperio alemán, mediante las huelgas masivas.

El primero en sentir el impacto de esta reorientación fue Kautsky, promotor y persona de confianza de Rosa Luxemburg durante muchos años. Su folleto *El camino del poder. Consideraciones políticas sobre conaturalizarse con la revolución* fue retirado de la venta, a sus espaldas, por el comité ejecutivo del SPD cuando iba a publicarse, en enero de 1909. Este comité ejecutivo contaba desde hacía tiempo con una mayoría de miembros que—aunque no fuera visible desde el exterior—se situaban en posiciones de integración en el socialismo y trataban de impedir cualquier propaganda revolucionaria. “Son unos pomposos advenedizos sin criterio” (Kautsky 1972: 132), dijo sin rodeos, y peleó exitosamente por una segunda edición, pero hizo concesiones a sus oponentes en la medida en que hizo pequeños cambios y añadió a su prefacio la frase de que el partido no era responsable de ese texto (véase Kautsky 1909: 6). Kautsky se alegró de que su texto apareciera, después de todo, en la editorial del partido, y consideró ese arreglo como un éxito; para Clara Zetkin, en cambio, fue “una capitulación sin tapujos” (Zetkin 1972: 137), misma que no le pudo perdonar a Kautsky. También entre Luxemburg y Kautsky comenzó el distanciamiento.

En 1907, a los ojos de la dirección del SPD, la izquierda socialista-internacionalista había perdido su función de garante de una ideología que unía a todos. Muchas personas de la izquierda no pudieron soportar el creciente aislamiento, renunciaron a sus convicciones y mutaron en “soldados del partido” que pronto estuvieron dispuestos a cualquier cosa. Esto reveló por primera vez un fenómeno que todavía hoy se deplora frecuentemente: que la mayoría de los izquierdistas no se pasan toda la vida persiguiendo una política socialista revolucionaria, es decir, una política destinada a superar el capitalismo, sino que en un momento dado claudican “ante la vida” y sólo hacen como si siguieran una política de izquierda. Después de 1907, la izquierda dentro del SPD se redujo a un remanente reacio a capitular. A partir de 1911, se formó un “grupo de los rectos” en torno a Franz Mehring y Rosa Luxemburg, al que se unió Karl Liebknecht tras el inicio de la guerra.

El SPD intervino ofensivamente en la “gran política” por última vez en 1910: en las luchas contra el sistema electoral de tres clases. Pero las disputas se agudizaron a tal punto que se produjeron enfrentamientos abiertos entre “las protestas callejeras” y el régimen en el poder, por lo que la dirección del SPD se asustó y canceló esta lucha. En contra de la exigencia de Rosa Luxemburg y sus amigos de continuar con

una política ofensiva, Karl Kautsky desarrolló específicamente una teoría: con la aparición de nuevas clases medias—empleados de oficina y profesionales independientes— surgiría, según él, un nuevo liberalismo, que ya no giraba hacia la derecha como el liberalismo tradicional, sino, si el SPD seguía aplicando una política de acuerdos, hacia el movimiento obrero. Manteniendo esta actitud retraída, el SPD entró en la campaña electoral para el Reichstag en 1912, obtuvo por primera vez el estatus de grupo parlamentario más numeroso y se hizo aún más acomodaticio en sus políticas después de las elecciones. La dirección del partido se sintió reivindicada y despojó al partido de cualquier ánimo de resistencia hasta el punto de que, después del 4 de agosto de 1914, tras alinearse con la política de guerra y acordar la tregua con la clase burguesa, las voces críticas se acallaron en su mayoría por sí mismas; el “resto” fue “purgado” hacia 1917, incluido Karl Kautsky, quien, si bien aceptaba muchas cosas, tampoco todas.

CONTRA EL “SOLOPARLAMENTARISMO”

En este tiempo de un secreto nuevo rumbo, Rosa Luxemburg ya no estaba tan firmemente anclada en el SPD como antes de su viaje a la Polonia rusa revolucionaria. En vista de las luchas en Rusia, especialmente las huelgas de masas, había abandonado algunas posiciones marxistas ortodoxas. Sobre todo, su relación con la organización proletaria cambió fundamentalmente. En el canon marxista, una organización fuerte se consideraba requisito decisivo para la acción en general y para la acción revolucionaria en particular. Ahora, Luxemburg estaba convencida de que el sistema organizativo del SPD se había convertido en una atadura para cualquier acción revolucionaria. Pues la dirección del SPD en las acciones veía cada vez más un peligro para la existencia de la organización, cuya protección contra el aplastamiento por parte del Estado policial militarista situaba por encima de las acciones contra la sociedad mayoritaria; incluso antes de 1907, pero aún más después del cambio de rumbo en 1907.

En la Revolución Rusa de 1905/06, Rosa Luxemburg había experimentado cómo la organización se formaba a partir de la acción revolucionaria, sobre todo a partir de la huelga política de masas, y cómo la acción precedía a la organización. Con la idea de la huelga política de masas en mente, había acudido al congreso del partido en 1906, en el que fracasó estrepitosamente. En retrospectiva, su folleto *Huelga de masas, partido y sindicatos*, escrito especialmente para este congreso, resultó ser el punto de partida teórico para una independización de la izquierda en el SPD. El hecho de que Luxemburg se propusiera exactamente lo

contrario no cambiaba nada: no quería escindirse del SPD, sino ganarse al SPD para la política revolucionaria; si fuera necesario, ganarse sólo a la base del partido frente a una dirección cada vez más conservadora.

Los años posteriores a la primera Revolución Rusa fueron años en los que Luxemburg arremetió cada vez con más dureza y desesperación contra la pasividad del SPD ante el imperialismo, el militarismo y las estructuras autoritarias-semifeudales del Imperio alemán. Se quedó consternada “ante el hecho de que la organización proletaria más poderosa del mundo, habiendo alcanzado la fuerza de $\frac{2}{3}$ millones de organizados, $2\frac{1}{4}$ millones de sindicalizados y $3\frac{1}{4}$ millones de votantes, estuviera a punto de declarar que no podía implementar las decisiones de los congresos internacionales” (GW 2: 275); se trataba de la actuación en caso del estallido de una guerra. Siempre había supuesto que, con el fortalecimiento de la socialdemocracia, “la masa instruida de obreros” tomaría “en sus propias manos su destino, la dirección de su movimiento en su conjunto, la determinación de sus directrices” (GW 2: 280), para luego tener que experimentar cómo la dirigencia del SPD, organizada en la bancada del Reichstag, llevaba a esta masa a la guerra. Se opuso con vehemencia a la “estrategia del desgaste” de Kautsky, en la que no veía más que la apología de la pasividad: “*soloparlamentarismo*, eso es todo lo que Kautsky sabe recomendar al partido hoy en día” (GW 3: 316).

Rosa Luxemburg desafió todas estas tentaciones, a costa de quedar políticamente aislada. Fue en los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, cuando su aliado más cercano en la socialdemocracia alemana, Karl Kautsky, siguió inventando nuevas teorías marxistas para justificar la política de acomodación al régimen del emperador Guillermo II practicada por el comité ejecutivo del SPD, cuando ambos se distanciaron para siempre. El término “marxismo” empezó a ser un insulto para Rosa Luxemburg. A partir de 1910, utilizó las palabras marxista y marxismo principalmente entre comillas y sobre todo con intención despectiva. Aunque se había afiliado al movimiento socialdemócrata como una marxista leal, apenas se había autodenominado marxista, algo que, de todas formas, no era habitual en los partidos de la Segunda Internacional en aquella época. En la primera década del nuevo siglo, había dejado atrás muchos —no todos, como se ha demostrado— de los dogmas del marxismo de Kautsky y había encontrado su propio camino hacia la obra de Marx y la aplicación de su método. En esto, casi ninguno de sus contemporáneos estaba a su altura.

Aunque la aprobación de los créditos de guerra por parte de la bancada del SPD en el Reichstag el 4 de agosto de 1914 le resultó inconcebible hasta el último momento, su visión se hizo cada vez más

sombría. En 1913, hizo un balance de los éxitos parlamentarios de la socialdemocracia alemana:

En cincuenta años de trabajo ejemplar, la socialdemocracia ha extraído del ahora terreno pedregoso [del parlamentarismo] casi todo lo que se podía extraer en términos de ganancia material tangible, así como de instrucción de clase para la clase obrera. La última y mayor victoria electoral de nuestro partido ha dejado en claro para todos que, en la era de los delirios imperialistas y de la impotencia parlamentaria, una bancada socialdemócrata de 110 hombres es capaz de lograr no más sino menos en términos de reforma social y agitación que una bancada con una cuarta parte de esta fuerza. Y el asunto decisivo para el desarrollo político interno de Alemania, la ley electoral prusiana, ha destruido, debido a que se ha atorado sin remedio, toda perspectiva de una reforma parlamentaria impuesta por la mera presión de la acción electoral. En Prusia, al igual que en el Reich, la socialdemocracia, con todo su poder, es impotente frente a la barrera que Lassalle formuló ya en 1851 con las siguientes palabras: “Nunca una Asamblea (legislativa) ha subvertido las condiciones existentes, ni lo hará. Todo lo que tal Asamblea ha hecho y ha podido hacer es proclamar las condiciones existentes en la vida real, reconocer la revolución social ya consumada en la vida real, y trabajarla en cuanto a sus diferentes consecuencias, leyes, etc. Pero tal Asamblea será eternamente impotente para revolucionar la propia sociedad que representa”. Sin embargo, hemos llegado a un punto de desarrollo en el que las demandas defensivas más urgentes e indispensables del proletariado —el sufragio universal en Prusia, la milicia nacional universal en el Reich— significan una revolución real de las relaciones de clase existentes en Prusia-Alemania. Si la clase obrera quiere hoy hacer valer sus intereses vitales en el Parlamento, debe primero llevar a cabo la revolución “allá afuera, en la vida real”. Si quiere facilitar que el parlamentarismo sea de nuevo fructífero políticamente, debe llevar a las propias masas al escenario político a través de la acción extraparlamentaria (CW 3: 222-223).

Con esta posición se quedó muy sola.

Cuando, durante la guerra mundial, Karl Kautsky incluso se atrevió a explicar la aprobación de la tregua del SPD con el Imperio beligerante a partir del marxismo, Rosa Luxemburg sólo pudo burlarse de forma ácida de ese “ismo”: “Al estallar la guerra, la socialdemocracia alemana se apresuró a adornar el atraco del imperialismo alemán con un escudo ideológico sacado del cuarto de los trebejos del marxismo,

declarándolo como la campaña liberadora contra el zarismo ruso anhelada por nuestros decanos de 1848" (GW 4: 352).

Este estado de la socialdemocracia la hizo reaccionar cínicamente al final, aunque no fuera realmente su estilo:

Asociaciones, instancias, conferencias, asambleas generales, libros de contabilidad, libros de afiliados, eso es "el partido" de los camaradas tipo Scheidemann o de los camaradas tipo Haase. Tanto los unos como los otros no se dan cuenta de que las asociaciones, las instancias, los libros de afiliados y los libros de contabilidad se transforman en basura sin valor en el momento en que el partido deja de hacer aquella política que es su esencia. Tanto los unos como los otros no se dan cuenta de que su disputa sobre la cuestión de la división o la unidad de la socialdemocracia alemana es, por tanto, una disputa totalmente obsoleta, pues la socialdemocracia alemana en su conjunto ya no existe hoy en día. Imaginemos por un momento que, en la basílica de San Pedro, en Roma, ese venerable templo de la fe cristiana, ese delicioso monumento de la cultura religiosa, una buena mañana, la pluma casi se resiste a escribirlo, en lugar de celebrarse el servicio católico y ante todos los ojos, se desencadenara una... bueno, una orgía descarada como en un prostíbulo. Imaginemos algo aún más espantoso, imaginemos que en esta orgía los sacerdotes conservaran sus togas, sus decoraciones litúrgicas, sus incensarios, que antes usaban en la misa mayor. ¿Seguiría siendo entonces San Pedro de todos modos una iglesia, o sería algo totalmente distinto? Pues, las esbeltas paredes seguirían siendo las mismas, los altares y las casullas serían los mismos, pero todo el mundo retrocedería con un escalofrío tras echar un vistazo al interior y se preguntaría perturbado: "¿Qué demonios, ¿en qué se ha convertido esta iglesia?" (GW 4: 233).

Después de 1907, Rosa Luxemburg se comprometió con una ofensiva política del SPD para imponer por fin el sufragio universal en Prusia, agitó a favor de la República para romper el dominio de la camarilla en torno al emperador y exigió que, en caso de guerra, los obreros alemanes no volvieran las armas contra sus hermanos de clase. Esto le valió una condena de doce meses de prisión. Su popularidad entre los obreros en Alemania aumentó, pero al mismo tiempo perdió toda la influencia institucional en el SPD. La maquinación del partido, decía, se volvía ahora contra la izquierda (GW 3: 352). Le bloquearon cada vez más el acceso a los periódicos y las revistas del partido. La organización se interpuso entre ella y las masas, haciendo completamente imposible la reacción a la política imperialista que exigía Luxemburg, como

“la propia aparición de las masas más amplias, sus propias acciones políticas, manifestaciones masivas, huelgas de masas” (GW 3: 194). En 1913, Luxemburg advirtió al SPD:

La socialdemocracia está llamada históricamente a ser la vanguardia del proletariado, como partido de la clase obrera debe atacar en primera línea. Pero si se figura que sólo ella, la socialdemocracia, está llamada a hacer la historia, que la clase misma no es nada, sino que primero debe transformarse completamente en un partido antes de que se le permita actuar, entonces fácilmente resulta que la socialdemocracia se convierte en un elemento inhibitor de la lucha de clases y que, cuando llegue el momento, deba correr detrás de la clase obrera, arrastrada por ella contra su voluntad a batallas decisivas (GW 3: 254).

La política de la bancada en el Reichstag, así lo veía Luxemburg en 1913, llevaría en última instancia a su aprobación del financiamiento de una guerra, de los créditos de guerra, en caso de que ésta estallara (véase GW 3: 341). Los llamamientos a aumentar la “capacidad de acción de las masas” (GW 3: 451), pocos meses antes del estallido de la Guerra Mundial obtuvieron una gran aprobación en la base del partido y, sin embargo, no tuvieron ningún efecto inmediato en la política del SPD.

Es más que conocida la crítica que Rosa Luxemburg expresó ya en 1903 contra las tendencias dictatoriales de los bolcheviques, que culminó con su crítica a la instauración de una dictadura bolchevique en 1917/18. Sin embargo, la agudeza y clarividencia de esta crítica a los bolcheviques se basaba sobre todo en su experiencia política directa en la aparentemente tan democrática socialdemocracia alemana.²³ En febrero de 1915, Rosa Luxemburg señaló la paradoja de la renuncia a sí mismo de éste, el partido proletario más exitoso de la historia:

Nunca, desde que existe la historia de la lucha de clases, desde que existen los partidos políticos, ha habido un partido que después de cincuenta años de crecimiento incesante, después de haber conquistado una posición de poder de primer rango, después de haber reunido

²³ Esto no debería sorprender, simplemente porque los elementos esenciales de la concepción que Lenin tuvo de un partido fueron tomados de la socialdemocracia alemana (Plener 1998: 58-59). Sin embargo, a diferencia de Ulla Plener, queremos afirmar que los bolcheviques, en la contradicción entre las aspiraciones democráticas y los requisitos del momento, tendieron a optar por un centralismo no democrático en la formación de las voluntades, la toma de decisiones y la implementación. Una y otra vez, las reglas centrales de la democracia

a millones a su alrededor, se haya disuelto tan totalmente en la nada como factor político en veinticuatro horas, como le sucedió a la socialdemocracia alemana. Con ella como ejemplo, precisamente por ser la vanguardia mejor organizada, mejor disciplinada y mejor entrenada de la Internacional, se puede demostrar de la manera más clásica el actual colapso del socialismo (GW 4: 21).

Esta autorrenuncia había sido preparada durante mucho tiempo. Fue el resultado involuntario del éxito de la socialdemocracia alemana en la construcción de una poderosa organización de clase dentro del Imperio de Guillermo II, así como la decisión consciente de quienes habían usurpado para sí los frutos de este éxito. La visión de los padres fundadores de esta organización de clase formada por el SPD, los sindicatos socialdemócratas, las asociaciones culturales y deportivas y los sectores de partidarios del más amplio alcance era construir un contrapoder, una “formación de combate”, en el seno de la sociedad marcada por el capitalismo y los representantes de la aristocracia terrateniente de Prusia para, como esperaba el viejo Engels, crecer paso por paso y éxito electoral por éxito electoral, y poder finalmente iniciar la socialización de los medios de producción con la conquista, ojalá pacífica, del poder del Estado. La vinculación de esta organización de clase al “socialismo científico” parecía ser una garantía de que los instrumentos no se independizarían del fin.

La energía con la que Bebel se volvió contra el revisionismo de Bernstein, permitiendo así que Rosa Luxemburg hiciera su aparición más temprana y efectiva en los congresos del partido de la socialdemocracia alemana, resultó de su comprensión de que la renuncia a la ideología revolucionaria de una ruptura radical necesaria sería un peligro para su obra de vida y para la organización de clase en su conjunto.

Diez años antes del fatídico agosto de 1914, Rosa Luxemburg ya era cada vez más consciente de las tendencias al “surgimiento de una verdadera casta de funcionarios sindicales” (GW 2: 163), que tenía su equivalente en la parlamentarización de la dirigencia socialdemócrata

interna del partido o la democracia en la sociedad fueron suspendidas en referencia a la “situación concreta”. La estalinización posterior abandonó incluso la mera reivindicación democrática (en este sentido representó realmente una “inversión” [Plener] de las posiciones de Lenin), pero, al mismo tiempo, continuó la tendencia práctica precedente iniciada por Lenin y la llevó al extremo. Tras el fin de la guerra civil en la Rusia soviética, Lenin impulsó con fuerza la prohibición de las fracciones.

y el establecimiento de los funcionarios del partido. Lo consideraba un “mal necesario” y advertía de que “a cierto nivel de organización y a cierto nivel de madurez de las condiciones, estos instrumentos necesarios de apoyo [...] se convierten en su opuesto, en obstáculos para el crecimiento ulterior” (*ibid.*). Las formas de lucha parlamentarias y sindicales en el marco de condiciones congeladas de lenta evolución se verían cada vez más como las únicas formas posibles y las organizaciones asociadas a ellas quedarían “gradualmente transformadas de un medio en un fin, en un fin en sí mismo, en un bien supremo [...] al que [muchas veces] se subordinan los intereses de la lucha” (*ibid.*).

Según Rosa Luxemburg, por el miedo de arriesgar los resultados del proceso hasta el momento —las posiciones parlamentarias o el grado de organización sindical— se renunciaba al uso de estos medios de lucha en el seno de la socialdemocracia, precisamente cuando más se les necesitaba. Incluso las reivindicaciones mínimas de la socialdemocracia se abandonaban con el argumento de que aún no había una mayoría parlamentaria; según ella, se bloqueaban las acciones firmes por la tesis de que no todos los obreros estaban organizados y que no todos los huelguistas podían ser pagados en su totalidad con el fondo de huelga. La derrota electoral del SPD en 1907, cuando perdió apoyo frente a las fuertes tendencias nacionalistas, hizo que la dirección del partido se inclinara cada vez más por ceder a los sentimientos de las masas, incluso cuando se oponían directamente a sus principios declarados. En este contexto, pudieron imponerse aquellas personas dentro de la dirección del SPD que mantenían posiciones nacionalistas y políticamente conservadoras en muchos temas y que simpatizaban con el imperialismo y el colonialismo alemanes.

Cuanto más grandes fueran los medios organizativos de poder del movimiento obrero alemán, más imposible parecía utilizarlos en la lucha política y social de clases:

Cuanto más crecen nuestras organizaciones, cuando abarcan cientos de miles o millones, más crece forzosamente el centralismo. Sin embargo, con esto el poco contenido intelectual y político, la poca iniciativa y determinación que reúnen las organizaciones en la vida cotidiana del partido, pasa por completo a manos de los pequeños colectivos de la cúpula: a los comités ejecutivos de las asociaciones, a los comités ejecutivos de los distritos y a los parlamentarios. Lo que queda para la gran masa de afiliados es el deber de pagar las cuotas, distribuir volantes, votar y acarrear votantes, hacer propaganda de puerta en puerta para la suscripción al periódico y cosas por el estilo (GW 3: 252-253).

Para ella “la cuestión vital de la socialdemocracia” era que “el pensamiento y la voluntad política de la *base mayoritaria* del partido permaneciera siempre despierta y activa, que esto le permitiera ser *cada vez más activa*” (GW 3: 39). Consideró que esto era una condición básica para el necesario cambio de estrategia. Quería que la cantidad alcanzada se convirtiera en una nueva calidad, que llevara más allá del “marco del parlamentarismo burgués” (GW 3: 222) y convirtiera la huelga de masas en la “práctica del proletariado” en la “fase de la acción autónoma de la masa proletaria” (GW 3: 247).

Cuando el 14 de enero de 1914 la bancada del SPD en el Reichstag discutió la cuestión de la huelga de masas y Luxemburg presentó sus posiciones, la moción a favor de una propagación ofensiva de la huelga de masas como medio de lucha fue rechazada (con 52 votos frente a 37 y 11 abstenciones) y el asunto fue remitido, como de costumbre, a una comisión para su examen posterior (véase Laschitz 2016: 44-46). El SPD abandonó la resistencia al Imperio alemán mucho antes de agosto de 1914. Ya no estaba dispuesto a luchar. No eran sus anteriores enemigos, sino el partido el que se había desgastado. Lo que Luxemburg pensaba de muchos integrantes de la bancada del Reichstag del SPD lo había dejado claro en una carta de 1911 durante la campaña electoral, con la que se había comprometido más allá de los límites de sus fuerzas. Hablaba abiertamente del “cretinismo parlamentario” (GB 4: 202). El anarquista Erich Mühsam escribió en 1913 sobre Rosa Luxemburg

que el remanente de energía, agresividad e idealismo que aún vive en su partido se ha concentrado casi por completo en esta única mujer [...], en esta mujer [...], ante cuya inteligencia y rectitud de carácter me quito el sombrero respetuosamente, a pesar de que difiero de sus opiniones en gran medida (citado en Geide 1995: 138).

Una de las razones sociales más importantes para la transformación del Partido Socialdemócrata en un partido que hacía de sus éxitos parlamentarios un fin en sí mismo, fue que la creación de las organizaciones de clase proletarias independientes del partido y su representación en los parlamentos, así como de sindicatos socialdemócratas por un lado y el establecimiento de procesos sistemáticos de negociación con los empresarios por otro, resultaba al mismo tiempo en la generación de una *contra-élite* social y política, y en la *integración* de ésta en las instituciones de la Alemania imperial y en sus élites. La legalidad del orden imperante, “una especie de jaula de hierro” para Luxemburg (AR: 205), era para la dirección del SPD el espacio de identificación y de posibilidades para actuar libremente.

La dirigencia socialdemócrata se encontraba en un estado de tensión, marcado por los vínculos con sus propias organizaciones, que tenían su propia cultura, ideología y sus procedimientos de legitimidad y representación democráticas, por un lado, y por su trabajo en el marco de unas interacciones cada vez más estrechas con las élites gobernantes de Alemania, por otro. Ante unas fuerzas correctivas demasiado débiles, la interacción se transformó en una tendencia de la cúpula socialdemócrata a unirse a la clase alta dominante. La oportunidad para ello surgió con el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. Al aceptar los créditos de guerra, los nuevos líderes de la socialdemocracia alemana compraron su ascenso desde su posición de despreciados marginados al grupo de una élite reconocida que apoyaba al Estado. A los ojos del emperador, se habían convertido, finalmente, en “alemanes”.

EL ESTALLIDO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

El mes de agosto de 1914 supuso un *shock* para la izquierda europea. Durante más de una década se había preparado en congresos y en llamamientos para esta hora de una guerra mundial. Pareció que el barco enorme del SPD de repente diera un giro brusco, con la bancada en el Reichstag como punto de partida. Pero este giro se había preparado durante mucho tiempo. En 1913 era obvio: el grupo parlamentario del SPD en el Reichstag estaba de acuerdo con el proyecto de ley sobre un mayor financiamiento para ampliar el ejército y el congreso del partido de 1914 lo aprobó con una mayoría. El equilibrio de poder en el SPD se había inclinado tras un largo “período de incubación” (Anton 2018: 82). La férrea disciplina en la bancada mantuvo bajo control a los diputados del Reichstag que querían al menos abstenerse o votar directamente en contra de los créditos de guerra en agosto de 1914. La oruga paria del eterno partido de la oposición mudó de piel y apareció un partido que participó en la configuración del Imperio. Sólo que, para empezar, esta cogestión significaba participar activamente en la transición a una economía de guerra y disciplinar a obreras, obreros y soldados. El poder organizativo triunfó sobre la acción propia de las masas, invocada por Luxemburg con tanta insistencia. Lo peor para Luxemburg fue la eliminación del SPD como “factor de poder” independiente, y la derrota moral, la traición a los ideales que había defendido la socialdemocracia (véase GW 4: 43).

Rosa Luxemburg había declarado durante una conferencia en Frankfurt en septiembre de 1913: “Si se espera que levantemos el arma homicida contra nuestros hermanos franceses u otros extranjeros,

decimos: No, no lo haremos". A consecuencia de ello fue condenada en febrero de 1914 a prisión, sin embargo, la sentencia no se ejecutó inmediatamente, por lo que ella y sus dos abogados organizaron una gira de conferencias por las principales ciudades de Alemania, advirtiendo de la inminente guerra y señalando las horribles vejaciones en los cuarteles alemanes. Por esto, Rosa Luxemburg fue acusada nuevamente en los tribunales, pero cuando su abogado anunció el primer día del juicio que llamaría a 30,000 testigos para demostrar que los soldados habían sido maltratados, el proceso judicial fue suspendido. Dos meses después, comenzó la Primera Guerra Mundial.

Rosa Luxemburg pensó en suicidarse la noche del 4 de agosto de 1914, para dar una señal contra la guerra; ese día la bancada del SPD en el Reichstag había aprobado los créditos de guerra; sin embargo, sus amigos lograron disuadirla a tiempo. En cambio, se enviaron más de 200 telegramas a los izquierdistas del SPD de todo el Imperio alemán pidiéndoles que firmaran un llamamiento contra la guerra. Sólo una respondió: Clara Zetkin, en forma negativa.²⁴

Rosa Luxemburg y sus seguidores de Berlín, que se habían reducido a un puñado de gente, estaban solos. Comenzaron a organizar reuniones ilegales y a distribuir materiales producidos ilegalmente. Rosa Luxemburg no habría tenido que cumplir la sentencia de prisión, que había recibido en Fráncfort del Meno; al principio de la guerra, el emperador había decretado una amnistía para los presos políticos. Sin embargo, para beneficiarse de esta amnistía, había que hacer una petición al mismo emperador. Rosa Luxemburg no hizo ninguna petición al Zar en 1906, cuando fue encarcelada en la Varsovia rusa, ni tampoco al emperador alemán en 1914. Fue detenida el 18 de febrero de 1915. En la cárcel, escribió material antibélico —siempre engañando a las celadoras— que personas de toda su confianza sacaban con regularidad de la prisión. Además, en esta época redactó obras académicas y el *Folleto Junius*, su ajuste de cuentas con el SPD, que, sin embargo, sólo pudo publicarse en el extranjero, en Suiza (1916).

En 1916, entre mediados de febrero y su nueva detención en julio, participó en otras concentraciones ilegales, como la protesta pública

²⁴ Zetkin temía el aislamiento y escribió: "La protesta ya no cambiaría nada de la actitud de la bancada, permanecerá como una manifestación puramente personal, que ahora no sería entendida por nadie, y que sólo mostraría que estamos completamente aislados, sin apoyo alguno, mostraría lo pequeños e impotentes que somos. Lo más importante sería el efecto para después. La protesta dinamitaría por completo nuestra propia ala —es decir, dentro de las masas, no estoy pensando en los dirigentes— y pospondría por mucho tiempo la confrontación posterior" (Zetkin 1914).

contra la guerra en la plaza Potsdamer Platz de Berlín el 1 de mayo, durante la cual Karl Liebknecht fue detenido y posteriormente condenado a prisión, mientras que algunos amigos pusieron a salvo, a tiempo, a Rosa Luxemburg. Hasta el 9 de noviembre de 1918, día de la revolución en Berlín, Luxemburg estuvo en “prisión preventiva” como prisionera de la administración militar, que ejercía el poder interno durante la guerra: sin cargos, sin condena, estuvo primero en Wronke, cerca de Posen (hoy Wronki, Polonia) y luego en Breslau (hoy Wrocław). Ahí perdió gran parte de su salud a causa de úlceras en el estómago, pero siguió escribiendo sus artículos contra la guerra, que aparecieron en la revista ilegal *Spartacus*, producida y distribuida por Leo Jogiches, el primer compañero de vida de Rosa Luxemburg (entre 1892 y 1906/07); además publicó bajo seudónimo en el semanario censurado *Der Kampf* (La Lucha, de Duisburgo) hasta su prohibición, en junio de 1917.

Si se siguen las declaraciones y los escritos de Luxemburg en los meses y años posteriores al estallido de la Primera Guerra Mundial, se observa un marcado contraste con la actitud de Lenin. Éste último sólo necesitó unos minutos, a lo sumo horas, para liberarse del shock y reconocer la catástrofe como una posible oportunidad. Mientras que Rosa Luxemburg —al igual que Lenin— fustigaba la traición y —a diferencia de éste— se centraba sobre todo en la matanza, la barbarie, la regresión civilizatoria, Lenin se puso inmediatamente a estudiar las opciones estratégicas que surgirían en caso de una previsible derrota de Rusia en la guerra contra Alemania. Tenía presente que la derrota contra Japón en 1904/05 se había convertido en el detonante de la primera Revolución Rusa. A partir de esta percepción, Lenin comenzó a desarrollar los elementos en los que se basó su inusual capacidad estratégica intervencionista en 1917/18 (Brie 2017: 13-52). Como escribió Hannah Arendt, Luxemburg

se negó categóricamente desde el principio hasta el final a ver en la guerra otra cosa que no fuera la más terrible calamidad, fuera cual fuera el resultado: en su opinión, el precio en vidas humanas, especialmente de proletarios, era en cualquier caso demasiado alto. Además, simplemente rechazaba ver a la revolución como beneficiaria de la guerra y el derramamiento de sangre, algo que a Lenin no le importaba en lo más mínimo (Arendt 1989: 66).

Rosa Luxemburg entendía la idea socialista como un bien moral que debía conservarse intacto a través de todos los tiempos. Para Rosa Luxemburg, una idea socialista desacreditada significaba el fin de cualquier movimiento socialista.

Hasta principios de 1918, en los escritos de Luxemburg no se encuentran ensayos elaborados que reflexionen sobre posibles escenarios del fin de la guerra y las opciones estratégicas para la izquierda en Alemania (y mucho menos en Polonia). La instrumentalidad que caracterizaba a Lenin le era ajena. Se dice que Lenin dijo, tras la ejecución de su hermano Alexander, al que tanto admiraba y quería, "Dadme un partido y desquiciaré a Rusia". Luxemburg pensaba de otra manera: a través de su trabajo, de sus escritos, quería animar a las obreras y los obreros, sacudirlos, inspirarlos a tomar sus asuntos en sus propias manos. Esto, sobre todo, era para ella el socialismo, por mucho que lo considerara al mismo tiempo como un régimen de propiedad común. Este régimen, sin embargo, era para ella sólo un medio para el autogobierno de la clase obrera en todos los ámbitos de la vida. Luxemburg quería liberar esta energía del empoderamiento, mientras que Lenin buscaba utilizarla, bajo el control más estricto posible y con el objetivo de conquistar el poder político bajo la dirección de un partido disciplinado.

La orientación radical-democrática de Luxemburg también la llevó a rechazar terminantemente la posibilidad de abandonar el SPD en el otoño de 1914, momento en el que escribió a Kostja Zetkin: "Me reí de tu 'renuncia' al partido. Niño grande, ¿acaso quieres 'renunciar' también a la humanidad?" (GB 5: 7) En otra carta escribió que el peor partido obrero era mejor que ninguno (GB 6: 177). Quería ganar a las masas de obreras y obreros organizados en el SPD para una política diferente, no someterlos a la disciplina de otro partido. No quería obstruir su acceso a la masa de obreras y obreros con conciencia de clase organizados en el SPD: "Tirar el libro de afiliación como una ilusión de liberación es sólo la glorificación al revés del libro de afiliación como una ilusión de poder, ambos son sólo los diferentes polos del cretinismo organizativo". (GW 4: 235) Luxemburg también se resistió durante mucho tiempo a la separación del USPD. No quería perder el contacto con las masas que se unían allí. Quería quedarse con la mayoría para cambiarla: "No basta con que un puñado de personas tengan la mejor receta en el bolsillo y presuma saber dirigir a las masas. Estas masas deben ser arrancadas mentalmente de las tradiciones de un periodo pasado de 50 años, liberadas de ellas. Y sólo pueden hacerlo en el marco del gran proceso de la más aguda autocrítica interna constante del movimiento en su conjunto" (GW 4: 274). Durante mucho tiempo, no quiso aceptar que para ello podía haber la necesidad de una ruptura organizativa. Además, le preocupaba que organizaciones propias pudieran "atar las manos de las pocas personas capaces de actuar" (GB 5: 93).

Para Luxemburg no estaba claro cómo proceder durante y después de la guerra. Se centró en las propuestas para una nueva Internacional, pero en gran parte la dificultad consistió en no poder anticipar opciones concretas de actuación en situaciones previsibles y abiertas. Como ella misma confesó: “Todo sigue cambiando, la gran avalancha parece no tener fin, y determinar la estrategia y ordenar la batalla en un campo tan revuelto y tambaleante es algo endiabladamente difícil” (GB 5:70). Sin embargo, la amplia renuncia al pensamiento estratégico en torno a diferentes situaciones de acción y la negativa, que se mantuvo hasta 1918, a crear un partido propio, resultó fatal en la Revolución de Noviembre. Mientras que los Consejos de Obreros y Soldados veían al SPD y al USPD como partidos socialdemócratas con igualdad de derechos, que juntos debían hacerse cargo provisionalmente de los asuntos del gobierno, los espartaquistas Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, si bien eran conocidos como personas, tan queridos y admirados como odiados, no encarnaron, sin embargo, una fuerza de masas organizada propia en la izquierda. No existían en ese sentido, un hecho que siguió teniendo efecto hasta el levantamiento de enero de 1919. Se demostró que el liderazgo sin organización y sin una confianza en el liderazgo anclado en la organización no sirve para nada en los momentos críticos y no tiene la capacidad de oponer algún poder efectivo a la contrarrevolución organizada.²⁵ La autoorganización de las masas es demasiado volátil sin la organización de las minorías. La apelación directa a un público más amplio puede producir una gran aura moral, pero en los momentos críticos de la acción, como también en los periodos de calma, las organizaciones son cruciales. En su crítica al “cretinismo organizativo”, Luxemburg carecía de un análisis positivo del poder organizativo. Peter Nettl subraya con razón que la “indiferencia, incluso el desprecio, con que trató los problemas y los métodos de or-

²⁵ Como escribió Peter Nettl: “En la Liga Espartaco, al igual que en el SDKPiL, la gente era muy reacia a preocuparse por las cuestiones organizativas: dejemos que otros creen la infraestructura para que luego los apóstoles la puedan ‘conquistar’. La analogía se extiende incluso a la situación en lo personal: la cúpula [...], un grupo de líderes que cooperaban informalmente y que estaban unidos hacia el mundo exterior, pero que se reservaban todas las libertades personales y la idiosincrasia de los intelectuales netamente individualistas; por debajo de ellos, un grupo de activistas menos privilegiados cuya tarea era recaudar dinero, distribuir literatura y, en general, estar al servicio de los líderes, sin glamour externo. Nadie contribuyó más a la creación de este medio político que Rosa Luxemburg, en quien extrañamente se combinaba una actividad muy dirigida a lo público con una autonomía de la vida privada y de las opiniones privadas, que guardó celosamente” (Nettl 1967: 264).

ganización [...] en las sociedades altamente organizadas” estaba fuera de lugar (Nettl 1967: 24).

En los años oscuros de la Primera Guerra Mundial, encerrada durante mucho tiempo en las cárceles del Imperio, Luxemburg estaba absolutamente convencida de una cosa: esta derrota de la socialdemocracia, esta catástrofe histórico-mundial de una guerra de Estados imperialistas, generaría una reacción que pondría el socialismo a la orden del día. En el servicio informativo *Sozialdemokratische Korrespondenz* (Correspondencia Socialdemócrata) del 27 de agosto de 1914, su único órgano de expresión en ese momento, escribió:

Hoy, todavía mudos y rebasados por lo inconcebible, mañana los pueblos se levantarán y reconocerán que una sociedad que albergaba tales monstruos en su seno no podrá sobrevivir. Un orden social que conduce al caos debe ahogarse tarde o temprano en el caos. La recaída de la humanidad en la barbarie o el renacimiento a través de un orden social organizado según un plan y basado en la confraternización de los pueblos, ésta es la disyuntiva a la que se enfrentan todas las naciones civilizadas en la actual guerra mundial, sea cual sea su resultado (GW 7.2: 893).

Tuvo que esperar cuatro años para que esta disyuntiva pareciera ser un punto en el orden del día.



Con Clara Zetkin, en el congreso del partido en Magdeburgo en 1910.

CAPÍTULO 8

La era imperialista y la acumulación del capital

Siempre ha estado reservado a los discípulos transformar las fructíferas hipótesis del maestro en un dogma rígido y encontrar una engréida satisfacción donde un espíritu pionero sentiría la duda creativa (GW 5: 444).

ANTECEDENTES DE LA TEORÍA DE LA ACUMULACIÓN DE LUXEMBURG

La teoría de la acumulación de Rosa Luxemburg tiene antecedentes que se remontan a mediados de la década de 1890. Su tesis doctoral sobre el desarrollo del capitalismo en el Reino de Polonia ocupado por Rusia le enseñó el papel que la transformación de los productores rurales y artesanales de subsistencia desempeñaba en los productores de mercancías y en la integración asociada en los mercados con creciente carácter capitalista. Reconoció cómo la demanda de los pequeños productores de mercancías por los bienes producidos de forma capitalista allanó el camino del capitalismo. Mientras que en *El Capital* Marx se centró en el modelo de una economía nacional capitalista en todos sus aspectos, es decir, asumió un capitalismo “puro”, Luxemburg abordó una economía nacional que incluía tanto a empresas capitalistas a gran escala, como a economías semif feudales a gran escala y una producción a pequeña escala con una participación de la economía de subsistencia, y todo ello en una transformación vertiginosa (GW 1.1: 117-ss.).

En su polémica con Bernstein, se había planteado el problema de la acumulación del capital y sus límites (véase el capítulo 4). Como escribió Luxemburg a Jogiches el 2 de julio de 1898, en la fase álgida de la redacción de sus artículos anti-Bernstein: “Los puntos más difíciles son dos: primero, sobre las crisis; segundo, la prueba positiva de que el capitalismo debe autodestruirse, lo que creo que es *inevitable*” (GB 1: 66). Eso refleja que ya en ese momento no estaba convencida de los argumentos existentes tal y como los formuló Marx, y se propone como reto

“nada más y nada menos que un breve fundamento de nuevo tipo del socialismo científico” (*ibid.*). Seis meses más tarde, el 9 de enero de 1899, especificó su problema en otra carta a Jogiches:

Ahora ayúdame, pero rápido, a resolver la siguiente pequeña idea: con el desarrollo del capitalismo, se desarrollan las contradicciones y la *inviabilidad* no sólo de la *economía* capitalista sino también del *Estado* capitalista. Lo último, es decir, la política capitalista, se dirige también *hacia el colapso*. Un ejemplo de la práctica: en la política internacional, hasta hace unos cinco o seis años, Constantinopla desempeñaba un papel decisivo, en torno a este centro giraba toda la lucha internacional. [...] Hacia 1895 se produjo un cambio importante, la guerra de Japón abrió la puerta hacia China, y la política europea, impulsada por intereses capitalistas y estatales, se lanzó a Asia. Constantinopla pasó a un segundo plano. [...] Lo que está claro es que la partición de Asia y África es el objetivo final, más allá del cual no hay más espacio para el desarrollo de la política europea. Entonces volverá a producirse un *impasse* como el de hace poco con la cuestión de Oriente, y los Estados de Europa no tendrán más remedio que abalanzarse unos sobre otros, es decir, en política comenzará *el período de las crisis finales*, etc., etc. Comprenderás las *espléndidas perspectivas que esto ofrece* (GB 1: 249-250).

Desde el principio, Luxemburg relacionó la cuestión del inevitable colapso del capitalismo con la tendencia a la *sobreproducción* por falta de demanda:

Así que si una crisis mundial, si las crisis parciales ocurren pronto o no, son cuestiones de importancia menor, que ni siquiera pueden contestarse. Simplemente, la *sobreproducción* general en esta o aquella forma debe y va a ocurrir tarde o temprano. Y *esto* es lo que significa la *sentencia de muerte* para la sociedad capitalista (GW 1.1: 550).

En su detallada reseña del libro de Kautsky contra Bernstein (Kautsky 1899), Luxemburg vuelve a mencionar este problema. Incluso en este punto para ella, “la sobreproducción crónica incurable [...] es el último límite hasta el que el régimen capitalista puede mantenerse en absoluto” (GW 1.1: 550), aunque la lucha de clases del proletariado puede provocar el fin del modo de producción capitalista “antes incluso de que haya entrado en la fase de su decadencia” (*ibid.*). Sólo a través del conocimiento de tal *límite absoluto*, argumenta Luxemburg, el socialismo se transforma de una meta que se ubica en un “ámbito nebuloso”

del futuro y que “tal vez se realice después de 500 años” en “una meta previsible y necesaria de la política práctica” (*ibid.*). Sin la asunción de tal límite absoluto, científicamente *comprobado*, según Luxemburg todo el edificio del marxismo se derrumbaría, ya que no tendría ningún fundamento estable. La *realpolitik* revolucionaria que defiende se basa en la conexión entre el objetivo último y la política inmediata. Sin embargo, el objetivo último está, a su vez, justificado para ella por el hecho de que el propio capitalismo produce con absoluta necesidad precisamente ese límite contra el que tarde o temprano deberá estrellarse. La teoría de la acumulación de Luxemburg cumple así, para ella, la función de comprobar científicamente lo que ella sólo había afirmado en la disputa con Bernstein, al igual que para Marx *El Capital* transformó las hipótesis del *Manifiesto Comunista* en una teoría político-económica científica.

Pero sólo con su actividad como maestra de economía nacional en la escuela del partido del SPD a partir de 1907 tuvo la oportunidad de perseguir sistemáticamente la cuestión de los límites absolutos del capitalismo y de encontrar una respuesta que, desde su punto de vista, fuera capaz de explicar esta tesis de forma convincente en términos científicos. Se trataba (a la vez) del regreso al trabajo primordialmente científico, en el que la búsqueda intelectual eclipsó durante un largo momento la inquietud política que, por otra parte, siempre dominó su obra. Una de las participantes en los cursos, Rosi Wolfstein, escribió en 1920 sobre su método de enseñanza:

¿Cómo nos obligó a nosotros mismos a profundizar en las cuestiones económicas nacionales, a entenderlas? Por medio de preguntas. Por medio de preguntas y más preguntas e indagaciones, extrajo de los participantes del curso cualquier conocimiento que tuvieran sobre lo que había que establecer. Por medio de las preguntas, pasó revista a las respuestas y nos dejó escuchar por nosotros mismos dónde y cuánto sonaba a hueco; por medio de las preguntas, sondeó los argumentos y nos dejó ver por nosotros mismos si eran torcidos o lógicos; por medio de las preguntas, nos forzó reconocer nuestro propio error para llegar a nuestro propio descubrimiento de una solución a toda prueba (citado en Hirsch 1969: 72).

En este periodo, cuando trabajaba en *La acumulación del capital*, el problema del imperialismo había adquirido una importancia cada vez mayor para ella. En la Segunda Internacional, las cuestiones del colonialismo, el imperialismo y la guerra constituyeron el centro de la atención. El Congreso de Ámsterdam de 1904 pidió a los partidos miembros que estudiaran más intensamente estas cuestiones. En el

congreso de 1907 se produjeron discusiones acaloradas. Una resolución que destacó los aspectos positivos del colonialismo sólo pudo rechazarse por una estrecha mayoría. Se logró imponer la resolución presentada por Luxemburg, Lenin, Plejánov, Trotsky y otros:

Si amenaza el estallido de la guerra, los obreros y sus representantes parlamentarios en los países implicados están obligados a hacer todo lo que esté en sus manos para impedirlo utilizando los instrumentos apropiados, que naturalmente cambian y aumentan según la agudización de la lucha de clases y la situación política general. Si, a pesar de todo, estallara la guerra, están obligados a interceder por su rápida terminación y a movilizar todas sus fuerzas para explotar la crisis económica y política provocada por la guerra a favor de la agitación política de las capas populares y para acelerar el derrocamiento del dominio capitalista de clase (GW 2: 236).

La agitación política de Luxemburg y su trabajo teórico representaban líneas interconectadas que planteaban preguntas cada una. La política interior y exterior debía entenderse en su relación estratégica, según Rosa Luxemburg (véase GW 3: 11). Ella rechazaba tajantemente una argumentación que presentaba la “política colonial” sólo como “un mal negocio”, ya que esfuerzo y beneficio no coincidían (GW 3: 35). Para ella, el imperialismo era el refuerzo lógico de los elementos que habían acompañado “la historia del capital desde su cuna”:

Es la exacerbación de estos elementos, un cúmulo, un amontonamiento gigantesco de estas contradicciones, lo que ha dado lugar a una nueva época en la formación de la sociedad contemporánea. En una interacción dialéctica, al mismo tiempo consecuencia y causa de la enorme acumulación de capital y de la subsecuente agudización e intensificación de la contradicción interna entre el capital y el trabajo, y externa entre los Estados capitalistas, el imperialismo ha abierto la fase final, la repartición violenta del mundo por el capitalismo rampante (GW 3: 193).

Luxemburg se concentró en el efecto destructivo del capitalismo y el imperialismo sobre los pueblos oprimidos por el colonialismo. A diferencia de Bernstein, no podía ver ninguna bendición civilizadora: “La esencia más íntima, el núcleo, todo el significado y el contenido de la política imperialista de los Estados capitalistas es el progresivo e incesante despedazamiento de todos los países y pueblos no capitalistas, que son gradualmente devorados y digeridos por el capitalismo” (GW 3: 28).

El período posterior a 1870 fue una época de relativa calma en el centro del sistema mundial capitalista y, al mismo tiempo, del reparto colonial definitivo del planeta. La riqueza de las sociedades de Europa Occidental y de Estados Unidos creció y con ello, aunque significativamente menos, la participación en esta riqueza de las clases obreras de los centros capitalistas. La supremacía de la burguesía propietaria en Inglaterra fue sustituida por el dominio de los oligopolios financieros e industriales (sobre las paradojas de este periodo véase Hobsbawm 1989: 9-10).

Pero esta relativa calma llegó a su fin hacia 1900. Mientras que en las metrópolis existía una guerra de posiciones entre el capital y el trabajo, en la periferia estallaban conflictos violentos, en primer lugar, entre los Estados imperialistas, en segundo, entre éstos y los movimientos anticoloniales que se estaban formando, y, en tercero, en forma de revoluciones populares, como las revueltas revolucionarias en China (a partir de 1900), la Revolución Rusa (1905-1907) y la revolución en México (1910-1920). En los principales países imperialistas, las reformas democráticas y sociales se estancaron, la represión imperialista adoptó formas más brutales ante la creciente resistencia, y los conflictos interimperialistas amenazaron con salirse de control. Junto con Lenin y otros izquierdistas radicales de la Internacional Socialista, a partir de 1900 Luxemburg exigió con una decisión cada vez más fuerte que la socialdemocracia tomara “conciencia de la política mundial”, porque “todos los países viven constantemente en estado de guerra” (GW 6: 305-306). Por lo tanto, los movimientos socialistas necesitaban una nueva estrategia y teoría, según ella. Para algunos, importantes supuestos de la teoría de la acumulación del capital de Marx parecían simplemente refutados, para otros, parecía necesaria una actualización y ampliación de su economía política para encontrar una respuesta activa a los desafíos. Raya Dunayevskaya llama la atención sobre el siguiente contexto:

A principios del siglo XX, la transición del capitalismo a su fase imperialista inauguró una época completamente nueva, porque también surgió su opuesto directo: la revolución. Sin duda, esta nueva dimensión global —la Revolución Rusa de 1905, que también anunciaba una nueva etapa en la historia mundial en el Este— hizo que la dialéctica de la historia fuera muy real para Luxemburg (Dunayevskaya 1981: 6).

Los análisis de las sociedades en las que prevalecía el modo de producción capitalista, presentados en este período, se vieron influenciados sobre todo por el estupendo estudio de Rudolf Hilferding

sobre el capital financiero, publicado en 1910 (Hilferding 1947). A este estudio se refirieron los principales teóricos de la Segunda Internacional, desde Kautsky (Kautsky 1911, 1914) hasta Bujarin en 1917 (Bucharin 1969) o Lenin (Lenin 1916). Una fuente importante para todos ellos fue también la obra de 1902 de John Atkinson Hobson (Hobson 1968). Tomaron como punto de partida el desarrollo del crédito y de las sociedades anónimas ya observado por Marx y la centralización del capital que predijo. Engels había extrapolado esta centralización a una situación “en que el capital social global se unificara en las manos, ya sea de un capitalista singular, ya sea de una sociedad capitalista única” (MEW vol. 23: 656; traducción de Pedro Scaron en Marx, *El capital*, tomo I, vol. 3: 780, Siglo XXI, México, 1988).

LA SOCIEDAD COMO ORGANISMO CULTURAL

El enfoque de Rosa Luxemburg sobre la acumulación capitalista se situaba claramente fuera de este discurso. Reconoció la importancia de los grandes bancos y de las grandes empresas, así como de los cárteles, pero, a diferencia de muchos de los teóricos mencionados, no vio en esta centralización y concentración sobre todo preformas del socialismo que, en el fondo, sólo había que invertir en beneficio de los obreros, sino que hizo hincapié en el efecto destructivo que tenían en las economías coloniales o semicolonias, especialmente en la producción campesina a pequeña escala. Analizó en detalle la redistribución hacia las organizaciones monopólicas, mediadas por los órganos del Estado. Su punto de referencia positivo no eran las organizaciones a gran escala del capital o del Estado, sino la autoorganización de los obreros y, no menos importante, de los campesinos en las comunidades precapitalistas, que mencionó repetidamente para ilustrar la posibilidad de un orden económico y de propiedad no capitalista, especialmente en su “Introducción a la economía nacional” (GW 5: 524-778). Analizó con agudeza su destrucción. En 1907 dio conferencias públicas al respecto ante 1100 espectadoras y 3,500 espectadores. Fueron grandes eventos públicos.

Como señaló Christel Neusüß (1985: 306), el planteamiento central de Rosa Luxemburg es el de la *reproducción de la sociedad en su conjunto*. Luxemburg entendía la sociedad como un *organismo cultural* del que la economía, con sus manifestaciones socioculturales y políticas concretas, forma parte. Comenzó su trabajo sobre la acumulación del capital no, como Marx, con la mercancía como forma elemental de riqueza, sino con una reflexión sobre la conservación de la sociedad en su conjunto y su amenaza a través de la acumulación capitalista, su-

brayando: “En primer lugar, la repetición regular de la producción es el requisito general y la base del consumo regular y, por tanto, la condición previa de la existencia cultural de la sociedad humana bajo todas sus formas históricas. En este sentido, el concepto de reproducción contiene un elemento histórico-cultural” (GW 5: 10). Ella hacía sus preguntas partiendo del conjunto de la sociedad y examinaba las amenazas a las que este conjunto, especialmente sus miembros más débiles, estaban expuestos por la acumulación de capital. Es precisamente este punto de partida el que hace que la obra de Luxemburg sea tan actual y tenga una acogida tan intensa. Para Rosa Luxemburg, siempre se trataba de civilizaciones que se “reproducen”, y no sólo de relaciones tecnológicas y económicas. Por eso el capitalismo le parecía “una cosa imposible”, una sociedad sin organización consciente que “sin embargo puede formar un todo y puede existir” (GW 5: 770). Con ella, la economía política se convirtió en economía político-cultural (ver los nuevos planteamientos de Sum/Jessop 2013).

Siempre existe un vínculo inseparable entre la pregunta principal en que se basa una investigación y los modelos elegidos, el método de investigación y los objetos empíricos de la investigación (Brie 2019: 69). Marx supuso que una revolución social comunista surgiría de las luchas emancipadoras de las clases obreras de los países muy desarrollados. Este supuesto estratégico determinó en gran medida su proceso de investigación en economía política. Por lo tanto, *El Capital* asumió un modo de producción capitalista en abstracción de las relaciones no capitalistas, excluyó el trabajo reproductivo familiar y público, la simple producción de mercancías y las colonias. Sólo se incluyeron los procesos que parecían absolutamente necesarios para fundamentar una revolución proletaria. No fue una decisión tomada por ignorancia, sino por el deseo de no incluir en el análisis más supuestos de los absolutamente necesarios para fundamentar la hipótesis que guiaba la investigación. Luxemburg, partiendo de la experiencia de la época imperialista, se dio cuenta de que había que ampliar el objeto de investigación de un análisis marxista de la sociedad para fundamentar una estrategia revolucionaria en las nuevas condiciones. En su opinión, la totalidad a considerar estaba formada por dos grupos de países. Sólo a partir de su unidad contradictoria podría explicarse la totalidad de la acumulación de capital (Córdova 1974: 77-78).

A diferencia de Hilferding, Luxemburg no veía las razones de la creciente conflictividad del capitalismo, tanto externa como internamente, principalmente en el hecho de que “el capital financiero en su plenitud significaba el más alto nivel de perfección del poder económico y político en manos de la oligarquía del capital” y que esto era

“siempre incompatible con los intereses de las masas populares explotadas por el capital financiero, pero también llamadas a la lucha” (Hilferding 1947: 518). Tampoco definió el problema como Lenin, quien subrayó que “los monopolios, la oligarquía, el afán de dominación en lugar de la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por parte de unas pocas naciones ricas o poderosas” caracterizaban al imperialismo como un “capitalismo parasitario o capitalismo en vías de putrefacción” (Lenin 1916: 305). Ella veía la causa de las crisis en los propios límites de la acumulación capitalista, a lo que se reaccionaba con una respuesta militar, autoritaria y antisocial. No se centró en la forma particular del capitalismo de principios del siglo XX, sino que vio en esta forma la intensificación de las contradicciones generales. Ésta es a la vez la fuerza y la debilidad de su enfoque.

EL CAPITALISMO COMO UNA FORMA IMPOSIBLE DEL MUNDO

Una de las intenciones de la economista Rosa Luxemburg era hacer superflua su propia profesión: una vez que la producción de mercancías hubiera sido superada, la economía política terminaría; Rosa Luxemburg no tenía en mente nada menos que eso. Si bien política y científicamente procedía de la escuela de Marx, no se convirtió en uno de los muchos epígonos del pensador de Tréveris. Todo lo contrario.

Para poder analizar la producción capitalista de plusvalía, que entonces —al precio de la ruina— incluía el crecimiento, la expansión permanente, Marx había decidido trabajar con un modelo simplificado. Asumió una sociedad compuesta sólo por capitalistas y asalariados; una sociedad que, en otras palabras, nunca existió de esta manera, como el propio Marx enfatizó repetidamente. Pero sólo en estas “condiciones de laboratorio” le fue posible descubrir ciertas relaciones básicas de este modo de producción. Fue capaz de mostrar cómo se crea la plusvalía, cómo no se consume, sino que se le suministra a la producción —el proceso de acumulación— para producir aún más mercancías y conseguir aún más plusvalía. Cualquier capitalista que se negara a jugar a este juego, tarde o temprano sería superado por la competencia, según Marx.

Sin embargo, Marx no pudo responder a una pregunta con su enfoque simplificado: de dónde viene el crecimiento, de dónde viene el aumento constante de las ventas, es decir, la retransformación rentable del capital invertido en mercancías en todavía más capital. Aquí es donde entraba Rosa Luxemburg. Supuso que, en una sociedad compuesta únicamente por capitalistas y asalariados, la expansión de las

ventas era imposible. Sin embargo, no rechazó a Marx, sino que tomó sus ideas y emprendió el camino de vuelta, de la abstracción a la realidad. Allí se encontró con un tercer factor además del capital y el asalariado: los actores de los mercados de venta no capitalistas. Su descubrimiento:

La producción capitalista, como auténtica producción de masas, depende de los compradores de los círculos campesinos y artesanales de los antiguos países, así como de los consumidores de todos los demás países, mientras que, por su parte, no puede desenvolverse técnicamente en absoluto sin los productos de estos estratos y países (ya sea como producción, ya sea como alimento). Así, desde el principio, tuvo que desarrollarse una relación de intercambio entre la producción capitalista y su medio no capitalista, en la que el capital encontró tanto la posibilidad de realizar su propia plusvalía para los fines de una mayor capitalización en oro puro, como de proveerse también de todo tipo de mercancías necesarias para la expansión de su propia producción y, finalmente, de obtener un nuevo acceso constante a una fuerza trabajo proletarizada mediante la destrucción de esas formas de producción no capitalistas (GW 5: 249).

Según Luxemburg, la circulación del capital se paralizaría si no lograra conquistar el mundo no capitalista como proveedor barato de materias primas y como mercado para los costosos productos industriales de las “metrópolis” capitalistas, que se pelearían por ello: la competencia por estas zonas acabaría llevando a las “metrópolis” capitalistas a una guerra mundial. Este punto de vista fue expresado por Rosa Luxemburg en 1913 en su obra *La acumulación del capital. Una contribución a la explicación económica del imperialismo*. Le apostó a un gran éxito, pero este no se materializó. Salvo su aliado Franz Mehring, que proporcionó gratuitamente una reseña positiva a los más de 70 periódicos del SPD, la clase dirigente del partido reaccionó más bien con bastante malestar ante la camarada radical —que era tan popular en su base—, sobre todo por los ataques de Rosa Luxemburg a la política cada vez más tibia de la dirigencia socialdemócrata. Este conflicto influyó también en forma negativa en la recepción de esta obra de Luxemburg.

Su libro, por cierto, no estaba bien logrado: durante largos tramos, las primeras 200 páginas se leen como una autocomunicación, como un borrador. Sólo los siete capítulos históricos sobre la acumulación, el imperialismo y el militarismo que aparecen al final del volumen son diferentes: ahí tenemos un ejemplo de literatura mundial. Después de

su fracaso, Rosa Luxemburg respondió a sus críticos en otra obra que ha pasado a la literatura bajo el título de *Anticrítica*. Escribió esta obra en 1915, cuando tuvo que cumplir una condena de un año de prisión en la cárcel de mujeres en la calle Barnimstraße de Berlín debido a su intransigente política antibélica. Como nadie se atrevió a imprimir nada de la proscrita, el libro no fue publicado sino hasta 1921 por la editorial Franke de Leipzig, dos años después del asesinato de la autora. El avance en *Anticrítica* en comparación con *La acumulación del capital* se debía menos al contenido que a la forma de presentarlo. Porque aquí Rosa Luxemburg logró presentar sus puntos de vista de manera coherente y con mucha elocuencia. Sin embargo, también en este trabajo sus cálculos mostraron errores. Fue Fritz Sternberg (véase Grebing/Scherer 2017), prácticamente olvidado durante mucho tiempo, quien recién en 1926 superó estas debilidades en su libro *El imperialismo* (Sternberg 1926): donde elaboró plenamente el enfoque de Luxemburg. Por lo tanto, quien quiera estudiar la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburg hará bien en empezar con Sternberg (Sternberg 1929). Como siempre en la historia de la investigación, el progreso no comienza con las respuestas correctas, sino con preguntas inteligentes. Luxemburg tenía varias de ellas, aunque no pudo responderlas todas.

La obra de Luxemburg *La acumulación del capital. Una contribución a la explicación económica del imperialismo* fue provocada por varios factores. En primer lugar, la observación atenta del cambio de los conflictos políticos mundiales desempeñó un papel esencial. En segundo lugar, mientras enseñaba en la escuela del partido SPD, se encontró con problemas que no pudo resolver dentro del paradigma de Marx, del cual se había apropiado. En tercer lugar, su interés por las formas de economía precapitalistas, por un lado, con sus rasgos comunistas, y la empatía por los pueblos subyugados por el imperialismo, por otro, favorecieron la orientación de su propuesta de solución. El detonador inmediato fue su trabajo sobre una *Introducción a la economía nacional*, que quedó en un fragmento y no se publicó sino hasta 1925. A Kostja Zetkin le escribió en ese momento:

Estoy ocupada con mi trabajo sobre la economía, y de hecho, en el último capítulo, donde quiero argumentar acerca del imperialismo. [...] La argumentación estrictamente económica me llevó a las fórmulas de Marx al final del segundo volumen de *El Capital*, que desde hace tiempo me resultaban inquietantes y en las que ahora encuentro una tontería tras otra. Tendré que dedicarme a fondo a esto, de lo contrario no podré establecer mi punto de vista. Esto me agrada como un reto para el cerebro, pero requiere tiempo". (GW 4: 124).

El principal problema teórico inherente para Luxemburg era que no podía encontrar una respuesta dentro de la Economía Política de Marx a la pregunta: “¿Quién puede [...] ser un comprador, un consumidor para la producción social de mercancías, cuya venta es el factor que sólo hace posible la acumulación? Esto está claro, no pueden ser ni los obreros ni los propios capitalistas” (GW 5: 426).

En su trabajo para resolver el problema de la acumulación, se cruzaron tres intereses de Luxemburg: en primer lugar, buscó una respuesta a por qué el capitalismo se topa inevitablemente con límites que no puede cruzar. Para ella, el marxismo tradicional no lograba aclararlo de forma convincente. En segundo lugar, su perspectiva desde Europa central oriental era especialmente sensible a las destrucciones que el capitalismo causaba en su periferia. Más concretamente, fue una de las primeras marxistas en mirar desde la (semi)periferia al centro del capitalismo mundial. Y, en tercer lugar, buscó una justificación para las tensiones imperialistas en aumento y la creciente amenaza de guerra. El prefacio de su trabajo de diciembre de 1912 termina con las siguientes palabras: “Si he logrado abordar este problema de una manera científicamente exacta, entonces, aparte de causar un interés puramente teórico, el trabajo debería, me parece, tener también algún significado para nuestra lucha práctica contra el imperialismo” (GW 5: 7).

Rosa Luxemburg ubicó la contradicción central del capitalismo en el hecho de que “la acumulación capitalista necesita formaciones sociales no capitalistas como entorno para moverse; avanza en constante metabolismo con ellas y sólo puede existir mientras encuentre este ambiente” (GW 5: 315). También se podría decir: ¡sin no-capitalismo, no hay capitalismo! Esto, opinó, estaba “conforme con la doctrina de Marx”, pero en realidad se trataba de una visión fundamentalmente diferente de la acumulación de capital de la perspectiva adoptada por Marx en el primer volumen de *El Capital*. Marx sólo había considerado, según Luxemburg, “un lado” de esta acumulación, el que se realiza entre el capital y el trabajo en el “lugar de producción de la plusvalía”. Y, “la otra cara de la acumulación de capital”, decía Luxemburg, “tiene lugar entre el capital y las formas de producción no capitalistas” (GW 5: 397). Este lado de la acumulación de capital, sin embargo, era tan finito como el globo terrestre, al que incluso en su época era ya posible darle la vuelta en mucho menos de ochenta días. En los últimos cien años, sin embargo, también ha quedado claro “que el capitalismo no sólo produce su propio ‘exterior’, sino que también tiene un gran interés en mantener este exterior para poder seguir viviendo de sus recursos” (Soiland 2016: 209).

Para Rosa Luxemburg, la acumulación de capital era la combinación de la explotación del trabajo asalariado y la destrucción de las

civilizaciones no capitalistas. En este último encuentra algo que el capitalismo, en su opinión, no posee: la producción para las necesidades inmediatas y el acuerdo directo concertado de los asuntos comunes. El modelo era la “organización económica comunista agraria”. Con esto simpatizaba, como demuestra su elección de palabras:

No puede imaginarse algo más simple y más armonioso al mismo tiempo que este sistema económico de la antigua comarca germánica. Todo el mecanismo de la vida social se expone en ella como en una mano extendida. Ahí, un plan estricto, una organización rigurosa abarcan el hacer y no hacer de cada individuo y lo integran como partícula en el conjunto. Las necesidades inmediatas de la vida cotidiana y su satisfacción por igual para todos, ése es el punto de partida y el punto final de toda la organización. Todos trabajan juntos para todos y todos determinan todo juntos. Pero, ¿de dónde surge esta organización y el poder de la totalidad sobre el individuo y en qué se fundamenta? No es otra cosa que el comunismo en torno a la tierra, es decir, la propiedad común del medio de producción más importante por parte de los que trabajan (GW 5: 656).

Hizo comentarios similares sobre el sistema económico bajo el dominio inca. Para Luxemburg, las sociedades precapitalistas eran un “valioso punto de referencia histórico que permite criticar el capitalismo” (Löwy 1989: 141).

Luxemburg encontró el fundamento de que la acumulación del capital depende necesariamente de entornos no capitalistas en la tesis de que la plusvalía siempre creciente no podía encontrar realización en las condiciones del intercambio equivalente y en el hecho de que no se daba únicamente por el consumo de los propios capitalistas, ya que la plusvalía era precisamente algo que se producía más allá del intercambio de valores iguales. Dentro de los esquemas de reproducción de Marx del segundo volumen de *El Capital*, no se podía explicar de dónde podía venir la demanda adicional del valor creado adicionalmente. Según ella, se requería de “terceras personas” (GW 5: 299). Se aplicaba el caso de que “*al menos* la plusvalía a capitalizar y la parte de la masa de producción capitalista que le correspondía” debía realizarse fuera de los círculos capitalistas, es decir, precisamente en el “mundo no capitalista” (GW 5: 308).

El mercado interno y el externo desempeñan ciertamente un papel importante y fundamentalmente diferente en el curso del desarrollo capitalista, pero no como conceptos de la geografía política, sino de la economía social. El mercado interior desde el punto de vista de la

producción capitalista es el mercado capitalista, es esta producción misma como compradora de sus propios productos y como fuente de suministro de sus propios elementos de producción. El mercado exterior del capital es el entorno social no capitalista que absorbe sus productos y le suministra elementos de producción y mano de obra (GW 5: 315).

A diferencia de todos los modos de producción anteriores, sostiene Luxemburg, el capitalismo debía desplazar todas las formas no capitalistas y, sin embargo, las necesitaba como el aire para respirar. El capitalismo, decía, era una forma económica que “al mismo tiempo que tiende a convertirse en una forma mundial, fracasa por su incapacidad interna de ser una forma mundial de producción” (GW 5: 411). Al respecto, podía recurrir a su brillante y breve compendio del desarrollo de la producción mundial de algodón y de la revolución capitalista-industrial, en el que presenta con precisión las contradicciones del capitalismo, del colonialismo y de la nueva esclavitud, así como de la servidumbre, de los centros y de las periferias (GW 5: 557-563, véase la nueva presentación de Beckert 2014).

El problema de la demanda efectiva en las condiciones de la reproducción ampliada, que subraya Luxemburg, no puede ignorarse remitiéndose a la demanda de las empresas capitalistas de conseguir capital constante y al consumo propio en expansión de los productos propios de las empresas, como el hierro, el carbón, etc. Tampoco desvía la atención de la contradicción entre el capital y el trabajo asalariado y el carácter de clase de la acumulación capitalista. Tampoco distrae de la contradicción entre el capital y el trabajo asalariado y del carácter de clase de la acumulación capitalista (véase entre otros a Dunayevska 1981: 41; Hudis 2014: 478-ss.) cuando Luxemburg subraya que el movimiento de estas (y otras) contradicciones debe pasar forzosamente por la cuestión de la demanda. Además de los entornos no capitalistas, llama la atención sobre el gasto del Estado (particularmente en el ámbito del armamento), aunque sólo en las últimas páginas de su obra. Los intentos posteriores de tratar en el marco del fordismo, del Estado social, del macrocontrol keynesiano o de la acumulación impulsada por la deuda, los problemas que señaló Luxemburg, revelan la diversidad de formas de tratar la contradicción entre el impulso por una reproducción ampliada de la relación de capital y el aseguramiento de las condiciones de valorización necesarias para ello, que incluyen no sólo la creación de demanda, sino sobre todo las múltiples formas de trabajo absolutamente necesarias para la reproducción de las sociedades como civilizaciones. Bellfiore resume así las tres principales ideas económicas de Luxemburg:

Son (1) la naturaleza macromonetaria del proceso capitalista y, por tanto, la centralidad de las finanzas en la acumulación del capital; (2) la dependencia del equilibrio dinámico de la reproducción ampliada de la dinámica de la inversión, y su dependencia del incentivo a la inversión; y (3) la fundamentación de la teoría de la crisis en la dinámica de la producción de valor y plusvalía, ya que la crisis de su realización es la consecuencia necesaria de la realización de la *plusvalía relativa*, que produce la caída tendencial del salario “relativo”. Es cierto que Luxemburg no fue capaz de explotar al máximo sus hallazgos, pero también es cierto que sus críticos ni siquiera vieron el problema que planteaba (Bellofiore 2013b: 5-6).

No existe, como señaló Luxemburg en repetidas ocasiones, el colapso automático. Judith Dellheim se refirió a este aspecto de su trabajo cuando escribió: “¿Cómo llegan las y los obreros a estar dispuestos y ser capaces de cambiar sus necesidades materiales y sus formas de vida de tal manera que pongan fin y superen la violencia entre ellos, contra obreras y obreros de otros países, contra las poblaciones socialmente más débiles de todo el mundo, contra la naturaleza?” (Dellheim 2016: 313) Mientras no se encuentre esta respuesta, la acumulación capitalista abrirá siempre nuevos campos de acaparamiento y expropiación de tierras y transformará sus propias consecuencias destructivas en un objeto cada vez mayor de la valorización.

En relación con la discusión sobre el llamado trabajo productivo, es decir, el trabajo que crea plusvalía en el sentido de Marx, Luxemburg señaló el hecho de que las actividades más importantes que hacen posible la vida humana en absoluto, que producen y mantienen a los seres humanos como seres humanos, las actividades que ocurren en el hogar y que todavía hoy son realizadas principalmente por mujeres, son consideradas improductivas. Expone esta contradicción con las siguientes palabras:

A diferencia de las mujeres de la clase capitalista, las mujeres del proletariado son económicamente independientes, son *productivamente* activas para la sociedad al igual que los hombres. No en el sentido de que ayuden al hombre con el trabajo doméstico para sacar adelante la existencia diaria de la familia y de que críen a los hijos con un salario raquítico. Este trabajo no es productivo en el sentido del orden económico capitalista actual, aunque sus miles de pequeñas labores resulten en un enorme esfuerzo de abnegación y energía. Es sólo un asunto privado del proletario, su felicidad y bendición, y por eso mismo insignificante para la sociedad actual. Mientras dure el dominio

del capital y el sistema salarial, sólo se considera productivo el trabajo que crea plusvalía, que genera el beneficio capitalista. Desde este punto de vista, la bailarina en el Tingeltangel, que con sus piernas llena los bolsillos de su empresario de ganancias, es una trabajadora productiva, mientras que todo el trabajo de las esposas y madres del proletariado entre las cuatro paredes de sus hogares se considera una actividad improductiva. Esto suena crudo y loco, pero corresponde exactamente a la crudeza y la locura del actual orden económico capitalista (GW 3: 163).

Raya Dunayevskaya llama la atención sobre una grave debilidad en la teoría de la acumulación de Luxemburg. Porque, por un lado, Luxemburg desplaza la atención del enfoque simplista sobre la relación entre el capital y el trabajo asalariado en los sectores capitalistas núcleos de la industria y los centros industriales. También analiza con detalle las destrucciones provocadas por la penetración imperialista en todo el planeta, y escribe ampliamente sobre los levantamientos de los pueblos oprimidos en África, Asia y América Latina. Pero, por otro lado, de ello no saca la conclusión de que estos pueblos podrían convertirse ellos mismos en sujetos revolucionarios en la época imperialista. No abandona su mirada que se enfoca sólo en el proletariado como única fuerza revolucionaria. Dunayevskaya escribe:

Algunas de las mejores representaciones en *La acumulación* de Luxemburg se encuentran en su descripción del proceso “real” de acumulación a través de la conquista de Argelia y la India, la Guerra del Opio contra China, la Guerra Anglo-Bóer y la repartición de África, y el exterminio de la población indígena de las Américas. Aunque Luxemburg describió con gran detalle cómo la guerra entre los bóers y los ingleses se libró “sobre las espaldas de los negros”, no sacó ninguna conclusión sobre los negros africanos como fuerza revolucionaria. El papel revolucionario estaba reservado exclusivamente al proletariado. En su crítica a los diagramas de Marx, veía las categorías económicas sólo como económicas y no principalmente como símbolos de la propia lucha de clases (Dunayevskaya 1981: 37).

El deslinde de Rosa Luxemburg de todo lo que podía parecer como pequeñoburgués o nacionalista, como intereses especiales de las mujeres y los “dolores judíos”, es tan absoluto que en sus consideraciones estratégicas no incluye a las potencias universales inherentes a estas luchas particulares. Para ella, el proletariado es y sigue siendo la clase universal, lo que ocasionó que las propias tendencias nacionalistas,

imperialistas, antisemitas o sexistas de esta clase aparecieran como meras aberraciones a superar en el curso del autoempoderamiento revolucionario.

Con Rosa Luxemburg, la teoría de la acumulación tomó un giro orientado al imperialismo y a la reproducción, mismo que ha mantenido hasta hoy. Si Marx asumía un “capitalismo puro” como abstracción real cuya consecuencia era que sólo el proletariado apareciera como clase verdaderamente progresista, Luxemburg construyó la relación entre el modo de producción capitalista y los modos de producción no capitalistas como constitutiva de toda acumulación de capital; pero no sacó de ello las posibles conclusiones estratégicas revolucionarias. Rosa Luxemburg realizó así una ampliación trascendental del enfoque sobre la acumulación de Marx. Desde este punto de vista, la clase obrera tiene que enfrentarse directamente al capital y a aquellas destrucciones que producen el imperialismo y el militarismo. Como formula Peter Hudis: “Rosa Luxemburg sigue siendo una persona de referencia crucial para nuestro tiempo, porque insistió en que la acumulación de capital no sólo depende de las dinámicas internas *temporales* de determinadas sociedades capitalistas, sino sobre todo de la penetración *espacial* y la destrucción del mundo no capitalista por parte del capitalismo” (Hudis 2014: 474). Al mismo tiempo, esto planteó la cuestión sobre la importancia que tienen las luchas anticoloniales y antiimperialistas para una estrategia socialista. Para Luxemburg, en cualquier caso, estaba claro que la ignorancia en cuanto a la contradicción de la acumulación capitalista que ella había señalado, y que siempre se abordaba de forma imperialista violenta, conduciría inevitablemente al “miserable fiasco de la socialdemocracia” (GW 5: 517), algo que experimentó en la Primera Guerra Mundial.

El capital, según la definición de la época de Rosa Luxemburg, se expandía en su figura militarista actual y destruía tanto externa como internamente precisamente el poder adquisitivo que necesitaba para realizar la plusvalía. Ella llegó a esta fulminante conclusión:

Cuanto más violentamente el capital, por medio del militarismo, destroza la existencia de los estratos no capitalistas tanto en el mundo exterior como en su propia casa, y empeora las condiciones de vida de todos las capas trabajadores, más se transforma la historia cotidiana de la acumulación del capital en el escenario mundial en una cadena continua de catástrofes y convulsiones políticas y sociales, que, junto con las catástrofes económicas periódicas en forma de crisis, harán que la continuación de la acumulación sea una imposibilidad, que la rebelión de la clase obrera internacional contra el dominio del capital sea una necesidad, incluso antes de que haya encontrado

económicamente su barrera natural autocreada [la suspensión de la demanda no capitalista] (GW 5: 410-411, véase también la conclusión de su *Introducción a la economía nacional*, publicada después de su muerte, GW 5: 778, y la *Anticrítica*, GW 5: 430).

Sólo la revolución política de la clase obrera podía resolver positivamente esta contradicción, argumentaba Luxemburg, de lo contrario existía la amenaza de caer en la barbarie (véase GW 7.1: 229).²⁶

FUNDAMENTACIÓN POLÍTICO-ECONÓMICA DE UNA NUEVA ESTRATEGIA

La combinación de procesos en los centros y (semi)periferias del sistema mundial capitalista desde siempre se ha caracterizado por fuertes rasgos de barbarie. Teniendo en cuenta este hecho, Hannah Arendt, recurriendo directamente a Rosa Luxemburg, concibió el imperialismo como uno de esos “elementos” de un régimen totalitario que prepararon el camino al nacionalsocialismo. Escribió:

Entre los libros sobre el imperialismo, quizá ninguno esté guiado por un instinto histórico tan extraordinario como el trabajo de Rosa Luxemburg. Debido a que en el curso de sus estudios llegó a resultados que no podían conciliarse con el marxismo ni en su forma ortodoxa ni en su forma reformada, y sin embargo no pudo liberarse del instrumental que había traído consigo, su obra quedó fragmentada; y como no pudo complacer ni a los marxistas ni a sus adversarios, pasó casi inadvertida (Arendt 1995: 254).

Las conclusiones estratégicas de Luxemburg para el movimiento obrero socialista fueron, sobre todo, la confrontación consecuente con

²⁶ Riccardo Bellofiore lo evalúa así: “Con todas sus limitaciones, el análisis económico de Luxemburg representó nada menos que un renacimiento de la teoría del valor como teoría de la explotación en una economía monetaria, caracterizada por la competencia dinámica entre empresas. Su originalidad radica en retomar la perspectiva de Marx con un enfoque que desde entonces ha sido desarrollado por teorías viejas (Wicksell, Schumpeter, Keynes) y nuevas (Schmitt, Parguez, Graziani) de la circulación del dinero. Precisamente lo que Kautsky o Lenin, Bauer o Bujarin veían como sus ‘errores’ aparece ahora como algo que convierte a Luxemburg en pionera de una teoría macroeconómica de la explotación, la acumulación y la crisis” (Bellofiore 2010). Ya en 1939, Michał Kalecki había señalado que Luxemburg había proporcionado la “formulación más clara” del problema de la demanda efectiva antes que Keynes (Kalecki 2003: 46).

el imperialismo, el militarismo y el colonialismo y una solidaridad inequívoca con los pueblos subyugados y desposeídos por el capitalismo.

Rosa Luxemburg, después de evaluar la Revolución Rusa de 1905, desarrolló una comprensión de la política que ya no conocía ninguna línea divisoria entre las luchas del movimiento obrero organizado y las capas más amplias del proletariado, incluyendo a aquéllas que a menudo habían sido simplemente descartadas como “lumpenproletariado”, aun por Marx. Incluyó en estas luchas a las capas más amplias populares, sin olvidar a los campesinos, que durante mucho tiempo habían sido tachados, simplemente, de reaccionarios. Hizo hincapié en la conexión entre las luchas de los países capitalistas desarrollados, las de Rusia y las de los pueblos colonizados o semicolonizados de África, América Latina o Asia. En todos estos conflictos, a sus ojos, siempre fue la acumulación del capital, por un lado, y la resistencia contra ella, por otro, lo que directa o indirectamente marcó la agenda. En este sentido, era posible que la mayor innovación emancipadora pudiera venir, precisamente, de los que no estaban en el centro del sistema. También en teoría, la clase obrera alemana perdió así su posición de vanguardia para Luxemburg. Y no veía las colonias como meros apéndices económicos de los centros, ni a los pueblos sometidos como objetos de “civilización”. Un volante del SPD escrito en el espíritu imperial lo comentó con las palabras:

Falta decir que en todo el panfleto no se dice ni una palabra de los pueblos, de los nativos de las colonias, de sus derechos, intereses y sufrimientos como consecuencia de la política mundial; que el panfleto habla varias veces de la “brillante política colonial inglesa” sin mencionar el tifus periódico de los hindúes causado por el hambre, el exterminio de los nativos de Australia, el látigo en la espalda de los fellah egipcios (GW 3: 35).

Las simpatías de Luxemburg estaban con la resistencia, aunque, a diferencia de Lenin, todavía no preveía estratégicamente el surgimiento de movimientos anticoloniales completamente independientes y exitosos.²⁷ Al mirar *en la práctica* el conjunto de las luchas y ver el mundo desde el punto de vista de los oprimidos, de los autoorganizados, de los que luchan, y al mirar *en la teoría* la acumulación del capital en su

²⁷ Sólo el “fracaso” del movimiento obrero europeo, durante y después de la Primera Guerra Mundial, abrió los ojos de la izquierda al tema. La temprana Tercera Internacional fue la primera que incluyó a movimientos de las colonias en igualdad de condiciones (Leonhard 1981).

conjunto y no limitarse a la relación inmediata capital-asalariado, abrió el marxismo y el socialismo a nuevas formas de movimientos y luchas. Para Luxemburg, su replanteamiento de la teoría de la acumulación de Marx y su fundamentación de una estrategia de autoorganización de los obreros y de las masas populares en su conjunto—incluso contra la dominación de los aparatos burocratizados de su propio movimiento—apuntaban a la unidad.

Todo esto también cambiaba la visión sobre el socialismo. Para Rosa Luxemburg, no se trataba simplemente de un sistema industrial en manos de una clase obrera victoriosa, sino del comienzo de una nueva civilización que no sólo recogería el legado de la gran industria, sino un patrimonio civilizatorio mucho más rico. El socialismo era para ella “a la vez una forma intrínsecamente mundial y en sí mismo un sistema armonioso, porque estará dirigido no a la acumulación sino a la satisfacción de las necesidades de vida de la propia humanidad que trabaja, mediante el desarrollo de todas las fuerzas productivas del planeta” (GW 5: 411), así rezan las últimas palabras de su escrito *La acumulación del capital*. En una nueva sociedad, superior al capitalismo, surgirían elementos de las formas económicas precapitalistas, según la visión de Luxemburg: producción para las necesidades reales, transparencia de las relaciones inmediatas, autodeterminación democrática de los productores y democracia directa.²⁸

²⁸ Rosa Luxemburg coincidió con William Morris, quien veía en el futuro comunismo, sobre todo, un renacimiento basado en la libertad, del modo de vida comunal-individual de las sociedades tardomedievales (Morris 2013). Para Luxemburg, el ideal de una sociedad futura no era la fábrica totalizada ni la organización burocrática, más bien, buscó modelos en el mundo vivo y orgánico y en comunidades vivas. Al igual que para Marx, para ella el capitalismo era una etapa necesaria de paso, aunque celebraba menos los “logros” de esta etapa y hacía hincapié en las pérdidas civilizatorias mucho más que Marx.



Rumbo al Tribunal Penal de Berlín, 1914, junto con su abogado y Paul Levi.

CAPÍTULO 9

El ensayo *Sobre la Revolución Rusa* de 1918: una sinfonía del socialismo democrático

Los bolcheviques “se han ganado [...] el imperecedero mérito histórico de proclamar por primera vez los objetivos últimos del socialismo como programa inmediato de la política práctica” (GW 4: 341).

Retrocedamos al verano de 1918: un año antes, Rosa Luxemburg había sido trasladada a la prisión de Breslavia. Había pasado más de un año desde que se inició la revolución en Rusia, que ella saludó con tanto entusiasmo. Al estallar la Revolución de Febrero en Petrogrado (nombre de 1914–1924 de San Petersburgo), Luxemburg sabía: “Los acontecimientos rusos son de un alcance incalculable, tremendo, y considero que lo que ha ocurrido allí hasta ahora es sólo una pequeña obertura. Las cosas tienen aún que adquirir grandiosidad, eso está en la naturaleza de las cosas. Y el eco en todo el mundo es inevitable” (GB 5: 205). Pero la guerra continuó. Nuevas vejaciones hicieron su vida más difícil. Su salud estaba minada. El mundo se movía, sobre todo en el Este, pero ella seguía presa. En Alemania, finalmente se activaba una oposición contra la guerra. Hubo huelgas, pero la resistencia no se convirtió aún en una desobediencia masiva de las órdenes, no condujo a la formación de Consejos, ni a la revolución. En Rusia, sus aliados políticos más cercanos, los bolcheviques, habían tomado el poder en noviembre de 1917 y luchaban por construir el socialismo. Un año antes, Luxemburg ya lo había previsto, advirtiendo que sin “una revolución proletaria internacional” la dictadura del proletariado en Rusia estaba “condenada a una derrota aturdidora, frente a la cual el destino de la Comuna de París probablemente era un juego de niños” (GW 4: 279). Si nos atenemos a los artículos que Rosa Luxemburg escribió durante este período, entonces este socialismo, que deseaba tanto, se convirtió para ella en el transcurso de 1918 en una distorsión de aquellos ideales con los que se había comprometido. El miedo a una nueva decepción la invadió. En esta situación, escribió su famoso ensayo *Sobre la Revolución Rusa*.

A más tardar en 1917, comenzó una “época de ambivalencia y controversia”, según Peter Weiss: “Era imposible tener una opinión absolutamente correcta y precisa; uno se acercaba más a la verdad si incluía la disensión existente en el análisis de los hechos” (citado en Gioia 1989: 13). Esto es precisamente lo que distinguía a Luxemburg. Con ella, la contradicción se convertía sistemáticamente en autocontradicción.

“La libertad es siempre la libertad de quienes piensan diferente”, escribió Rosa Luxemburg a principios del otoño de 1918 en una confrontación crítica con los bolcheviques en su ensayo *Sobre la Revolución Rusa*.²⁹ La libertad no debía convertirse en un “privilegio”. Ninguna frase suya es más citada y preferida por (casi) todos los bandos que ésta. Y a ninguna se la desprecia con tanta ligereza como a ésta. Es como si hubiera agotado su propia fuerza explosiva en la confrontación con el socialismo de Estado, en cuyo principio y final se encontraba. Pero esto es un error fatal. Consideremos una vez más las circunstancias en las que Rosa Luxemburg escribió esta frase: ella, que estuvo presa en las cárceles alemanas durante más de 1.200 días entre 1915 y 1918; ella, cuyos amigos cayeron en la guerra o también fueron perseguidos y encarcelados; ella, que había protestado contra la barbarie del militarismo con una agudeza inaudita en Alemania y fue condenada por ello como una criminal; ella, que se había revuelto contra la barbarie de la guerra mundial con toda su personalidad, emitió un duro juicio sobre sus amigos políticos más cercanos que acababan de ganar una revolución.

Aunque la dictadura de los bolcheviques era una dictadura de “personas de ideas afines” a Rosa Luxemburg, aunque los objetivos sociales de esta dictadura eran también los suyos, aunque podía esperar ser liberada por la violencia revolucionaria, aunque por lo tanto parecía estar favorecida por esta dictadura, Rosa Luxemburg la rechazó.

²⁹ Probablemente Luxemburg tomó el concepto de “quienes piensan diferente” de los artículos de Maxim Gorki, como ha señalado Marion Schütrumpf, publicados en octubre de 1918 en la revista cultural *Süddeutsche Monatshefte*, poco antes de la encarcelación de Luxemburg. Esto también explica cómo surgió la nota marginal en el manuscrito, en gran parte ya terminado. En sus artículos, Gorki examinó críticamente el ejercicio del poder por parte de los bolcheviques. El 20 de noviembre de 1917, escribió: “¿En qué se diferencia el proceder de Lenin contra la libertad de prensa del proceder de Stolypin, Plehwe [Primer Ministro de Rusia después de la primera Revolución Rusa y Ministro del Interior antes de ésta] y otros semihumanos? ¿Acaso el gobierno de Lenin no encarcela a todas las personas que piensan diferente tal y como lo hizo el gobierno de los Romanov [zaristas]?” (Gorky 1918: 21). En el original, Gorky utilizó несогласномыслящие para los que no dan su consentimiento y más tarde инакомыслящие para los que piensan diferente (Gorky 1971: 113, 171).

Vio intereses en juego que eran más importantes que sus propios intereses. Pero por primera vez en su vida, Rosa Luxemburg, a instancias de Paul Levi, suprimió por consideraciones políticas su propio pensamiento divergente en público. Quizás fue éste su mayor error político. No fue sino hasta tres años después de su muerte, demasiado tarde ya, que apareció su ensayo, ahora editado por Levi, como instrumento en la lucha entre los socialistas democráticos y la Tercera Internacional bolchevique.

Luxemburg escribió su ensayo *Sobre la Revolución Rusa*, que fue muy bien concebido en muy poco tiempo, probablemente entre septiembre e inicios de octubre de 1918 (véase Laschitzka 1996: 571). Tenía acceso a la información más importante y a una visión de conjunto de la discusión de la izquierda alemana y rusa de la época (ver en Schütrumpf 2018 toda la gama de información de la que disponía). Para nosotros, la atención se centra en el significado que persiguió personalmente Rosa Luxemburg con este ensayo, y no en la importancia que adquirió en la pelea entre hermanos, los bolcheviques y los socialdemócratas, a más tardar con su publicación. Nos preguntaremos qué interpretaciones expresó y por qué siguen siendo tan provocativas hoy en día.

Todavía en medio de la guerra, confrontada con los feroces pros y contras acerca de la política bolchevique, Luxemburg hizo algo completamente imposible: desafió la lógica de “nosotros o ellos”, tomó partido *por* los bolcheviques y *contra* ellos al mismo tiempo. Lo sabía: “¡Simplemente –por paradójico que parezca– no hay ninguna táctica correcta que pueda seguir el proletariado ruso hoy en día!” (GW 4: 277). Esta táctica correcta sólo sería posible mediante una revolución socialista en Alemania. En su opinión, los bolcheviques no fueron suficientemente consecuentes en la eliminación de las causas del capitalismo, del odio a otras naciones y de la guerra, porque dieron la tierra a los campesinos, liberaron a los pueblos oprimidos para que se independizaran e hicieron la paz con los alemanes en Brest-Litovsk, eligiendo así, según ella, caminos que no conducían *directamente* al socialismo y que, además, podían desacreditarlo. Y criticó con máxima dureza a los bolcheviques por la transición a la dictadura. Como un retoño salvaje, en los márgenes de su manuscrito brotó un apunte, cuyas palabras aún resuenan:

La libertad que es sólo para los partidarios del gobierno, sólo para los miembros de un partido –por muy numerosos que sean– no es libertad. La libertad es siempre la libertad de quienes piensan diferente. No por un fanatismo de la “justicia”, sino porque todo lo vigorizante, saludable, purificador de la libertad política pende de esta esencia y deja de tener su efecto cuando la “libertad” se convierte en un privilegio (GW 4: 359).

A veces se dice que Luxemburg no debe reducirse a la frase citada “La libertad es, siempre, la libertad de quienes piensan diferente”. O bien se trata de una observación banal sobre una pensadora y política como Rosa Luxemburg, que dejó una obra amplia y compleja, o bien es la intención desvalorizar esta frase particular como si fuera un mero adorno que se le escapó incidentalmente de la boca a Rosa Luxemburg en plena polémica. Pero ella veía en la eliminación de la democracia un recurso fatal de la política bolchevique y escribió: “Porque entierra la fuente viva misma a partir de la cual deben corregirse todas las insuficiencias innatas de las instituciones sociales: la vida política activa, desinhibida, enérgica, de las más amplias masas del pueblo” (GW 4: 355-356). Como le ocurre con frecuencia, es una metáfora de la naturaleza que invoca cuando quiere expresar sus ideales.

Lo que a menudo se olvida cuando se discute el citado apunte al margen de su escrito “[tanto] amigo como enemigo” es que Rosa Luxemburg criticó a los bolcheviques no sólo como antidemócratas, sino, al mismo tiempo, como antisocialistas. Para ella, ambas características eran inseparables por razones que explicaremos más adelante. Para ella era absolutamente imposible que la democracia se suspendiera durante un tiempo para construir primero la casa del socialismo y luego conceder a sus habitantes el derecho a opinar sobre las reglas de la casa. Pero también era imposible para ella que en 1918 se volviera a tomar el camino de las desviaciones—pasando por los Estados nacionales burgueses, las relaciones agrarias burguesas, la paz con el imperialismo alemán— para construir el socialismo. Su comprensión del socialismo y la democracia estaban fundamentalmente entrelazadas.

¿Por qué este breve ensayo *Sobre la Revolución Rusa* nos perturba e inquieta hasta el día de hoy? ¿Por qué, como la vida “desinhibida”, irrumpe una y otra vez donde no se le quiere? ¿Por qué no encaja en los frentes aparentemente bien establecidos del siglo XX, y por qué es precisamente por esta razón que es una inspiración para la renovación del socialismo en el siglo XXI? ¿Por qué tanto los unos como los otros pueden tratar de apropiárselo, y por qué es tan difícil para todos reducir el espíritu de este ensayo a un denominador común? La razón la vemos en el hecho de que, en este manuscrito, Rosa Luxemburg intenta unir dos opuestos que parecen completamente irreconciliables en la historia del siglo XX: el socialismo y la democracia. Mientras muchos otros se decidieron por uno de los dos conceptos, ella se enfrentó a la contradicción. Y este intento nos obliga a repensar radicalmente tanto el socialismo como la democracia. Citemos sólo algunas, pero muy significativas frases de la obra de Ernst Bloch *Derecho natural y dignidad humana*, escritas en referencia a Luxemburg:

Como última quintaesencia del derecho natural clásico, sin los demás accesorios, queda siempre el postulado de la dignidad humana; incluso al hombre, no sólo a su clase, como dice Brecht, no le gusta que le pongan la bota en la cara. [...] Por lo tanto, se aplica como herencia propia del derecho natural, que era revolucionario: la abolición de todas las relaciones en las que el hombre está enajenado igual que las cosas para convertirse en una mercancía y no sólo en una mercancía, sino también en una nulidad en cuanto al valor intrínseco [así opinaba Bloch, obviamente bajo la impresión de las experiencias de la política de exterminio humano nacionalsocialista, pero también bajo la impresión del estalinismo]. No hay democracia sin socialismo, ni socialismo sin democracia, ésa es la fórmula de una interacción que decide el futuro (Bloch 2007: 232).

Volvamos con esto a la fuente viva de esta “fórmula”, volvamos al ensayo de Rosa Luxemburg *Sobre la Revolución Rusa*. El detonador de este texto fue una nota a pie de página de la que fue responsable Ernst Meyer, redactor de las *Spartakusbrieife* (Cartas de Espartaco) tras la detención de Leo Jogiches. Esta nota a pie de página se desmarcó cuidadosamente, pero con suficiente claridad, de la crítica de Luxemburg a los bolcheviques. Nosotros no queremos acercarnos al ensayo de Luxemburg señalando tal o cual argumento y poniéndolo en relación con las posiciones de Lenin o Trotsky, por un lado, o de Kautsky, por otro, los antagonistas citados una y otra vez. Nos interesa reconstruir el contenido que Rosa Luxemburg crea en su texto. Para ello, queremos abordar esta pequeña obra de enorme influencia en su conjunto. Por lo tanto, la queremos entender como una sinfonía, compuesta con tanto rigor y deliberación como pasión, y que consta, de forma bastante clásica, de cuatro movimientos. No nos preocupa la verdad histórica o actual de sus interpretaciones, sino su objetivo; se trata de lo que Rosa Luxemburg quiso decir, no de lo que provocó.

PRIMER Y CUARTO MOVIMIENTOS DE LA SINFONÍA DE LUXEMBURG

El ensayo *Sobre la Revolución Rusa* comienza y termina con una apreciación sobre la Revolución Rusa y los bolcheviques. Se trata principalmente de las secciones I y II y de la sección final, que pueden considerarse como el largo primer movimiento y el corto cuarto movimiento de su “sinfonía”. Las palabras iniciales del texto fijan el motivo como un golpe de timbal: “La Revolución Rusa es el hecho más imponente de la Guerra Mundial” (GW 4: 332). Una y otra vez se repite el motivo. La *Heroica* de Beethoven parece ser la inspiración. La apreciación del papel de los bolcheviques

en esta revolución señala el tema principal a desarrollar. Según Luxemburg, fueron los bolcheviques los que entendieron que, tanto en la propia Rusia como en Europa, el socialismo estaba a la orden del día: la dictadura del proletariado. Con la exigencia de que todo el poder debía pertenecer a los soviets, habían emitido la “consigna impulsora” y asumido “todas las consecuencias” (GW 4: 341). Demostraron que “el camino no pasa por la mayoría hacia la táctica revolucionaria, sino por la táctica revolucionaria hacia la mayoría” (*ibid.*).

Y el ensayo termina con una apreciación de los bolcheviques de que, más allá de las “cuestiones detalladas de táctica”, habían centrado su atención sobre el “problema más importante del socialismo, la capacidad de acción del proletariado, el impulso revolucionario de las masas, la voluntad del socialismo en general de llegar al poder” (GW 4: 365). Luxemburg concluye su manuscrito con la frase: “Y en este sentido el futuro pertenece al ‘bolchevismo’ donde sea” (*ibid.*). Pero también se podría leer la última frase de su ensayo de la siguiente manera: “Sólo en este sentido el futuro pertenece al ‘bolchevismo’ donde sea”. El golpe del timbal se ha convertido en un fortapiano: primero fuerte, luego silencioso. Es un final de sinfonía muy diferente al de la *Heroica*.

Debería llamar la atención que Luxemburg no situara la toma del poder por parte de los bolcheviques en Rusia en el centro del comienzo y el final de su obra, que no hiciera del establecimiento de un gobierno socialista, de la obtención del poder y de la configuración de las instituciones socialistas el *leitmotiv* de su texto, sino que, sobre todo, destacara el logro de los bolcheviques en el desarrollo de la *capacidad de acción* revolucionaria de la clase obrera y de las masas de Rusia. Se mantuvo fiel al lema de su vida, que formuló así, en el espíritu de Heine: “Las masas son decisivas” (GW 4: 208). En esto, y realmente sólo en esto, veía el mérito duradero del partido de Lenin. Su verdadero interés no residía en la bandera roja sobre el Kremlin, sino en las acciones de millones de obreros, campesinos y soldados. Y aquí también resuena el “tema secundario” de la sinfonía. Como en otros artículos anteriores,³⁰ el objetivo de su discusión sobre la política de los bolcheviques –tanto en la aprobación como en la crítica– es la superación de la “inercia fatal de las masas alemanas” (GW 4: 335).

³⁰ Cada uno de sus artículos sobre la Revolución Rusa, de la primavera de 1917 al otoño de 1918, planteaba, cada vez con mayor determinación y creciente desesperación, la cuestión de cuándo, por fin, el proletariado alemán estaría a la altura de su deber histórico para realizar la revolución socialista. Véase *La revolución en Rusia, El viejo topo, Dos mensajes de Pascua, Cuestiones candentes de la época, La responsabilidad*

Los destinatarios del texto de Luxemburg no eran los bolcheviques, sino los “indolentes” obreros alemanes. Su crítica a la política del gobierno soviético ruso pretendía promover en Alemania precisamente lo que ella consideraba el verdadero logro de los bolcheviques para Rusia: la acción socialista revolucionaria de las masas. Pero esto, en su opinión, no podía evocarse “en un espíritu de paternalismo por alguna sujeción de las masas, por una fe ciega en alguna autoridad intachable, ya sea de las propias ‘instancias’ o la del ‘ejemplo ruso’” (*ibid.*). Estaba convencida de que:

No creando un estado de ánimo triunfalista revolucionario, sino al revés: sólo a través de la comprensión de toda la terrible seriedad, de toda la complejidad de las tareas, pasando por la madurez política y la independencia intelectual, la capacidad crítica de las masas para juzgar, que la socialdemocracia alemana ha matado sistemáticamente durante décadas con los más diversos pretextos, puede nacer la capacidad histórica del proletariado alemán para pasar a la acción. Tratar críticamente la Revolución Rusa en todos sus contextos históricos es el mejor entrenamiento de los obreros alemanes, así como de los internacionales, para las tareas que surgen de la situación actual (*ibid.*).

Resumamos pues: mientras que el motivo principal del ensayo de Luxemburg *Sobre la Revolución Rusa* es propagar el logro de los bolcheviques al incitar y orientar la acción revolucionaria independiente de las masas, por medio de las consignas correctas, su segundo motivo es criticar a los bolcheviques precisamente allí donde, para ella, su política iba en contra de este objetivo. La más alta admiración por los logros históricos de los bolcheviques y la más dura crítica hacia ellos se miden con un mismo rasero. Para Luxemburg, en el socialismo hay una sola cosa decisiva: “Toda la masa del pueblo debe participar en él”. (GW 4: 360) Este precepto constituye la tónica común de toda la obra y abarca ambos motivos: valoración y crítica a los bolcheviques.

histórica, Hacia la catástrofe y, por último, *La tragedia rusa* (con la ya mencionada nota editorial de Ernst Meyer), un texto que termina con las siguientes palabras: “Sólo hay una solución para la tragedia en la que está enredada Rusia: la sublevación en la retaguardia del imperialismo alemán, el levantamiento de las masas alemanas como señal para terminar con el genocidio mediante la acción revolucionaria internacional. La salvación del honor de la Revolución Rusa [puesto en peligro a los ojos de Luxemburg por la paz especial entre la Rusia soviética y el Imperio alemán en Brest-Litovsk] es idéntica en esta hora del destino a la salvación del honor del proletariado alemán y del socialismo internacional” (GW 4: 392).

Mientras que la primera parte larga del ensayo de Luxemburg está dedicada a ensalzar a los bolcheviques, las secciones III y IV se concentran en la crítica. Ahí, hay tres puntos centrales: el carácter de la reforma agraria, la proclamación del derecho de las naciones a la autodeterminación, incluida la paz especial con Alemania,³¹ y la “supresión de la democracia” (GW 4: 352). Los dos primeros puntos se resumen en la sección III, el tercero en la sección IV; y estos tienen casi la misma extensión. Son los movimientos dos y tres de la sinfonía de Luxemburg *Sobre la Revolución Rusa*.

SU CRÍTICA A LOS BOLCHEVIQUES: MUY POCO SOCIALISMO, MUY Poca DEMOCRACIA

La crítica de Luxemburg a los bolcheviques (véase Laschitz 1990) se caracteriza por una curiosidad: en primer lugar, los critica por una política con la que pretendían reducir las tensiones entre su gobierno y los posibles opositores. Y hace propuestas que — hay que suponer— habrían reforzado la resistencia frente a los bolcheviques. Y además Luxemburg les recomendó una democratización política radical, que inevitablemente habría aumentado el peligro de que los bolcheviques perdieran de nuevo el poder que tanto les había costado conseguir. Las dos secciones están relacionadas por algo que parece ser una contradicción lógica irreconciliable. Examinemos esta contradicción más de cerca.

En la sección III, Luxemburg los critica por su política agraria y con respecto a las nacionalidades. Ella se opuso a la asignación de tierras a los campesinos para uso particular, así como al derecho de los pueblos oprimidos del Imperio ruso a su independencia nacional. No quería reforzar la propiedad privada ni reforzar la delimitación entre Estados naciones. Rosa Luxemburg sabía, por supuesto, que la política de los bolcheviques proporcionaba una “táctica excelente” para “consolidar el gobierno proletario-socialista” (GW 4: 342) y que tenía como objetivo vincular “las numerosas nacionalidades extranjeras [...] a la causa de la revolución” (GW 4: 348). En ambos casos, habían cedido a la insistencia de gran parte de la población, ya sea el campesinado, los finlandeses, los estonios, los letones, los georgianos, etc. Y también la “paz” de Brest-Litovsk surgió sobre todo de la incapacidad de los bolcheviques de seguir movilizándolo a los soldados para la guerra. Cualquier otra política —al menos en opinión de Lenin— habría hecho imposible la to-

³¹ Sobre este acuerdo de paz, véanse los artículos “La responsabilidad histórica” y “La tragedia rusa”, que por razones desconocidas se publicaron después del texto *Sobre la Revolución Rusa* en las *Obras Completas* (GW)..

ma del poder por parte de los bolcheviques o habría promovido su rápido final. ¿Por qué, entonces, la crítica tan decidida de Luxemburg?

Se puede decir con cierto derecho que, para Rosa Luxemburg, la conservación del poder de los bolcheviques era menos importante que la salvación del honor de la izquierda. Para ella era mejor aceptar la caída de la Rusia bolchevique que volver a traicionar los ideales socialistas, como había hecho la derecha de la socialdemocracia en 1914. Y, sobre todo, era mejor para las perspectivas de lo que consideraba la revolución socialista totalmente decisiva en Alemania y Europa Occidental. Ésta era su opinión, aunque nunca la formuló en términos tan tajantes. Ante la posibilidad de que el gobierno de Lenin, en su posición casi desesperada en el otoño de 1918, pudiera estar dispuesto a establecer una alianza con el Imperio alemán para asegurar su poder, escribió:

Rusia era el único, el último rincón donde el socialismo revolucionario, la pureza de los principios, los bienes ideales tenían todavía un valor, al que se volvían los ojos de todos los elementos socialistas honrados de Alemania, como de toda Europa, para recuperarse del asco que despertó la práctica del movimiento obrero de Alemania Occidental, para armarse de valor para perseverar, de fe en las obras ideales, de palabras sagradas. Con el grotesco 'emparejamiento' entre Lenin y Hindenburg, se extinguiría el luminoso foco de la moral en el Este (GW 4: 390).

Quien escribe así, quien apela a lo absoluto de esta manera, le apuesta a todo o nada.

Aunque estaba consciente del sentido táctico de la política de Lenin, Luxemburg recomendó a los bolcheviques una estrategia que debía llevarlos a una oposición aún más profunda con la población, especialmente con campesinos, soldados y la periferia del anterior Imperio zarista. Asumió que cualquier paso real de la política socialista debía, al menos, no "obstruir" o "cortar" el camino que lleva al socialismo (GW 4: 343). Y este socialismo, para ella, consistía claramente en el dominio de la propiedad social y la inmediata solidaridad internacional de los pueblos en el marco de un Estado soviético unificado. No aceptaba los "desvíos" representados por el fortalecimiento de la propiedad privada campesina y por la independencia nacional de los pueblos que habían formado parte de las zonas económicas y los mercados dominados por Rusia durante mucho tiempo ya. En los pequeños propietarios y en los nuevos pequeños "Estados nacionales" vio a los aliados natos del imperialismo y de la contrarrevolución (véase GW 4: 344-345, 350).

En el segundo movimiento de su sinfonía, por seguir con la metáfora, Luxemburg sugirió a los bolcheviques una política comunista de sólidos principios basada en la centralización y concentración del poder económico y político. Esto contrastaba totalmente con lo que ella llamaba el “movimiento espontáneo del campesinado” (GW 4: 344), así como con las “clases burguesas y pequeñoburguesas” de las naciones oprimidas (GW 4: 348). Consideró que las razones de los bolcheviques para su política se debían al interés táctico de mantener el poder y asumió que este “cálculo” había fracasado “desgraciadamente por completo” (*ibid.*). Esto no se ha confirmado históricamente, aunque a principios del otoño de 1918 había muchos indicios de que el gobierno leninista no podría mantenerse. Los bolcheviques lograron mantenerse durante setenta años, ayudados por la Revolución de Noviembre en Alemania y Austria, tras una guerra civil, grandes concesiones tanto internas como externas, y una posterior industrialización y expropiación del campesinado (la llamada “colectivización”), impulsada con la mayor violencia.

Más interesante que estos hechos, sin embargo, es que si bien en el segundo movimiento de su sinfonía Rosa Luxemburg propuso pasos que, al menos desde el punto de vista de los bolcheviques, habrían agravado las contraposiciones con respecto a las grandes masas de la Rusia campesina y su periferia, en el tercer movimiento, rechazó de forma más contundente precisamente los medios con los que los bolcheviques pretendían estabilizar su poder frente a los antagonismos que ya existían: la dictadura y el terror. Es decir, parecía creer que ambas cosas eran posibles al mismo tiempo: una política dirigida directamente a la socialización de los medios de producción —en la ciudad y, en parte, también en el campo— y una democratización integral. La democracia socialista y la construcción del socialismo democrático debían ir de la mano (véase GW 4: 363).

Mientras que Rosa Luxemburg veía todo apoyo a los intereses particulares en la economía como un fortalecimiento de la propiedad privada, mientras que veía toda separación de los pueblos de las entidades imperiales en las que estaban integrados económicamente como una división de la clase obrera, mientras que declaraba la guerra a toda alianza con la burguesía nacional o extranjera, quería la libertad de expresión, de reunión, de elecciones incluso para los enemigos declarados del gobierno socialista. Subrayó con todo rigor: “Sin sufragio universal, sin libertad de prensa y de reunión, sin la confrontación libre de opiniones, la vida en todas las instituciones públicas muere” y surgiría “la dictadura de un puñado de políticos” (GW 4: 362). A estos los calificó de “burgueses” porque según ella se trataba básicamente de

una “dictadura para un puñado de personas” (*ibid.*). Esto lo fundamentó nuevamente resolviendo a su manera la disyuntiva entre dictadura o democracia:

El proletariado, cuando toma el poder, no puede nunca, siguiendo el buen consejo de Kautsky, bajo el pretexto de la ‘inmadurez del país’ renunciar a la revolución socialista y dedicarse sólo a la democracia, sin traicionarse a sí mismo, a la Internacional, a la revolución. Debe y tiene que emprender inmediatamente medidas socialistas de la manera más enérgica, más inflexible, más despiadada, ejercerlas entonces como dictadura, pero dictadura de la clase, no de un partido ni de una camarilla; dictadura de clase, es decir, en la más amplia esfera pública, con la más activa y desinhibida participación de las masas, en una democracia sin restricciones (GW 4: 362-363).

Rosa Luxemburg vio la causa del fracaso de los bolcheviques para ganar un amplio apoyo, a pesar de sus muchas concesiones, exclusivamente en la intrínseca oposición al socialismo de la burguesía, la pequeña burguesía y los campesinos. Creía que la desviación de los principios socialistas había costado a los bolcheviques la mayoría entre las masas trabajadoras y había reforzado la contrarrevolución. Escribió:

En lugar de advertir a los proletarios de los países periféricos contra todo separatismo como una trampa puramente burguesa y de cortar de raíz los movimientos separatistas con mano de hierro, cuyo uso, *en este caso*, estaba verdaderamente en el interés y el espíritu de la dictadura proletaria, han confundido en cambio a las masas de todos los países periféricos con su consigna y las han entregado a la demagogia de las clases burguesas. Con esta promoción del nacionalismo han provocado y preparado la desintegración de la propia Rusia, y así han entregado a las manos de sus propios enemigos el cuchillo que habrán de clavar en el corazón de la Revolución Rusa” (GW 4: 350-351).

LA ESPERADA ARMONÍA DE LOS CONTRAPUNTOS: SOCIALISMO Y LIBERTAD

Pero cómo conciliar todo esto: el uso de la “mano de hierro” de la “dictadura proletaria” cuando se trata de la supresión de todos los intereses particulares que no coinciden directamente con los de un socialismo entendido de esa manera, y “prensa libre y sin restricciones” así como “libertad de asociación y de reunión irrestrictas” (GW 4: 358). ¿Cómo podían practicarse ambas cosas al mismo tiempo, una revolución “inflexible y

despiadada" y una "democracia sin restricciones"? Parece que Rosa Luxemburg quería lo imposible y lo quería democráticamente. Las secciones III y IV o los movimientos segundo y tercero de su "sinfonía" son como opuestos: la estrangulación de toda pluralidad social y del Estado-nación y un himno a la libertad política; la lucha contra todo acaparamiento de tierras privadas y contra la separación de Rusia con "mano de hierro" y la mayor promoción posible de la libertad política y la democracia sin restricciones como "fuentes vivas de toda riqueza y progreso espiritual" (GW 4: 360). Al menos históricamente, estos opuestos no encontraron un denominador común: mientras que la sociedad burguesa-capitalista y la democracia política resultaron compatibles, al menos durante un tiempo, no fue así con el socialismo. En este último caso, la gestión centralizada de una economía nacionalizada y las elecciones libres se excluyeron mutuamente.

Para sí misma, Rosa Luxemburg fue capaz de conciliar los mencionados opuestos. En su caso, los contrapuntos se unen al final y crean una verdadera armonía a través de su contramovimiento específico. Sin embargo, esta unificación sólo era posible para ella porque partía del supuesto de que los obreros y las masas cambiarían en la práctica diaria, ante los "mil problemas" de la construcción del socialismo, en la "vida desinhibida y efervescente" (*ibid.*): según ella, surgirían "los instintos sociales en lugar de los egoístas; la iniciativa de las masas en lugar de la inercia; el idealismo que supera todos los sufrimientos, etc." (GW 4: 361). Y Luxemburg supuso que estos instintos e iniciativas, así como este idealismo, apuntarían exactamente en la misma dirección que la política socialista que ella propagaba. Por lo tanto, también podía asumir que un máximo de libertad produciría al mismo tiempo un máximo de comprensión en torno al socialismo como la solución correcta de una sociedad de propiedad socializada, donde imperaban la identidad de intereses, el internacionalismo y la paz.

Pero Rosa Luxemburg también parecía asumir lo contrario: Al impedir por la fuerza que las masas campesinas ocuparan tierras privadas y obligarlas así a la producción colectiva, al no dejar que los pueblos del Imperio ruso se independizaran sino mantenerlos "con mano de hierro" en un espacio político y económico, al trabajar los obreros juntos en una fábrica de propiedad social, participando por igual en el plan de producción y en su ejecución, surgiría, según ella, también al mismo tiempo el espacio para aquellas experiencias que llevarían a la afirmación del socialismo y darían lugar a su apoyo por decisión libre y su entusiasta defensa. Su argumentación sobre la cuestión nacional iba precisamente en esta dirección. Mediante la separación, a sus ojos, los antagonismos se convertirían en odio entre las naciones, azuzado por

los nacionalistas burgueses. La permanencia en un país común revolucionario, aunque al principio fuera sólo por la fuerza, resultaría, según su suposición, en la aprobación de esta misma estructura común.

Para Luxemburg, la libre autoactivación de las masas y la necesidad histórica tienden a coincidir. El liderazgo es, sobre todo, la capacidad de promover activamente esta coincidencia. Para ella, la represión de las personas que piensan diferente y el terror eran los enemigos mortales del socialismo, porque al reprimir la acción independiente de las masas, también se reprimía a los agentes reales de cualquier implementación de las tendencias socialistas. Los dictadores son los sepultureros del socialismo porque entierran a los propios actores del socialismo en la prisión de una sociedad de mando de la que no puede salir ningún camino hacia el reino de la libertad. Éste es el mensaje de Luxemburg.

A diferencia de Lenin y Kautsky, Rosa Luxemburg no partía del supuesto de que en la espontaneidad se desarrollaban sobre todo convicciones que se alejaban del socialismo, de modo que la “conciencia” socialista tenía que ser introducida en la clase obrera desde fuera. Asumió que la propia práctica de los obreros y de las masas trabajadoras conducía directamente al socialismo, siempre y cuando se tratara de una práctica libre basada en su propia acción y no en el paternalismo y la manipulación; siempre que también existiera una verdadera convivencia entre la producción y la vida. Para ella, el socialismo no era una máquina planificada centralmente, sino la vida misma, la libre actividad propia de personas libres, que conectaban con la inmediatez de la experiencia en común. Si realmente existía tal correspondencia entre la experiencia práctica inmediata y las relaciones socialistas concebidas como socialización de los medios de producción, entonces, pero sólo entonces, la dictadura del partido y el terror no sólo eran moralmente erróneos, sino también medios completamente equivocados de la política del poder, como subrayó repetidamente Luxemburg.³² Lo que no comprendió es que el socialismo, en la medida en que se identifica con una economía colectiva centralizada, está en la más profunda contradicción con la acción independiente de las masas. Sin embargo, nunca reflexionó críticamente sobre las premisas generales de sus supuestos sobre el socialismo, tomados del marxismo de la Segunda Internacional, sino que sólo los problematizó en términos concretos.

³² Según Iring Fetscher, esta forma de entender el socialismo también supuso para Rosa Luxemburg lo siguiente: “Los derechos políticos a la libertad [...] ya proclamados por la burguesía, pero en la práctica a menudo revocados o restringidos [...] no pierden de ninguna manera su importancia bajo el socialismo, sino que sólo adquieren ahora, precisamente, una importancia decisiva” (Fetscher 1974: 63).

La crítica de Rosa Luxemburg a los bolcheviques es, en nuestra opinión, por un lado, una crítica desde la óptica de una imagen prefabricada de cómo debía ser el socialismo, a saber, una sociedad de propiedad colectiva homogénea, y, por otro, es una crítica desde la perspectiva de un movimiento que supuestamente saca toda su fuerza del desarrollo del poder de acción de los propios oprimidos y sólo en este proceso establece los criterios por los que puede guiar sus decisiones. Esta contradicción entre una idea que se independiza y un movimiento vivo marcó toda su obra y se mantuvo hasta su asesinato. Con ello, se situó en medio de ese movimiento para el que era cierto que la liberación de los obreros tenía que ser tarea de los propios obreros, y en el que, sin embargo, la tutela o incluso la opresión de estos obreros se convirtió en algo característico.

CAPÍTULO 10

Entre la socialdemocracia y los bolcheviques

En la primera mitad del siglo XIX, tanto los cartistas en Inglaterra, por un lado, como Friedrich Engels y Karl Marx en Alemania, por otro, creían que con el proletariado habían encontrado, por fin, el “sujeto” social que la izquierda llevaba buscando durante siglos para convertir sus ideas en realidad. Sin importar si eran reformistas o revolucionarios, en la socialdemocracia de principios de siglo esta opinión era ampliamente considerada como incuestionable. Más tarde, bajo el estalinismo, fue llevada al absurdo. Por un lado, los obreros que habían permanecido en la producción, y más aún la población rural que había sido transformada en obrera a través de medidas coercitivas, fueron privados de sus derechos políticos, como en el capitalismo temprano, y en algunos países incluso se intensificó su explotación. Por otra parte, se celebró oficialmente una deificación de la “clase obrera”, acompañada en la fase inicial de una práctica especial en el reclutamiento de los “cuadros”: aquéllos que podían mostrar un historial proletario impecable—preferiblemente sin ninguna experiencia en el movimiento obrero y no contaminado por el pensamiento político independiente—eran aptos como personas de primera clase y con ello para el ascenso a la nueva clase dominante. Había que desconfiar aún más de todos los otros, aunque muchas “fuerzas no proletarias” fueran simplemente indispensables.

Tal comprensión social-reduccionista del proletariado no se encuentra en Rosa Luxemburg. Para ella, a la clase obrera pertenecían quienes se comprometían en y con ella contra las condiciones imperantes, independientemente de su procedencia o de su posición social. La práctica, no el estatus, era su criterio. Para ella, la clase significaba un movimiento, o nada. Los asalariados que no participaban en el

movimiento se consideraban parte de la “masa” a la cual se tenía que convencer de que participara en el movimiento.

Sin embargo, tampoco Rosa Luxemburg se libró por completo de la creencia que el obrero era el elegido. A diferencia de la dirección del SPD, secretamente desilusionada, esperaba que “los obreros” tuvieran una afinidad social-genética con una postura anticapitalista, si no revolucionaria. En la comprensión de Rosa Luxemburg, la tarea de la política era despertar y liberar esta postura a través de la práctica del movimiento, besar a la “clase” para despertarla, por así decirlo. Defendió esta opinión hasta su muerte, aunque más de una vez las “masas proletarias” la llevaron a la desesperación, sino incluso a la locura. Cuando el 4 de agosto de 1914 el grupo parlamentario del SPD aprobó los créditos de guerra y gran parte de las “masas proletarias” partieron a la guerra coronadas con flores, Luxemburg consideró seriamente la posibilidad de suicidarse para despertar a las masas.³³ Su *alter ego*—al menos en la cuestión de la guerra y la paz— Jean Jaurés, socialista y pacifista francés, fue asesinado por los fanáticos de la guerra de su país durante aquellos días. También allí las “masas proletarias” marcharon alegremente hacia su propia masacre.

Finalmente, la izquierda no quedó feliz con su “sujeto revolucionario”, la clase obrera, aunque sociológicamente hablando, los obreros constituían el grupo más numeroso en la sociedad entre los que, al menos temporalmente, se entusiasmaban por las ideas revolucionarias, a veces incluso por las acciones revolucionarias. En la perspectiva internacional, dentro de la izquierda de principios del siglo XX hubo dos corrientes que cobraron relevancia en cuanto al trato con la clase obrera que aún hoy merecen ser analizadas con detenimiento: la izquierda alemana, en la medida en que pertenecía al círculo en torno a Luxemburg, y la izquierda rusa, en la medida en que pertenecía a los bolcheviques en torno a Lenin.

Ambas corrientes interpretaron la política de adaptación de la socialdemocracia alemana como una “desviación” y una “traición” por parte de los dirigentes políticos, a pesar de que en ese entonces fuera considerada como un modelo por muchos partidos y movimientos proletarios de otros países, especialmente los reunidos en la Segunda Internacional. Ni el círculo de Rosa Luxemburg ni el de Lenin aceptaron la idea de que los obreros no luchaban por el socialismo “como clase”,

³³ “Al principio, Rosa habló del suicidio como la protesta más visible contra la traición del partido, como la señal de alarma más visible para las masas del proletariado. La convencimos de renunciar a tales intenciones con toda nuestra energía” (Eberlein 2005: 359-360).

sino que simplemente representaban el mayor número de personas que podían responder afirmativamente a los ideales socialistas. Ambas corrientes representaban una concepción política según la cual la izquierda socialista-internacionalista constituía la parte políticamente más clara del proletariado y, por tanto, su brazo político. Y ambas corrientes vieron en la conquista del poder político la condición para mejorar el mundo. El socialismo seguía siendo para sus representantes una tarea de la clase obrera. La idea de no pensar en el movimiento hacia el socialismo como un movimiento de la clase obrera no era posible para ninguna de las dos corrientes. Su mérito duradero es haber mantenido el pensamiento socialista en la esfera política, a diferencia del SPD, que lo desplazó cada vez más hacia lo nebuloso.

Pero ambas corrientes diferían fundamentalmente en un punto: Lenin, siguiendo a Karl Kautsky, pensaba que el proletariado no podía tomar conciencia de que era el portador del socialismo por sí mismo y que, por lo tanto, esta conciencia debía ser impuesta "desde fuera". Para Rosa Luxemburg, en cambio, el socialismo no era una teoría que había que adquirir y luego poner en práctica como los Diez Mandamientos. La instrucción bajo tutela no sólo le resultaba profundamente repugnante, sino que, en última instancia, frustraba la pretensión liberadora del socialismo. A su entender, el proletariado debía tomar conciencia de sus tareas a través de la práctica vivida, a través de la experiencia de sus propios éxitos y aún más de sus propias derrotas, y así convencerse de la disyuntiva socialismo o barbarie.

Rosa Luxemburg sabía cómo la Ilustración europea del siglo XVIII había prácticamente borrado de la mente de la naciente burguesía francesa todo rastro de supuesta *voluntad divina* del régimen feudal y había desatado en ella una voluntad inquebrantable de alcanzar el poder político. Sin la Ilustración no hubiera existido la Revolución Francesa, que abrió violentamente el camino de Europa hacia la era burguesa. Para Rosa Luxemburg, el dominio moderno basado en el modo de producción capitalista era también un dominio sobre las mentes, una interacción de la Iglesia, el Estado, la escuela, el ejército y la opinión publicada. Para ella, la emancipación de cualquier opresión y explotación comenzaba con la emancipación de esta dominación. Éste era el primer e insustituible paso hacia una revolución que apuntara a condiciones sin esclavitud y opresión. No era el aumento permanente del número de miembros de las organizaciones proletarias y de los votantes, sino el aumento de la autoconciencia y de la capacidad de actuar políticamente lo que guiaba su actuar político.

Pero cuanto más envejecía, más consciente era de que la lucha por la instrucción siempre iría acompañada de retrocesos: por una parte,

provocados por el nacionalismo rampante, por la otra, irónicamente, precisamente por las concesiones arrancadas a las fuerzas dominantes. Por lo tanto, era fundamental para su trabajo político exponer las contradicciones que existían en la sociedad. Constantemente trataba de exponer a los “que piensan diferente” y sus verdaderas intenciones y acciones, obligándoles así a defenderse públicamente, es decir, a afrontar a los poderes dominantes, algo que éstos siguen odiando todavía hoy igual que el diablo odia el agua bendita. Con sus ataques al militarismo, golpeó al periodo guillermino en su punto más sensible.

Rosa Luxemburg seguía la máxima de que el que no atacara sería atacado. Para ella, se libraba una guerra permanente, siempre negada y velada en público, por supuesto: partiendo de las fuerzas dominantes contra el “resto de la sociedad”, con medios pacíficos y, cuando se les permitió, con el terror. Para ella fue importante que la gente aprendiera a superar su impotencia a través de la acción asociada, que tomara conciencia de su propia fuerza a través de la participación en el movimiento y, por tanto, de esta manera tomara también conciencia de sus propios intereses en las luchas cotidianas.

La huelga política de masas también debía servir para este propósito. A Rosa Luxemburg no le importaba esta forma de lucha “en sí”. Para ella, la huelga política de masas era sinónimo de toda una serie de acciones con las que las masas proletarias se empoderaban en la lucha contra el régimen económico y político imperante. Y también debían emanciparse de la tutela de los dirigentes, que mostraban una actitud cada vez más chovinista. Para ella, el movimiento obrero socialista no era ante todo la lucha por unas mejores condiciones de vida dirigida por los sindicatos. Si bien sabía de la importancia de esta lucha, lejos de despreciarla, le preocupaba la lucha por la ampliación de los derechos de libertad política, que quería complementar con los derechos de libertad social. Se puso en contra de la práctica de los bolcheviques en 1918, que proclamaban los derechos de libertad social, pero sólo consiguieron acabar con la propiedad privada de los medios de producción:

Nunca hemos sido idólatras de la democracia formal, es decir: siempre hemos diferenciado entre el núcleo social y la forma política de la democracia *burguesa*, siempre hemos revelado la cruda esencia de la desigualdad social y la falta de libertad bajo la dulce cáscara de la igualdad y la libertad formales, no para rechazarlas, sino para incitar a la clase obrera a no contentarse con la cáscara, sino a conquistar el poder político para llenarlo de un nuevo contenido social. La tarea histórica del proletariado, cuando llegue al poder, es crear la democracia

socialista en lugar de la democracia burguesa, no abolir toda forma de democracia. Sin embargo, la democracia socialista no comienza sólo en la tierra prometida, cuando ya está creada la subestructura de la economía socialista, como regalo de Navidad para el pueblo obediente, que mientras ha apoyado a un puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza con el dismantelamiento del dominio de clase y, al mismo tiempo, la construcción del socialismo. Comienza con el momento de la conquista del poder por el partido socialista. No es otra cosa que la dictadura del proletariado.

Sí: ¡dictadura! Pero esta dictadura se caracteriza por la manera de *aplicar* la democracia, no por su eliminación, se caracteriza por intervenciones enérgicas, decididas, en los bien ganados derechos y relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin las cuales no se puede hacer la revolución socialista. Pero esta dictadura debe ser obra de la *clase* y no de una pequeña minoría dirigente en nombre de la clase, es decir, debe surgir en todo momento de la participación activa de las masas, estar bajo su influencia directa, estar sometida al control del público en su conjunto, surgir de la creciente formación política de las masas populares (GW 4: 363-364).

Para ella, el camino hacia esta revolución pasaba por la ampliación de las libertades políticas, que debían ser arrancadas a las fuerzas dominantes por medio del autoempoderamiento, con el objetivo de cambiar el equilibrio del poder de tal manera que las mentiras de la parte dominante fueran cada vez menos convincentes. De este modo, se le debía restar poder, de forma que le resultara cada vez más difícil utilizar la violencia. Rosa Luxemburg sabía: la violencia sólo funciona cuando la mayoría está paralizada o es indiferente, ya sea por el miedo, ya sea por la aplicación del principio “pan y circo”. El ataque público inteligente con el reagrupamiento constante de las propias fuerzas era para ella la única forma sostenible de la instrucción y la autoinstrucción.

Al final de su vida, Luxemburg prácticamente odiaba a los izquierdistas que sabían utilizar las condiciones medianamente liberales por las que habían luchado, únicamente para hacer como todos los demás políticos: la política burguesa en lo oscuro. Para ella, se trataba de salir del circo político burgués y hacer consciente a la opinión pública de la hostilidad hacia la humanidad y la sociedad de esta sociedad dominada por el modo de producción capitalista, y hacerlo de una manera completamente pública, constantemente bajo revisión y, por tanto, también vulnerable.

Se tomaba muy en serio su postulado de la “libertad de quienes piensan diferente”; no por razones de una moral superficial o de un juego

limpio ingenuo y suicida. Más bien, en realidad le preocupaba la libertad para todos los involucrados, y no sólo la libertad “para la clase revolucionaria”, para la clase obrera, como es el caso de una especie particular de izquierdistas, especialmente la post-estalinista, hasta el día de hoy y que en la mayoría de los casos no enfrenta objeción. Como la científica que también era, Rosa Luxemburg entendía la sociedad como algo orgánico, como un organismo vivo. Según ella, la sociedad sólo podía cambiar a largo plazo si todas las luchas se libraban abiertamente; para ello, cada actor debía tener su libertad. Todo lo demás le parecía absurdo.

A diferencia de la mayoría de los políticos de izquierda ella entendía que la libertad de las personas que piensan diferente es lo que hace posible una política emancipadora, en primer lugar. Ninguna otra cosa significaba un riesgo tan alto para esta política como la restricción, del tipo que fuera. La emancipación por medios y métodos antiemancipatorios, es decir, el concepto leninista de la política —un procedimiento que los comunistas posteriores gustosamente justificaron con las “condiciones desfavorables” y, un argumento especialmente popular, con la “inmadurez de las masas”— habría significado para Rosa Luxemburg la renuncia a su enfoque político. Lo tenía claro: sólo dirimiendo las contradicciones, el “resto de la sociedad” podía tomar conciencia de su propia opresión y explotación y liberarse así de la dominación sobre sus pensamientos.

Estaba profundamente convencida de que todo lo artificial, todas las condiciones creadas “desde arriba” conducían inevitablemente a un reino de terror. De lo contrario, estas relaciones no podían ser viables. Rosa Luxemburg defendía un cambio duradero:

El sistema social socialista sólo debe y puede ser un producto histórico, emanado de su propia escuela de experiencia, en la hora de la realización, del devenir de la historia viva, que, al igual que la naturaleza orgánica, de la que finalmente es parte, tiene la hermosa costumbre de producir siempre, junto a una necesidad social real, los medios para su satisfacción; junto a la tarea, al mismo tiempo, la solución. Pero si esto es así, entonces está claro que el socialismo, por su *naturaleza*, no puede imponerse, introducirse por medio de un decreto. Tiene como requisito una serie de medidas violentas: contra la propiedad, etc. Lo negativo, el desmantelamiento, puede decretarse; la construcción, lo positivo, *no*. Nuevo territorio. Mil problemas. Sólo la experiencia [es] capaz de corregir y abrir nuevos caminos. Sólo la vida desinhibida, efervescente, se convierte en mil formas nuevas, en improvisaciones, adquiere *poder creativo*, corrige por acción propia todos los errores. La vida pública de los Estados con libertad limitada

es tan corta de miras, tan pobre, tan esquemática, tan estéril, precisamente porque, al excluir la democracia, cierra las fuentes vivas de toda riqueza y progreso espiritual (GW 4: 360).

En 1922, Paul Levi resumió esto, aplicándolo a la comprensión de la revolución de Rosa Luxemburg, y dirigiéndose en contra de la práctica revolucionaria del terror de Lenin y Trotsky:

Ella supo librar la lucha como lucha, la guerra como guerra, la guerra civil como guerra civil. Pero sólo podía imaginarse la guerra civil como un libre juego de fuerzas, en el que ni siquiera la burguesía era confinada a las mazmorras por medidas policiales, porque sólo en la lucha abierta de las masas éstas podían crecer, podían darse cuenta de la dimensión y la gravedad de su lucha. No quería la destrucción de la burguesía a través del terrorismo estéril, a través del monótono negocio de la ejecución, igual que el cazador no quiere destruir a los animales depredadores de su bosque. Es en la lucha con el cazador que los animales salvajes deben hacerse más fuertes y más grandes. Para Luxemburg, la destrucción de la burguesía, que ella misma deseaba, era el resultado de la reorganización social que significa la revolución (Levi 1990: 224).

Su concepto de la política consistía en el autoempoderamiento mediante la acción completamente pública, atacando, parando golpes y aprendiendo. Al hacerlo, creía que de lo que más se podía aprender era de los reveses. Por supuesto, sólo si éstos no se ocultaban, porque disimular las propias debilidades y errores llevaba al autoderrocamiento, en su opinión. La educación, que también era de importancia central para Rosa Luxemburg—ella inició la escuela del SPD junto con Franz Mehring y dio clases en ella—, no la entendía como un medio para “imponer una conciencia” ausente, es decir, para imponer algo a alguien. Entendía sus ofertas de formación como una ayuda para la autoayuda.

Por eso asignó al partido una función diferente a la que le daban la vieja socialdemocracia alemana, por un lado, y los bolcheviques rusos, por otro. Mientras que para los primeros el partido había mutado cada vez más en una asociación electoral, que debía ganar el mayor número posible de escaños parlamentarios y que, tras la derrota electoral de 1907, estaba dispuesto a hacer cada vez más concesiones al chovinismo y al militarismo en Alemania, para los segundos el partido era una maquinaria con la que se debía conquistar el poder en una revolución para erradicar todos los males de toda la historia previa. Finalmente, para ambos grupos valía que, cuanto más éxito tenían, más

instrumental y paternalista era su relación con la clase para la que actuaban. Para Rosa Luxemburg, ambas variantes eran un horror. El partido debía hacer propuestas a la clase obrera y dejarle las decisiones a ésta, aun a riesgo del rechazo, que debía ser aceptado en cualquier caso, incluso y especialmente después de una revolución exitosa.

Lenin no podía perdonarle esta “desviación” y, sin embargo, al mismo tiempo destacaba su grandeza. Años después de su muerte, en una disputa con Paul Levi, escribió:

Rosa Luxemburg se equivocó en la cuestión de la independencia polaca; se equivocó en 1903 en su valoración del menchevismo; se equivocó en la teoría de la acumulación de capital; se equivocó cuando, en julio de 1914, junto a Plejánov, Vandervelde, Kautsky y otros, abogó por la unificación de los bolcheviques con los mencheviques. Se equivocó en sus escritos desde la cárcel en 1918 (aunque ella misma corrigió la mayoría de sus errores tras su salida de la cárcel a finales de 1918 y principios de 1919). Pero, a pesar de todos sus errores, fue y sigue siendo un águila; y no sólo su memoria será siempre querida por los comunistas de todo el mundo, sino que su biografía y la edición *completa* de sus obras (con la que los comunistas alemanes llevan un retraso imperdonable, que sólo puede excusarse parcialmente por los escandalosos sacrificios realizados en su difícil lucha) serán una lección muy útil en la formación de muchas generaciones de comunistas de todo el mundo (Lenin 1922: 195).

Un problema que naturalmente le preocupaba a Luxemburg como partidaria del cambio revolucionario en la sociedad era la cuestión de la revolución. Precisamente en este punto, las calumnias siguen siendo habituales hoy en día; una especialmente páfida fue que Rosa Luxemburg apostaba al terror.³⁴ Nada más alejado de la verdad:

En las revoluciones burguesas, el derramamiento de sangre, el terror, el asesinato político fueron las armas indispensables en manos de las

³⁴ Al día siguiente de su asesinato, en los periódicos de Berlín se pudo leer: “¡La sangre demanda sangre! La carnicería causada por Liebknecht y Luxemburg exigía expiación. Llegó rápidamente y fue cruel pero justa en el caso de Rosa Luxemburg. La gallega fue golpeada hasta la muerte. La cólera popular, ahora desbordante y monstruosa, exigía venganza”. “¡Ay, ahora andaba suelta! [...] La guerra civil hizo estragos en Berlín, y la sangrienta Rosa, cuando el barril de pólvora explotó en Berlín, fue al Reich para lanzar la antorcha incendiaria a las agitadas masas también en este lugar. / Rosita, Rosita, Rosita roja: Alemania está en llamas” (véase Schütrumpf 2018a: 69).

clases ascendentes. La revolución proletaria no necesita el terror para sus objetivos; odia y aborrece el asesinato de seres humanos. No necesita estos medios de lucha porque no combate a los individuos sino a las instituciones, porque no entra en la arena con ilusiones ingenuas cuya decepción tendría que vengar sangrientamente. No es un intento desesperado de una minoría de modelar por la fuerza al mundo según su ideal, sino la acción de la gran masa del pueblo, que cuenta millones de personas (GW 4: 445).

Luxemburg también sabía exactamente lo que no quería en un segundo punto: cualquier forma de blanquismo. Louis Auguste Blanqui (1805-1881), que pasó la mayor parte de su vida en prisión, había desarrollado la idea de una sociedad secreta fuertemente organizada que tomaría el poder mediante un golpe de Estado y luego introduciría el socialismo. En 1904, Rosa Luxemburg había acusado por primera vez a Lenin y a los bolcheviques de tal intención: El “partido de nuevo tipo” de Lenin, el partido bolchevique de los revolucionarios profesionales, era según ella más un partido blanquista que obrero y, si lo consideraba políticamente oportuno, no se preocupaba por los intereses de la clase obrera. Rosa Luxemburg tendría razón en su crítica hasta un punto que ni siquiera podía prever. Pues, al contrario de lo que se postulaba en teoría, los bolcheviques, numéricamente débiles, tras tomar el poder, no se apoyaron tanto en los obreros y su movimiento, sino en un movimiento revolucionario de soldados campesinos. Por iniciativa de Trotsky, crearon una nueva fuerza militar leal a ellos —el Ejército Rojo— y se hicieron así de una base social y del poder político. Incluso más allá del exterminio de todo el cuerpo dirigente en 1938, este ejército, junto con el partido y el aparato del Estado de Stalin y la policía política, siguió constituyendo hasta 1991 —como una nueva clase— la base social decisiva del poder político en la Unión Soviética.

La concepción de Lenin de la revolución no sólo estaba orientada al poder, sino que además tenía un elemento mecánico: con un partido combatiente, el avance definitivo debía producirse en una situación revolucionaria en el punto de la sociedad más fácil de cambiar. Este punto era el poder del Estado, que debía ser conquistado y nunca más cedido. Luego, con la ayuda del poder del Estado, la sociedad debía ser transformada desde arriba, empezando por las relaciones de propiedad. Lo que en la teoría tenía un aura suave y divina, en la práctica produjo algo poco divino: el socialismo real existente. Éste pasó por tres fases: la revolucionaria hasta 1927/28, la totalitaria hasta 1953 y la de una dictadura burocrática en lenta descomposición hasta 1989/91. Al final, se derrumbó como un árbol hueco.

Para Rosa Luxemburg, estaba decidido que esta transición debía realizarse mediante una “*realpolitik* revolucionaria” —utilizando todos los medios, incluyendo las reformas—; y que consideraba, si no necesariamente deseable, al menos muy probable, una revolución con enfoque violento. Sin embargo, evitó especificar de antemano cómo pensaba comportarse en una revolución. Ésa era la gran diferencia con Lenin, que sabía exactamente lo que quería: tomar el poder a la primera oportunidad favorable, y de hecho todo el poder, para luego ver cómo seguir.

Y había otra diferencia, que radicaba en la cuestión de la separación organizativa de la socialdemocracia. Mientras que los bolcheviques la veían como el punto de partida de toda práctica revolucionaria y actuaban en consecuencia, Rosa Luxemburg había llegado a la conclusión contraria, basándose en la *Revolución Rusa de 1905 a 1907*. Pensaba que la izquierda debía permanecer el mayor tiempo posible en los grandes partidos de la socialdemocracia y, por tanto, cerca de la clase obrera. De lo contrario, dijo, se corre el peligro de caer en el sectarismo.

Por ello, se negó con vehemencia a abandonar el SPD, a pesar de que la bancada del SPD aprobó los créditos de guerra en el parlamento. Es cierto que Luxemburg formó con Franz Mehring el Grupo Internacional, pronto llamado Grupo Espartaco, pero lo hizo dentro de la socialdemocracia. Cuando el SPD se dividió por la discusión sobre guerra y paz en 1917, Rosa Luxemburg y sus amigos, se cambiaron al Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD, por sus siglas en alemán), pero lo hicieron con poco entusiasmo y mantuvieron su independencia política. Ella consideraba perjudicial tener un partido propio. Estaba convencida: si había una revolución, el movimiento de masas —como en Rusia en 1905 con los soviets— produciría las formas organizativas adecuadas.

En 1921, un confidente íntimo de Leo Jogiches y de Rosa Luxemburg, el experto en economía de la Liga Espartaquista Paul Lange, declaró que, incluso después de estallada la revolución en Alemania, Rosa Luxemburg sólo abandonó su reticencia a fundar su propio partido cuando hubo riesgo inminente de que los bolcheviques, con la ayuda de los radicales de izquierda de Bremen, Hamburgo y Dresde, crearan su propio partido comunista alemán: “Si después de la guerra se produjo la fusión organizativa de la Liga Espartaquista con los leninistas alemanes a través de la fundación del Partido Comunista, esto correspondía menos a los verdaderos deseos de Rosa Luxemburg y Leo Jogiches que a la intención de no ver surgir un nuevo partido junto a la Liga Espartaquista” (Lange 2017: 47).

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA: UNA ESTRATEGIA ALTERNATIVA

Uno de los puntos de ruptura dentro de la izquierda en el Imperio ruso después de la revolución de 1905/06 surgió por la discusión sobre qué carácter podía tener una próxima revolución. La revolución de 1905 ni siquiera había dado a luz “una insignificante constitución constitucional”, algo que Rosa Luxemburg había considerado como al menos posible al estallar esa revolución (GW 1.2: 479). Por lo tanto, la próxima revolución era sólo una cuestión de tiempo: anhelada por algunos, recelada y temida por otros.

Dirigidos por Julius Martov, los mencheviques, aunque en absoluto uniformes ideológicamente, adoptaron el enfoque más “marxista”: dado que la producción industrial capitalista y el proletariado sólo se habían asentado en unas pocas islas de la vasta Rusia —las ciudades industriales en Polonia y Letonia, así como Petersburgo, Moscú, Bakú, algunas regiones del Cáucaso y los Urales, más el Donbass—, el punto en la agenda no era el socialismo, sino la superación de una no-sociedad, que en su parte mayoritaria permanecía en una barbarie feudal semiasiática. Y esto debía realizarse mediante una revolución burguesa, dirigida por la burguesía liberal. La socialdemocracia rusa fue más una importación del movimiento socialdemócrata de Europa occidental que una expresión política de un movimiento proletario independiente en Rusia. Por lo tanto, debido a su carácter burgués, debía actuar en la revolución como portaestribos y, en el mejor de los casos, como socio menor de los liberales, pero en ningún caso asumir el liderazgo.

Lenin y los bolcheviques, apenas menos heterogéneos, consideraban, en cambio, que la aparición de “héroes liberales” en el escenario de la revolución —a la manera de 1789 y los años subsiguientes en Francia— era una ilusión anticuada: la revolución de 1848/49 en Francia y Europa Central había demostrado que el miedo de los liberales a ser marginados por el proletariado, que empujaba tras ellos, había hecho que su aversión a cualquier revolución fuera abrumadora y, en caso de duda, postergarían la realización de sus propios intereses. Por eso, Lenin abogó por la hegemonía proletaria, punto en el que estuvo de acuerdo no sólo con Trotsky —que de buena gana hizo esfuerzos para mediar entre los bandos enfrentados y que muchas veces no quedó bien con nadie— sino también con Luxemburg. Trotsky, sin embargo, creía que una futura Revolución Rusa adoptaría más rasgos proletarios en su curso, mientras que Luxemburg se mantenía con los mencheviques en esta cuestión. Lenin, el “dogmático del antidogmatismo” (según el eternamente irónico Paul Levi), inicialmente también partió del carácter burgués de la revolución.

Ninguna de las cuatro corrientes —mencheviques, bolcheviques, León Trotsky, Rosa Luxemburg— se engañó sobre la debilidad del pequeño proletariado industrial ruso. Sin embargo, estaban en desacuerdo en cuanto a la actitud hacia la mayoría de la población de Rusia, hacia el campesinado con poca tierra. Los mencheviques lo veían como un apoyo a la reacción zarista. Rosa Luxemburg tendía en la misma dirección, mientras que Lenin imaginaba en él una potencial fuerza revolucionaria. Por eso abogó por una “dictadura democrática del proletariado y del campesinado”. Trotsky, hijo de un campesino, también quería unir fuerzas con el campesinado con poca tierra, pero no lo veía como una fuerza revolucionaria, sino como “una masa amorfa y fragmentada con intereses de poco criterio y limitados, incapaz de una acción común coordinada” (Deutscher 1972: 156). Pero: según Trotsky, el proletariado liberaría al campesinado, que entonces se sometería al proletariado—al igual que los campesinos de Francia siguieron en su día a Napoleón, mientras éste les protegiera del regreso de la vieja nobleza terrateniente—. Pero una vez desterrada la contrarrevolución, continuó Trotsky, el campesinado ruso se volvería contra el proletariado en el poder, la salvación se vislumbraría en forma de un levantamiento proletario en Europa Occidental. Ésta era la esencia de la teoría de Trotsky de la “revolución permanente”: una idea prestada del Marx de la década de 1850. En 1917, los bolcheviques apostaron, efectivamente, por este comodín: por el proletariado de Europa Occidental. El resultado es bien conocido.

Desde la década de 1890 Rosa Luxemburg había advertido una y otra vez la posibilidad de que la revolución se deslizara hacia una dictadura de minorías. Nada le parecía peor que jugarse el crédito moral del socialismo. Además, Luxemburg no pensó la revolución —como Trotsky— a partir del Marx de la década de 1850, sino que ella retomó a Engels, quien en los últimos años antes de su muerte había vuelto a su tema de juventud, la revolución. Pero esta vez no como militar, sino como teórico:

Hasta aquella fecha todas las revoluciones se habían reducido a la sustitución de una determinada dominación de clase por otra; pero todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del Estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales. Este papel correspondía siempre al grupo minoritario capacitado para la dominación y llamado a ella por el estado del desarrollo económico y, precisamente por esto y sólo por esto, la mayoría dominada, o bien

intervenía a favor de aquélla en la revolución o aceptaba la revolución tranquilamente. Pero, prescindiendo del contenido concreto de cada caso, la forma común a todas estas revoluciones era la de ser revoluciones minoritarias. Aun cuando la mayoría cooperase a ellas, lo hacía —consciente o inconscientemente— al servicio de una minoría; pero esto, o simplemente la actitud pasiva, la no resistencia por parte de la mayoría, daba al grupo minoritario la apariencia de ser el representante de todo el pueblo.

Después del primer éxito grande, la minoría vencedora solía escindir-se: una parte estaba satisfecha con lo conseguido; otra parte quería ir todavía más allá y presentaba nuevas reivindicaciones que en parte, al menos, iban también en interés real o aparente de la gran muchedumbre del pueblo. En algunos casos, estas reivindicaciones más radicales eran satisfechas también; pero, con frecuencia, sólo por el momento, pues el partido más moderado volvía a hacerse dueño de la situación y lo conquistado en el último tiempo se perdía de nuevo, total o parcialmente; y entonces, los vencidos clamaban traición o achacaban la derrota a la mala suerte. Pero, en realidad, las cosas ocurrían casi siempre así: las conquistas de la primera victoria sólo se consolidaban mediante la segunda victoria del partido más radical; una vez conseguido esto, y con ello lo necesario por el momento, los radicales y sus éxitos desaparecían nuevamente de la escena. (MEW vol. 22: 513-514; traducción de *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Progreso, Moscú, 1979).

Luxemburg sabía: las revoluciones no conducen automáticamente al progreso social, porque el eje de cada revolución es su reacción de termidor, su inevitable retroceso. Las revoluciones sólo estallan en sociedades en las que los mecanismos de la sociedad civil que posibilitan la negociación de los intereses opuestos entre las diferentes fuerzas sociales y políticas están completamente ausentes o han perdido su antigua eficacia y, si acaso, siguen manifestándose en rituales sin sentido. Las revoluciones son las excepciones de la historia, en las que las tensiones políticas y sociales reprimidas se descargan, a veces de forma casi explosiva. Sin embargo, sólo se decide al final de la misma si una revolución se convierte en una “locomotora de la historia” (MEW Vol. 7: 85). La cuestión determinante al respecto es: ¿retrocede la revolución a su punto de partida o incluso más atrás, o sea, dominan condiciones más reaccionarias que antes de la revolución? Los ejemplos de la historia reciente extra-europea hablan por sí solos. ¿O se detiene el retroceso antes de llegar al punto de partida? Según la respuesta se decide si una revolución se vive y se evalúa como victoriosa o como un fracaso.

Por eso, Luxemburg abogó por una máxima oscilación de la revolución hacia la izquierda, hasta llegar a una dictadura del proletariado, con la clara conciencia de que no podía mantenerse ahí. Según su comprensión, la función de esta dictadura no era en primer lugar liberar elementos socialistas, sino amortiguar el retroceso: la revolución francesa de 1789 había demostrado que sólo la dictadura jacobina había hecho irreversible la liberación de las relaciones burguesas-capitalistas en Francia. Sólo empujando el cambio más allá de lo que era posible para la sociedad en tiempos no revolucionarios, las fuerzas opositoras se verían intimidadas hasta el punto de aceptar cualquier compromiso, siempre que éste impidiera un nuevo empuje de la revolución.

Sin libertades políticas —es decir, sin libertad de expresión, libertad de prensa, libertad de reunión, libertad de asociación y organización, en resumen, sin un espacio público garantizado política y jurídicamente por un Estado de derecho— cualquier lucha por el socialismo seguía siendo un absurdo para Rosa Luxemburg. Como el liberalismo en Rusia ya había nacido cansado de la revolución, su función debía ser asumida por una dictadura temporal del proletariado. El establecimiento de un orden burgués-capitalista de Estado de derecho debía servir para crear el terreno en el que la lucha por el socialismo era realmente posible.

Rosa Luxemburg describió este escenario al analizar la revolución de 1905/06:

El proletariado en lucha no debe, por supuesto, hacerse ilusiones sobre la duración de su dominio en la sociedad. Tras el fin de la presente revolución, tras la vuelta de la sociedad a las condiciones 'normales', el dominio de la burguesía, tanto en la fábrica como en el Estado, dejará sin duda de lado y eliminará en una primera fase gran parte de lo conseguido en la presente lucha revolucionaria. Tanto más importante es que el proletariado abra las brechas más fuertes en las relaciones actuales, que revolucione las condiciones dentro de la fábrica y en la sociedad de la forma más amplia posible. Cuanto más pueda la socialdemocracia empujar la ola revolucionaria hacia la dictadura política del proletariado, menos podrá la burguesía inmediatamente después de la revolución hacer retroceder lo conseguido (AR: 208).

Y en 1908, después de que la Revolución Rusa aparentemente había sido forzada a retroceder hasta su punto de partida, reafirmó esta posición:

Pero preocuparse ahora de que la revolución actual conserve su carácter propiamente "burgués" es una tarea totalmente innecesaria

para el proletariado. El carácter burgués se manifiesta porque el proletariado no logrará mantenerse en el poder, porque tarde o temprano volverá a ser derrotado por la acción contrarrevolucionaria, por la burguesía, los terratenientes, la pequeña burguesía y amplios sectores del campesinado. También es posible que, tras el derrocamiento del proletariado, la misma república perezca y comience el gobierno de una monarquía constitucional profundamente moderada durante mucho tiempo. Eso es muy posible. Pero la situación de clase es ahora tal que en Rusia incluso el camino hacia la constitución moderada pasa por la acción revolucionaria y la dictadura republicana del proletariado (AR: 264).

Con esta posición, Luxemburg naturalmente asustó e irritó a los dirigentes de los bolcheviques, ya que estos querían “ganar” la revolución.

CÓMO LOS BOLCHEVIQUES “GANARON” LA REVOLUCIÓN Y LAS PESADILLAS DE LUXEBURG SE HICIERON REALIDAD

En Rosa Luxemburg el entusiasmo revolucionario se combinaba con, podría decirse, una sobriedad casi despiadada:

El proletariado, como el factor más revolucionario, puede probablemente asumir el papel de liquidador del viejo orden y “hacerse del poder” para prevenir la contrarrevolución, para no permitir que la revolución sea empantanada por la burguesía, que es reaccionaria por naturaleza. Ninguna revolución ha terminado todavía de otra manera que como dictadura de una clase, y todos los hechos indican que el proletariado puede convertirse ahora en este liquidador. Sin embargo, ningún socialdemócrata se hace ilusiones suponiendo que el proletariado pudiera mantenerse en el poder, pues si se mantuviera, se impondría el dominio de su idea de clase y el socialismo se realizaría. Hoy las fuerzas no son suficientes para ello, porque en el Estado ruso el proletariado, en el sentido exacto de la palabra, es precisamente una minoría en la sociedad. Sin embargo, la realización del socialismo por una minoría está absolutamente descartada, ya que la idea misma de socialismo excluye la dominación por parte de una minoría. Por ende, el proletariado, tras su victoria política sobre el dominio zarista, perderá el poder frente a la mayoría al día siguiente. En concreto, tras el derrocamiento del dominio zarista, el poder pasará a la parte más revolucionaria de la sociedad, al proletariado, porque este proletariado ocupará todos los puestos y se mantendrá en el poder hasta delegarlo en manos de los legalmente llamados a ello, es decir, en manos del

nuevo gobierno, que sólo puede ser determinado por la Constituyente, por el cuerpo legislativo elegido por toda la población. Pero en vista de que en la sociedad no es la clase obrera, no es el proletariado el que constituye la mayoría, sino que ésta está formada por la pequeña burguesía y los campesinos, incluso en la Constituyente no habrá una mayoría de socialdemócratas, sino de demócratas pequeñoburgueses campesinos. Podemos considerarlo lamentable, pero no podemos cambiarlo (AR: 218).

Lenin no estaba dispuesto a resignarse a tal “derrotismo”; no pensaba mucho en los reveses, incluso si conducían a una república burguesa-parlamentaria como condición previa para llegar a la autoorganización y la autoconcientización del proletariado. Entre 1917 y 1918, apostaba a los avances decisivos y a los caminos cortos. Y Luxemburg ya no retomó explícitamente este concepto en *Sobre la Revolución Rusa*.

A Lenin, y con él a los bolcheviques, cuando se lanzaron a la lucha en 1917, les interesaba sobre todo una cosa: su (esperada) función como revolución que abriera el camino a una tormenta proletaria-socialista sobre Europa. Al final de esta tormenta, debía existir una sociedad post-capitalista basada en la libertad social para todos. En su carácter de revolución “nacional”, la Revolución Rusa carecía por completo de interés para estos cosmopolitas, al menos al principio, sobre todo porque sabían que con esta Rusia no se podía construir algo importante en ningún Estado, y mucho menos el socialismo.

Hacía tiempo que Lenin tenía claro que el proletariado ruso, si de veras llegaba a tomar el poder, no sería capaz de mantenerlo a largo plazo, ni siquiera asociado con el proletariado polaco, mucho más experimentado políticamente, y representado, entre otros, por Jogiches y Luxemburg. Sin embargo, creyó haber encontrado una ingeniosa salida al dilema: abogó por una alianza entre el fuego y el agua, entre el proletariado y el campesinado pobre necesitado de tierra, es decir, de capital.

Aunque la Revolución Rusa fracasó como revolución detonadora internacional debido a la falta de revoluciones posteriores exitosas, los bolcheviques cumplieron su tarea a nivel nacional al ganar la guerra civil; sin embargo, con esta victoria también llevaron a su punto más álgido la contradicción entre la hegemonía social y política, inherente a toda revolución radical (Kossok 2016: 46). Nunca un hegemon social, el “mandante” —en la Revolución Rusa, el proletariado hasta 1921— ha ejercido la hegemonía política como conjunto. O bien se trata de grupos activistas, como la Gironda en la Revolución Francesa, de 1791 a 1793, los Jacobinos en 1793 y 1794 y los bolcheviques en la Revolución Rusa de 1917 a 1921. O es el ejército el que “sustituye” a una burguesía ausente o demasiado débil.

Como “jacobinos con el pueblo” (Lenin), los bolcheviques habían logrado algo de lo que ni siquiera ellos mismos se habían creído capaces en un principio: al igual que la Revolución Francesa de 1789 y los años subsecuentes, habían utilizado la guerra para profundizar la revolución, y al hacerlo habían consolidado cada vez más el interés de los obreros, y sobre todo de los campesinos, en ganar la guerra civil. Con la victoria en la guerra civil en 1920, los bolcheviques habían conseguido todo lo que se podía conseguir en esta revolución. Así, a principios de 1921, les tocó el termidor. Porque el hegemon social—los obreros revolucionarios, que ciertamente estaban interesados en una dictadura del proletariado, pero no en una dictadura de los bolcheviques—vio los resultados de la revolución asegurados por la victoria en la guerra civil. Con ello, el dominio de los bolcheviques parecía haberse vuelto obsoleto, sobre todo porque ellos habían roto unilateralmente el consenso proletario con el establecimiento de su dictadura de partido. Este consenso incluía democratizar la sociedad a través de un sistema de Consejos elegidos directamente e implementar juntos el modo de producción socialista como requisito para la libertad social de todos.

Sin embargo, el revés de la Revolución Rusa no vino de los liberales ni de las fuerzas zaristas: estos habían sido aniquilados en la guerra civil. Más bien, surgió de las fuerzas de combate de élite de los bolcheviques: los marineros y obreros de Kronstadt; Trotsky los había llamado una vez “la gloria y el orgullo de la revolución”. Pero la rebelión de Kronstadt contra la dictadura del partido fue derrotada. En marzo de 1921, los bolcheviques ahogaron a su anterior Guardia Pretoriana en su propia sangre.

Esta derrota de los obreros reveló toda la debilidad del, hasta ese momento, hegemon social. Mostró que, aunque los obreros no hubieran sido vencidos por el hegemon político, los bolcheviques nunca habrían podido mantener su hegemonía social. Dentro de un brevísimo espacio de tiempo el empuje de las masas campesinas los habría regresado a la insignificancia de la que la revolución los había sacado durante cuatro años.

Pues con la victoria en la guerra civil, también las masas campesinas habían perdido todo interés en la continuidad del dominio de los bolcheviques, así como en la continuidad de una alianza después de que los obreros, el anterior hegemon social, habían sido aplastados. Las revueltas campesinas estallaron en todo el país. Así, la solución de Lenin, la alianza entre fuego y el agua, el proletariado y el campesinado con poca tierra, había resultado en un callejón sin salida. Había sido bastante eficaz en el avance decisivo contra el feudalismo. Pero para evitar el retroceso de la revolución, tal como Lenin la había concebido, esta alianza era inadecuada.

Con la victoria sobre su anterior “mandante”, los bolcheviques no sólo no habían ganado nada, sino que lo habían perdido todo. En la primavera de 1921 estaban solos: habían alienado al mandante original, los obreros de las ciudades, para luego expulsarlos. Y con su antiguo aliado, el campesinado, la comunicación se realizó con la violencia de los fusiles.

Las revueltas campesinas pueden ser sofocadas. Y eso es lo que hicieron los bolcheviques en la primavera de 1921, pero rápidamente tuvieron que darse cuenta: “Lo que nunca nace de la boca del fusil es el poder” (Arendt 2005: 54).³⁵ Sin embargo, como no querían (y posiblemente no podían) renunciar voluntariamente a este poder político, su victoria no les dejó otra que ponerse al servicio de la fuerza social más fuerte, el campesinado. Invitaron—en vano—a invertir a la parte internacional de la burguesía, que había sido ampliamente eliminada a nivel nacional. Se trataba de un tipo de economía de mercado, imposible de describir en una frase, dirigida por el Estado, bajo el nombre de “Nueva Política Económica” (NPE). Nunca ha habido una victoria pírrica más extraña.

Así, la Revolución Rusa experimentó su revés, su termidor, no una sino dos veces: como un termidor proletario inevitablemente fallido, y como un termidor que aseguraba los resultados viables de la revolución, sobre todo los de la revolución agraria, llevado a cabo por los propios revolucionarios y, por tanto, sin asesinar a los revolucionarios:

El termidor de la Revolución Rusa [...] no se diferencia de otros termidores ni por su contenido ni por sus efectos, sólo por su forma. Era un termidor “seco”. Se desarrolló tranquila y pacíficamente en el seno y la organización de los bolcheviques. No, por supuesto, sin mostrar inmediatamente su cabeza de Gorgona a la clase obrera: en Kronstadt. Pero los efectos fueron los mismos que los de su hermano mayor [...] El mes de marzo de 1921 golpeó dos veces a la clase obrera rusa. En él se entregó a la propia clase a los campesinos y, tras los campesinos, a los chantajistas, a los contrabandistas de mercancías, a los especuladores y, tras ellos, a los grandes capitalistas. Al mismo tiempo se le privó de sus líderes, en el sentido de que los jacobinos de ayer se convirtieron en los termidores de hoy (Levi 2020: 1255-1256).

Únicamente Angelica Balabanoff, cofundadora y oficialmente jefa de la Internacional Comunista en 1919, asumió las consecuencias, renunció discretamente al poder y regresó “a casa” al exilio. Pocos años antes de su muerte, escribió:

³⁵ La respuesta de Arendt a la sentencia de Mao Tse-tung fue: “El poder político nace de la boca del fusil” (Mao Tse-tung 1966: 74).

Hoy me vería como cómplice de innumerables delitos contra la humanidad, de traición al socialismo, de innumerables hechos vergonzosos. No tendría ni el derecho ni el valor de enfrentarme a las víctimas de la injusticia social a las que juré fidelidad haciéndome socialista [...] Estar obligado a vivir como viven los bolcheviques, rodeada de aduladores, disfrutar de privilegios de todo tipo, y ganarme las maldiciones de sus innumerables víctimas torturadas, tener una corresponsabilidad de sus vilezas por mi mera presencia, ése habría sido mi —terrible— castigo (Balabanoff 2013: 177-178).

Los bolcheviques habían caído en la trampa que Friedrich Engels ya había descrito en una “utopía negra” en 1850:

Lo peor que le puede suceder al líder de un partido extremista es que se vea forzado a asumir el gobierno en una época en la que el movimiento aún no está lo suficientemente maduro para el dominio de la clase que él representa y para la aplicación de las medidas que el dominio de esta clase requiere. Lo que puede hacer no depende de su voluntad, sino [...] del grado de desarrollo de las condiciones materiales de existencia, de las relaciones de producción y de circulación. [...] Lo que debe hacer, lo que su propio partido le exige, nuevamente no depende de él [...], está amarrado por sus doctrinas y demandas anteriores, que a la vez no resultan de la relación de momento entre las clases sociales entre sí, ni del estado más o menos casual de las relaciones de producción y de circulación, sino de su mayor o menor comprensión de los resultados generales del movimiento social y político. De este modo, se encuentra necesariamente ante un dilema insoluble: lo que puede hacer contradice a todo su actuar anterior, a sus principios y a los intereses inmediatos de su partido; y lo que debe hacer es irrealizable. Se ve obligado, en una palabra, a representar no a su partido y a su clase, sino a la clase para cuyo dominio el movimiento había alcanzado la madurez correspondiente. Cumpliendo con los intereses del propio movimiento, debe representar los intereses de una clase ajena a él, y despachar a su propia clase con frases y promesas, y con la afirmación de que los intereses de esa clase ajena son sus propios intereses. Quien cae en este desequilibrio está irremediabilmente perdido (MEW vol. 7: 400-401; traducción propia).³⁶

³⁶ Deutscher describe gráficamente —aunque sin poder interpretarlo en términos de teoría revolucionaria— cómo las posiciones opuestas entre hegemon social (clase obrera rusa) y hegemon político (bolcheviques) se hicieron tan irreconciliables que los bolcheviques tuvieron que buscar un nuevo hegemon (Deutscher 1972: 456-482).

Pero no fue sólo el derrocamiento del temidor proletario de Kronstadt lo que reveló la naturaleza de la relación de los bolcheviques con la clase a la que querían ayudar a liberarse. La fuerza y la debilidad de los bolcheviques desde el principio fue su comprensión de la vanguardia. Paul Levi, el primer dirigente del KPD tras el asesinato de Rosa Luxemburg y, al negarse a pasarse a las filas de los bolcheviques, expulsado en 1921 del partido que él dirigía, lo describió así:

Si los bolcheviques no hubieran hecho otra cosa que ejercer la dictadura del proletariado, nunca habrían llegado tan lejos. Hicieron otra cosa. No ejercieron la dictadura del proletariado contra una clase hostil, sino que empezaron primero a “guiar” al proletariado, luego a dirigirlo, luego a enderezarlo, luego a tenerlo bajo tutela, luego a disciplinarlo, luego a darle ordenes, luego a sacudirlo, luego a torturarlo y luego a aterrorizarlo en nombre de la “dictadura”. En esta teoría completamente equivocada y errónea del “papel del partido”, de la omnipotencia de un comité central en el partido, de la naturaleza cuasi divina unos cuantos caciques: ahí se encuentra el principio y el fin de lo que está ocurriendo ahora en Rusia. No es el socialismo [...] el que se fue a la bancarrota en Rusia: ha sido una escuela la que se fue a la bancarrota en Rusia [...] El proletariado es un cuerpo grande y fuerte, más formidable en sus fuerzas que cualquier otra clase. Lo que el cuerpo fuerte necesita para dominar, la voluntad de poder, nadie puede dárselo, debe crearlo por sí mismo a partir de un juego de miles de facetas, con miles de células y celulillas, cada una de las cuales tiene su propia vida. Este es el significado de la *democracia* dentro de la clase obrera y dentro del partido, formar esta voluntad de esta manera (Levi 2016: 1157).

Para los nuevos hegemones sociales —para el campesinado y la burguesía nuevamente en formación— los bolcheviques eran cualquier cosa menos socios deseables. Entre el hegemon social y el político existía nada menos que una relación antagónica: fue una alianza temporal, duradera mientras parecía imposible expulsar a los bolcheviques del poder. Por su parte, los bolcheviques, muy conscientes de la situación, vivían con el miedo constante a otro temidor y sólo sabían acudir a una única receta, dieron permanencia a la violencia: la “situación social excepcional se convirtió en ‘normalidad’”. La violencia no sólo se convirtió en la ‘partera’ (Marx) de la nueva sociedad, sino que siguió siendo su soporte decisivo” (Kossok 2016: 45).

Por supuesto, los bolcheviques sabían que sería difícil apoyarse sólo en la violencia; que —Napoleón fue el primero en decirlo— se podían

hacer muchas cosas con las bayonetas, excepto una: sentarse sobre ellas. Por eso, una vez terminada la revolución desde abajo y mediante su propio terribor, los bolcheviques cambiaron y empezaron a bailar “por encima de las clases” y siguieron gobernando como bonapartistas.

Sólo podemos especular sobre cómo habrían continuado las cosas si Stalin y su grupo no hubieran cancelado este proceso en 1928. Para lo que vino después, Stalin no tuvo que inventar nada, según Angelica Balabanoff:

Hay que admitir que sin Lenin no habría habido Stalin, aunque sólo fuera una caricatura del fundador de los bolcheviques. Todo lo repulsivo en él, que salió a la luz durante su dictadura, fue fomentado y fortalecido por el régimen en el que vivió, actuó y dominó. El régimen que creó Lenin y el aparato que construyó despertaron todos los instintos inferiores en un hombre como Stalin y no opusieron ningún obstáculo, ni siquiera resistencia a su desenvolvimiento. El ambiente de autocracia, arbitrariedad y terror favoreció las tendencias sádicas del futuro dictador, avivó su vanidad y la incrementó desmesuradamente. Pero Stalin no era en absoluto un innovador; intelectualmente era un cero, un discípulo fiel, un imitador, no un pionero. Las opiniones teóricas de los bolcheviques, así como la aplicación de métodos contrarios al socialismo, fueron obra de Lenin; Stalin se limitó a apropiárselos y a intensificar y generalizar lo negativo inherente a ellos (Balabanoff 2013: 165).

La fuerza de Stalin consistió en reconocer los peligros que se acercaban y en combatirlos en una etapa en la que todavía eran controlables. En 1927, los primeros boicots de cereales por parte del campesinado anunciaron que el periodo de bonapartismo de los bolcheviques estaba llegando a su fin. Así pues, llegó otra vez la hora de cambiar el hegemon social, la hora de la “Revolución de Stalin”, de la “Segunda Revolución” como se prefirió llamarla.

El resultado fue una economía mixta: bajo el signo de la colectivización, el Estado amplió de manera excesiva la esclavitud en los campos de trabajo, especialmente en las industrias extractivas. En la medida en que los campesinos no murieron de hambre o fueron asesinados—los cálculos recientes cifran el número de muertos en más de diez millones—, se vieron forzados a formar parte de una segunda servidumbre, en comparación con la cual la segunda servidumbre ante Prusia fue un dechado de humanidad.

Los que no acabaron frente a los pelotones de ejecución o tuvieron que vegetar en la esclavitud estatal o en la servidumbre o que no

murieron de hambre podían considerarse afortunados si se les permitía realizar un trabajo asalariado, por supuesto, de ninguna manera como asalariado doblemente libre.* En comparación con las chozas de tierra que muchos obreros que construyeron las nuevas ciudades tuvieron que cavar para sí mismos en los primeros años, vivir en los pisos compartidos en las zonas industriales tradicionales era incluso un privilegio. La burguesía local, que había comenzado a formarse de nuevo después de 1921, fue tratada de forma similar al campesinado. Los recursos así liberados se canalizaron hacia la industria pesada.

Bajo el régimen del “Estado obrero y campesino”, en el “socialismo real”, la sociedad había adquirido una forma que no necesariamente aparecía como una alternativa atractiva para los obreros asalariados doblemente libres de Occidente, que eran explotados en sociedades dominadas por el principio del beneficio. En este sentido, Stalin se convirtió en el mejor aliado de Occidente.

El nuevo hegemon social coincidió con el político, los bolcheviques habían producido su propia clase: la “nueva clase”, como la llamó el comunista yugoslavo Milovan Djilas (Djilas 1958). Esta nueva clase se posicionó en los puestos decisivos del poder: como funcionarios en el Estado, en la economía, la administración, el ejército, en la policía política. El socialismo, con los colores de los bolcheviques, no significaba la emancipación de toda explotación y opresión, conquistada de manera colectiva y solidaria —lo que había sido originalmente el significado del socialismo—, sino la oferta a quienes estuvieran dispuestos a ascender socialmente de forma individual.

Esta “nueva clase” disfrutó de su victoria incluso cuando millones de personas murieron de hambre en 1932/33 tras la “exitosa colectivización”. Porque pertenecer a la “nueva clase” significaba *pajok* (raciones para los privilegiados), significaba la sobrevivencia, al menos por el momento; con la ayuda de la “nueva clase”, la sociedad fue sometida, terminando así la arriesgada fase bonapartista. En lugar de los elementos del modo de producción capitalista y de los de una sociedad burguesa, así como de una mayor seguridad jurídica, en 1927/28 se desató el Estado. En nombre del “poder obrero y campesino” se instauró un régimen basado en el terror, que pretendía establecer una sociedad “sin clases” mediante asesinatos, y, al hacerlo, no dejaba a salvo en absoluto ni siquiera a la “nueva clase”, sino que a veces incluso

* N.d.T.: Marx acuñó el término “doppelt freier Lohnarbeiter” para referirse al “trabajo asalariado doblemente libre” después de la revolución burguesa. Los obreros son “libres” de ofrecer su fuerza de trabajo en el mercado libre y negociar sus salarios, y a la vez son “libres” de toda propiedad sobre los medios de producción.

le dio preferencia en su actitud aniquiladora. Bajo el lema “socialismo en un solo país”, se consolidó un sistema de dominación que pretendía domesticar mediante una guerra no declarada a una sociedad igualitarista incapaz de cualquier forma de resistencia.

Después de esclavizar a los ganadores de la Nueva Economía Política (de Lenin) y al campesinado, le tocó el turno a la guardia revolucionaria y, finalmente, a todos los que no pudieron disimular su individualidad. Todas las relaciones sociales, en la medida en que se basaban en la confianza, fueron destruidas deliberadamente. Lo que surgió fue una sociedad de la igualdad, aunque una igualdad en la esclavitud, en el miedo, en la ausencia de vínculos emocionales: en última instancia, una no-sociedad que carecía de todas las insignias de una sociedad civil. La nueva generación, “no contaminada” por la vida, debía proveer los “nuevos humanos”, disponibles para todo. No hubo compasión con los “viejos”. Dominaba el Estado de las ordenes, en su forma totalmente desatada.

La dirigencia estalinista intentó burlarse del funcionamiento de la sociedad moderna y de sus leyes, aparentemente cancelándolos. No hubo ninguna emancipación de la existencia y el dominio de clase, tal como lo habían pretendido Marx, Luxemburg y, hasta cierto punto, Lenin. Aquí, la sociedad fue sustituida por un arriba y un abajo, quizás mejor, por un adentro y un afuera, esferas entre las cuales el individuo podía ser lanzado arbitrariamente: guardia hoy, esclavo mañana; esclavo hoy, general mañana; jefe de la policía política ayer, víctima de tortura mañana. Los papeles eran intercambiables, y se intercambiaban.

La ausencia de clases no nació como resultado de grandes conflictos de clase, sino como resultado del actuar de un Estado policial omnipresente, que “creó” una sociedad supuestamente socialista como “principal instrumento de la clase dominante”. Esta sociedad tuvo que ser “creada” porque una sociedad socialista no podía desarrollarse en las condiciones existentes. El Estado bolchevique se creó a sí mismo una base; no la base a su Estado.

Se había llegado a un presente incluso más horrible de lo que Rosa Luxemburg había temido en 1918:

Absolutamente necesario, el control público. De lo contrario, el intercambio de experiencias queda sólo en el círculo cerrado de los funcionarios del nuevo gobierno. Corrupción inevitable. [...] La práctica del socialismo requiere toda una revolución mental en las masas degradadas por siglos de dominio de la clase burguesa. Instintos sociales en lugar de egoístas; iniciativa de las masas en lugar de la inercia; idealismo que supera todos los sufrimientos, etc., etc. Nadie lo sabe

mejor, lo describe más encarecidamente, lo repite con más insistencia que Lenin. Sólo que toma medidas totalmente erróneas. Decreto, poder dictatorial de los supervisores en la fábrica, castigos draconianos, reino del terror: son todos paliativos. El único camino para este renacimiento: la propia escuela de la vida pública, la democracia más amplia sin restricciones, la opinión pública. Precisamente el reino del terror desmoraliza.

Si todo esto desaparece, ¿qué queda en la realidad? Lenin y Trotsky presentaron a los soviets como la única y verdadera representación de las masas obreras en lugar de los órganos representativos resultantes de las elecciones populares universales.

Pero con el aplastamiento de la vida política en todo el país, la vida en los soviets naturalmente se paralizará cada vez más. Sin sufragio universal, sin libertad de prensa y de reunión, sin la libre batalla de opiniones, la vida en todas las instituciones públicas se apaga, se convierte en una farsa, en la que sólo la burocracia sigue siendo el elemento activo. La vida pública se adormece poco a poco, es una docena de líderes del partido que dirige y gobierna con energía inagotable e idealismo sin límites; debajo de ellos hay una docena de mentes sobresalientes, los que realmente gestionan, y de vez en cuando se acarrea una élite de la clase obrera, para aplaudir los discursos de los dirigentes, aprobar por unanimidad las resoluciones presentadas; en el fondo se trata de una economía de camarilla, sin embargo, en forma de una dictadura, aunque no la dictadura del proletariado, sino la dictadura de un puñado de políticos, es decir, la dictadura en el sentido burgués, en el sentido del dominio jacobino. [...] Sí, incluso va más allá: tales condiciones deben resultar en que la vida pública se torne salvaje: asesinatos, fusilamiento de rehenes, etc. Se trata de una ley objetiva e incontenible a la que ningún partido puede sustraerse (GW 4: 360-362).

CAPÍTULO 11

La Revolución de Noviembre. Hacia un nuevo comienzo

La esencia de la sociedad socialista consiste en que la gran masa obrera deja de ser una masa gobernada para vivir, ella misma, toda la vida política y económica y dirigirla en libre autodeterminación consciente (GW 4: 444).

EL SOCIALISMO COMO TAREA COTIDIANA

En 1913, en Bockenheim, cerca de Fráncfort del Meno, Rosa Luxemburg había hecho un llamado a los soldados a denegar la obediencia en caso de guerra. Había sido condenada a un año de prisión por ello. Después quedó en libertad por sólo un breve lapso; hasta la Revolución de Noviembre estuvo en “prisión preventiva” en la fortaleza de Wronki, cerca de Posen, y en Breslavia. Mientras que Karl Liebknecht, desde su salida de la cárcel el 23 de octubre de 1918, restableció contactos perdidos y se apresuró a pasar de una reunión conspirativa a otra antes del 9 de noviembre, a Rosa Luxemburg —como figura sobre la que la opinión pública se enfocaba menos en estos momentos— la mantuvieron presa hasta las 22 horas del 8 de noviembre. Visiblemente envejecida, con el pelo casi blanco, la mujer de 47 años se lanzó a la revolución. Rosa Luxemburg no tuvo nada que ver con los acontecimientos revolucionarios que habían sacudido Alemania desde el 3 de noviembre. Sólo pudo hablar brevemente en la plaza del mercado de Breslavia en la mañana del 9 de noviembre. Su discurso previsto para pronunciarse en la Arena del Siglo de Breslavia [hoy la arena Hala Ludowa] ante un público de 6000 personas fue impedido por la organización local del SPD. Al mismo tiempo, se declamaba la República en Berlín, mientras el supremo señor de la guerra, el emperador, se convertía en el supremo desertor de la historia alemana. Las negociaciones del armisticio con la Entente estaban a punto de concluir.

Hasta septiembre de 1918, la mayoría de los alemanes, incluidos los obreros, eran partidarios de los dictadores militares Hindenburg y

Ludendorff. Tras la imposición del Tratado de Brest-Litovsk a la Rusia soviética el 3 de marzo de 1918, León Trotsky incluso llegó a esperar una ocupación completa de la Rusia soviética por parte de las tropas alemanas en agosto de 1918, ocupación que prefería a una ocupación japonesa (que hubiera sido, en última instancia, una ocupación británica-francesa), argumentando que Alemania estaba mucho más madura para la revolución que Japón. A esto Rosa Luxemburg le respondió en el número de septiembre del ilegal *Spartacus*: “Sin embargo, el razonamiento de Trotsky es del todo erróneo en la medida en que precisamente las perspectivas y posibilidades de la revolución en Alemania son enterradas por cada fortalecimiento y cada victoria del militarismo alemán” (GW 4: 389). Cualquier preparación para la revolución parecía infantil en estas condiciones. Y, en general, nadie pensó siquiera en preparar una revolución. A finales de julio, los dirigentes alemanes seguían rechazando la oferta de un tratado de paz conciliada por parte de la Entente.

En agosto y septiembre de 1918 resultó evidente que Alemania había perdido la guerra. Los ejércitos de Austria se derrumbaron. Los aliados occidentales iniciaron una gran ofensiva sobre la llamada Línea Hindenburg, misma que rompieron el 27 de septiembre. Ahora Erich Ludendorff instó al emperador a parlamentarizar el sistema de gobierno e incluir a los socialdemócratas en el gobierno, con el objetivo de cargar la responsabilidad de la derrota a este gobierno parlamentario, una jugada estratégica que da fe de su experiencia en el manejo del poder y que tuvo un éxito total. La derrota militar obligó a los dictadores militares Hindenburg y Ludendorff a la retirada y al emperador a aceptar la transición a un gobierno de coalición con apoyo parlamentario. El 4 de octubre de 1918 se formó el gabinete de Max von Baden con la participación de la corriente mayoritaria del SPD. La Oficina de Trabajo del Reich es asumida por el socialdemócrata Gustav Bauer, Philipp Scheidemann se convierte en subsecretario de Estado sin cartera. La caída de este gobierno, el 9 de noviembre de 1918, inició el fin de la dominación feudal en Alemania, acabando así con el compromiso de clase de 1871 entre las élites feudales y los círculos de la alta burguesía, que había permitido a ambas partes influir en las decisiones políticas, aunque en distintas proporciones.

El Reichstag fue informado de lo unimaginable: la capitulación de Alemania. Se dice que Friedrich Ebert se puso pálido como el papel y no pudo pronunciar ni una sola palabra. En el diario del coronel von Thaeer se encuentra la siguiente entrada, que reproduce un discurso de Ludendorff:

Se vio en la responsabilidad de comunicarnos que nuestra situación militar era terriblemente grave. Que nuestro frente occidental podría quedar superado cualquier día. [...] Que *ya no* se podía confiar en las tropas [...] Que era previsible que el enemigo conseguiría pronto una *gran victoria, un avance a enorme escala*, con la ayuda de los combativos americanos, y entonces este ejército occidental perdería su último punto de apoyo y retrocedería a través del Rin en plena desintegración y llevaría la revolución a Alemania. Y que esta catástrofe *debe* evitarse a toda costa (citado en Haffner 1969: 39).

Fue este consenso el que unió a las élites del Imperio alemán, incluida a la dirección del SPD, en esta hora de derrota político-militar autoinfligida. Luxemburg escribió desde la cárcel:

Esta vez, por primera vez en la historia, un partido que se llama a sí mismo socialdemócrata se presta a hacer de salvador cuando la catástrofe del dominio de clase existente se aproxima visiblemente; para sacar el viento de las velas de la tormenta popular que se acerca por medio de pseudoreformas y pseudorenovación, para mantener a las masas en jaque (GW 4: 394).

Sin embargo, la tormenta no pudo ser detenida del todo. Se mantuvo al emperador durante demasiado tiempo en el poder, las “pseudoreformas” nunca dejaron de ser tales, y no se detuvo la guerra. La revolución fue detonada por la orden de lanzar un gran ataque de la flota naval alemana contra la armada británica, que era dos veces más fuerte (y estaba apoyada por los Estados Unidos, además). En Kiel estalló una revuelta por parte de los marineros y desde Kiel se extendió rápidamente por todo el Reich. El 6 de noviembre, también Friedrich Ebert exigió finalmente la dimisión del emperador. En sus memorias, el entonces canciller del Reich, von Baden, le atribuyó las siguientes palabras: “Si el emperador no abdica, la revolución social es inevitable. Pero yo no la quiero, es más, la odio como al pecado” (Friedrich Ebert, citado en Baden 2011: 599-600). En la mañana del 9 de noviembre, los obreros berlineses marcharon y las tropas estacionadas en Berlín confraternizaron con ellos. La revolución se había convertido en un hecho. Scheidemann proclamó la república a nombre del SPD, en contra de la voluntad declarada de Ebert, que quería mantener la monarquía. Poco después, Karl Liebknecht proclamó la república socialista desde el palacio.

Nadie estaba preparado para semejante colapso del absolutismo prusiano, pero una fuerza demostró de inmediato ser tan capaz de

actuar como de estar dispuesta hacerlo: la dirección del SPD, siempre con un alegre discurso sobre el socialismo emanando de su boca. El 9 de noviembre de 1918, durante la comida, su copresidente, Philipp Scheidemann, usando la oportunidad que había sido abierta por la revolución, se posicionó en una de las ventanas del palacio de Berlín, proclamó la república y embaucó así a su rival Friedrich Ebert. Ebert, al darse cuenta de la oportunidad que se le había brindado –involuntariamente–, cambió inmediatamente de opinión y se apropió de la iniciativa. Aunque Ebert odiaba la revolución, entonces tomó la delantera y desbancó a Scheidemann. Desde el punto de vista político, esto fue casi genial. En 1919, Ebert se convirtió en presidente de una república contra su voluntad por la que otros habían luchado.

Durante la guerra, la dirección del SPD había transitado hacia la cooperación con el aparato estatal: con la policía, la judicatura y el ejército. Esta cooperación había resultado tan “fructífera” a los ojos de la dirección del SPD que hacía tiempo que había archivado discretamente la vieja exigencia socialdemócrata, que se remontaba a Marx, de una profunda reestructuración del Estado. Así, tras el impedido aplastamiento del militarismo prusiano, se abandonó un segundo proyecto central de una revolución antiabsolutista.³⁷

Ni la revolución social ni la república socialista habían encontrado un lugar en la agenda de la dirección del SPD. Por eso no es de extrañar que desde el primer día de la revolución hicieran todo lo posible para limitar el resultado de la revolución a una república parlamentaria, para ahogar la idea de los Consejos y para rescatar todo lo posible del antiguo régimen.

El conocimiento de los mecanismos puestos en marcha por las revoluciones aún no había sido olvidado entre los socialdemócratas de formación marxista en 1918. No sólo Friedrich Ebert había sido alumno de Rosa Luxemburg en la escuela del partido. Y la dirección del SPD sabía muy bien que cualquier profundización de la revolución, la transición de una revolución política a una revolución social,

³⁷ Los nacionalsocialistas pudieron hacerse cargo de este aparato—depurado de algunas salpicaduras socialdemócratas—sin ruptura alguna en 1933. Aunque el ejército, como un Estado dentro del Estado, había quedado reducido masivamente debido al Tratado de Versalles, se flexibilizó enormemente con la reintroducción del sistema de reclutamiento militar, empleado por Scharnhorst para enfrentar a Napoleón. Esto permitió a los nacionalsocialistas rearmarse rápidamente a partir de 1935: todos los miembros de la Reichswehr, las fuerzas armadas, habían sido entrenados desde hacía tiempo para el siguiente rango superior. Además, se creó un gran ejército de reserva.

tarde o temprano la barrería a ella misma. La Rusia soviética proporcionó una ilustrativa lección al respecto: el carácter radical de la frenética Revolución Rusa, en curso desde 1917, subrayó para la dirección del SPD la necesidad de una política antirrevolucionaria consecuente y, al mismo tiempo, ágil. Pocas veces los políticos—de los que se suele decir que se resisten a los consejos— han aprendido tanto en tan poco tiempo como del fracaso de otro político. En este caso, la referencia fue Alexander Kerensky en 1917, el último primer ministro del Gobierno Provisional, empujado al exilio por los bolcheviques.

El Grupo Espartaco, debido a sus años de persecución sistemática por parte de las autoridades, así como a su falta de organización, nunca había sido más que una pequeña fuerza de propaganda, sin embargo, se había incorporado en la preparación del levantamiento de Berlín. Al mismo tiempo, la dirección del USPD hubiera sido algo así como el “hegemón natural” de esta revolución. No obstante, a lo largo de toda la revolución, la dirección del USPD ni siquiera intentó entrar en una lucha por esta hegemonía. Desde un principio, la hegemonía en la revolución estuvo en manos de la dirección del SPD y permaneció allí hasta que la Alemania burguesa se había adaptado a la nueva situación y reclamó, por su parte, el liderazgo.

Entre 1918 y 1920/21, la dirección del SPD cumplió la misma función que Luis Napoleón había cumplido en Francia después de la revolución de 1848 y Bismarck en Prusia a partir de 1862: aparentemente se cernía sobre los grupos sociales enfrentados y estabilizaba con su política las condiciones burguesas-capitalistas hasta que los portadores de estas condiciones se hubieran connaturalizado con su papel de dominación, que les “correspondía”. Esta política se llamó comúnmente bonapartismo. Pero Luis Napoleón y Bismarck habían representado todavía un bonapartismo ejecutado por miembros de una casta dominante en descomposición. En 1918, a través de Friedrich Ebert y Gustav Noske, fue un partido surgido socialmente de las fuerzas opuestas el que acudió en auxilio de la burguesía alemana en busca de orientación: un bonapartismo “modernizado”, por así decirlo. A partir de 1923, *ya no* se necesitó al SPD en el gobierno; la burguesía basada en el capital era ahora capaz de gestionar sus asuntos por cuenta propia.

En 1918, prácticamente la única opción que le quedó a Rosa Luxemburg fue advertir sobre este desarrollo de la revolución desde el primer día. Aparte de algunos mítines en los que intervino como oradora, apenas pudo influir en la revolución. Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht ni siquiera fueron admitidos en el primer congreso de Consejos del Reich (16-21 de diciembre de 1918), que se pronunció a favor

de la elección de una Asamblea Nacional y en contra de un gobierno de los Consejos según el ejemplo ruso.

Además, Rosa Luxemburg había salido de la cárcel muy debilitada y también muy enferma del estómago. Invirtió todas las fuerzas que le quedaban en su periódico, *Die Rote Fahne* (La bandera roja):

Pasamos las primeras semanas de la revolución, Rosa Luxemburg hasta principios de diciembre, corriendo de una habitación de hotel a otra, sin la posibilidad, que a menudo nos negábamos, de leer siquiera un libro. Estábamos en la redacción y en la imprenta desde las 11 de la mañana hasta las 12 de la noche. Rosa Luxemburg era la última en salir de la imprenta, a menudo tan débil que había que llevarla cargando al carro (Levi 2017: 57).

El primero de enero de 1919, el último día del congreso fundador del partido KPD, se desmayó alrededor del mediodía y, tras llevarla fuera del salón, ya no volvió al congreso. Apenas el 7 de enero pudo volver a publicar un artículo. A la editorial que publicó *Rote Fahne* se le asignó la cuota más pequeña de papel por parte del Estado:

El domingo pasado fueron publicados: el *Vorwärts*, de 16 páginas, el *Deutsche Zeitung*, de 16 páginas, el *Berliner Tageblatt*, de 20 páginas, el *Vossische Zeitung*, de 24 páginas. El miércoles de esta semana se publicaron los mismos periódicos con el mismo número de páginas, es decir, con un total de 76 páginas. Si se incluye el resto de la prensa berlinesa, como el *Tägliche Rundschau*, el *Kreuzzeitung*, el *Morgenpost*, el *Volkszeitung*, el *Germania*, el *Freisinnige Zeitung*, el *Lokal-Anzeiger*, el *Tag* y todos los demás, la prensa burguesa se publicó en esos días con al menos 300 páginas diariamente. En cambio, el *Rote Fahne* se publicó con un volumen de... ¡4 (cuatro) páginas! Eso es todo lo que se pudo conseguir (anónimo, 1918).

Además, la tirada era pequeña. Y en enero de 1919 el periódico fue confiscado varias veces.

El 8 de noviembre de 1918, Rosa Luxemburg había recibido por fin la noticia de que ya era libre. Pero hubo que esperar hasta el 10 de noviembre para que llegara a Berlín y asumiera inmediatamente la dirección del *Rote Fahne*, el periódico de la Liga Espartaquista. Como antes, ella apostó sobre todo al liderazgo por convicción. Suman 140 páginas impresas las que comprenden sus artículos, escritos programáticos y discursos en estos 68 días que le quedaban de vida, además realizó un inmenso trabajo de organización y un sinnúmero de

consultaciones. Todavía no se había decidido una separación del partido USPD, aunque las diferencias en la cuestión del poder (Consejos vs. Asamblea Nacional) saltaban a la vista. Luxemburg aún no quería perder el contacto con las masas obreras que estaban con el SPD y el USPD (véase Laschitz 1996: 589).

Ya desde la cárcel, en marzo de 1917, Luxemburg había formulado tres tareas centrales en relación con la socialdemocracia:

1) Eliminación del dominio de los elementos burgueses-imperialistas al mando en el partido [SPD], 2) Reunir los elementos proletarios-socialistas que hoy están paralizados, estrangulados o repelidos por la dominación de ese grupo en el partido, 3) Reestructuración a fondo del movimiento en su conjunto en términos organizativos y tácticos, para adaptarlo a sus verdaderas tareas históricas y evitar la repetición de la bancarrota en la próxima prueba histórica (GW 7.2: 1031).

En sus *Handschriftliche Fragmente* (Fragmentos manuscritos), que también escribió en 1918 en la cárcel, Luxemburg trató de analizar la situación que había surgido y las tareas que se plantearían en el esperado “período de tormenta” (GW 7.2: 1036) de una revolución:

Ahora llega el tiempo de las cuentas y los ajustes de cuentas. El proletariado debe, en primer lugar, ajustar cuentas consigo mismo, hacer inventario, mirar hacia atrás y mirar hacia adelante. El pensamiento gira en tres direcciones: 1. hacia el pasado para responder a la pregunta del por qué. 2. a la Revolución Rusa para aprender lecciones. 3. al futuro para mirar la nueva situación creada por la guerra y las perspectivas y tareas del socialismo que surgen de ella (GW 7.2: 1092).

Fueron estas tres tareas las que también marcaron su agenda tras su salida de la cárcel.

Cuando el periódico *Rote Fahne* pudo reaparecer el 18 de noviembre tras una pausa impuesta externamente (no hubo imprenta ni papel), Luxemburg desarrolló el concepto de la Liga Espartaquista para los próximos pasos en un artículo titulado “El comienzo”. Su tesis principal: la abolición de la monarquía no era más que el derribo de la fachada para el dominio de la burguesía imperialista, el dominio de la clase capitalista. La verdadera tarea estaba por llegar:

Del objetivo de la revolución se desprende claramente su camino, de la tarea se desprende el método. *Todo el poder en manos de las masas obreras, en manos de los Consejos de obreros y soldados, salvaguardar la obra*

revolucionaria de sus enemigos al acecho: esta es la pauta de todas las medidas del gobierno revolucionario. Cada paso, cada acto del gobierno debe apuntar como una brújula en esta dirección: Ampliación y reelección de los Consejos locales de obreros y soldados [...], reunión permanente de estas representaciones de las masas y transferencia del poder político real del pequeño comité del Consejo Ejecutivo a la base más amplia del Consejo de obreros y soldados; la convocatoria más rápida posible del Parlamento del Reich de obreros y soldados para constituir a los proletarios de toda Alemania como una clase, como un poder político compacto, y colocarlo detrás de la obra de la revolución como su defensa protectora y su fuerza de empuje; organización inmediata [...] de los proletarios rurales y de los pequeños agricultores [...]; formación de una Guardia Roja proletaria para la protección permanente de la revolución [...]; expulsar de la administración, de la justicia y del ejército a los órganos tomados del Estado policíaco-militar absolutista; confiscación inmediata de las fortunas y posesiones dinásticas, así como de los latifundios [...]; convocatoria inmediata del Congreso Mundial de Trabajadores en Alemania para poner de manifiesto de forma nítida y clara el carácter socialista e internacional de la revolución, pues en la Internacional, en la revolución mundial del proletariado, está anclado el futuro de la revolución alemana (GW 4: 397-398).

La Liga Espartaquista quería establecer permanentemente los Consejos de obreros y soldados como órgano central de poder y veía la Asamblea Nacional como un “desvío” que fortalecería a la burguesía y convertiría una posible revolución socialista en una simple revolución democrático-burguesa (véase GW 4: 409). Para ello, Luxemburg y sus camaradas incluso estaban dispuestos a asumir la guerra civil:

No se puede desterrar a la “guerra civil”, que se busca desterrar de la revolución con ansiosa preocupación. La guerra civil no es más que otro nombre para la lucha de clases, y la idea de implantar el socialismo sin lucha de clases, por decisión mayoritaria parlamentaria, es una ridícula ilusión pequeñoburguesa (GW 4: 408).

Pero tales posturas eran irremediablemente minoritarias, incluso entre los Consejos de obreros y soldados movilizados. Para estos, el SPD, junto con el USPD, seguía siendo el símbolo de la unidad de la clase obrera. Apoyaban ampliamente una política de búsqueda de un arreglo y querían evitar la guerra civil a toda costa. Sólo hubo resistencia al gobierno del Reich bajo el mando de Friedrich Ebert cuando quedó claro que éste mismo estaba recurriendo al desarme violento de

la revolución, en el contexto de la destitución del presidente de la policía de Berlín, el izquierdista del USPD Emil Eichhorn, a inicios de 1919.

Unas palabras sobre la posición de Rosa Luxemburg ante los Consejos de obreros y soldados: cuando fue liberada de la cárcel, la formación de estos Consejos estaba en pleno desarrollo desde hacía tiempo. Ella ya había presenciado los Consejos obreros en Varsovia en 1905/06 durante la primera Revolución Rusa. En el Estado policíaco ruso, donde los sindicatos y los partidos estaban prohibidos, habían surgido de forma espontánea en el curso de la revolución como organismos democráticos de base con función aprobatoria y ejecutiva y parecían confirmar su suposición tanto de la capacidad y voluntad de democracia como del poder creativo de las masas.

Los Consejos alemanes de 1918 fueron claramente una importación de Rusia y surgieron en oposición a los cuatro años y medio de política de tregua del SPD y los sindicatos, “al otro lado de la barricada”. Pero tanto el SPD como los sindicatos lograron que sus burocracias cambiaran del *modo tregua* al *modo revolución* casi de golpe. El cáustico comentario de Kurt Tucholsky correspondió a esta situación: “¿Para qué necesitas principios si tienes un aparato?” Además, muchos soldados se fueron a casa, privando así de su contundencia a los Consejos de soldados, que habían sido el soporte de la revolución en los primeros días.

Sin embargo, Luxemburg y la dirección de la Liga Espartaquista no estaban dispuestos a transigir. La propuesta del USPD de postergar las elecciones a la Asamblea Nacional y de llevar a cabo primero importantes y rigurosas medidas de socialización fue rechazada por ellos, se convirtió en una disyuntiva sin salida:

O se quiere que la Asamblea Nacional sea un medio para negarle al proletariado su poder con mañas, para paralizar su energía de clase, para convertir sus objetivos socialistas finales en un sueño guajiro, o se quiere poner todo el poder en manos del proletariado, para desarrollar la revolución iniciada en una tremenda lucha de clases por el orden social socialista, y para ello establecer el gobierno político de la gran masa del pueblo obrero, la dictadura de los Consejos de obreros y soldados. A favor o en contra del socialismo, en contra o a favor de la Asamblea Nacional, no hay una tercera opción (GW 4: 427).

Queda saber si hubiera surgido una posibilidad real para una tercera opción.³⁸ Fue una diferencia con un resultado fatal. La radicalización

³⁸ Con esto hacemos referencia a una disputa entre Bebel y Luxemburg en octubre de 1905, cuando él, al igual que Kautsky, abogaba por la participación de la social-

había progresado hasta tal punto que Luxemburg en estos días no volvió a su concepto desarrollado en 1905/06 de un poder dual prolongado de un gobierno provisional y una asamblea constituyente (véase el capítulo 10). Pero a esta radicalización de Luxemburg y de la Liga Espartaquista no le correspondía una radicalización de las masas cansadas de la guerra a finales de 1918. Precisamente con los acontecimientos en Rusia como telón de fondo, temían que “una revolución llevada demasiado lejos condujera a un nuevo derramamiento de sangre, al caos y a la inseguridad” (Laschitzka 1998: 123). Entre los 489 diputados del primer congreso general de los Consejos de obreros y soldados del 16 de diciembre de 1918, 289 eran del SPD, 80 del USPD y sólo 10 de los espartaquistas y los comunistas internacionales (Schmidt 1988: 106).³⁹

Las elecciones a la Asamblea Nacional fueron apoyadas por la gran mayoría de los obreros socialdemócratas. Incluso en Berlín, donde había más trabajadores organizados en el USPD que en el SPD, el SPD recibió más apoyo en las elecciones al congreso de los Consejos del Reich que el USPD. Y en la organización berlinesa del USPD, una mayoría de tres cuartas partes votó a favor de las elecciones a la Asamblea Nacional y en contra de la toma inmediata del poder por parte de los consejos de obreros y soldados, como había propuesto Luxemburg (Luban 1997: 24).

No se sabe con certeza si Luxemburg veía a los Consejos como órganos permanentemente viables. Lo único que está claro es que después de que el dominio de los Consejos fuera rechazado por el primer

democracia rusa en las elecciones a la Duma y ella (al igual que los bolcheviques) se oponía firmemente. Luxemburg escribió a Leo Jogiches: “Dicho sea de paso, August me acusó (pero de forma muy amable) de ultraradicalismo y exclamó: ‘¡Cuidado, cuando la revolución llegue a Alemania, Rosa estará por el bando izquierdo y yo por el derecho!’ A lo que añadió en broma: ‘Pero la colgaremos, no dejaremos que nos estropee la sopa’. Y yo, totalmente calmada: ‘Pero si usted todavía no sabe quién colgará a quien’. Muy ilustrativo” (GB 2: 204).

³⁹ Como escribe Reinhard Rürup: “Entonces se hizo evidente que los Consejos de obreros y soldados perseguían en su gran mayoría la línea política del SPD y en su minoría, la del USPD. Eran democráticos en la tradición del movimiento obrero alemán, rechazaban toda tendencia a la dictadura y abogaban no sólo por la democracia parlamentaria, sino también por una pronta convocatoria de la Asamblea Nacional” (Rürup 1994). Peter Brandt resume el equilibrio de poder en los Consejos de la siguiente manera: “En el mencionado primer congreso nacional de los Consejos, a mediados de diciembre, había tres socialdemócratas de la corriente mayoritaria por uno independiente. Sólo un pequeño porcentaje de los delegados pertenecía a grupos comunistas. En aquel momento, esto se correspondía más o menos con las relaciones reales de mayoría entre los obreros alemanes” (Brandt 2009).

congreso de los Consejos, Rosa Luxemburg abogó por su participación en las elecciones a la Asamblea Nacional, pero junto con otros dirigentes espartaquistas acabó siendo minoría en el congreso fundacional del KPD. Fueron derrotados por 62 votos contra 23 (véase Weber 1993: 135). Así comenzó el camino al Gólgota del recién fundado KPD: hasta las elecciones al Reichstag de junio de 1920, el partido estuvo sin protección parlamentaria. Perdió miles de simpatizantes por el terror de Estado: Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht fueron sólo algunas de las primeras víctimas. El posterior primer ministro bávaro Wilhelm Hoegner (SPD) lo describió así en 1945: “Los socialdemócratas Ebert y Noske sólo pudieron sofocar los levantamientos espartaquistas de 1918/19 con la ayuda de los generales imperiales. Desde entonces, una profunda grieta recorrió la clase obrera alemana, y esta grieta estaba llena de sangre. Nunca se pudo cerrar posteriormente” (Wilhelm Hoegner, citado en Ritter 1945: 22).

LA RENOVACIÓN PROGRAMÁTICA Y LA FUNDACIÓN DEL KPD

Además del trabajo diario de redacción del *Rote Fahne* y de las innumerables consultaciones en las agitadas semanas de noviembre y diciembre de 1918, Rosa Luxemburg también redactó el proyecto de programa de la Liga Espartaquista. Con esto, también la base del programa del KPD, que se fundó a finales del año 1918/19. Bajo el título “Qué quiere la Liga Espartaco” se encuentra la quintaesencia de su planteamiento programático-estratégico de esta época. Este escrito es su legado político más importante y apareció en el *Rote Fahne* el 14 de diciembre. Aquí lo logró por última vez: brillantez lingüística, agudeza analítica, radicalidad de pensamiento y un gran horizonte de esperanzas, que formaron una unidad.

El proyecto de programa de Luxemburg está claramente estructurado. La primera parte es la interpretación de la situación estratégica, la época como espacio de acción. La segunda parte resume sus puntos de vista sobre el socialismo y retoma posiciones ya presentadas anteriormente. La tercera parte presenta los objetivos más importantes que persigue la Liga Espartaquista. Resulta evidente la demarcación del SPD y también del USPD, así como de los bolcheviques. La cuarta y la quinta parte incluyen un compromiso con el internacionalismo y expresan la autoconcepción de la Liga Espartaquista.

La alternativa de la época: socialismo o barbarie

En el otoño de 1918, muchos socialistas estaban de acuerdo que el fin de la guerra mundial de cuatro años era el fin del capitalismo en Europa.

La destrucción parecía tan amplia, la deslegitimación de los círculos dominantes en la economía y la política tan total, la ira y la voluntad de cambio en el pueblo tan contenidas durante tanto tiempo, que la única opción parecía ser la ruptura total. En el programa de la Liga Espartaquista, Luxemburg colocó en el centro la tesis de que el capitalismo conduce inevitablemente a la barbarie. Para ella, el capitalismo no era ante todo un problema económico, no era sólo un sistema de dominación que daba lugar a la explotación y a la guerra. Ella vio en él sobre todo un sistema que destruye la civilización y es incompatible con el desarrollo cultural de la humanidad. En apenas dos páginas, en diez párrafos, cada frase de una gran densidad, resumió su interpretación. El dilema es llevado a su máxima expresión con toda la fuerza del lenguaje:

La Guerra Mundial ha enfrentado a la sociedad con la alternativa: o la continuación del capitalismo, nuevas guerras y una inminente caída en el caos en la anarquía, o la abolición de la explotación capitalista. Con el resultado de la Guerra Mundial, la dominación de clase de la burguesía ha perdido su derecho a existir. Ya no es capaz de sacar a la sociedad del terrible colapso económico que ha dejado la orgía imperialista. [...]

El socialismo es la única tabla de salvación de la humanidad en esta hora. Sobre los muros de la sociedad capitalista que se derrumban resplandecen como una escritura sobre la pared en llamas las palabras del *Manifiesto Comunista*: ¡Socialismo o hundimiento en la barbarie! (GW 4: 442-443)

La crítica de Luxemburg al capitalismo se caracterizaba por poner en el centro el parámetro de la civilización, de una vida digna y plena para todos, de la paz, de la seguridad, de la preservación de la diversidad de culturas y de su desarrollo conjunto solidario. Si se mira detrás de las formulaciones marxistas habituales en la época, se abre este horizonte amplio, retomado directamente por Ernst Bloch más tarde.

El socialismo como libre autodeterminación

Con el estallido de la Revolución de Noviembre, la revolución socialista estaba en el orden del día para Luxemburg. La cortina de niebla del futuro, de la que Marx escribió al socialista Nieuwenhuis en 1881, se había despejado. El socialismo se había convertido en una cuestión del presente. Rosa Luxemburg ya se había enfrentado a ella en la revolución de 1905. En su "Comentario al programa de la socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania" de 1906, había desarrollado

posiciones que reflejaban con gran precisión su concepción básica de una sociedad socialista. Los “fundamentos principales” del orden social socialista estaban claros para ella:

Basta saber que se basará en la propiedad social de todos los medios de producción y que no será cada productor individual por su cuenta, sino toda la sociedad y sus órganos elegidos los que dirigirán la producción, para que podamos sacar la conclusión de que el orden futuro no conocerá ni la escasez ni la abundancia ociosa, ni las crisis ni la incertidumbre sobre el mañana. Con la eliminación de la venta de la fuerza de trabajo a los explotadores privados, desaparece la fuente de toda la desigualdad social actual (GW 2: 43).

También en sus escritos y conferencias económicas había subrayado repetidamente el carácter del socialismo como un orden basado en la propiedad común y destacado los vínculos con las economías precapitalistas (véase GW 7.1: 213). El intercambio de mercancías y el dinero sólo eran necesarios cuando la producción no estaba organizada socialmente (GW 7: 494-ss.).

El 4 de diciembre, el artículo de Luxemburg “Socialización de la sociedad” apareció en la *Junge Garde* (Guardia Joven), un periódico de la Juventud Socialista Libre, precursora de la Liga de la Juventud Comunista de Alemania, que luego se publicó también en otros periódicos bajo los títulos “Bolchevismo alemán” y “Socialización”. Aquí esbozó importantes tareas de transformación socialista para la joven generación de la clase obrera:

Toda la riqueza social, la tierra con todos los tesoros que guarda en su regazo y en su superficie, todas las fábricas y obras, deben ser arrancadas de las manos de los explotadores como bien común del pueblo. El primer deber que tiene un verdadero gobierno obrero es declarar, mediante una serie de veredictos, los medios de producción más importantes como propiedad nacional y ponerlos bajo control social. Pero sólo entonces comienza la verdadera y más difícil tarea: la construcción de la economía sobre bases totalmente nuevas (GW 4: 433).

Son cinco retos muy prosaicos en los que Luxemburg se centró: primero, aumentar la “productividad del trabajo”; segundo, imponer un deber general de trabajar; tercero, economizar; cuarto, mejorar significativamente las condiciones de trabajo; y quinto, y sobre todo, crear una disciplina laboral socialista. Este fue el mayor reto:

El obrero de la economía socialista debe demostrar que puede trabajar con diligencia y correctamente, mantener la disciplina y dar lo mejor de sí mismo incluso sin el látigo del hambre, sin el capitalista y su capataz a sus espaldas. Esto va de la mano con el autodominio interior, la madurez espiritual, la seriedad moral, va de la mano con el sentido de la dignidad y la responsabilidad, con todo un renacimiento interior del proletario (GW 4: 436).

En la segunda parte del programa de la Liga Espartaquista, Rosa Luxemburg desarrolló una concepción del socialismo que apostaba radicalmente a una cosa: el actuar independiente de las personas liberadas del trabajo asalariado capitalista. De nuevo, había diez párrafos que elaboraban esta idea básica con acentos siempre nuevos. La niebla se había disipado realmente: No sólo la asunción del poder político, sino también la configuración de las nuevas condiciones socialistas debía ser “obra de la propia clase obrera” (GW 4: 445). Ella retomó reflexiones del artículo recién publicado sobre la “socialización de la sociedad”:

Las masas proletarias deben aprender a transformarse de máquinas muertas, que el capitalista pone al servicio del proceso de producción, en timoneles pensantes, libres y proactivos de este proceso. Deben adquirir el sentido de la responsabilidad de los miembros activos de la comunidad general, que es la única propietaria de toda la riqueza social. Deben desarrollar la diligencia sin el látigo empresarial, el máximo rendimiento sin los capataces capitalistas, la disciplina sin el yugo y el orden sin la dominación. El más alto idealismo en interés de la colectividad, la más estricta autodisciplina, el verdadero espíritu cívico de las masas son la base moral para la sociedad socialista, así como la apatía, el egoísmo y la corrupción son la base moral de la sociedad capitalista (*ibid.*).

Luxemburg no puso en primer plano la producción a gran escala organizada jerárquicamente, la burocracia perfecta ni tampoco las elaboradas reglas democráticas de un sistema amplio de Consejos. Para ella, la planificación y la disciplina, la voluntad de trabajar y el rendimiento forman parte absoluta de una sociedad socialista. Pero sólo son las condiciones indispensables para algo más: para la transformación del conjunto social en un contexto vivo de personas que arreglan sus propios asuntos en libre discusión y mediante la libre decisión. El cómo sigue abierto. Se trata más bien de un llamamiento: en la “interacción constante y viva entre las masas y sus órganos los Consejos de obreros y soldados”, la actividad de la gente debe llenar el Estado de espíritu

socialista" (GW 4: 444). En este punto, aparece entonces también la definición duradera de Luxemburg del socialismo como una sociedad del reino de la libertad, que no es libre del trabajo duro y necesario, no es libre de la autodisciplina y el control, no es libre de los esfuerzos requeridos por la democracia y de las amenazas a esta libertad, pero que puede configurarse como un espacio de libertad compartida. El socialismo como la forma más conforme a la humanidad, por ser la manera más viva y más libre de llegar a ser: éste es un horizonte que podría darle un futuro al socialismo.

La siguiente tarea de la revolución

La tercera sección del programa de la Liga Espartaquista comienza con una larga introducción antes de enumerar las reivindicaciones concretas. Esta sección apunta a dos direcciones a la vez. Comienza con una clara delimitación, no de la violencia sino del terror. Luxemburg ya había sido muy crítica con el uso del terror organizado por el Estado por parte de los bolcheviques. Además, vio la identificación de la Liga Espartaquista con esta política de los bolcheviques como una gran amenaza para su propia eficacia. Para ella, el terror comprendía no el uso de la violencia en los conflictos armados ni la persecución de quienes se oponían activamente a la legalidad revolucionaria. La confiscación de fábricas o incluso de tierras con base en las decisiones de un gobierno socialista era algo lógico para ella. Ella entendía como terror el asesinato o la persecución de los indefensos como medio de disuasión política. Consideraba legítimo, más no siempre oportuno, el terror contra determinados dirigentes de un régimen autoritario, como el del régimen zarista o, en la Primera Guerra Mundial, contra los representantes del Imperio de los Habsburgo (véase, entre otros, GW 1.2: 276-277, 521; GW 6: 362; GW 7: 1064).⁴⁰ En cambio, rechazaba terminantemente la persecución de inocentes, la detención y el fusilamiento a causa de opiniones discrepantes. Ella misma se convirtió en una víctima del terror organizado desatado

⁴⁰ Así, en 1902, escribió sobre el asesinato del ministro zarista del Interior, Dmitri Serguéievich Sipyagin, a manos de un estudiante revolucionario: "El crimen se convierte en la última arma contra los autores de crímenes masivos de alto rango que quieren estrangular a todo un pueblo; la acción es una apelación violenta y revolucionaria a la ley natural contra la tiranía de la autoridad estatal. Como tal, debe entenderse políticamente y ser humanamente comprensible y excusable, aunque no se le apruebe" (GW 6: 362). El atentado del conocido socialdemócrata Friedrich Adler contra el primer ministro de la monarquía austrohúngara Karl Stürgkh en octubre de 1916 contó con su fuerte aprobación (GW 7.2: 1064).

deliberadamente por el gobierno socialdemócrata del Reich y sus aliados de la derecha (véase Jones 2017).

Karl Radek, responsable de los contactos con la izquierda alemana por parte del gobierno soviético bolchevique, adoptó una posición clara: “La dictadura sin disposición al terrorismo es un cuchillo sin filo”. En una conversación con él, Rosa Luxemburg objetó: “No han logrado vencernos con la ayuda del terror. ¿Cómo se puede apostar al terror?” (Nettl 1967: 694). Para Rosa Luxemburg, la dictadura bolchevique era burguesa precisamente porque era “la dictadura de un puñado de personas” (GW 4: 362), y esto visto de manera totalmente independiente de los objetivos perseguidos; el terror de los bolcheviques también era burgués a sus ojos. Luxemburg se fijó sobre todo en los medios políticos aplicados:

En las revoluciones burguesas, el derramamiento de sangre, el terror, el asesinato político fueron las armas indispensables en manos de las clases ascendentes. La revolución proletaria no requiere el terror para sus objetivos; odia y aborrece el asesinato de seres humanos. No necesita estos medios de lucha porque no lucha contra individuos sino contra instituciones, porque no entra en la arena con ilusiones ingenuas cuya decepción tendría que vengar. No representa un intento desesperado de una minoría por modelar el mundo por la fuerza según su ideal, sino de la acción de la gran masa de millones de personas del pueblo, llamada a cumplir la misión histórica y a convertir la necesidad histórica en realidad (GW 4: 445).⁴¹

Luxemburg no era una “profetisa de la no violencia”, pero estaba a favor de que la violencia revolucionaria sólo se ejerciera sobre la base de una voluntad declarada por, al menos, la abrumadora mayoría de la

⁴¹ En una carta a Julian Marchlewski, uno de sus más cercanos compañeros de lucha, Luxemburg escribió en septiembre de 1918: “La idea de Radek, por ejemplo, de ‘masacrar a la burguesía’, o incluso una amenaza en ese sentido, eso es, después de todo, la idiotez en su más alta expresión; sólo desacredita al socialismo, nada más” (GB 6: 209). “Rosa Luxemburg, como ciudadana del mundo, como ciudadana ‘de aquellos que vienen’, representaba el futuro de una humanidad emancipada. En última instancia, esta perspectiva exige la superación de la violencia deshumanizadora mediante la acción revolucionaria ‘no violenta’. Sin embargo, le tocó vivir en una época y en un país en el que la violencia –vista a largo plazo– ya era obsoleta, pero las personas y las condiciones no parecían estar aún preparadas para la transición a los métodos tan exigentes de la acción prácticamente no violenta” (Flechtheim 2013: 68).

clase obrera. Al mismo tiempo, vio en ello la condición de minimizar este uso de la violencia y no recurrir a medios de terror como el “asesinato de seres humanos” desde una posición minoritaria para compensar la debilidad real mediante la brutalidad: violencia en batalla abierta, sí; matanza cobarde de los indefensos, no.

Sólo *después* de este deslinde del terror organizado, el texto programático de Luxemburg enfatizó la tarea de romper toda resistencia “con puño de hierro, con energía despiadada” (GW 4: 446). Con ello Luxemburg continúa con la línea que ya había puesto en práctica en la primera Revolución rusa. Su orientación hacia la violencia revolucionaria, hacia la guerra civil como forma de lucha de clases en la que la vieja clase es suprimida y desposeída como clase, era a sus ojos incompatible con el terror contra las personas; era tajante en cuanto a la causa, y humana cuando se trataba de personas.

El programa inmediato de un gobierno socialista de Consejos de obreros y soldados, que Luxemburg desarrolló en diciembre de 1918, se basaba en el desarme de la contrarrevolución, la construcción de milicias obreras, la sustitución a fondo de los funcionarios del Imperio por las personas de confianza de los Consejos. Además, un tribunal revolucionario debía juzgar a “los dos Hohenzollern, a Ludendorff, Hindenburg, Tirpitz y sus compinches criminales, así como a todos los conspiradores de la contrarrevolución” (GW 4: 448). En segundo lugar, el poder de los Consejos de trabajadores y soldados debía ser permanente. Ella retoma propuestas de democratización radical, inspiradas en las normas de la Comuna de París, con su mandato imperativo y la permanente posibilidad de revocar el mandato de los diputados. El tiempo máximo de trabajo diario debía reducirse a seis horas. En un tercer paso, esbozó las próximas exigencias económicas. Iban desde la confiscación de todos los bienes e ingresos dinásticos hasta la anulación de la deuda pública, pasando por una reforma agraria con expropiación de todas las grandes y medianas explotaciones agrícolas y el traspaso de todas las grandes empresas a la propiedad de la república. Todo ello con el objetivo en perspectiva de que fueran las y los propios obreros quienes asumieran la gestión de la producción.

La autoconcepción de la liga espartaquista

En el programa de la Liga Espartaquista, Luxemburg también formuló una vez más su concepción del partido, y esto en estrecha referencia al *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels y en demarcación de los bolcheviques: “La Liga Espartaquista no es un partido que quiera lograr el dominio por o a través de las masas obreras. La Liga Espartaquista es

sólo la parte más decidida del proletariado, que señala sus tareas históricas a toda la amplia masa de la clase obrera en cada paso, que representa el objetivo socialista último en cada etapa de la revolución y los intereses de la revolución proletaria mundial en todas las cuestiones nacionales" (GW 4: 450). Un poco más tarde mencionó que la Liga Espartaquista debía ser la "brújula que marca la pauta", la "cuña propulsora" de la revolución (GW 4: 480).⁴²

La discusión sobre la autoconcepción de la fuerza política que Luxemburg y sus camaradas pretendían formar en la revolución volvió a desencadenarse en el congreso fundacional del KPD. Se consumó la ruptura con el USPD. Ahora también Luxemburg estuvo de acuerdo. En cuanto al nombre del nuevo partido, ella propuso Partido Socialista Obrero, pero no logró imponerse. Hubo un consenso básico para romper con la tradición socialdemócrata de ser una "asociación electoral", en palabras de Hugo Eberlein, y para convertirse en una "organización de lucha revolucionaria". La cuestión práctica central era si el KPD debía participar en las elecciones a la Asamblea Nacional. La mayoría de los delegados lo rechazó.

En su discurso sobre la cuestión de la participación en las elecciones, Luxemburg puso en el centro la "formación" de las masas: "Les digo que es precisamente gracias a la inmadurez de las masas [...] que la contrarrevolución ha conseguido erigir la Asamblea Nacional como baluarte contra nosotros. Ahora el camino pasa por penetrar este baluarte" (GW 4: 483). Si a finales de 1918 los Consejos estaban más alineados con el SPD, en 1920 las fuerzas socialdemócratas de la Revolución de Noviembre (SPD y USPD) ya no tenían mayoría en el Reichstag. Rosa Luxemburg asumió una tendencia diferente. Subrayó que sólo cuando la inmensa mayoría de la población apoyara una revolución

⁴² Contra el concepto de vanguardia de Lenin, Paul Levi, refiriéndose a Luxemburg, presentó más tarde al partido como una organización democrática que no estaba por encima de los proletarios, sino que, con todas sus carencias, formaba parte de las masas: "Ya no era un club de personas absolutamente homogéneas y libre de dudas, libre de dudas antes ellas mismas y libre de dudas en su relación con el mundo, sino que el partido era la expresión de la voluntad de millones de proletarios que son, entonces, como la historia los había formado: con las características de una larga opresión, con una voluntad a veces débil, con ideas a menudo poco claras, con ilusiones. Un socialista no es aquél que no ve estas debilidades. [...] Los socialistas somos [...] conscientes de que somos la expresión de la voluntad de una clase que todavía tiene trabajo por delante en su liberación espiritual y económica. Éstas son, en resumen, las diferencias entre el 'luxemburguismo' y el 'leninismo'" (Paul Levi citado en Beradt 1969: 59-60).

socialista se podría tomar el poder, pero entonces no principalmente con los medios de la bayoneta, sino sobre todo con los de la democracia: "Cuando las masas estén ya maduras, entonces el pequeño grupo, la minoría, se convertirá en el poder gobernante, entonces nos darán el poder de expulsar del templo a los que no tienen nada que hacer en él, a nuestros opositores, a la burguesía, a la pequeña burguesía, etc." (*ibid.*). Contra aquellos que se oponían a la participación en las elecciones, exclamó: "Ustedes entienden: o ametralladoras o parlamentarismo. Nosotros queremos un radicalismo más refinado. No sólo esa burda disyuntiva" (*ibid.*). En el programa de la Liga Espartaquista, redactado por Rosa Luxemburg, se rechazaba cualquier toma del poder mediante un golpe de Estado, en una evidente, aunque no explícita, polémica con los bolcheviques. El requisito para tomar el poder, según constaba en el programa, debía ser siempre la voluntad mayoritaria de los obreros (véase GW 4: 450).

Las experiencias de las revoluciones de 1917 y 1918 llevaron a Rosa Luxemburg más allá de la oposición entre revolución y reforma. Ante la debilidad de la izquierda, en diciembre de 1918 buscaba vías alternativas de socialización y retomaba la idea de los Consejos. Incluso en las condiciones de la revolución, en gran medida fracasada, no quería renunciar a esta nueva forma de autoorganización y autogestión, que, según esperaba, podría desarrollarse más allá de la vieja alianza de la socialdemocracia y los sindicatos:

Hoy debemos concentrarnos en el sistema de los Consejos obreros, las organizaciones no deben unirse por la combinación de las viejas formas, por los sindicatos y el partido, sino que deben tener una base totalmente nueva. Consejos a nivel de empresa, Consejos obreros, y más arriba, toda una nueva estructura que no tenga nada en común con las viejas y gastadas tradiciones (GW 4: 487).

En lugar de un ataque general, Rosa Luxemburg propuso una nueva estrategia para crear nuevos elementos de la nueva sociedad en el seno de la vieja sociedad:

Nosotros [...] debemos plantearnos la cuestión de la toma del poder de la siguiente manera: ¿qué hace, qué puede, qué debe hacer cada Consejo de obreros y soldados en toda Alemania? Ahí es donde reside el poder; debemos vaciar el Estado burgués desde abajo y en vez de separar el poder público, la legislación y la administración en todas partes, unirlos, ponerlos en manos de los Consejos de trabajadores y soldados (GW 4: 511).

Este enfoque permitió plantear de nuevo la cuestión de la reforma y la revolución: La revolución socialista ya no se piensa exclusivamente como “el día decisivo”, sino como un proceso que *puede* comenzar aquí y ahora cambiando las relaciones de poder, las estructuras de poder y de propiedad, la innovación institucional y las reformas que van más allá del capitalismo (véase Klein 2013 para una discusión detallada de este concepto).

Levantamiento de enero en Berlín y terror gubernamental

La estrategia de los espartaquistas no tenía como objetivo la toma inmediata del poder desde una posición minoritaria. Como comentó más tarde el jefe del Estado Mayor, el general Groener: “El señor Liebknecht y sus camaradas celebraron la Navidad y se mantuvieron perfectamente tranquilos durante los días en que menos tropas había en Berlín” (citado en Ettinger 1990: 290-291). Los espartaquistas se esforzaron por informar a los obreros y por formar su propio partido. Pero el gobierno del Reich buscó una rápida solución de las relaciones de poder. El mismo Groener escribió más tarde:

A inicios del año 1919, ya teníamos la confianza para actuar y limpiar Berlín. Todas las medidas, en el momento y después, se tomaron en la más estrecha coordinación con el mando del ejército, pero el liderazgo y la responsabilidad ante el gobierno y el pueblo recayeron en Noske, que pronto sería nombrado ministro del Reich para las Fuerzas Armadas, y quien, siguiendo los pasos de Ebert, estableció una firme alianza con los oficiales (Wilhem Groener citado en Laschitz 1996: 617).

El levantamiento de enero de 1919 no surgió de la decisión de la dirección del KPD. Fue provocada por la destitución del jefe de policía de Berlín, Emil Eichhorn, por parte del primer ministro prusiano Hirsch. Que los disturbios de enero habían sido orquestados por la dirección del SPD no lo dijo nadie más abiertamente que el ministro del Interior prusiano (que también era jefe de la policía de Berlín desde el 4 de enero de 1919), Eugen Ernst (SPD), en una entrevista concedida al periódico socialista *Avanti* (Milán) el 23 de enero de 1919: “El éxito de los espartaquistas estaba descartado desde el principio, porque les forzamos a dar su golpe lo antes posible con nuestros preparativos. Sus cartas se revelaron antes de lo que deseaban y, por tanto, estuvimos en condiciones de enfrentarnos a ellos” (Ernst 1919).

La sustitución de Eichhorn se consideró una provocación. La dirección de la organización del partido del USPD en Berlín, bajo el mando de

Georg Ledebour (véase en detalle Ledebour 1919), junto con la mayoría de los “delegados revolucionarios”, apoyados por Karl Liebknecht y Wilhelm Pieck, que actuaron en nombre de la dirigencia del KPD pero sin su conocimiento, convocaron a los obreros de Berlín a las calles el 5 de enero de 1919. Después, como no pudieron ponerse de acuerdo en nada, estos “líderes revolucionarios” dejaron solos a 200,000 manifestantes durante días con temperaturas bajo cero (véase Schütrumpf 2018b), ante lo que el historiador Heinrich August Winkler comentó: “El levantamiento de parte de la clase obrera berlinesa careció de líderes desde el principio” (Winkler 1985: 122). La gran manifestación masiva de obreros y obreras de Berlín el 5 de enero y la suposición de que un levantamiento también tendría un amplio apoyo militar desencadenaron una dinámica propia. Mientras Liebknecht apoyaba el levantamiento, Leo Jogiches exigía distanciarse de él.

Sin embargo, todavía el día de hoy se sigue fantaseando acerca de un “levantamiento espartaquista”. Lo que los dirigentes del poder entendían realmente por “Espartaco” en aquella época, lo soltó más bien sin querer Robert Leinert, presidente de la asamblea estatal constituyente de Prusia (SPD), en su testimonio el 2 de octubre de 1919 ante la comisión investigadora sobre los disturbios de enero de 1919 en Berlín: “Había tres representantes por cada grupo de los espartaquistas, como se llamaban todavía entonces, es decir, por la Liga Espartaquista, por los independientes y por los socialistas mayoritarios”. (Schütrumpf 2018b: 537) Los espartaquistas eran, pues, todos aquéllos que no seguían a Friedrich Ebert y Gustav Noske, miembros del SPD incluidos.

Rosa Luxemburg, que no había convocado a las manifestaciones ni había participado de manera alguna en ella, apeló repetidamente en el *Rote Fahne* a los autoproclamados “líderes revolucionarios” para que estuvieran a la altura de la responsabilidad que habían asumido ante las masas. Aunque en la noche del 7 al 8 de enero hubo una lucha por el control de la dirección del *Rote Fahne*—por lo que el periódico sólo pudo aparecer como extra de una página el 8 de enero de 1919—, Rosa Luxemburg se negó a publicar en el periódico un llamamiento a una nueva manifestación para el 8 de enero. En cambio, escribió un artículo en el que advertía contra el golpismo: “Quitar el gobierno Ebert-Scheidemann no significa asaltar el palacio del Canciller del Reich y ahuyentar a las pocas personas que queden” (GW 4: 522).

Rosa Luxemburg sabía que toda revolución sufre inevitablemente un contragolpe cuando se agotan las fuerzas de la embestida inicial. En su análisis de la Revolución Rusa de 1905/06, ella—siguiendo a Engels—había llegado a la conclusión de que cuanto más se impulsara la revolución para que la revolución política se convirtiera en una revolución

social, de menor impacto sería este contragolpe. El bando contrarrevolucionario debía ser presionado hasta el punto de preferir un arreglo seguro a un triunfo incierto.

Por eso, Luxemburg, con la Liga Espartaquista recién fundada el 11 de noviembre de 1918, se propuso empujar la revolución lo más lejos posible en dirección al socialismo, “mostrar” al bando contrarrevolucionario “los instrumentos”, por así decirlo. Pero todo esto seguía siendo pura teoría; la realidad se veía de otra manera: La relación de fuerzas dentro de la sociedad era una barrera contra cualquier impulso sostenido de la revolución. Una clase obrera que había seguido a un dictador militarista como Erich Ludendorff apenas unas semanas antes no se había convertido en partidaria del socialismo de la noche a la mañana.

Al fin y al cabo, el Grupo Espartaquista/KPD —dirigido por Rosa Luxemburg, siempre con Leo Jogiches en segundo plano, Franz Mehring y Karl Liebknecht— sólo desempeñó un papel importante en esta revolución en un aspecto: como pantalla de proyección, como suplente de los bolcheviques alucinados que legitimaba a todos los grupos a la derecha de Rosa Luxemburg a volverse contra un “enemigo común”. El objetivo era evitar a toda costa que la revolución avanzara hacia la revolución social. Para ello, cualquier provocación por parte de los obreros berlineses sirvió como un buen pretexto.

El levantamiento de Berlín fue aplastado el 12 de enero de 1919. Fue una derrota total que resultó en la desmoralización de obreras y obreros y en la pérdida de poder y legitimidad de los delegados revolucionarios, los verdaderos impulsores del cambio de poder revolucionario en Berlín el 9 de noviembre de 1918. Se inició una ola de terror. Se disparó a personas indefensas. Se realizó una cacería deliberada de los líderes del KPD. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg fueron detenidos el 15 de enero, llevados al hotel Eden y luego asesinados por orden del capitán Pabst.

En aquel entonces [enero de 1919] asistí a una reunión del KPD en la que hablaron Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Tuve la impresión de que los dos eran los líderes intelectuales de la revolución y decidí mandar matarlos. Di instrucciones de apresarlos. Se debió tomar la decisión de apartarse del punto de vista legal. [...] Esta decisión de eliminarlos no fue fácil para mí. [...] Sigo opinando que esta decisión también resulta del todo justificable desde el punto de vista moral-teológico (Pabst 1962).

Como confesó más tarde uno de los asesinos: “Los acontecimientos de esa noche se desarrollaron como en un frenesí. Llevábamos

cuatro años matándonos, no importaba uno más” (citado en Hannover/Hannover-Drück 1979: 139). El 10 de marzo de 1919, un policía judicial asesinó a Leo Jogiches, en prisión provisional. Éste había intentado esclarecer los asesinatos de Luxemburg y Liebknecht. Desesperado, el 2 de febrero Paul Levi comenzó su oración fúnebre por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg con las siguientes palabras: “Es como si la tierra no se cansara de la sangre. Ha bebido sangre durante cuatro años, sangre y más sangre” (Levi 1919: 3). Cuando fue detenida, Luxemburg llevaba consigo *Fausto*, de Goethe. Debía haber tenido la esperanza de que no la amenazara más que un nuevo período en la cárcel. Y, sin embargo, estaba dispuesta a morir también “cumpliendo su deber”. No tenía ni 48 años. Su búsqueda durante treinta años de una *realpolitik* revolucionaria que pusiera fin al capitalismo, al colonialismo, al racismo y a la guerra quedó inconclusa. Sus enemigos le negaron la más elemental humanidad.

El 14 de enero de 1919, apareció su último artículo en el *Rote Fahne*. Termina con las palabras: “¡El orden reina en Berlín! ¡Tontos esbirros! Su ‘orden’ está construido sobre la arena. Mañana la revolución ‘se erigirá de nuevo y tintineando’ y proclamará, para horror de ustedes, con el volumen del trombón: ¡Yo fui, yo soy, yo seré!” (GW 4: 538).



Hacia 1915, cuatro años antes de su asesinato.

CAPÍTULO 12

Despreciada, admirada, ¿pero también indispensable?

Nada es más poderoso que una idea en el momento adecuado.
Victor Hugo

Muchos de los que se adelantaron a su tiempo tuvieron que esperarlo en alojamientos muy incómodos.
Stanislaw Jerzy Lec

El miedo a la pequeña mujer no se disipó entre sus adversarios —tanto los de su propio bando como los del bando enemigo— ni siquiera después de su muerte. Los nazis hicieron retirar de inmediato en 1933 la estrella roja del Monumento a la Revolución diseñado por Mies van der Rohe y erigido junto a las tumbas de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht en el cementerio de Berlín-Friedrichsfelde. En 1935, el monumento fue demolido en su totalidad, y las tumbas fueron profanadas y arrasadas. Hoy en día, las lápidas se encuentran en el museo.

La obra de Rosa Luxemburg quedó olvidada en gran parte. Este es un proceso común que le ocurre a muchos pensadores. En el caso de Rosa Luxemburg, sin embargo, le echaron una mano. Cuando Stalin se propuso “limpiar” el movimiento obrero y la idea del socialismo de toda democracia y sustituirla por el “centralismo democrático” adoptado por los bolcheviques de Lenin, Rosa Luxemburg recibió un homenaje particularmente *sui generis* en 1931: su obra fue “repintada”. Porque Stalin recordó una entelequia que Grigory Zinoviev (1883-1936) había creado en su día: el luxemburguismo. Utilizó este constructo en su lucha interna en el partido, que había entrado en su fase final a principios de los años 30, y aniquiló toda la guardia del viejo bolchevismo:

¿Cómo se relacionaban los izquierdistas de la socialdemocracia alemana, Parvus y Rosa Luxemburg, con estas disputas [sobre la estrategia en la primera Revolución Rusa]? Idearon un esquema utópico y semi-menchevique, el de la revolución permanente (una distorsión del esquema revolucionario de Marx), penetrado de una negación completamente menchevique de la política de la alianza de la clase

obrero con el campesinado, y lo opusieron al esquema bolchevique de la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y el campesinado. Más adelante, este esquema semi-menchevique de la revolución permanente fue retomado por Trotsky (en parte por Mártov) y convertido en un medio de lucha contra el leninismo (Stalin 1955: 58).

Esta acusación era tanto más extraña cuanto que Rosa Luxemburg, a excepción de su teoría de la acumulación, casi nunca presentó sus puntos de vista teóricos de manera acabada o incluso sistemática. Esto se debe a que sus posiciones teóricas se desarrollaron casi siempre en confrontación con las opiniones de terceros. No existe un edificio teórico de Rosa Luxemburg con su propia economía nacional, filosofía, teoría política o psicología social.

Lo que se transmitió de Rosa Luxemburg no fue ningún edificio teórico. Fueron sus posiciones políticas: su exigencia intransigente de transparencia y democracia y su insobornable insistencia en la libertad como condición fundamental para cualquier movimiento emancipador. Y fue precisamente esto lo que la hizo tan peligrosa para el estalinismo emergente. Como era difícil impugnar sus posiciones, había que fabricar un edificio teórico, y los ideólogos de Stalin actuaron ciertamente con conocimiento y con meticulosidad en el propósito.

Peinaron los escritos de Lenin y Luxemburg en busca de declaraciones sobre los temas más diversos, filtraron las diferencias y declararon como “errores” todas las opiniones discrepantes de Luxemburg. En un último paso, se sistematizaron estos “errores”. Había nacido el “luxemburguismo”. El ataque contra el “esquema utópico y semi menchevique” de Luxemburg se presentó cuando la Internacional Comunista estaba casi completamente bajo control de Stalin y ya nadie se atrevía a protestar. Claudio Pozzoli dice sobre el destino de Luxemburg: “Dos veces se le asesinó. Y dos veces fue un doble asesinato: por la contrarrevolución y la socialdemocracia primero, por el estalinismo después. No sólo había que liquidarla físicamente, no sólo había que borrar su memoria: había que calificar sus ideas de enfermas, suprimir sus escritos y tratar como leprosos a quienes veían en ella un símbolo de la revolución, para que nada impidiera que una interdicción burocrática incapacitara a las organizaciones obreras” (Pozzoli 1974a: 13).

En 1925, el presidente de la Comintern, Grigori Zinóviev, declaró:

La correcta apropiación del leninismo y su aplicación práctica en la construcción de los partidos comunistas en todo el mundo es imposible sin tener en cuenta los errores de una serie de distinguidos marxistas que intentaron estar a la altura de la tarea de aplicar el

marxismo en las condiciones de la nueva época, pero no siempre tuvieron éxito en este afán. Eso incluye [...] también los errores de Rosa Luxemburg. Cuanto más cercanos están estos dirigentes políticos al leninismo, más peligrosas son sus opiniones en aquella parte en la que, por ser erróneas, no coinciden con el leninismo. Hoy las cosas son tales que la verdadera bolchevización es imposible para una serie de partidos de la Comintern sin que [...] los partidos superen los errores del luxemburguismo (Sinowjew 1925: 102).⁴³

Sólo con Trotsky, el oponente de Stalin, los estalinistas se tomaron la misma molestia, al él también le dieron su propio “ismo”: el trotskismo, que los seguidores de Trotsky convirtieron más tarde en una imagen positiva y convirtieron en su bandera. Mientras que el trotskismo se consideraba un engendro del infierno y el estigma “trotskista” conducía casi automáticamente al asesinato en la Unión Soviética a partir de mediados de los años 30, el luxemburguismo se caracterizaba como “semi menchevique”, un atributo que sólo los especialistas pueden aún descifrar sin problema. Se le puede traducir como “trotskismo blando”. El objetivo era destruir la autoridad de Rosa Luxemburg. Y se trataba de impedir que alguna persona en la esfera de influencia de Stalin volviera a invocar sin riesgo sus exigencias de democracia y libertad.

¿Qué permanecerá de Rosa Luxemburg, nacida el 5 de marzo de 1871 en Zamosc, Polonia, y arrojada el 15 de enero de 1919 por sus asesinatos al canal Landwehr en el Tiergarten de Berlín? ¿Seguirá siendo algo más que su nombre y la historia de su asesinato? ¿Siguen siendo pertinentes todavía hoy los motivos que impulsaron la obra de su vida, las contradicciones que le dieron forma, las cuestiones que afrontó con determinación existencial hasta su temprana muerte?

La obra de la vida de Rosa Luxemburg resuena todavía hoy, cien años después de su muerte. Hay ondas en las que la resonancia cambia, adquiere tonos más esperanzadores o más sombríos. Pero nunca se detiene. Porque la tremenda tensión entre la irrefrenable aspiración de Luxemburg de contribuir a la superación de la explotación, la opresión y la guerra, y la aspiración igualmente absoluta de vivir una rica vida autodeterminada, la vivió ella de una manera que ha inspirado

⁴³ Ernst Thälmann también se sumó a este veredicto: “Hoy, cuando existe la Comintern, cuando el socialismo se realiza en la Unión Soviética bajo la dictadura proletaria, cualquier intento de renovar el luxemburguismo y cualquier remanente del luxemburguismo nunca podrá tender un puente hacia el marxismo-leninismo, sino que siempre constituirá una transición al fascismo social, a la ideología de la burguesía” (Thälmann 1975: 440).

desde hace cien años. Esta inspiración no ha disminuido. Un resumen amplio de las memorias personales de Clara Zetkin, Karl Radek, Luis Kautsky y Paul Frölich, se encuentra en el libro de Julia Killet (2020). Ella aborda las importantes biografías académicas de Peter Nettl (que sigue siendo el estándar de excelencia), de Annelies Laschitzka, así como las biografías de un estilo más popular de Fred Oelßner y Helmut Hirsch, Jakow Drabkin, Heinz Knobloch y Dietmar Dath, y de Jörn Schütrumpf. Resulta notable que Killet también examine la prosa literaria a la que recurrió Rosa Luxemburg. Y demuestra que su obra también tiene repercusión en el cine: Killet menciona a Alfred Döblin, Egon Erwin Kisch y Heiner Müller, Günter Reisch y Margarethe von Trotta, entre otros.

Sólo unos pocos continuaron el trabajo de Luxemburg después de su asesinato. El primero a mencionar es Paul Levi, el sucesor de Luxemburg en la política. Sin embargo, su intento de consolidar su enfoque político de forma permanente más allá del KPD y el SPD fracasó pronto (Bloch 1998). Después de su expulsión del partido comunista en 1921, se dedicó al legado de la asesinada y publicó *La Revolución Rusa* y la *Introducción a la economía nacional*. La *Introducción* se basaba en las conferencias que Luxemburg pronunció en la escuela del partido del SPD y, junto con *La acumulación del capital*, completaba la obra político-económica de Rosa Luxemburg. Todavía en 1922, la teoría de la acumulación de Luxemburg fue descrita en una orientación para un curso en la escuela del partido KPD como el “fundamento teórico del comunismo en Alemania” (Kinner 2001: 595). Con la “bolchevización” del KPD, esta referencia positiva a la obra teórica de Luxemburg llegó a su fin.

De importancia duradera fue la forma en que Lukács se refirió a Luxemburg en su obra *Historia y conciencia de clase* en 1922. Para él, Luxemburg y Lenin representaban en ese momento las dos figuras históricas que refundaron el marxismo revolucionario a principios del siglo XX. En el prefacio de su escrito afirma que “Rosa Luxemburg ha sido la única discípula de Marx que ha evolucionado realmente la obra de vida de éste, tanto en el sentido *objetivo-económico* como en el *metodológico-económico*, y en este sentido ha creado un vínculo *concreto* con el estado actual del desarrollo social” (Lukács 1968: 163). Para él estaba claro: “Una actitud verdaderamente comunista-revolucionaria, marxista, para alguien que ha partido de este enfoque, sólo puede alcanzarse mediante un abordaje crítico de toda la obra teórica de Rosa Luxemburg” (*ibid.*: 164).

Al tomar la totalidad de la reproducción social como punto de partida en su teoría de la acumulación, Luxemburg pudo, según Lukács, establecer una *realpolitik* revolucionaria. Él parte de la tesis: “El dominio de la categoría de totalidad es el portador del principio revolucionario

en la ciencia" (*ibid.*: 199). Sólo a través de ésta se puede establecer la historicidad de la sociedad capitalista. Y sólo este conocimiento, continúa Lukács, hace posible una política que, en el sentido de Rosa Luxemburg, medie el objetivo último y cada acción real individual entre sí de forma revolucionaria: "El objetivo último es [...] esa *relación con el todo* (con el conjunto de la sociedad considerada como proceso) a través de la cual cada momento individual de lucha adquiere entonces su significado revolucionario" (*ibid.*: 196). En los escritos de Lukács, que pasaron a formar parte de *Historia y conciencia de clase*, entre 1921 y 1922 surge un creciente alejamiento de la orientación de Luxemburg de la primacía del autoempoderamiento hacia el tipo de partido leninista y llega a la conclusión: "Ni la libertad ni, por ejemplo, la socialización, puede representar un valor en sí misma. Tiene que servir a la dominación del proletariado, y no al revés" (*ibid.*: 469). Así, la libertad se reduce a un instrumento de dominación. Lukács defendió con vehemencia el levantamiento de marzo del KPD, que tanto Paul Levi como Clara Zetkin condenaron por considerarlo golpismo.

El primero en intentar popularizar la obra político-económica de Luxemburg fue el cofundador del Instituto de Investigación Social y posterior agente de la inteligencia militar soviética, Richard Sorge (Sorge 1922). Sin embargo, el único que evolucionó sus planteamientos y reflexiones estratégicas, en un contexto teórico sistemático, fue Fritz Sternberg en su libro *El imperialismo*, publicado a finales de 1926. Sternberg fue uno de los marxistas críticos no ortodoxos más importantes de la República de Weimar, pero a diferencia de Georg Lukács o Karl Korsch, es casi desconocido. Si bien en un principio se inclinó por el socialismo sionista bajo la influencia de Martin Buber y más tarde se convirtió en ayudante de Franz Oppenheimer en la Universidad de Fráncfort del Meno, después de 1923, tras sus desavenencias con Oppenheimer, se concentró en una fundamentación marxista de la época del imperialismo. Ciudadano estadounidense desde 1948, se abrió camino—como lo había hecho antes de emigrar en 1933—principalmente en el ámbito sindical como profesional independiente hasta su muerte en 1963; nunca recibió una cátedra (véase Grebing 2014). Se convirtió en la "estrella del socialismo juvenil radical de izquierda durante los años de Weimar", en el "apuntador intelectual de palabras clave para una generación intelectual de jóvenes socialistas" (Franz Walter citado en Grebing 2014: 143-144). Bertolt Brecht lo llamó su "primer maestro" (Sternberg 2014: 13). Sternberg escribió:

[La conexión] de la reproducción ampliada con la incursión en el espacio no capitalista fue descubierta metódicamente por Luxemburg.

Nuestra posición sobre su libro, que es de importancia trascendental para el desarrollo posterior del marxismo, es la siguiente: Consideramos que su crítica a los esquemas de Marx es correcta en el punto decisivo. [...] En los eslabones intermedios de la línea argumental, sin embargo [...] se encuentran errores decisivos en la obra de Rosa Luxemburg (Sternberg 1929: 19-20).

No obstante, él, que corrigió varios de sus errores, siguió siendo, al igual que la propia Rosa Luxemburg, una voz solitaria en el desierto.

A partir de su reformulación original de la teoría de la acumulación de Luxemburg, Sternberg llegó a la conclusión de que la acción revolucionaria podía llegar no sólo demasiado pronto sino también demasiado tarde, y esto en un doble sentido: en primer lugar, la clase obrera de los países más importantes se elevaría, según él, a un nivel en el que tendría mucho más que perder que sus cadenas, y esto incluso y especialmente en una revolución. Esto se aplicaba también al creciente estrato de empleados de cuello blanco. Ninguna clase podía mejorar *directamente* su situación objetiva mediante la revolución (Sternberg 1971: 347). Y, en segundo lugar, podría producirse un proceso de decadencia civilizadora, que sería cada vez más difícil de detener. Con la previsible nueva guerra mundial, escribía Sternberg a mediados de los años 20, la tarea de “trabajar en un bloque antiimperialista” crecía ahora, porque sólo esto “hace posible en absoluto que, tras la próxima guerra imperialista, o ya dentro de ella, la revolución mundial dé un paso decisivo” (Sternberg 1971: 361). Sternberg desarrolla una versión de la teoría de la acumulación de Marx que pretende hacer justicia a la complejidad de la época imperialista. En lugar de las tendencias dominantes que, en última instancia, apuntan todas en *una sola* dirección, surge una situación mixta contradictoria, incluso “diabólica”, en la que es más importante que nunca que se formen, mediante la autoorganización y las luchas contrahegemónicas, fuerzas sociales capaces de enfrentarse a la época de las guerras mundiales y de la regresión y decadencia civilizadora. Resume su posición con las siguientes palabras:

Por un lado, el imperialismo con sus múltiples guerras; en su estela, una menor madurez para la socialización, la barbarie, la falta de conciencia histórica de Euroamérica. Por un lado, está el infierno. Del otro lado, está la revolución socialista, la guerra civil bajo condiciones más difíciles, con luchas de lo más sangrientas, con el necesario y prolongado decrecimiento de las fuerzas sociales de producción. Pero si por un lado está el infierno, por el otro está la esperanza de una

nueva época en la historia de la humanidad, tras la realización de la revolución socialista (Sternberg 1929: 134).

Además de su obra teórica, también la vida de Luxemburg fue objeto de toda una serie de publicaciones. Las conmovedoras *Cartas desde la cárcel* a Sophie Liebknecht, publicadas por primera vez en 1920 por la editorial Junge Garde (Guardia Joven) y reimpresas una y otra vez, suelen ser el primer acceso a Rosa Luxemburg para muchos lectores. Poco después de la muerte de Luxemburg, Luise Kautsky también había honrado la memoria de su amiga con una publicación que sigue teniendo efecto hasta hoy. En 1923, publicó una selección de las cartas que Luxemburg le escribió a ella y a su marido, Karl Kautsky (Kautsky 1923). Luego, en 1928, publicó un libro conmemorativo con un esbozo biográfico muy personal (Kautsky 1929). A éste le siguió en 1937 el libro de Henriette Roland-Holst (Roland-Holst 1937). En ambos libros, amigas cercanas nos legaron su imagen de la destacada revolucionaria.

Irónicamente, la primera biografía completa fue escrita por Paul Frölich, uno de sus más firmes opositores en vida. Había participado en el congreso fundacional del KPD a finales de 1918 como representante de los radicales de izquierda de Bremen y se había mantenido permanentemente comprometido con el intento de imponer el socialismo de izquierda en el movimiento obrero alemán. Hasta su expulsión del KPD en 1928, asumió la dirección de la edición de las obras de Rosa Luxemburg. El volumen VI (*Teoría de la acumulación*) apareció en 1923, el volumen III (*Contribuciones contra el reformismo*) en 1925 y el volumen IV (*Lucha sindical y huelga de masas*) en 1928. Su biografía sobre Luxemburg, escrita en la emigración en París, se publicó finalmente en 1939 y hoy sigue siendo importante, porque puede percibirse de manera inmediata el ingenio con el que Luxemburg impactaba a sus contemporáneos.

En el prefacio de la nueva edición, redactado en 1948, Frölich escribió que cuando Luxemburg

había experimentado el colapso de la Internacional y la transición de los partidos socialistas al campo del imperialismo durante la Primera Guerra Mundial, cuando las masas obreras le ofrecieron sacrificio tras sacrificio al orden capitalista y los proletarios alemanes devenidos soldados incluso se dejaban utilizar como instrumentos contra la Revolución Rusa, Rosa repitió la advertencia cada vez más fuerte: las catástrofes en las que está sumida la sociedad capitalista no brindan por sí solas la certeza de la sustitución del capitalismo por el socialismo. Si la clase obrera no encuentra la fuerza para su propia liberación, entonces toda la sociedad, y con ella la clase obrera, puede consumirse en luchas

autodestructivas. La humanidad se enfrenta a la alternativa: ¡Socialismo o hundimiento en la barbarie! (Frölich 1990: 11).

Después de la Segunda Guerra Mundial, tuvieron que pasar décadas antes de que se iniciara una recepción verdaderamente nueva de la obra de Luxemburg. El tercer volumen de la novela de Alfred Döblin, *Noviembre de 1918. Una revolución alemana*, se titula *Karl y Rosa*, y sin embargo, pasó casi totalmente desapercibida hasta finales de la década de 1970 (Döblin 2008). En la RDA en 1951 se publicó el libro de Fred Oelßner, *Rosa Luxemburg. Una reseña biográfica crítica*. En aquella época, él era miembro del Politburó del Partido de Unidad Socialista de Alemania (SED), el partido estatal comunista de la RDA, y se le consideraba su principal ideólogo. Al mismo tiempo, se había dado a conocer repetidamente por sus opiniones poco ortodoxas durante su carrera en el partido. Después de 1956, abogó por más reformas y fue expulsado del Politburó en 1958. Su libro también está marcado por la actitud ambivalente tanto del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) como del SED hacia Luxemburg. Mientras que a la primera parte la tituló *Una vida combativa*, a la segunda, *Un sistema defectuoso*.

En lugar de enfocarse en su proceso de búsqueda abierto, se le imputa a Luxemburg, entre otras cosas, tener una visión mecanicista del mundo, ser partidaria de la teoría del colapso, cultivar el culto a la espontaneidad, haber seguido a una “teoría menchevique de fases” en la revolución de 1918/19 y haber rechazado un “plan de campaña del ejército proletario”. Incluso se menciona críticamente su rechazo al terror. Oelßner escribió con gran respeto por la persona y con estricto rechazo a las orientaciones políticas centrales de Luxemburg. Por último, la responsabilizó directamente de la derrota del movimiento comunista en Alemania antes de 1933:

por muy grandes que fueran los servicios de Rosa Luxemburg al movimiento obrero alemán, por mucho que nos inclinemos en reverencia ante su vida militante, por mucho que amemos a Rosa por su lucha incansable por la causa de los obreros, no debemos olvidar: grandes fueron también sus errores y equivocaciones, que llevaron a la clase obrera alemana por caminos equivocados. Sobre todo, no debemos cerrar los ojos al hecho de que no se trata de errores individuales, sino de todo un sistema de falsas concepciones (el “luxemburguismo”). Estas concepciones fueron una de las causas decisivas de las derrotas del Partido Comunista Alemán tras su fundación (Oelßner 1951: 7-8).

En la década de 1920 hubo un primer intento, ya mencionado, de publicar las obras completas de Rosa Luxemburg. En 1951 apareció en la RDA una edición seleccionada en dos volúmenes, en la que los escritos de Rosa Luxemburg iban precedidos de textos difamatorios de Lenin y Stalin. En 1966, Ossip K. Flechtheim editó tres volúmenes de los escritos políticos de Rosa Luxemburg. Por decisión del Politburó del SED, entre 1970 y 1975 se publicó una edición en cinco volúmenes de la obra de Luxemburg, que incluía también sus escritos “Cuestiones organizativas de la socialdemocracia rusa” (1904) y “Sobre la Revolución Rusa” (1918), especialmente controvertidos desde el punto de vista del “marxismo-leninismo”. En la década de 1980 se publicó una gran parte de las cartas conservadas. El intento de realizar una biografía y una valoración exhaustiva de Luxemburg dentro de los límites que permitía el marxismo-leninismo caracterizó la obra de Annelies Laschitza y Günter Radczun: *Rosa Luxemburg. Su impacto en el movimiento obrero alemán* (1971). Ambos fueron los impulsores de la publicación de los escritos y cartas de Luxemburg en la RDA. Los volúmenes más recientes de las obras completas (6 y 7), en la década de 2010, fueron todavía responsabilidad de Annelies Laschitza. Sólo gracias a esto y a la publicación de importantes escritos de Luxemburg en polaco sobre la cuestión de las nacionalidades y en relación con la primera Revolución Rusa por parte de Holger Politt, se creó la base sobre la que sería posible hacer un análisis exhaustivo de la obra completa de Luxemburg y superar el enfoque existente sobre su impacto en la socialdemocracia alemana.

El historiador polaco Feliks Tych sentó una base decisiva para la exploración exhaustiva de la obra de Luxemburg al publicar, a finales de la década de 1960, 800 de sus cartas a Leo Jogiches que se conservaron. A día de hoy, toda una serie de sus escritos sigue sin ser accesible en alemán o en inglés. Pero si es cierto que la propia Luxemburg vio “su campo de trabajo intelectual más importante en Polonia” (Roland-Holst 1937: 75), entonces la apropiación de partes sustanciales de su legado está lejos de estar completa. La edición alemana de sus obras no se ha completado, mientras que al mismo tiempo se han iniciado las ediciones en inglés y chino de sus obras bajo la dirección de Peter Hudis (Chicago) y He Ping (Wuhan), que también incluyen los escritos polacos, rusos y franceses de Luxemburg. En Brasil, Isabel Loureiro publicó una edición en tres volúmenes de las obras de Luxemburg.

En la década de 1960, inició una nueva ola de recepción de la obra de Rosa Luxemburg que continúa hasta hoy. El detonador fue el agotamiento de las estrategias socialdemócratas y comunistas tradicionales, tanto en el Este como en el Oeste, el Norte y el Sur. La desorientación desencadenó procesos de búsqueda. Se hizo referencia, por un lado, a

Antonio Gramsci y, por otro, a Rosa Luxemburg, quien parecía ofrecer tanto alternativas teórico-conceptuales como estratégicas:

El atractivo de Luxemburg era, al menos inicialmente, bastante obvio: era su posición política que iba más allá de las contraposiciones cada vez más constrictivas entre el comunismo autoritario y la socialdemocracia; el énfasis en la democracia radical para superar la esclerosis organizativa de los sindicatos y los partidos de izquierda; el eco del llamamiento a la democracia participativa; y el enfoque en el imperialismo y la ocupación colonial que se encuentra en su escrito *La acumulación del capital* (Albo 2016: 27).

En el caso de Luxemburg, fueron dos enfoques en particular los que se convirtieron en el foco de la recepción que siguió. Por un lado, se revalorizó su particular concepción de la política, centrada en el autotempoderamiento de las clases obreras. Se trata siempre de su comprensión de la democracia como una práctica revolucionaria en la que los sujetos de la emancipación se forman y producen en el mismo proceso las condiciones de su propia autoliberación.⁴⁴

En segundo lugar, hubo una vinculación sistemática con su teoría de la acumulación, que se entendió como una ampliación radical del análisis del capitalismo y que inspiró enfoques feministas, antiimperialistas, ecológicos y centrados en el trabajo de cuidados hasta el presente y que también se retoma en el movimiento del decrecimiento.

El exhaustivo libro de Peter Nettl (1967; primera edición en 1957, en inglés) se convirtió en la obra de referencia de la investigación biográfica de Luxemburg en Occidente. Su propio origen checo, su crecimiento en Viena y su emigración a Gran Bretaña sensibilizaron a Nettl al entorno sociocultural específico desde el que Luxemburg trabajó hasta su muerte. La biografía escrita por Peter Nettl precedió la ya mencionada amplia ola de recepción de la obra de Rosa Luxemburg en Europa Occidental que comenzó en la década de 1960. Comenzó con los trabajos de Lelio Basso, uno de los políticos socialistas de izquierda más importantes de Italia (Basso 1969), y de Gilbert Badia sobre los espartaquistas alemanes (Badia 1967). En la República Federal de Ale-

⁴⁴ Peter Bierl llama la atención sobre este aspecto: "Una política de izquierda que sigue ateniéndose al objetivo de una sociedad más allá del capitalismo y del parlamentarismo burgués debe oponerse teórica y prácticamente al concepto liberal dominante de democracia con una concepción propia de la misma que haga posible la autodeterminación colectiva y que garantice que los futuros intentos revolucionarios no acaben de nuevo en dictaduras burocráticas de Estado" (Bierl 1993: 13).

mania, la editorial Rowohlt publicó en 1969 una muy breve biografía y una antología de Joachim Hirsch (1969) que todavía hoy merece la pena leer. Una década más tarde, apareció la biografía más completa de Luxemburg después de la de Nettl. Fue escrita por Gilbert Badia con el título *Rosa Luxemburg: journaliste, polémiste, révolutionnaire* (Badia 1975). Lamentablemente, nunca ha sido traducida al inglés o al alemán. Annelies Laschitzka presentó en 1996 una nueva y muy completa biografía de Luxemburg, que incluye los resultados de las investigaciones más recientes (Laschitzka 1996). Además de las biografías ya mencionadas, se publicó toda una serie de otras biografías y relatos de su obra (Geras 1976; Drabkin 1988; Schmidt 1988; Ettinger 1990; Gallo 1993; Renqian 1994; Soden 1995; Shepardson 1996; Seidemann 1998; Hetmann 1998; Maurer 1999; Dath 2010; Piper 2018) y la impresionante novela gráfica de Kate Evans (2015). Reinhard Hoßfeld (1993) ha realizado una notable “recopilación” de elementos para una relectura crítica de Luxemburg tras el colapso del socialismo de Estado.

En la década de 1970 la teoría de la acumulación capitalista de Luxemburg recibió nuevamente atención. Provino de los críticos marxistas del sistema emergente de dependencia neocolonial del “Tercer Mundo” (véase, entre otros, Amin 1977; Pedrosa 1979) y del nuevo movimiento de mujeres (véase Mies 1986; Werlhof *et al.* 1988). Esta recepción tenía una orientación estratégica. Se trataba de explorar las posibilidades de las luchas emancipatorias en el marco de los conflictos Sur-Norte y los conflictos entre la acumulación de capital y el trabajo reproductivo. La transición al capitalismo neoliberal de mercado financiero amplió el horizonte. Se hizo cada vez más evidente el estrecho vínculo entre la acumulación de capital y la totalidad de la reproducción de la sociedad, la primera penetrando y remodelando cada vez más la segunda (sobre la recepción actual de la teoría de la acumulación de Luxemburg, véase, entre otros, Albo 2016: 37-44; Dellheim/Wolf 2016; Le Blanc 2015; Krätke 2010, 2016). Cada vez quedó más claro las formas tan agresivas y destructivas que había adoptado el dominio del capital (Harvey 2003; Dörre 2009, 2013; Schmidt 2013a; Brie 2016). La vinculación de las más diversas relaciones de dominación (de clase, de género y de raza) se analizó ahora repetidamente recurriendo a la teoría de la acumulación de Luxemburg. Con base en la obra de Luxemburg, Frigga Haug ha presentado importantes estudios sobre la “política de las mujeres”, sobre su concepto de *realpolitik* revolucionaria y su particular relación entre teoría y empirismo (Haug 2007; discutido más a fondo en Brie 2009). También se ha estudiado en este contexto la concepción que tenía Luxemburg de la política y del Estado (Brie/Haug 2011).

De manera diferente, la idea de Luxemburg sobre los límites de la penetración total del capital —Isabel Loureiro ha llamado recientemente la atención sobre ello— reaparece en el discurso ecológico: “El modelo actual de ‘acumulación por expropiación’ está asociado, entre otras cuestiones, a problemas agrícolas que son incompatibles con la sostenibilidad: expansión de los monocultivos, uso de pesticidas, degradación del suelo, deforestación, destrucción de la biodiversidad, despilfarro de los recursos hídricos, contaminación de las fuentes de agua, amenazas a la seguridad alimentaria, aumento del precio de los alimentos”. El capital, dice, no puede acumularse para siempre, “no porque el mundo entero vaya a estar completamente capitalizado, con lo que el capitalismo encontraría su límite lógico e histórico, como sostuvo Luxemburg, sino por los límites naturales de nuestro planeta” (Loureiro 2013: 121).

La primera conferencia académica sobre Rosa Luxemburg en Europa Occidental tuvo lugar en Reggio Emilia del 18 al 22 de septiembre de 1973, pocos días después del golpe militar en Chile que provocó la caída del gobierno socialista de Salvador Allende. El organizador de la conferencia fue Lelio Bassio. La conferencia marcó el inicio de la cooperación internacional en la investigación sobre Luxemburg y condujo a la fundación de la Sociedad Internacional Rosa Luxemburg en Zúrich en 1980 por iniciativa de Narihiko Ito. Gilbert Badia, Michael Löwy, Irène Petit, Theo Pinkus, Feliks Tych y Cladie Weill fueron algunos de los que participaron en su creación (Ito 2007: 87).

Basso justificó la actualidad de Luxemburg en 1973 preguntando si “¿acaso el legado de Luxemburg, bastante descuidado en los últimos 40 años, no contiene elementos útiles, especialmente para el movimiento obrero occidental, que son un vínculo entre el pensamiento de Marx y la realidad del mundo actual?” (citado en Pozzoli 1974b: 7). La recepción de Luxemburg parte de la conciencia de la actual crisis estratégica de la izquierda y de la búsqueda de alternativas. En las últimas décadas se ha globalizado. Los congresos de la Sociedad Internacional Rosa Luxemburg han tenido lugar hasta ahora en Beijing, Berlín, Bochum, Chicago, Guangzhou, Hamburgo, Moscú, Seúl, Tampere y Varsovia (véase en detalle Sociedad Internacional Rosa Luxemburg 2020). Como resultado de las conferencias se produjo toda una serie de volúmenes que ofrecen una visión general de la recepción global de Luxemburg (Bergmann *et al.* 1995; Bergmann/Haible 1997; *Das Argument* 1997; Ito *et al.* 2002, 2007, 2010). Los puntos de referencia centrales fueron siempre la concepción de la democracia de Rosa Luxemburg y su teoría de la acumulación.

En Brasil, la nueva atención hacia la obra de Luxemburg estuvo vinculada con los esfuerzos por construir nuevas fuerzas sociales y políticas. Fundadores del Partido del Trabajo (PT), del Movimiento de

los Sin Tierra (MST) o de los movimientos por una economía solidaria recurrieron a su obra (Loureiro 2003, 2010). Con la política de reforma y apertura, se inició una intensa recepción de Luxemburg en la República Popular China a partir de la década de 1980 (He Ping 2010, 2013; Wang Xue-Dong 2010).

También la obra de Luxemburg sobre la economía en un sentido más estricto se ha vuelto a debatir más a fondo en la última década (Schmidt 2013b; Bellofiore 2013c; Dellheim/Wolf 2016). Peter Hudis y Kevin B. Anderson resumen las cuestiones que la obra de Luxemburg sigue planteando hoy en día de la siguiente manera:

Al insistir en la necesidad de la democracia revolucionaria tras la conquista del poder, ella planteó una serie de preguntas sin respuesta contemporánea, como las siguientes: ¿Existe una alternativa al capitalismo? ¿Es posible detener el impulso del capital global hacia la autoexpansión constante sin repetir el horror de la burocracia y el totalitarismo? ¿Puede la humanidad ser libre en una época definida por el capitalismo globalizado y el terror? Además, su posición como líder femenina y teórica en un movimiento socialista dominado mayoritariamente por hombres [...] ha desencadenado una nueva reflexión sobre las cuestiones de las relaciones de género y la revolución (Hudis/Anderson 2004: 7-8).

El hecho de que el nombre de Rosa Luxemburg no se haya olvidado en Berlín como el de innumerables otras personas se debe también a sus adversarios: los estalinistas. Porque ciertamente tenían un uso para el “cadáver” de Rosa Luxemburg. A diferencia de Trotsky, la revolucionaria Rosa Luxemburg, “purificada” de su obra, fue útil a los estalinistas como ícono mudo. Esta esquizofrenia se cultivó –aunque con tendencia a la baja– en el bloque del Este hasta 1989.

La nueva atención que recibió Rosa Luxemburg en la RDA fue el resultado de aquellos cautelosos procesos de apertura tras la muerte de Stalin que, a pesar de todos los reveses sufridos en la Unión Soviética y en los países socialistas de Estado aliados, se intentaron una y otra vez y finalmente condujeron a la perestroika. También en la Unión Soviética y en Polonia se hicieron entonces nuevos intentos de honrar la vida y la obra de Luxemburg (sobre su recepción en Polonia después de 1945, véase Politt 2015a: 1399-1402).

Holger Politt escribe:

Cuando los obreros polacos sacudieron el país con una enorme ola de huelgas en el verano de 1980, parecía que actuaban según las recetas

que había plasmado con su pluma Rosa Luxemburg. Ella siempre había dado su voz a la lucha de los obreros por las libertades burguesas; sin embargo, probablemente hubiera criticado el hecho de que los obreros se apresuraran a dejar la dirección política en otras manos, que perseguían sus propios intereses (Politt 2015a: 1400).

Que las y los disidentes hayan recurrido, en enero de 1988, a la exigencia de Rosa Luxemburg respecto a la libertad de quienes piensan diferente agravó la crisis política al final de la RDA. Su crítica a la dictadura del partido bolchevique adquirió así un poder de intervención directa 70 años después.

Desde 1990, la conmemoración silenciosa del asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht que se realiza el segundo domingo de enero, se dedica a llorar de nuevo a las dos víctimas del terror blanco. En muchos de los que acuden de cerca y de lejos a participar en esa manifestación, este duelo se mezcla también con el duelo por el fracaso de la izquierda en el siglo XX, y además por la pérdida de su antiguo poder. En la ciudad dividida entre 1948 y 1989, donde tuvo lugar el asesinato en 1919, hay más monumentos a Rosa Luxemburg que a cualquier otra personalidad. Sin embargo, durante mucho tiempo no estuvo presente en el lugar que lleva su nombre desde 1947: la Plaza Rosa Luxemburg, flanqueada por el teatro Volksbühne desde 1914. El primer intento de erigir un monumento allí fue detenido por la dirección del SED en 1951. No fue sino hasta 2006 cuando se erigió en la plaza un “monumento simbólico” a Rosa Luxemburg. Los iniciadores y creadores, sin duda en consonancia con la percepción que Luxemburg tenía de sí misma, no quisieron ponerla en un pedestal, sabiendo muy bien que allí ocasionaría las menores molestias. En vez de eso, incrustaron en el suelo cien frases suyas, grabadas en metal. Nunca sabremos si Rosa Luxemburg habría estallado en una de sus temidas carcajadas al saber que sus declaraciones fueron fundidas en bronce para la eternidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Albo, Greg (2016): «Rosa Luxemburg and Contemporary Capitalism». En: Dellheim, Judith/Wolf, Frieder Otto (Comps.), *Rosa Luxemburg: A Permanent Challenge for Political Economy. On the History and the Present of Luxemburg's "Accumulation of Capital"*. Londres, pp. 25-54.
- Amin, Samir (1977): *Imperialism and Unequal Development*. Hassocks.
- Anónimo (1918): «Wie sie die Pressefreiheit auffassen». En: *Zentralorgan des Spartakusbundes*, 27 de diciembre de 1918.
- Anton, Bernward (2018): «Wolfgang Heine und die "Erfindung" der Burgfriedenspolitik». En: Scholer, Uli/Scholle, Thilo (Comps.), *Weltkrieg. Spaltung. Revolution: Sozialdemokratie 1916-1922*. Bonn, pp. 73-85.
- Arendt, Hannah (1989): «Rosa Luxemburg». En: *Menschen in finsternen Zeiten*. München, pp. 43-68.
- Arendt, Hannah (1995): *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft*. München.
- Arendt, Hannah (2005): *Macht und Gewalt*. München.
- Baden, Prinz Max von (2011): *Erinnerungen und Dokumente*. Hamburgo.
- Badia, Gilbert (1967): *Le Spartakisme. Les dernières années de Rosa Luxemburg et de Karl Liebknecht 1914-1919*. París.
- Badia, Gilbert (1975): *Rosa Luxemburg. Journaliste, polémiste, révolutionnaire*. París.
- Baier, Walter (2011): «Von Nationen und "Natiönchen", historischen und "geschichtslosen" Völkern – Rosa Luxemburg, W. I. Lenin und Otto Bauer». En: Brie, Michael/Haug, Frigga (Comps.), *Zwischen Klassenstaat und Selbstbefreiung. Zum Staatsverständnis von Rosa Luxemburg*. Baden-Baden, pp. 145-169.
- Balabanoff, Angelica (2013): *Lenin oder: Der Zweck heiligt die Mittel. Erinnerungen*. Berlín.

- Basso, Lelio (1969): *Rosa Luxemburgs Dialektik der Revolution*. Hamburgo.
- Beckert, Sven (2014): *King Cotton. Eine Globalgeschichte des Kapitalismus*. München.
- Bellofiore, Riccardo (2010): «“Like a candle burning at both ends”: Rosa Luxemburg and the critique of political economy». En: <http://libcom.org> (libcom.org/library/candle-burning-both-ends-rosa-luxemburg-critique-political-economy).
- Bellofiore, Riccardo (2013a): «Rosa Luxemburg – Kritik der politischen Ökonomie und die politische Perspektive». En: Schmidt, Ingo (Comp.), *Rosa Luxemburgs “Akkumulation des Kapitals”. Die Aktualität von ökonomischer Theorie, Imperialismuserklärung und Klassenanalyse*. Hamburgo, pp. 37-51.
- Bellofiore, Riccardo (2013b): «General Introduction. Rosa Luxemburg on Capitalist Dynamics, Distribution and Effective Demand Crises». En: Bellofiore, Riccardo (Comp.), *Rosa Luxemburg and the Critique of Political Economy*. Londres, pp. 1-23.
- Bellofiore, Riccardo (Comp.) (2013c): *Rosa Luxemburg and the Critique of Political Economy*. Londres.
- Beradt, Charlotte (1969): *Paul Levi*. Fráncfort del Meno.
- Bergmann, Theodor/Haible, Wolfgang (Comps.) (1997): «Reform – Demokratie – Revolution. Zur Aktualität von Rosa Luxemburg». Suplemento de la revista *Sozialismus* 5. Hamburgo.
- Bergmann, Theodor/Rojahn, Jürgen/Weber, Fritz (Comps.) (1995): *Die Freiheit der Andersdenkenden. Rosa Luxemburg und das Problem der Demokratie*. Hamburgo.
- Bernstein, Eduard (1897): «Probleme des Sozialismus. Eigenes und Übersetztes von Eduard Bernstein. 1. Allgemeines über Utopismus und Eklektizismus». En: *Die Neue Zeit*, 15 (6), pp. 164-171.
- Bernstein, Eduard (1898): «Der Kampf der Sozialdemokratie und die Revolution der Gesellschaft. 2. Die Zusammenbruchs-Theorie und die Kolonialpolitik». En: *Die Neue Zeit*, 18 (1), pp. 548-557.
- Bernstein, Eduard (1900a): «An meine socialistischen Kritiker. Vorwort zur französischen Ausgabe des Buches: Die Voraussetzungen des Socialismus». En: *Socialistische Monatshefte*, 6 (1), pp. 3-14.
- Bernstein, Eduard (1900b): «Der Socialismus und die Colonialfrage». En: *Socialistische Monatshefte*, 6 (9), pp. 549-562.
- Bernstein, Eduard (1902): «Zur jüngsten Entwicklung der französischen Sozialdemokratie». En: *Socialistische Monatshefte* (4), pp. 250-262.
- Bernstein, Eduard (1903): «Der Marx-Cultus und das Recht der Revision». En: *Socialistische Monatshefte*, 7 (1), pp. 255-265.
- Bernstein, Eduard (1969): *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*. Reinbek.

- Bierl, Peter (1993): *Alle Macht den Räten. Rosa Luxemburg: Rätedemokratie und Sozialismus*. Colonia.
- Bloch, Charles (1998): «Paul Levi – Ein Symbol der Tragödie des Linkssozialismus in der Weimarer Republik». En: Grab, Walter/Schoeps, Julius H. (Comps.), *Juden in der Weimarer Republik*. Darmstadt, pp. 244–262.
- Bloch, Ernst (2007): *Naturrecht und menschliche Würde*. Fráncfort del Meno.
- Brandt, Peter (2009): «Der historische Ort der deutschen Revolution von 1918/19». En: *Globkult* (www.globkult.de/geschichte/entwicklungen/482-der-historische-ort-der-deutschen-revolution-von-191819).
- Brangsch, Lutz (2011): «Das Politikverständnis von Rosa Luxemburg: Soziales Lernen und politische Macht». En: Brie, Michael/Haug, Frigga (Comps.), *Zwischen Klassenstaat und Selbstbefreiung. Zum Staatsverständnis von Rosa Luxemburg*. Baden-Baden, pp. 92–144.
- Brie, Michael (Comp.) (2009): *Radikale Realpolitik. Plädoyer für eine andere Politik*. Berlín.
- Brie, Michael (2011): «Der Fall Millerand – Regierungsbeteiligung der Sozialisten als Testfall marxistischer Staatstheorie». En: Brie, Michael/Haug, Frigga (Comps.), *Zwischen Klassenstaat und Selbstbefreiung. Zum Staatsverständnis von Rosa Luxemburg*. Baden-Baden, pp. 33–61.
- Brie, Michael (2016): «A Critical Reception of Accumulation of Capital». En: Dellheim, Judith/Wolf, Frieder Otto (Comps.), *Rosa Luxemburg: A Permanent Challenge for Political Economy. On the History and the Present of Luxemburg's "Accumulation of Capital"*. Londres, pp. 261–303.
- Brie, Michael (2017): *Lenin neu entdecken: Das hellblaue Bändchen zur Dialektik der Revolution & Metaphysik der Herrschaft*. Hamburgo.
- Brie, Michael (2018): *Rosa Luxemburg neu entdecken. Ein hellblaues Bändchen zu "Freiheit für den Feind! Demokratie und Sozialismus"*. Hamburgo.
- Brie, Michael (2019): «Marx' Research Projekt as a Future Science for Emancipatory Action: A Delineation». En: Gupta, Shaibal/Musto, Marcello/Babak, Amini (Comps.), *Karl Marx's Life, Ideas, and Influences. A Critical Examination on the Bicentenary*. Cham, pp. 61–84.
- Brie, Michael/Haug, Frigga (Comps.) (2011): *Zwischen Klassenstaat und Selbstbefreiung. Zum Staatsverständnis von Rosa Luxemburg*. Baden-Baden.
- Bucharin, Nikolaj I. (1969): *Imperialismus und Weltwirtschaft*. Fráncfort del Meno.
- Caysa, Volker (2017): *Rosa Luxemburg – die Philosophin*. Leipzig.
- Cliff, Tony (1969): *Studie über Rosa Luxemburg*. Berlín.
- Córdova, Armando (1974): «Rosa Luxemburg und die Dritte Welt». En: Pozzoli, Claudio (Comp.), *Rosa Luxemburg oder Die Bestimmung des Sozialismus*. Fráncfort del Meno, pp. 65–93.
- Das Argument (Comp.) (1997): *Die Linie Luxemburg – Gramsci. Zur Aktualität und Historizität marxistischen Denkens. Argument Sonderband AS 159*. Berlín

- Dath, Dietmar (2010): *Rosa Luxemburg*. Berlín.
- David, Eduard (1900): «Der internationale Kongress und die "Einigung" der französischen Sozialisten». En: *Socialistische Monatshefte*, (11), pp. 703-709.
- Dellheim, Judith (2016): «From "Accumulation of Capital" to Solidarity Based Ways of Life». En: Dellheim, Judith/Wolf, Frieder Otto (Comps.), *Rosa Luxemburg: A Permanent Challenge for Political Economy. On the History and the Present of Luxemburg's "Accumulation of Capital"*. Londres, pp. 305-338.
- Dellheim, Judith/Wolf, Frieder Otto (Comps.) (2016): *Rosa Luxemburg: A Permanent Challenge for Political Economy. On the History and the Present of Luxemburg's "Accumulation of Capital"*. Londres.
- Deppe, Frank (1997): «Zur Aktualität der politischen Theorie von Luxemburg und Gramsci». En: Das Argument (Comp.), *Die Linie Luxemburg – Gramsci. Zur Aktualität und Historizität marxistischen Denkens. Argument Sonderband AS 159*. Berlín, pp. 14-32.
- Deutscher, Isaac (1972): *Trotzki. Bd. I: Der bewaffnete Prophet 1879–1921*. Stuttgart.
- Djilas, Milovan (1958): *Die neue Klasse. Eine Analyse des kommunistischen Systems*. München.
- Döblin, Alfred (2008): *November 1918. Eine deutsche Revolution. Erzählwerk in drei Teilen. Dritter Teil: Karl und Rosa*. Fráncfort del Meno.
- Dörre, Klaus (2009): «Die neue Landnahme: Dynamiken und Grenzen des Finanzmarktkapitalismus». En: *Soziologie – Kapitalismus – Kritik: eine Debatte*. Fráncfort del Meno, pp. 21-86.
- Dörre, Klaus (2013): «Landnahme und Grenzen sozialer Reproduktion. Zur gesellschaftstheoretischen Bedeutung Rosa Luxemburgs». En: Schmidt, Ingo (Comp.), *Rosa Luxemburgs "Akkumulation des Kapitals". Die Aktualität von ökonomischer Theorie, Imperialismuserklärung und Klassenanalyse*. Hamburgo, pp. 82-116.
- Drabkin, Jakow S. (1988): *Die Aufrechten. Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg, Franz Mehring, Clara Zetkin*. Berlín.
- Dunayevskaya, Raya (1981): *Rosa Luxemburg, Women's Liberation, and Marx's Philosophy of Revolution*. Nueva Jersey.
- Eberlein, Hugo (2005): «Erinnerungen an Rosa Luxemburg bei Kriegsausbruch». En: *Utopie kreativ*, 147 (4), pp. 355-362.
- Eichhorn, Wolfgang (2001): «Über Eduard Bernstein und Rosa Luxemburg». En: Kinner, Klaus/Seidel, Helmut (Comps.), *Rosa Luxemburg. Historische und aktuelle Dimensionen ihres theoretischen Werkes*. Berlín, pp. 297-304.
- Engels, Friedrich (1849): «Der demokratische Panslawismus». En: MEW, vol. 6. Berlín, pp. 270-286.

- Engels, Friedrich (1850): «Der deutsche Bauernkrieg». En: MEW, vol. 7. Berlín, pp. 327-413.
- Engels, Friedrich (1880): «Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft». En: MEW, vol. 19. Berlín, pp. 177-228.
- Engels, Friedrich (1882): «Brief an Karl Kautsky vom 7. Februar 1882». En: MEW, vol. 35. Berlín, pp. 269-273.
- Engels, Friedrich (1892): «Vorwort» [zur zweiten polnischen Ausgabe (1892) des Manifests der Kommunistischen Partei]. En: MEW, vol. 22. Berlín, pp. 282-283.
- Engels, Friedrich (1895a): «Brief an Karl Kautsky vom 1. April 1895». En: MEW, vol. 39. Berlín, p. 452.
- Engels, Friedrich (1895b): «Einleitung» [zu Karl Marx' Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850]. En: MEW, vol. 22. Berlín, pp. 509-527.
- Ernst, Eugen (1919): «Come fu provocata l'insurrezione di Berlino». En: *Avanti, giornale del Partito Socialista*, año XXIII, N. 23, 23 de enero de 1919.
- Ettinger, Elżbieta (1990): *Rosa Luxemburg. Ein Leben*. Bonn.
- Evans, Kate (2015): *Red Rosa. A Graphic Biography of Rosa Luxemburg*. Nueva York.
- Fetscher, Iring (1974): «Proletarisches Klassenbewusstsein nach Marx und Rosa Luxemburg». En: Pozzoli, Claudio (Comp.), *Rosa Luxemburg oder Die Bestimmung des Sozialismus*. Fráncfort del Meno, pp. 42-64.
- Flechtheim, Ossip K. (2013): *Rosa Luxemburg zur Einführung*. Berlín.
- Foucault, Michel (2010): «Der Mut zur Wahrheit». Conferencia en el College de France 1983/84. Fráncfort del Meno.
- Frölich, Paul (1990): *Rosa Luxemburg. Gedanke und Tat*. Berlín.
- Gallo, Max (1993): *Rosa Luxemburg. Eine Biographie*. Düsseldorf/Zúrich.
- Geide, Peter (1995): «Rosa Luxemburg und die Weimarer Linke». En: Soden, Kristine von (Comp.), *Rosa Luxemburg*. Berlín, pp. 138-143.
- Geras, Norman (1976): *Legacy of Rosa Luxemburg*. Londres.
- Gioia, Vitantonio (1989): «Rosa Luxemburg und Antonio Gramsci: Zur ökonomischen Entwicklung im Monopolkapitalismus». En: Das Argument (Comp.), *Die Linie Luxemburg – Gramsci. Zur Aktualität und Historizität marxistischen Denkens. Argument Sonderband AS 159*, pp. 33-50.
- Gorki, Maxim (1918): «Ein Jahr russische Revolution». En: *Süddeutsche Monatshefte*, 16 (1), pp. 1-62.
- Gorki, Maxim (1971): *Несвоевременные мысли: статьи 1917-1918*. París.
- Grebing, Helga (2014): «Nachwort der Herausgeberin». En: *Der Dichter und die Ratio. Erinnerungen an Bertolt Brecht*. Berlín, pp. 141-163.
- Grebing, Helga/Scherer, Klaus-Jürgen (Comps.) (2017): *Streiten für eine Welt jenseits des Kapitalismus: Fritz Sternberg – Wissenschaftler, Vordenker, Sozialist*. Paderborn.
- Haffner, Sebastian (1969): *Die deutsche Revolution 1918/19*. Berna.

- Hannover, Heinrich/Hannover-Druck, Elisabeth (Comps.) (1979): *Der Mord an Rosa Luxemburg und Karl Liebknecht. Dokumentation eines politischen Verbrechens*. Fráncfort del Meno.
- Harvey, David (2003): *The New Imperialism*. Oxford; Nueva York.
- Haug, Frigga (2007): *Rosa Luxemburg und die Kunst der Politik*. Hamburgo.
- Haug, Frigga (2013): «Was bringt es, Herrschaft als Knoten zu denken?». En: Brie, Michael (Comp.), *Am Herrschaftsknoten ansetzen. Symposium zum 75. Geburtstag von Frigga Haug*. Berlín, pp. 8-13.
- Haug, Wolfgang Fritz (2001): «Revolutionärer Determinismus. Notiz zum Fokus der Luxemburgschen Dialektik». En: Kinner, Klaus/Seidel, Helmut (Comps.), *Rosa Luxemburg. Historische und aktuelle Dimensionen ihres theoretischen Werkes*. Berlín, pp. 53-65.
- Haupt, Georges (1974): «Dynamik und Konservatismus der Ideologie. Rosa Luxemburg und der Beginn marxistischer Untersuchungen zur nationalen Frage». En: Pozzoli, Claudio (Comp.), *Rosa Luxemburg oder Die Bestimmung des Sozialismus*. Fráncfort del Meno, pp. 219-270.
- Heimann, Horst/Küpper, Hendrik/Scherer, Klaus-Jürgen (Comps.) (2020): *Geistige Erneuerung links der Mitte. Der Demokratische Sozialismus Eduard Bernsteins*. Marburgo.
- He Ping (2010): «Rosa Luxemburgs "Akkumulation des Kapitals" und China». En: Ito, Narihiko/Laschitzka, Annelies/Luban, Ottokar (Comps.), *Rosa Luxemburg. Ökonomische und historisch-politische Aspekte ihres Werkes*. Conferencias en la Sociedad Internacional Rosa Luxemburg en Tokio, abril de 2007, y en Berlín, enero de 2009. Berlín, pp. 43-49.
- Heraklit (2011): «Fragmente». En: Marciano, Laura Gemelli (Comp.), *Die Vorsokratiker. Band 1. Griechisch – Deutsch*. Berlín, pp. 284-329.
- Hetmann, Frederik (1998): *Eine Kerze, die an beiden Seiten brennt*. Friburgo.
- Hilferding, Rudolf (1947): *Das Finanzkapital. Eine Studie über die jüngste Entwicklung des Kapitalismus*. Berlín.
- Hirsch, Helmut (1969): *Rosa Luxemburg*. Reinbek.
- Hobsbawm, Eric J. (1989): *The Age of Empire, 1875-1914*. Nueva York.
- Hobson, John Atkinson (1968): *Der Imperialismus*. Colonia.
- Hoßfeld, Reinhard (1993): *Rosa Luxemburg oder Die Kühnheit des eigenen Urteils*. Aquisgrán.
- Howard, Dick (1974): «Theorie, Theoretiker und revolutionäre Praxis». En: Pozzoli, Claudio (Comp.), *Rosa Luxemburg oder Die Bestimmung des Sozialismus*. Fráncfort del Meno, pp. 94-126.
- Hudis, Peter (2014): «The Dialectic of the Spatial Determination of Capital: Rosa Luxemburgs Accumulation of Capital Reconsidered». En: *International Critical Thought*, 4 (4), pp. 474-490.
- Hudis, Peter/Anderson, Kevin B. (2004): «Introduction». En: Hudis, Peter/Anderson, Kevin B. (Comps.), *The Rosa Luxemburg Reader*. Nueva York, pp. 7-30.

- Internationale Rosa-Luxemburg-Gesellschaft (2020): *Página web de la Sociedad Internacional Rosa Luxemburg* (<http://internationale-rosa-luxemburg-gesellschaft.de/html/english>).
- Ito, Narihiko (2007): *Wegweiser zum Gedanken Rosa Luxemburgs*. Tokio.
- Ito, Narihiko/Bergmann, Theodor/Hochstadt, Stefan/Luban, Ottokar (Comps.) (2007): *China entdeckt Rosa Luxemburg*. Conferencia en la Sociedad Internacional Rosa Luxemburg en Guangzhou, 21 y 22 de noviembre de 2004. Berlín.
- Ito, Narihiko/Laschitza, Annelies/Luban, Ottokar (Comps.) (2002): *Rosa Luxemburg im internationalen Diskurs*. Conferencias en la Sociedad Internacional Rosa Luxemburg en Chicago, Tampere, Berlín y Zúrich. Berlín.
- Ito, Narihiko/Laschitza, Annelies/Luban, Ottokar (Comps.) (2010): *Rosa Luxemburg. Ökonomische und historisch-politische Aspekte ihres Werkes*. Conferencias en la Sociedad Internacional Rosa Luxemburg en Tokio, abril de 2007, y en Berlín, enero de 2009. Berlín.
- Jaures, Jean (1901): «Der Eintritt Millerands ins Ministerium». En: *Die Neue Zeit*, (30), pp. 109-115.
- Jens, Walter (1995): «Rosa Luxemburg. Weder Poetin noch Petroleuse». En: Soden, Kristine von (Comp.), *Rosa Luxemburg*. Berlín, pp. 6-17.
- Jones, Mark (2017): *Am Anfang war Gewalt. Die deutsche Revolution 1918/19 und der Beginn der Weimarer Republik*. Berlín.
- Kalecki, Michał (2003): *Essays on the Theory of Economic Fluctuations*. Nueva York.
- Kant, Immanuel (1903): «Prolegomena zu einer jeden künftigen Metaphysik, die als Wissenschaft wird auftreten können». En: *Gesammelte Schriften*, vol. IV. Berlín, pp. 253-384.
- Kautsky, Karl (1899): *Bernstein und das Sozialdemokratische Programm. Eine Antikritik*. Stuttgart.
- Kautsky, Karl (1909): *Der Weg zur Macht*. Segunda edición. Berlín.
- Kautsky, Karl (1911): «Finanzkapital und Krisen». En: *Die Neue Zeit*, 29-I, pp. 22-25, 764-772, 797-804 y 874-883.
- Kautsky, Karl (1914): «Der Imperialismus». En: *Die Neue Zeit*, 32 (2), pp. 908-922.
- Kautsky, Karl (1965): *Das Erfurter Programm* (basado en la primera edición de 1892). Berlín.
- Kautsky, Karl (1972): «Brief an Hugo Haase vom 9. März 1909». En: Kautsky, Karl (Comp.), *Der Weg zur Macht: Politische Betrachtungen über das Hineinwachsen in die Revolution*. Fráncfort del Meno.
- Kautsky, Karl (2017): Diktatur und Demokratie. En: Schütrumpf, Jörn (Comp.), *Diktatur statt Sozialismus. Die russische Revolution und die deutsche Linke 1917/18*. Berlín, pp. 142-148.
- Kautsky, Luise (1923): *Rosa Luxemburg. Briefe an Karl und Luise Kautsky 1896-1918*. Berlín.

- Kautsky, Luise (1929): *Rosa Luxemburg. Ein Gedenkbuch*. Berlín.
- Killet, Julia (2020): *Fiktion und Wirklichkeit. Die Darstellung Rosa Luxemburgs in der biographischen und literarischen Prosa*. Hamburgo.
- Kinner, Klaus (2001): «Die Luxemburg-Rezeption in KPD und Komintern». En: *Utopie kreativ*, 129/130 (julio/agosto), pp. 595-603.
- Klein, Dieter (2013): *Das Morgen tanzt im Heute. Transformation im Kapitalismus und über ihn hinaus*. Hamburgo.
- Kossok, Manfred (2016): «1917 – eine periphere Revolution?» En: Kossok, Manfred/Schütrumpf, Jörn (Comps.), *Sozialismus an der Peripherie*. Berlín, pp. 39-48.
- Krätke, Michael (2010): «Rosa Luxemburg und die Analyse des gegenwärtigen Kapitalismus». En: Ito, Narihiko/Laschitz, Annelies/Luban, Otokar (Comps.), *Rosa Luxemburg. Ökonomische und historisch-politische Aspekte ihres Werkes*. Conferencias, Sociedad Internacional Rosa Luxemburg, Tokio 2007 y Berlín 2009. Berlín, pp. 30-174.
- Krätke, Michael (2016): «On the Beginnings of Marxian Macroeconomics». En: Dellheim, Judith/Wolf, Frieder Otto (Comps.), *Rosa Luxemburg: A Permanent Challenge for Political Economy. On the History and the Present of Luxemburg's "Accumulation of Capital"*. Londres, pp. 123-155.
- Kraus, Karl (1920a): «Antwort an Rosa Luxemburg von einer Unsentimentalen». En: *Die Fackel*, 554-556 (11), pp. 3-8.
- Kraus, Karl (1920b): «Brief Rosa Luxemburgs (mit Vorbemerkung)». En: *Die Fackel*, 546-550 (7), pp. 5-9.
- Kraus, Cornelia (1999): «Zum Bild Rosa Luxemburgs in der Frauenforschung». En: Maurer, Margarete (Comp.), *Rosa Luxemburg: "Ich bin ein Land der unbeschränkten Möglichkeiten"*. Viena, pp. 23-36.
- Kulla, Ralf (1999): *Revolutionärer Geist und republikanische Freiheit. Über die verdrängte Nähe von Hannah Arendt zu Rosa Luxemburg*. Hannover.
- Lange, Paul (2017): «Rosa Luxemburg und die Bolschewisten (1921)». En: Schütrumpf, Jörn (Comp.), *Diktatur statt Sozialismus. Die Russische Revolution und die deutsche Linke 1917/18*. Berlín, pp. 46-47.
- Laschitz, Annelies (1990): «Vorwort». En: Institut für Geschichte der Arbeiterbewegung (Comp.), *Rosa Luxemburg und die Freiheit der Andersdenkenden. Extraausgabe des unvollendeten Manuskripts "Zur russischen Revolution" und anderer Quellen zur Polemik mit Lenin*. Compilación e introducción de Annelies Laschitz. Berlín, pp. 7-32.
- Laschitz, Annelies (1996): *Im Lebensrausch, trotz alledem. Rosa Luxemburg. Eine Biographie*. Berlín.
- Laschitz, Annelies (1998): *Die Welt ist so schön bei allem Graus. Rosa Luxemburg im internationalen Diskurs*. Leipzig.
- Laschitz, Annelies (2014): «Vorwort». En: *Gesammelte Werke*, vol. 6. Berlín, pp. 19-66.

- Laschitzka, Annelies (2016): «Vorwort». En: *Gesammelte Werke*, vol. 7. Berlín, pp. 7-72.
- Laschitzka, Annelies/Radcun, Günter (1971): *Rosa Luxemburg. Ihr Wirken in der deutschen Arbeiterbewegung*. Berlín.
- Le Blanc, Paul (2015): «Introduction». En: Hudis, Peter/Le Blanc, Paul (Comps.), *The Complete Works of Rosa Luxemburg. Volume II, Economic Writings* 2. Londres, pp. vii-xxix.
- Ledebour, Georg (Comp.) (1919): *Der Ledebour-Prozeß. Gesamtdarstellung des Prozesses gegen Ledebour wegen Aufruhr etc. vor dem Geschworenengericht Berlin-Mitte vom 19. Mai bis 23. Juni 1919*, editado con base en el manuscrito oficial taquigrafiado y con un prólogo de Georg Ledebour. Berlín.
- Lenin, Wladimir I. (1903): «Die nationale Frage in unserem Programm». En: *Werke*, vol. 6. Berlín, pp. 452-461.
- Lenin, W.I. (1904a): «Ein Schritt vorwärts, zwei Schritte zurück. Eine Antwort N. Lenins an Rosa Luxemburg». En: *Werke*, vol. 6. Berlín, pp. 186-197.
- Lenin, Wladimir I. (1904b): «Ein Schritt vorwärts, zwei Schritte zurück (Die Krise in unserer Partei)». En: *Werke*, vol. 7. Berlín, pp. 197-430.
- Lenin, Wladimir I. (1905): «Sozialdemokratie und provisorische revolutionäre Regierung». En: *Werke*, vol. 8. Berlín, pp. 267-285.
- Lenin, Wladimir I. (1913a): «Drei Quellen und drei Bestandteile des Marxismus». En: *Werke*, vol. 19. Berlín, pp. 3-9.
- Lenin, Wladimir I. (1913b): «Kritische Bemerkungen zur nationalen Frage». En: *Werke*, vol. 20. Berlín, pp. 3-37.
- Lenin, Wladimir I. (1914): «Über das Selbstbestimmungsrecht der Nationen». En: *Werke*, vol. 20. Berlín, pp. 395-461.
- Lenin, Wladimir I. (1916): «Der Imperialismus als höchstes Stadium des Kapitalismus. Gemeinverständlicher Abriss». En: *Werke*, vol. 22. Berlín, pp. 189-309.
- Lenin, Wladimir I. (1922): «Notizen eines Publizisten über das Besteigen hoher Berge, über die Schädlichkeit der Verzagtheit, über den Nutzen des Handels, über das Verhältnis zu den Menschewiki u. dgl. m.». En: *Werke*, vol. 33. Berlín, pp. 188-196.
- Leonhard, Wolfgang (1981): *Völker, hört die Signale. Die Anfänge des Weltkommunismus 1919-1924*. München.
- Levi, Paul (1919): *Karl Liebknecht und Rosa Luxemburg zum Gedächtnis. Rede bei der Trauerfeier am 2. Februar 1919 im Lehrer-Vereinshaus zu Berlin*. Berlín.
- Levi, Paul (1969): «Vorwort und Einleitung zu Rosa Luxemburg "Die russische Revolution"». En: *Zwischen Spartakus und Sozialdemokratie. Schriften, Aufsätze, Reden und Briefe*. Fráncfort del Meno/Viena, pp. 96-135.
- Levi, Paul (1990): «Einleitung zu "Die Russische Revolution. Eine kritische Würdigung. Aus dem Nachlass von Rosa Luxemburg"». En: Institut für

- Geschichte der Arbeiterbewegung (Comp.), *Rosa Luxemburg und die Freiheit der Andersdenkenden. Extraausgabe des unvollendeten Manuskripts "Zur russischen Revolution" und anderer Quellen zur Polemik mit Lenin*. Compilación e introducción de Annelies Laschitzka. Berlín, pp. 177-231.
- Levi, Paul (2016): «Wiederkunft». En: Schütrumpf, Jörn (Comp.), *Gesammelte Schriften, Reden und Briefe Band II/2: Ohne einen Tropfen Lakaienblut. Sozialdemokratie, Sozialistische Politik und Wirtschaft*. Berlín, pp. 1155-1158.
- Levi, Paul (2017): «Zur Klarstellung (1922)». En: Schütrumpf, Jörn (Comp.), *Diktatur statt Sozialismus. Die Russische Revolution und die deutsche Linke 1917/18*. Berlín, pp. 55-58.
- Levi, Paul (2020): «Ihre Gefängnisse (1922)». En: Schütrumpf, Jörn (Comp.), *Ohne einen Tropfen Lakaienblut. Gesammelte Schriften, Reden, Briefe, Band I/2: Spartakus*. Berlín, pp. 1250-1257.
- Loureiro, Isabel (2003): *Rosa Luxemburgo. Os dilemas da ação revolucionaria*, São Paulo.
- Loureiro, Isabel (2010): «Die Aktualität der Ideen Rosa Luxemburgs aus brasilianischer Sicht». En: Ito, Narihiko/Laschitzka, Annelies/Luban, Ottokar (Comps.), *Rosa Luxemburg. Ökonomische und historisch-politische Aspekte ihres Werkes*. Conferencias en la Sociedad Internacional Rosa Luxemburgo en Tokio, abril de 2007, y en Berlín, enero de 2009. Berlín, pp. 10-21.
- Loureiro, Isabel (2013): «Die Aktualität von Rosa Luxemburgs "Akkumulation des Kapitals" in Lateinamerika». En: *Jahrbuch für Forschungen zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, (II), pp. 115-122.
- Löwy, Michael (1989): Der Urkommunismus in den ökonomischen Schriften von Rosa Luxemburg. Für eine romantisch-revolutionäre Geschichtsauffassung. En: Das Argument (Comp.), *Die Linie Luxemburg – Gramsci. Zur Aktualität und Historizität marxistischen Denkens. Argument Sonderband AS 159*, pp. 140-146.
- Löwy, Michael (2020): *Rosa Luxemburg: Der zündende Funke der Revolution*. Hamburgo.
- Luban, Ottokar (1997): «Rosa Luxemburg, Spartakus und die Massen». En: Bergmann, Theodor/Haible, Wolfgang (Comps.), *Reform – Demokratie – Revolution. Zur Aktualität von Rosa Luxemburg*. Suplemento de la revista *Sozialismus* 5/1997. Hamburgo, pp. 11-27.
- Lukács, Georg (1968): «Geschichte und Klassenbewusstsein». En: Lukács, Georg (Comp.), *Geschichte und Klassenbewusstsein*. Neuwied, pp. 161-517.
- Luxemburg, Rosa (1968): *Listy do Leona Jogichesa-Tyszki. Listy zebrał, słowem wstępny i przypisami opatrzył Feliks Tych*. Varsovia.
- Luxemburg, Rosa (2011a): «Das unabhängige Polen und die Arbeiterfrage». Introducción y traducción del polaco de Holger Politt. En: *Rosa-Luxemburg -Forschungsberichte*, 8, pp. 33-87.

- Luxemburg, Rosa (2011b): «Im Lichte der Revolution. Zwei Texte aus dem Jahre 1906: "Zur Konstituante und zur Provisorischen Regierung" und "Vor dem Wendepunkt"». En: *Rosa-Luxemburg-Forschungsberichte*, 12, pp. 7-58.
- Luxemburg, Rosa (2012): *Nationalitätenfrage und Autonomie*. Berlín.
- Luxemburg, Rosa (2013): "Wegmarkierungen. Zwei Texte Rosa Luxemburgs aus dem Jahre 1903". Introducción y traducción del polaco de Holger Politt. En: *Rosa-Luxemburg-Forschungsberichte*, 10.
- Luxemburg, Rosa (2014): *Nach dem Pogrom. Texte über Antisemitismus 1910/1911*. Compilación y traducción del polaco de Holger Politt. Potsdam.
- Luxemburg, Rosa (2015a): «Zur Konstituante und zur Provisorischen Regierung». En: Kinner, Klaus/Neuhaus, Manfred (Comps.), *Im Licht der Revolution. Zwei Texte von Rosa Luxemburg aus dem Jahre 1906 und Paralipomena zu Leben und Werk*. Leipzig, pp. 15-54.
- Luxemburg, Rosa (2015b): *Arbeiterrevolution 1905/06. Polnische Texte*. Holger Politt (Comp.). Berlín.
- Luxemburg, Rosa (2016): *Herbarium*. Evelin Wittich (Comp.), prólogo de Holger Politt. Berlín.
- Luxemburg, Rosa/Jogiches, Leo (2015): «Die politischen Aufgaben der polnischen Arbeiterklasse (1893)». En: Enkelmann, Dagmar/Weis, Florian (Comps.), *"Ich lebe am fröhlichsten im Sturm" (Rosa Luxemburg). 25 Jahre Rosa-Luxemburg-Stiftung*. Berlín, pp. 20-25.
- Mandel, Ernest (1986): «Rosa Luxemburg und die deutsche Sozialdemokratie». En: Mandel, Ernest/Radek, Karl (Comps.), *Rosa Luxemburg. Leben – Kampf – Tod*. Fráncfort del Meno, pp. 46-66.
- Mao Tse-tung (1966): *Worte des Vorsitzenden Mao Tse-tung*. Beijing.
- Marx, Karl (1844): «Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie. Einleitung». En: MEW, vol. 1. Berlín, pp. 378-391.
- Marx, Karl (1850): «Die Klassenkämpfe in Frankreich 1848 bis 1850». En: MEW, vol. 7. Berlín, pp. 9-107.
- Marx, Karl (1859): «Zur Kritik der Politischen Ökonomie. Vorwort». En: MEW, vol. 13. Berlín, pp. 7-11.
- Marx, Karl (1864): «Provisorische Statuten der Internationalen Arbeiter-Assoziation». En: MEW, vol. 16. Berlín, pp. 14-16.
- Marx, Karl (1865): «Über P.J. Proudhon». En: MEW, vol. 16. Berlín, pp. 25-32.
- Marx, Karl (1871): «Der Bürgerkrieg in Frankreich. Adresse des Generalrats der Internationalen Arbeiterassoziation». En: MEW, vol. 17. Berlín, pp. 313-365.
- Marx, Karl (1881): «Brief an Ferdinand Domela Nieuwenhuis vom 22. Februar 1881». En: MEW, vol. 35. Berlín, pp. 159-161.
- Marx, Karl (1890): «Das Kapital. Kritik der Politischen Ökonomie. Erster Band». En: MEW, vol. 23. Berlín.

- Marx, Karl/Engels, Friedrich (1848): «Manifest der Kommunistischen Partei». En: MEW, vol. 4. Berlín, pp. 459-493.
- Marx, Karl/Engels, Friedrich (1872): «Vorwort [zum Manifest der “Kommunistischen Partei” (deutsche Ausgabe 1872)]». En: MEW, vol. 18. Berlin, pp. 95-96.
- Maurer, Margarete (Comp.) (1999): *Rosa Luxemburg: “Ich bin ein Land der unbeschränkten Möglichkeiten”*. Viena.
- Meyer, Thomas (1982): *Bernsteins konstruktiver Sozialismus. Eduard Bernsteins Beitrag zur Theorie des Sozialismus*. Berlín.
- Mies, Maria (1986): *Patriarchy and Accumulation on a World Scale. Women in the International Division of Labour*. Londres.
- Morris, William (2013): *Kunde von Nirgendwo. Eine Utopie der vollendeten kommunistischen Gesellschaft und Kultur aus dem Jahr 1890*. Colonia.
- Nettl, Peter (1967): *Rosa Luxemburg*. Colonia.
- Neusüß, Christel (1985): *Die Kopfgeburten der Arbeiterbewegung oder die Genossin Luxemburg bringt alles durcheinander*. Hamburgo.
- Oelfsner, Fred (1951): *Rosa Luxemburg. Eine kritische biographische Skizze*. Berlín.
- Pabst, Waldemar (1962): «Interview». En: *Deutscher Studenten-Anzeiger*. Foro independiente de maestros de educación superior.
- Papcke, Sven (1979): *Der Revisionismusstreit und die politische Theorie der Reform. Fragen und Vergleiche*. Stuttgart, Berlín, Colonia, Maguncia.
- Parvus, Alexander (1896): «Staatsstreik und politischer Massenstreik». En: *Die Neue Zeit* (33, 35, 36, 38, 39).
- Pedrosa, Mario (1979): *A crise mundial do imperialismo e Rosa Luxemburgo*. Río de Janeiro.
- Pilawski, Krzysztof/Politt, Holger (Comps.) (2020): *Rosa Luxemburg: Spurensuche. Dokumente und Zeugnisse einer jüdischen Familie*, Hamburgo.
- Ping, He (2013): «Rosa Luxemburg’s The Accumulation of Capital: East and West». En: Bellofiore, Riccardo (Comp.), *Rosa Luxemburg and the Critique of Political Economy*. Londres, pp. 144-158.
- Piper, Ernst (2018): *Rosa Luxemburg. Ein Leben*. Múnich.
- Plechanov, Georgi V. (1956a): «Programma social-demokratičeskoj grupy “Osvoboždenie truda”». En: *Izbrannye filosofskije proizvodenija*, vol. 1. Moscú, pp. 371-376.
- Plechanov, Georgi V. (1956b): «Naši raznoglasija». En: *Izbrannye filosofskije proizvodenija*, vol. 1. Moscú, pp. 115-370.
- Plener, Ulla (1998): «Lenin über Parteidisziplin. Ein Exkurs». En: *Beiträge zur Geschichte der Arbeiterbewegung*, 40 (4), pp. 56-64.
- Politt, Holger (2012): «Rosa Luxemburgs “Krakauer Horizont”». En: *Nationalitätenfrage und Autonomie*. Berlín, pp. 9-33.
- Politt, Holger (2015a): «Luxemburgismus». En: Haug, Wolfgang Fritz/ Haug,

- Frigga/Jehle, Peter/Kuttler, Wolfgang (Comps.), *Historisch-kritisches Wörterbuch des Marxismus*, vol. 8/II. Hamburgo, pp. 1393-1402.
- Politt, Holger (2015b): «Unter Blitz und Donner: Zusammenstoß zweier Zeitalter». En: Luxemburg, Rosa, *Arbeiterrevolution 1905/06. Polnische Texte*. Berlín, pp. 9-34.
- Politt, Holger (2018): «In Zamość wurde die an Rosa Luxemburg erinnernde Gedenktafel entfernt». En: Rosa-Luxemburg-Stiftung Brandenburg (<http://brandenburg.rosalux.de/news/id/38646/inzamosc-wurde-die-an-rosa-luxemburg-erinnernde-gedenktafel-entfernt-ein-kommentar-von-holger-pol>).
- Poulantzas, Nikos (1975): *Klassen im Kapitalismus—heute*. Berlín.
- Poulantzas, Nikos (2002): *Staatstheorie. Politischer Überbau, Ideologie, Autoritärer Etatismus*. Introducción de Alex Demirović, Joachim Hirsch y Bob Jessop. Hamburgo.
- Pozzoli, Claudio (1974a): «Rosa Luxemburg als Marxist». En: Pozzoli, Claudio (Comp.), *Rosa Luxemburg oder Die Bestimmung des Sozialismus*. Fráncfort del Meno, pp. 9-20.
- Pozzoli, Claudio (1974b): «Vorwort des Herausgebers». En: Pozzoli, Claudio (Comp.), *Rosa Luxemburg oder Die Bestimmung des Sozialismus*. Fráncfort del Meno, pp. 7-8.
- Radek, Karl (1986): «Leben und Kampf unserer Genossin Rosa Luxemburg (1919)». En: Mandel, Ernest/Radek, Karl (Comps.), *Rosa Luxemburg. Leben—Kampf—Tod*. Fráncfort del Meno, pp. 10-45.
- Renqian, Cheng (1994): *Liuosha Lusenbao Shengping He Sixiang*. Beijing.
- Ritter, Rudolf (pseudónimo de Wilhelm Hoegner) (1945): «Lehren der Weimarer Republik». En: *Schweizer Monatshefte*, 25 (1), pp. 14-34.
- Roland-Holst, Henriette (1937): *Rosa Luxemburg. Ihr Leben und Wirken*. Zürich.
- Rürup, Reinhard (1993): «Die Revolution von 1918/19 in der deutschen Geschichte». En: Friedrich Ebert Stiftung (<http://library.fes.de/pdf-files/historiker/00186.pdf>)
- Schmidt, Giseler (1988): *Rosa Luxemburg. Sozialistin zwischen Ost und West*. Gotinga.
- Schmidt, Ingo (2013a): «Geschichte und Sozialismus». En: Schmidt, Ingo (Comp.), *Rosa Luxemburgs "Akkumulation des Kapitals". Die Aktualität von ökonomischer Theorie, Imperialismuserklärung und Klassenanalyse*. Hamburgo, pp. 138-165.
- Schmidt, Ingo (Comp.) (2013b): *Rosa Luxemburgs "Akkumulation des Kapitals". Die Aktualität von ökonomischer Theorie, Imperialismuserklärung und Klassenanalyse*. Hamburgo.
- Schütrumpf, Jörn (Comp.) (2017): *Diktatur statt Sozialismus. Die Russische Revolution und die deutsche Linke 1917/18*. Berlín.
- Schütrumpf, Jörn (2018a): «Zwischen Liebe und Zorn: Rosa Luxemburg».

- En: Schütrumpf, Jörn (comp.), *Rosa Luxemburg oder: Der Preis der Freiheit*. Tercera edición, corregida y aumentada. Berlín, pp. 11-100.
- Schütrumpf, Jörn (comp.) (2018b), *Rosa Luxemburg oder: Der Preis der Freiheit*. Tercera edición, corregida y aumentada. Berlín.
- Schütrumpf, Jörn (Comp.) (2018c): *Spartakusaufstand. Der unterschlagene Bericht des Untersuchungsausschusses der verfassungsgebenden Preußischen Landesversammlung über die Januar-Unruhen 1919 in Berlin*. Berlín.
- Seidemann, Maria (1998): *Rosa Luxemburg und Leo Jogiches. Die Liebe in den Zeiten der Revolution*. Berlín.
- Shepardson, Donald E. (1996): *Rosa Luxemburg and the Noble Dream*. Nueva York.
- Sinowjew, Georgi (1920): «Zwei große Verluste». En: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. *Reden von G. Sinowjew und L. Trotzky auf der Sitzung des Petrograder Sowjets am 18. Januar 1919, Petrograd 1920*. Petrogrado, pp. 18-32.
- Sinowjew, Georgi (1925): *Über die Bolschewisierung der Parteien. Reden vor der Erweiterten Exekutive, März/April 1925*. Hamburgo.
- Soden, Kristine von (Comp.) (1995): *Rosa Luxemburg*. Berlín.
- Soiland, Tove (2016): «A Feminist Approach to Primitive Accumulation». En: Dellheim, Judith/Wolf, Frieder Otto (Comps.), *Rosa Luxemburg: A Permanent Challenge for Political Economy. On the History and the Present of Luxemburg's "Accumulation of Capital"*. Londres, pp. 185-217.
- Sorge, Richard (1922): *Rosa Luxemburgs Akkumulation des Kapitals. Bearbeitet für die Arbeiterschaft*. Solingen.
- SPD (1891a): *Das Erfurter Programm*.
- SPD (1891b): *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands, abgehalten zu Erfurt*. Berlín.
- Stadler-Labhart, Verena (1978): *Rosa Luxemburg an der Universität Zürich 1889-1897*. Zürich.
- Stalin, Joseph W. (1955): «Über einige Fragen der Geschichte des Bolschewismus». En: *Werke*, vol. 13. Berlín, pp. 56-64.
- Sternberg, Fritz (1926): *Der Imperialismus*. Berlín.
- Sternberg, Fritz (1929): *Der Imperialismus und seine Kritiker*. Berlín.
- Sternberg, Fritz (1971): *Der Imperialismus*. Fráncfort del Meno.
- Sternberg, Fritz (2014): *Der Dichter und die Ratio. Erinnerungen an Bertolt Brecht*. Berlín.
- Sum, Ngai-Ling/Jessop, Bob (2013): *Towards a Cultural Political Economy. Putting Culture in its Place in Political Economy*. Northampton.
- Thälmann, Ernst (1975): «Der revolutionäre Ausweg und die KPD. Rede auf der Plenartagung des Zentralkomitees der KPD am 19. Februar 1932 in Berlin». En: *Reden und Aufsätze 1930-1933*. Colonia, pp. 262-340.
- Thomas, Albert (1903): «Nachklänge der Millerand-Debatte in Bordeaux». En: *Socialistische Monatshefte*, (7), pp. 486-491.

- Trotsky, Leon (1969): *The Permanent Revolution and Results and Prospects*. Nueva York.
- Trotsky, Leo (1920): «Zwei große Verluste». En: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. *Reden von G. Sinowjew und L. Trotzky auf der Sitzung des Petrograder Sowjets am 18. Januar 1919, Petrograd 1920*. Petrogrado, pp. 3-17.
- Vaillant, Edouard (1901): «Der Eintritt Millerands ins Ministerium». En: *Die Neue Zeit*, (31), pp. 144-146.
- Veerkamp, Ton (2013): *Die Welt anders. Politische Geschichte der Großen Erzählung*. Hamburg y Berlín.
- Vollmar, Georg von (1900): «Zum Fall Millerand». En: *Socialistische Monatshefte* (12), pp. 767-783.
- Vollrath, Ernst (1973): «Rosa Luxemburg's Theory of Revolution». En: *Social Research*, 40 (1), pp. 83-109.
- Wang Xue-Dong (2010): «Zum Stand der Rosa-Luxemburg-Forschung in China». En: Ito, Narihiko/Laschitzka, Annelies/Luban, Ottokar (Comps.), *Rosa Luxemburg. Ökonomische und historisch-politische Aspekte ihres Werkes*. Conferencias en la Sociedad Internacional Rosa Luxemburg en Tokio, abril de 2007, y en Berlín, enero de 2009. Berlín, pp. 22-29.
- Weber, Hermann (Comp.) (1993): *Die Gründung der KPD. Protokoll und Materialien des Gründungsparteitages der Kommunistischen Partei Deutschlands 1918/1919. Mit einer Einführung zur angeblichen Erstveröffentlichung durch die SED*. Berlín.
- Werlhof, Claudia von/Mies, Maria/Bennholdt-Thomsen, Veronika (1988): *Frauen, die letzte Kolonie. Zur Hausfrauisierung der Arbeit*. Reinbek.
- Winkler, Heinrich August (1985): *Von der Revolution zur Stabilisierung. Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1918 bis 1924*. Berlín.
- Zetkin, Clara (1914): Carta del 5 de agosto de 1914 a Rosa Luxemburg y Franz Mehring.
- Zetkin, Clara (1972): «Brief an Karl Kautsky vom 16. März 1909». En: Fülberth, Georg (Comp.), *Der Weg zur Macht: Politische Betrachtungen über das Hineinwachsen in die Revolution*. Fráncfort del Meno.
- Zetkin, Clara (2016a): «Brief an Mathilde Jacob». En: Zetkin, Clara, *Die Kriegsbriefe*, vol 1. Berlín, pp. 355-356.
- Zetkin, Clara (2016b): *Die Kriegsbriefe*, vol. 1. Compilación de Marga Voigt. Berlín.
- Zweite Internationale (1975): *Kongress-Protokolle der Zweiten Internationale*, 1975: Reimpresión. Vol. 1. Ámsterdam, Bonn.



IMPRESO EN
Ciudad de México, 2023,
por Editorial Color.

Publicación hecha con software y tipografías libres:

Scribus para la diagramación, **Gimp** para la edición de imágenes
y las familias tipográficas **Barlow**, diseñada por Jeremy Tribby,
y **Alegreya Sans**, por Juan Pablo del Peral de Huerta Tipográfica .

Este libro busca reconstruir los planteamientos y las épocas más importantes de Rosa Luxemburg (Polonia, 1871 – Alemania, 1919), así como despertar el interés por su obra. Gracias a un minucioso entramado de referencias, los autores nos brindan un mayor conocimiento del contexto político y las redes de amistad de una de las más extraordinarias pensadoras y revolucionarias que se haya involucrado con la izquierda europea.

No fue una teórica como Marx ni una líder partidista como Lenin, sino que Luxemburg trascendió sobre todo en el periodismo y como oradora. Si bien nos legó obras científicas, como su tesis doctoral y textos de economía, la prioridad de su trabajo fue la palabra dirigida a obreros y obreras, a quienes buscaba empujar a la acción propia para estar a la altura de su época.

Cerca de cumplir 48 años, en enero de 1919, fue asesinada en Berlín por las fuerzas protofascistas que la dirección derechista del Partido Socialdemócrata, de aquella época, instigó contra la Liga Espartaquista, movimiento revolucionario marxista formado en Alemania a finales de la Primera Guerra Mundial.

Michael Brie es presidente del Consejo Científico de la Rosa Luxemburg Stiftung (RLS) en Berlín. Sus ejes de trabajo son la teoría y la historia del socialismo y el comunismo. **Jörn Schütrumpf** fue director de la Unidad de Investigación sobre Rosa Luxemburg en el Centro de Historia de la RLS. También ha editado las obras de Paul Levi.



**ROSA
LUXEMBURG
STIFTUNG**

rosalux.org.mx